

Diario de una buena vecina

Doris Lessing

Título original: *The diary of a good neighbour*

Traducción de Marta Pessarrodona

Realización de cubierta de Jordi Vallhonestà

© 1986 by Doris Lessing

© 1993 by Ediciones B S. A.

La primera parte es un resumen de unos cuatro años. No escribía ningún diario. Ojalá lo hubiera hecho. Todo cuanto sé es que ahora lo veo de una manera distinta a como lo veía mientras lo estaba viviendo.

Mi vida hasta la muerte de Freddie fue una cosa; luego, otra. Hasta entonces, me consideraba una persona agradable. Como todo el mundo, más o menos. La gente con la que trabajo, en especial. Ahora sé que no me preguntaba cómo era, sino cómo se me juzgaba.

Cuando empezó la enfermedad de Freddie, mi primera idea fue: es injusto. Injusto para mí, era lo que pensaba secretamente. En parte, yo sabía que se estaba muriendo, pero hacía como si no pasara nada. No estaba bien. Debí de sentirse solo. Me enorgullecía de seguir trabajando durante todo ese tiempo, de que «entrara dinero en casa»... bien, tuve que hacerlo, él no trabajaba. Pero estaba contenta de trabajar porque era una excusa para no estar junto a él en aquel *horror*. Era un matrimonio, el nuestro, en que no se hablaba de cosas reales. Ahora lo veo. En realidad no estábamos casados. Era el matrimonio típico de la mayoría de la gente hoy día, en busca de ventajas por ambas partes. Siempre consideré que Freddie me llevaba la delantera.

En una ocasión se mencionó la palabra cáncer. Me la dijeron los médicos, cáncer, y veo *ahora* que mi reacción supuso el final de hablar de si debían decírselo o no.

No sé si se lo dijeron. Si lo supo. Creo que lo supo. Cuando lo ingresaron en el hospital lo visité a diario, pero me quedaba sentada con una sonrisa, ¿cómo te sientes? Tenía un aspecto terrible. Amarillo, los huesos afilados bajo la piel amarilla. Como un pollo hervido. Él me protegía a mí. *Ahora* lo veo. Porque no podía aceptarlo. Una esposa–niña.

Cuando murió, y se acabó todo, vi lo mal que lo habíamos tratado. A veces estaba allí su hermana. Hablaban, supongo. Su trato conmigo era como el de él. Con amabilidad. Pobre Janna, no se puede esperar demasiado.

Desde que él murió, no la he visto, ni a nadie de la familia. Enhoramala. Quiero decir que esto es lo que ellos piensan de mí. No me hubiera importado hablar de Freddie con su hermana, porque poco sabía de él, en verdad. Pero ya es un poco tarde para ello.

Cuando murió, y me encontré con que le echaba mucho en falta, quise saber cosas de épocas de su vida que él apenas mencionaba. Como cuando era soldado durante la guerra. Decía que la odiaba. Cinco años. De los diecinueve a los veinticuatro. Fueron años maravillosos para mí. En 1949 yo tenía diecinueve años, empezaba a olvidar la guerra y me situaba profesionalmente.

A pesar de todo estábamos unidos. Teníamos aquella relación sexual tan buena. Estábamos perfectamente sintonizados en esto, si no en otra cosa. Sin embargo, no podíamos hablarnos el uno al otro. Corrijo. No hablábamos el uno con el otro. Corrijo. No podía hablarme porque cuando empezaba a hacerlo yo me escabullía. Me parece que la verdad es que era una persona seria e introvertida. El tipo de hombre por quien lo daría todo ahora.

Después de su muerte y cuando yo estaba loca por una relación sexual, puesto que durante diez años yo lo había tenido todo sin pedirlo, me acosté por ahí y no me gusta pensar cuántas veces. O con quiénes. En una ocasión, en una celebración en la oficina, di una mirada alrededor y advertí que me había metido en la cama con la mitad de los hombres que se encontraban allí. Me quedé atónita. Y siempre me había resultado detestable: eso de estar un poco achispada y después de una buena comida, entonces con prisas, follar. No era culpa de ellos.

Tocó a su fin cuando mi hermana Georgie me vino a decir que me tocaba el turno con nuestra madre. Una vez más sentí lástima de mí. ¡*Ahora* pienso que muy bien hubiera podido decir algo con anterioridad! El marido, cuatro hijos, una casa pequeña... y había tenido a mamá desde que murió papá, ocho años. Yo no tenía hijos y con Freddie y yo con un empleo no nos faltaba el dinero. Sin embargo nunca se había sugerido que mamá viviera con nosotros. Es decir, alguna sugerencia *que pueda yo recordar*. Pero no era el tipo de persona que pudiera cuidar de una madre viuda. Mamá solía decir que lo que yo gastaba en la cara y en vestidos, podía alimentar a una familia. Verdad. De nada sirve que pretenda que lo lamento. A veces me parece que era lo mejor de mi vida: ir a la oficina por la mañana, sabiendo qué aspecto tenía. Todo el mundo advertía lo que llevaba, y cómo. Esperaba

el momento en que abría la puerta y pasaba por delante de las mecanógrafas, que me sonreían con envidia. Acto seguido, las oficinas de los ejecutivos, con las chicas que me admiraban y deseaban tener mi gusto. Bien, tengo esto, si no tengo otra cosa. Solía comprarme de tres a cuatro vestidos por semana. Solía llevarlos de una a dos veces, luego los desechara. Mi hermana los recogía para sus buenas obras. Por lo tanto, no se desperdiciaban. Naturalmente, era antes de que Joyce me tomara de la mano y me enseñara cómo vestirme: con estilo, no meramente a la moda.

Cuando mamá se instaló a vivir conmigo, supe que yo era una viuda.

Al principio no fue muy mal. Ella no estaba muy bien, pero se distraía. No podía llevar ningún hombre a casa si me encaprichaba con alguno, pero me sentía secretamente bastante contenta. No puedo invitarte a entrar, ya ves que tengo a mi anciana madre, ¡pobre Janna!

Al cabo de un año de vivir conmigo, enfermó. Me dije: En esta ocasión no pretenderás que no está sucediendo nada. La acompañé al hospital. Le dijeron que tenía cáncer. Hablaron largamente de lo que le acaecería. Se mostraron amables e inteligentes. Los médicos no pudieron hablarme de lo que le sucedía a mi marido, pero podían hablar directamente a mi madre respecto a lo que le sucedía a ella. *Debido a lo que era*. Fue la primera ocasión de mi vida en que deseé ser como ella. Con anterioridad, siempre me había resultado embarazosa, sus vestidos, su pelo. Cuando salía con ella solía pensar que nadie podría creer que yo era su hija, dos mundos, ella con esa marcada respetabilidad suburbana... y yo. Junto a ella, mientras hablaba de su muerte inminente con los médicos, tan digna y agradable, me sentí horrorosa. Me sentía una estúpida acobardada, porque tío Jim había muerto de cáncer, y ahora ella... por ambas partes. Pensé: ¿me tocará el turno a mí? Sentí que *no era justo*.

Mientras mamá se moría hice cuanto pude, no como con Freddie, en que me limité a no querer saber. Pero no pude hacerlo. Ésta es la cuestión. Solía sentirme mareada y llena de pánico durante todo el tiempo. Ella se desmoronó muy pronto. *Se desmoronó...* así fue. Detesto el horror físico. No puedo soportarlo. Solía visitarla, antes de salir a trabajar. Me la encontraba en la cocina sin hacer nada en particular, en bata. Su cara, amarilla, con un brillo enfermizo. Se veían los huesos. Por lo menos yo no le decía: ¡Te encuentras un poco mejor, muy bien! Me sentaba a su lado y me tomaba el café. Le decía: Puedo pasar por la farmacia... había tantas pastillas y medicinas. Ella me decía: Sí, pide esto o aquello. Pero no le daba un beso. Bueno, en realidad no somos una familia aficionada al contacto físico. No puedo recordar haber dado nunca un buen abrazo a mi hermana. Un beso de mala gana en la mejilla, esto es todo. Deseaba tener a mi madre en brazos y, tal vez, mecerla un poco. Cuando llegó al final y se encontraba tan enferma y se comportaba de una forma tan valiente, pensé que debía tomarla en brazos y abrazarla. La verdad es que no podía ni acariciarla. No con afecto. El olor... y ya pueden decir que no es contagioso, pero ¿qué saben ellos? No demasiado. Solía mirarme de una forma directa y abierta y yo apenas si podía mirarla a los ojos. No porque pidiera nada con la mirada, pero yo me avergonzaba de lo que sentía, sentía pánico por mí. No, no me porté mal, como con Freddie. Pero le debió parecer que no había mucho allí... quiero decir, que yo no era gran cosa. Unos minutos por la mañana, cuando iba a toda prisa a la oficina. Siempre llegaba tarde por la noche, después de cenar con alguien del trabajo, por regla general Joyce, y, por entonces, mamá ya estaba en cama. No estaba dormida, ¡ojalá lo hubiera estado! Entraba y me sentaba a su lado. Sufría dolores a menudo. Solía prepararle los medicamentos. Esto le gustaba, podía advertirlo. Apoyo. De un cierto tipo. Hablábamos. Luego mi hermana Georgie se acostumbró a comparecer dos o tres tardes por semana y estar con ella. Bueno, yo no podía, estaba trabajando; y sus hijos estaban en el colegio. Entraba y las veía sentadas juntas. Me moría de envidia porque ellas estaban unidas. Madre e hija.

Luego, cuando mamá ingresó en el hospital, Georgie y yo nos turnábamos para las visitas. Georgie solía venir de Oxford. No acierto a ver cómo yo podía haber ido con mayor frecuencia. Día sí, día no, dos o tres horas en el hospital. Odiaba cada segundo. No se me ocurría nada que decir. Sin embargo, Georgie y mamá hablaban todo el tiempo. ¡Y de qué! Solía escucharlas, con absoluta incredulidad. Podían hablar de las vecinas de Georgie, de los hijos de las vecinas de Georgie, de sus maridos, de los amigos de sus amigos. No paraban nunca. Era interesante. Porque les interesaba todo tanto.

Cuando mamá murió sentí alivio, naturalmente. Y también Georgie. Pero sabía que era muy distinto, que Georgie lo dijera y que yo lo dijera. *Ella tenía derecho a decirlo*. Debido a la manera de ser de ella. Georgie estuvo junto a mamá a cada minuto, día y noche, durante un mes antes de que mamá desapareciera. Por aquel entonces yo ya había aprendido a no odiar tanto el aspecto físico, mamá

casi un esqueleto cubierto de piel. Pero sus ojos eran los mismos. Sentía dolor. No pretendía no sentirlo. Sostenía la mano de Georgie.

La cosa es que la de Georgie era la mano adecuada.

Me quedé sola en mi piso. En un par de ocasiones, uno de los hombres vino a casa. No fue nada espectacular. No los critico, ¿cómo podría hacerlo? Yo había empezado a comprender que yo había cambiado. ¡No me *apetecía*. ¡Vaya cambio! No porque no necesitara una relación sexual. A veces me parecía que iba a enloquecer. Pero había un elemento de aburrimiento y de repetición. Y aquel lugar estaba lleno de Freddie. Me podía ver convertida en un monumento a Freddie, con el deber de recordarlo. ¿De qué servía? Decidí vender el piso y conseguir algo mío. Lo pensé durante mucho tiempo, meses. Incluso entonces ya vi que era una manera nueva de pensar en mí. Al trabajar en la revista, pienso de forma distinta, con decisiones rápidas, como si me encontrara encima de un chorro de agua. Soy buena en esto. Para empezar, por esta razón me ofrecieron este cargo. Es divertido, no lo había esperado. Otros sabían que me ofrecerían el puesto de subdirectora, yo no. En parte, estaba tan preocupada con mi aspecto, cómo me proyectaba. Mi aspecto, en un principio, era despreocupado, la divertida Janna de ropas alocadas, siempre tan lista y chica para todo. Luego, después de Joyce, muy cara, perfecta, elegante y formal, la persona que llevaba más tiempo allí, con un marido inteligente y moderno, en la sombra. No es que Freddie se reconociera en este papel. Luego, de repente (así parecía) una mujer madura. Elegante. Distinguida. Resultaba duro aceptarlo. Aún resulta duro.

Una distinguida viuda de mediana edad, con empleo muy bueno en el mundo de la prensa periódica.

Mientras, yo pensaba en cómo debía vivir. En el piso de Freddie y mío me sentía casi como una pelusa o una pluma. Cuando entraba al volver del trabajo, era como si esperara encontrar una especie de peso o ancla que no estaba allí. Caí en la cuenta de mi debilidad y dependencia. Resultó doloroso verme tan dependiente. No económicamente, claro, sino como persona. Hija—niña, esposa—hija.

Mis pensamientos no discurrían, precisamente, hacia otro matrimonio. No podía verme casada de nuevo. Sin embargo, me decía: debes casarte, debes hacerlo, antes de que sea demasiado tarde. Es lo que incluso ahora quiero hacer, en ocasiones. En especial cuando pienso que no soy tan horrible como solía. Pero, cuando lo pienso, sé que no debería casarme. En cualquier caso, ¡nadie me lo ha pedido!

Me vendí el piso y conseguí éste. Una habitación dormitorio, una habitación para estar, un estudio. Un inmenso edificio de pisos caros. Apenas si estoy aquí. Cuando estoy, pienso mucho.

Esta manera de pensar... no es tanto pensar como tener cosas en la cabeza y dejar que ellas mismas se pongan de acuerdo. Si lo haces en serio, lentamente, surgen resultados sorprendentes. Por ejemplo, tus ideas son distintas a lo que creías.

Hay cosas que debo pensar mucho, a las que aún no he llegado.

Joyce, para empezar. Aquella oficina nuestra, en el último piso, luz natural y aire libre rodeándolo todo. Una larga mesa y ella instalada detrás, frente a mí, y yo detrás de la mía. Hace ya años que así, frente a frente, hacemos que la revista marche. Seguidamente, el caballete alargado a un lado, con todo lo necesario encima, las máquinas, los tableros de dibujo, las fotografías; al otro lado, la mesa baja donde se colocan las secretarías cuando vienen a tomar notas, o alguien con quien queremos hablar. Me gusta pensar en esto porque es tan correcto, tan apropiado, se ajusta perfectamente con lo que pasa. Pero debo pensar, debo pensar... hay una sensación de incomodidad, como si *algo* no acabara de estar bien.

Cuando me mudé al piso nuevo, muy pronto advertí que mi vida se desarrollaba enteramente en la oficina. En mi hogar no tenía vida. Hogar. ¡Menudo vocablo! Era donde me preparaba para la oficina, y donde descansaba del trabajo.

Una de las cosas que pienso es que, si perdiera mi empleo, no me quedaría mucha vida propia. Observo a las jóvenes listas, que luchan por abrirse paso. Me encuentro observando a una de ellas, a Phyllis, por ejemplo, y reflexiono. Sí, tiene madera, sabe poner una palabra al lado de la otra, entre-

vista a cualquiera, corrige, tiene una cabeza que parece un par de tijeras, jamás se siente presa del pánico.

¿Entiende cómo funciona todo? ¿Qué quiero decir con esto? Mucho. Todo. Es trepadora e impaciente, y hay que saber dejar que las cosas ocurran.

En lo que más pensaba era en que había dejado a Freddie en la estacada y había dejado a mi madre en la estacada y *así era yo*. Si surgiera algo más, algo de lo que tuviera que hacerme cargo, como la enfermedad o la muerte, si tuviera que decirme: Se acabó, tendrás que comportarte como un ser humano y no como una niña... entonces, no lo conseguiría. No es una cuestión de voluntad, sino de cómo eres.

Ésta fue la razón por la que decidí aprender algo distinto.

Vi el anuncio en el periódico: ¿Le gustaría hacerse amiga de una persona anciana? La imagen de una adorable anciana. Ay, la dulzura de la edad. La abuelita predilecta de cualquiera. ¡Aja! Telefoneé y las visité. La señorita Snow. Filántropa. Con ella visitamos a la señora York. Las tres tomamos té en un pisito de Kensington. Me pareció todo falso y horrible. Pensé que la señorita Snow se mostraba condescendiente y no lo advertía. La señora York era inválida, gruesa y lenta, pálida y con la cara hinchada y pastosa. Ojitos quejumbrosos. Pude advertir que no le gustaba la señorita Snow. Me senté y pensé: ¿Qué demonios hago aquí? ¿Qué bien le procura a la señora York? ¿La visitaré una vez por semana, los domingos, le traeré un pastel y le preguntaré cómo le va con el reuma? La señorita Snow vio lo que yo pensaba y, al despedirnos en la acera, se mostró escueta. Sí, llámeme, señora Somers, si cree que quiere hacer este trabajo, y se metió en su Mini y partió. Un fracaso. Bueno, a esto estoy acostumbrada, pensaba ella.

Habría que buscar a otra persona para la señora York. Pero no me sentí en falta en esta ocasión. Sencillamente, la señora York no era para mí. Solía mirar el anuncio con la encantadora ancianita y pensar en la horrible señora York, con una especie de sarcasmo

Mientras, en la misma planta que yo, la puerta de enfrente, está la señora Penny. Tiene setenta años, está sola y anhela mi amistad. Lo sé. No quiero. Lo sabe. Se apoderaría de mi vida. Me siento ahogada y me entra el pánico al pensar que pudiera tenerme a su disposición.

Pero estaba en la farmacia y sucedió esto.

Vi a una vieja bruja. Contemplaba a aquella anciana criatura y pensaba: una bruja. Era producto de que había trabajado en un artículo de fondo: «Estereotipos de mujeres, ayer y hoy.» El «ayer» no se especificaba mucho: finales de la época victoriana, la dama encantadora, la madre tradicional, la tía solterona y enferma, la Mujer Nueva, la esposa misionera, y así sucesivamente. Tenía alrededor de cuarenta fotografías y dibujos para elegir. Entre ellas, una bruja, que había desechado. Pero ahí estaba, a mi lado, en la farmacia. Una menudencia encorvada, con la nariz que casi le tocaba la barbilla, vestida de negro, polvorienta y tocada con algo que se parecía a una cofia. Advirtió que la miraba y me tendió una receta y me dijo: ¿Qué es esto? Pídamelo. Ojos azules feroces, bajo unas cejas grises y prominentes, a pesar de que había algo maravillosamente tierno en ellos.

Por alguna razón, me gustó, desde aquel momento. Al cogerle el trozo de papel, supe que cogía algo más.

—Lo haré —le dije—, pero, ¿por qué? ¿No la atienden? —le dije bromeando y ella respondió en seguida, con sacudidas violentas de cabeza:

—No; oh, éste no sirve, nunca sé lo que me dice.

Éste era el joven farmacéutico que estaba allí, las manos encima del mostrador, alerta, sonriendo: la conocía, pude advertirlo.

—La receta es para un sedante —dije.

—Lo sé —dijo ella y golpeó el papel con los dedos, el papel que había dejado sobre mi bolso—. Pero no es aspirina, ¿verdad?

–Es algo que llaman Valium –dije.

–Es lo que yo pensaba. No mitiga el dolor, da sopor –dijo ella.

–Pero no es nada malo –dijo el hombre sonriendo.

–Yo lo he tomado –dije.

–Le dije al médico, aspirinas... esto es lo que pedí. Pero tampoco sirven de nada los médicos –dijo ella.

Todo ello con ardor y temblor, con cierta alegría. Allí estábamos los tres sonriendo y, no obstante, ella estaba furiosa.

–¿Quiere que le venda aspirinas, señora Fowler?

–Sí, sí, no me quedará esta porquería que me produce sopor.

Le dio las aspirinas y cogió su dinero, que la mujer contó lentamente, moneda a moneda, en las profundidades de una gran bolsa cochambrosa. Luego, el hombre cobró mi importe: esmalte de uñas, colorete, lápiz de ojos, sombra de ojos, lápiz de labios, brillo de labios, polvos, rimel. Todo: lo había acabado todo. Ella se quedó contemplándolo, con una mirada que hoy sé que es la suya característica, una mirada feroz y reflexiva que quiere comprender. Intentando entenderlo todo.

Acoplé mi paso al suyo y salimos de la tienda. En la acera, no me miró, pero había una súplica en ello. Anduve a su lado. Resultaba difícil andar tan despacio. Por regla general, voy volando, pero no lo supe hasta aquel momento. Ella avanzaba un paso, hacía una pausa, examinaba la acera, otro paso. Pensé cómo yo iba a toda prisa por la acera a diario y nunca había visto a la señora Fowler, aunque vivía cerca, y, de repente, miré arriba y abajo de la calle y vi... ancianas. También ancianos, pero principalmente ancianas. Avanzaban con lentitud. Iban en parejas o en grupos, hablaban. O se habían sentado en el banco de la esquina, bajo el plátano. No las había visto. Era porque temía ser como ellas. Estaba asustada, andando junto a ella. Era su olor, una especie de olor dulce, agrio, polvoriento. Vi mugre en su delgado cuello de vieja y en sus manos.

La casa tenía el parapeto roto y peldaños partidos y astillados. Sin mirarme, puesto que no me iba a preguntar nada, bajó con todo cuidado los antiguos peldaños y se paró ante una puerta que no encajaba y la habían reparado con una tablilla de madera clavada en cruz. A pesar de que esta puerta no podía impedir la entrada a un gato decidido, rebuscó la llave y, al final, la encontró, y, fijándose en la cerradura, abrió la puerta. Entré con ella, con el corazón dolido, con el estómago revuelto debido al olor. Aquel día, era de pescado demasiado hervido. Nos encontrábamos en un largo pasillo oscuro.

Avanzamos hacia la «cocina». No he visto nunca nada semejante, excepto en nuestros archivos de la miseria, casas declaradas ruinosas y este tipo de cosas. Era una ampliación del pasillo, con una vieja cocina de gas, grasienta y negra, un viejo fregadero de porcelana, cascada y amarilla por la grasa, un grifo de agua fría envuelto con viejos trapos y goteando de forma constante. Una antigua mesa de madera bastante bonita con vajilla encima, todo «limpio» pero mugriento. Las paredes llenas de manchas y húmedas. El lugar apestaba, un olor terrible... No me miró mientras disponía pan, galletas y comida de gato. Los limpios y brillantes colores de los paquetes del colmado y las latas en aquel horrible lugar. Estaba avergonzada, pero no se disculparía. Dijo en tono informal aunque suplicante:

–Vaya a mi habitación y cójase una silla. La habitación en la que entré tenía una vieja estufa negra que mostraba destellos de llamas. Dos sillones increíblemente viejos y a jirones. Otra antigua y bonita mesa de madera con periódicos abiertos y esparcidos por toda la superficie. Un diván lleno de ropas y bultos y un gato amarillo en el suelo. Todo estaba tan sucio y cochambroso, sórdido y terrible. Pensé que nosotras escribimos sobre decoración, muebles y colores... en cómo cambia el gusto, y todo lo que tiramos y lo mucho que nos harta todo. Y allí estaba aquella cocina, que si la fotografiábamos nos procuraría donativos de nuestros lectores a vuelta de correo.

La señora Fowler sacó una antigua tetera marrón y un par de tazas y platillos bastante bonitos. Nunca había hecho algo tan desagradable como beber de aquella taza mugrienta. Casi no hablamos porque yo no deseaba hacer preguntas directas y ella temblaba llena de orgullo y dignidad. Acariciaba al

gato, «mi pequeñito, mi compañerito», de una forma suplicante, y sin mirarme me dijo:

–Cuando era joven, mi padre era dueño de una tienda y, más tarde, tuvimos una casa en St John's Wood y sé lo que es correcto.

Cuando me fui me dijo, a su manera, sin mirarme:

–¿Imagino que no volveré a verla?

–Sí, si me invita –le dije–. Volveré el sábado a tomar el té, si está de acuerdo.

–Oh, me gustaría, sí, me gustaría.

Entre nosotras hubo un momento de intimidad: ésta es la palabra. Sin embargo, tenía mucho orgullo y no quería hacer preguntas, se dio vuelta apartándose de mí, mientras acariciaba al gato: Oh, mi pequeñito, mi hermosura.

Al llegar a casa aquella noche, estaba aterrorizada. Me había comprometido. Estaba llena de asco. El olor agrio, sucio, había empapado mi ropa y mi pelo. Me bañé, me lavé el pelo, me maquillé y llamé a Joyce para decirle: Salgamos a cenar. Cenamos muy bien en Alfredo's y hablamos. Naturalmente no le dije nada de la señora Fowler, pero pensé constantemente en ella: miraba a la gente del restaurante, todos muy bien vestidos, limpios, y pensaba, si ella entrara en este restaurante... bueno, no podría hacerlo. Ni siquiera como mujer de la limpieza o lavaplatos.

El sábado le llevé unas rosas y unos claveles, un pastel con nata de verdad. Yo estaba contenta conmigo misma y esto me ayudó a aceptar su reacción: estuvo contenta, pero me había excedido. No había ningún jarrón para las flores. Las coloqué dentro de una jarra de esmalte. Ella depositó el pastel en una vieja fuente descascarillada. Se mostraba bastante distante. Nos instalamos a cada lado de la estufa de hierro y encima se encontraba la vieja tetera marrón para conservar el calor; las llamas calentaban demasiado. Llevaba una blusa de seda, a topos negros sobre blanco. Seda auténtica. Con ella, todo es así. Una hermosa tetera de Worcester pero descascarillada. Su falda es de buena lana, pero manchada y deshinchada. No quería que yo viera el «dormitorio», pero eché un vistazo cuando se fue a la «cocina». Los muebles, en parte, eran muy buenos: librerías, una cómoda, un tocador cursi y un armario que parecía un cajón pintado. Encima de la cama, un edredón anticuado, blanco, de zaraza. Caí en la cuenta de que no dormía en la cama, sino en el diván del cuarto de al lado, donde nos encontrábamos. La habitación estaba llena de montones de basura por todas partes, harapos, bultos de periódicos, todo lo imaginable: esto era lo que no quería que yo viera.

–Oh, es nata de verdad –dijo cuando tomamos el pastel y me contó que, en verano, a ella y a sus hermanas las mandaban con una anciana a Essex.

–Cada día del verano estábamos al aire libre. Magníficos y cálidos veranos, no como los que tenemos ahora. Estábamos bronceadas como pastillas de café con leche. La anciana tenía una pequeña casa de campo, pero sin cocina. Había dispuesto un trípode bajo un cobertizo de paja en el patio y tenía una gran olla de hierro suspendida de cadenas y preparaba todas las comidas en la olla. Primero, colocaba un pedazo de carne y, alrededor, zanahorias y patatas, después envolvía el budín en un paño enharinado y lo metía para que cociera al mismo tiempo. Solía preguntarme cómo podía ser que el budín supiera a mermelada y fruta y no a carne, pero, claro, era obra de la harina que había en el paño. Nos daba grandes platos de sopa, nos colocaba en los peldaños y nos comíamos la carne y la verdura; luego, pelaba el paño del budín y salía con mucha corteza y muy cremoso; nos servía los trozos en los mismos platos de la carne... pero nosotras los habíamos lamido hasta dejarlos limpios. Luego decía: ¡Ahora, fuera!, y hervía agua en la olla de hierro para lavar nuestros platos y lavarse ella, después, y nosotras salíamos al campo a coger flores. Ah, me gusta recordar todo aquello.

–¿Qué edad tenía entonces? –Una niña. Éramos unas niñas. Íbamos cada verano... muchos veranos. Esto fue antes de que muriera mi pobre madre, ¿sabe?

Habló de la anciana, que era muy buena, y de la casita de campo, que no tenía agua corriente y sólo un excusado fuera, en un pequeño cobertizo de ladrillo, y de aquellos cálidos veranos, toda la tarde. Ella hablaba y yo la escuchaba. Me quedé hasta las siete. Volví a casa, encendí la calefacción y pensé que era la hora de que limpiara un poco. Pensé en la señora Fowler, sola, con las llamas que

salían en la puertecilla abierta de su hogar. Abrí una lata de sopa y miré la televisión.

Al sábado siguiente, le llevé unas violetas africanas y otro pastel.

Todo era igual: el fuego encendido, el gato amarillo y la sucia blusa a lunares de seda.

Se mostraba reticente; pensé que se debía a que el sábado anterior había hablado durante tres horas, sin parar apenas.

Pero no se trataba de esto. Surgió cuando me iba.

–¿Es usted una Buena Vecina? –dijo.

–Confío en serlo algún día –dije, riendo.

–Entonces, ¿está haciendo prácticas?

No le comprendí y ella lo advirtió. Resulta que el Ayuntamiento emplea a mujeres, por regla general entradas en años, que van a las casas de ancianas para tomar una taza de té, o ver si están bien: no hacen gran cosa, pero las vigilan. Se llaman las Buenas Vecinas y les pagan tan poco que no lo hacen por dinero. Me ocupé de informarme al respecto a través de mi oficina. Al tercer sábado le llevé un poco de fruta y vi que era un error. No dijo nada, una vez más, hasta más tarde, cuando observó que su dentadura no le permitía comer fruta.

–¿No puede comer uvas? ¿Plátanos?

Dijo, con humor, que su pensión no le alcanzaba para uvas.

Y se disparó a hablar de su pensión y lo que costaba el carbón, lo que costaba la comida y de «aquella mujer del Ayuntamiento que no sabe de qué habla». De nuevo, le escuché. Aún no tengo todas las piezas del rompecabezas. Veo que tardaré tiempo, debido a mi ignorancia, mi falta de experiencia y su reticencia, sus enfados –porque ahora los veo salir a la superficie, cuando alumbran sus ojos con lo que pensarías, en un principio, que debe ser alegría o, incluso, un sentido de la comedia–, mucho tiempo, debido a cómo es ella, su naturaleza, y a cómo soy yo, mi tosquedad, antes de poder trazarme una imagen completa de ella.

La «mujer del Ayuntamiento», una tal señora Rogers, quería que ella, la señora Fowler, tuviera una auxiliar que viniera a ayudarla. Pero la auxiliar la estafó y no le hizo trabajo alguno, tampoco quería fregar el suelo. Era como son todas estas jóvenes: perezosas, se creen demasiado buenas para trabajar. Ella, la señora Fowler, no era demasiado buena, ella sí friega el suelo, carga con el carbón por todo el pasillo; deshollina su chimenea una vez por semana hasta tan arriba como le alcanzan las escobas, porque le aterrorizan los incendios. Y así sucesivamente sobre las asistentes sociales y las auxiliares y... una Buena Vecina, que fue lo bastante amable como para personarse en una ocasión, y me dijo que me había llegado la hora de vivir en un asilo, por lo que yo le dije: Ya sabe dónde está la puerta.

–Pero, señora Fowler, nos conocimos en la farmacia, ¿cómo podría ser una Buena Vecina... es decir, de oficio?

–Se meten en todo –dijo, con amargura pero perturbada, puesto que temía que me ofendiera y no volviera.

Cuando me fui, me acompañó hasta la puerta de entrada e hizo algo que he visto en el teatro o he leído en las novelas. Llevaba un viejo delantal a rayas, que se había colocado para preparar el té, y se lo plisaba con las dos manos y, dejando que recobrara su forma, luego volvía a plisarlo.

–¿Puedo pasar entre semana? –le pregunté.

–Si le da tiempo –dijo y no pudo resistir la tentación de agregar–: Ganará un poco más –pero casi jadeó al decirlo: no quería decirlo, porque no quería creer que yo era una persona oficial, pagada, sino sólo un ser humano que la quería.

Cuando la visité, al salir del trabajo, el miércoles, le lleve un ejemplar de nuestra revista. Me avergonzaba, tan brillante, lisa y lustrosa, tan *aguda*: se presenta así, es su imagen. Pero me la arrebató con la sonrisa maliciosa de una colegiala y con una especie de respingo con la cabeza –remotamente, el gesto de una muchacha que se sacude la cabellera–, me dijo:

–Ah, me encantan estas cosas, me encantan, ver las cosas que imaginan.

Como eran las siete de la tarde, yo no sabía qué tal le iba que estuviera allí. ¿A qué hora cenaba? ¿Cuándo se iba a la cama? Encima de los periódicos que cubrían la mesa había una botella de leche y un vaso.

–Me la he bebido; si no, le ofrecería un vaso –dijo.

Me senté frente a ella y vi que la habitación, con las cortinas corridas y la luz eléctrica, parecía bastante acogedora, no tan sucia y lóbrega. Pero ¿por qué me fijó en la suciedad de esta manera? ¿Por qué juzgamos a la gente así? *Ella* no estaba peor debido a la mugre y al polvo, ni siquiera por los olores. Decidí no advertirlo, si podía remediarlo; no juzgarla, que era lo que hacía, por su sordidez. Vi que los interruptores eléctricos no funcionaban e inventé un pretexto para ir a la «cocina»: cordones deshilachados por las paredes, sólo un interruptor para toda la habitación, encima mismo de la luz, y al que ella apenas podría llegar.

Estaba mirando la revista, con una sonrisa que era toda disfrute.

–Trabajo en esta revista –le dije y ella la cerró mirándome con su forma peculiar, como si intentara que encajara todo, adquiriera sentido.

–¿Sí? Y qué hace... –pero no sabía qué preguntas hacer. Yo no podía decirle que era la ayudante de la directora.

–Mecanografía... y muchas cosas más –dije sólo.

Lo cual es bastante cierto.

–Eso es lo más importante –dijo–, aprender. Es lo que hace la diferencia entre una persona y nada. Eso y una casa propia para vivir.

Aquella tarde refirió lo mucho que había luchado para tener aquel piso, puesto que, en un principio, se había instalado en la parte trasera del último piso, en una sola habitación, pero se había fijado en el piso del sótano y lo quería, y esperó y conspiró para tenerlo y, al fin, lo consiguió. *Y no me van a sacar, ni lo piensen*. Hablaba como si todo hubiera sucedido el día antes, pero era, más o menos, durante la Primera Guerra Mundial.

Habló de que no tenía el dinero para el alquiler de aquel espacio y cómo había ahorrado, penique a penique, y luego se lo habían robado, dos años de escatimar y ahorrar; se lo había robado la malvada mujer del primer piso, y ella había ahorrado de nuevo y, finalmente, se dirigió al administrador y le dijo: Déjeme instalar aquí. Tengo el dinero necesario. Él me dijo: ¿Cómo conseguirás pagar el alquiler en adelante? Eres una sombrerera, ¿no es así? Le dije: Déjelo por mi cuenta. Cuando deje de pagarle, me echa a la calle.

–Y no he dejado de pagar nunca. Ni una sola vez. A pesar de que he pasado sin comer. No, lo aprendí muy pronto. Con tu casa propia, lo tienes todo. Sin una casa, eres un perro. No eres nada. ¿Tiene su propia casa? –y cuando le contesté afirmativamente, dijo, sacudiendo la cabeza con orgullo, furiosa–: Eso está bien y no lo deje perder porque, de ser así, nada puede afectarle.

El «piso» de la señora Fowler es de renta limitada, veintidós chelines semanales. Casi una libra esterlina en moneda actual. Como es natural, ella no piensa en términos de moneda actual, no se maneja con ella. Dice que la casa la compró «aquel griego» después de la guerra –la guerra nueva, sabe, no la antigua– por cuatrocientas libras. Y ahora está valorada en sesenta mil.

–Quiere verme fuera, para sacarle a alguien hasta el último céntimo por este piso. Pero sé un par de trucos. Siempre lo tengo aquí, siempre, y si no se presenta, me voy a una cabina telefónica y llamo a

su oficina y le digo: ¿Por qué no ha pasado a cobrar el alquiler?

Yo sabía tan poco del asunto, que le dije: –Pero, señora Fowler, veintidós chelines no justifican la molestia de pasar a cobrar –y centellearon sus ojos, su cara estaba blanca y terrible, me dijo:

–Lo ve así, ¿es así? Entonces, ¿la manda él aquí? Pero el alquiler es éste y voy a pagarlo. No vale nada, ¿le parece? Vale por un techo sobre mi cabeza.

En los tres pisos encima del suyo viven familias irlandesas, con niños, gente que entra y sale, ruido de pasos por todas partes: la señora Fowler dice que «ella» hace que la puerta de su nevera traquetea para mantenerla despierta durante la noche porque «ella» quiere este piso... La señora Fowler vive en una pesadilla de persecuciones imaginarias. Me contó su campaña de diez años de duración, después de la primera guerra, no la nueva, en que «aquella bruja de Nottingham» intentaba apoderarse de su vivienda y ella... Según parece, ella lo hizo todo, no dejó nada por hacer y todo resulta convincente. Pero ahora, en el piso de arriba, vive una pareja irlandesa, cuatro hijos y vi a la mujer en la escalera. ¿Qué tal está la anciana?, me preguntó, sus azulados ojos de irlandesa cansados y solitarios, puesto que su marido la está abandonando, aparentemente, por otra mujer: He intentado bajar, pero parece que no le gustó cuando lo hice, así que no bajo.

Le mostré a la señora Fowler el ejemplar de *Lilith* con «Imágenes de la mujer». Lo cogió cortésmente y lo dejó en sus rodillas. Sólo cuando iba a entrar en máquinas, se me ocurrió que no aparecía ninguna anciana entre las «imágenes». Se lo comenté a Joyce y contemplé una serie de reacciones por su parte: la primera, sorpresa. Seguidamente, conmoción, pequeños movimientos de cabeza y ojos me dijeron que se alertaba ante el peligro. Luego, desconectó, por así decirlo, se mostró vaga y apartó su mirada de mi persona. Suspiró.

–Ah, pero ¿qué pasa? No apuntamos a ese grupo de edad.

Me vi reflejada en ella y comenté:

–Todas tienen madres y abuelas.

Qué miedo tenemos a la edad: ¡cómo desviamos la mirada!

–No –dijo, con cierta vaguedad, un aire de abstracción, como si hiciera justicia a un tema difícil en el que había pensado mucho–. No, al fin y al cabo, no, pero quizá dedicaremos un artículo a las «parientes mayores» más adelante. Pasaré nota.

Acto seguido me lanzó una sonrisa breve, era una sonrisa compleja: culpabilidad, alivio y –aún estaba allí– sorpresa. En alguna parte se preguntaba, ¿qué le pasa a Janna? Había una petición en ello: no me amenes, ¡no lo hagas! Y, a pesar de que había querido tomar una taza de té conmigo mientras comentábamos la salida del siguiente número de la revista, dijo que tenía que irse volando. Y se fue volando.

Acababa de ocurrírseme algo interesante.

Joyce es la innovadora, la iconoclasta, la que es capaz de echar a la papelera un número que acabamos de montar, empezarlo de nuevo, trabajando durante toda la noche, para tenerlo listo *así*; Joyce se presenta –y lo es– como un alma impulsiva, dinámica, atrevida, nada convencional.

Yo, Janna, soy clásica y precavida, conservadora y cuidadosa: ésta es mi apariencia y como me considero.

No obstante, se dan a menudo estos momentos entre nosotras, siempre han existido. Joyce dice:

–No podemos hacer esto, no les gustará a nuestras lectoras.

Por mi parte, siempre he creído que nuestras lectoras –o los lectores de quien sea– aceptarían mucho más de lo que se les da.

–Joyce, ¿por qué no lo intentamos? ¿Qué opinas? –le digo.

Pero con harta frecuencia, mis ideas aterrizan en el archivo que he marcado con un Demasiado Difícil y que dejo encima de mi mesa para que Joyce lo vea y —ésa es mi esperanza, pero a menudo es vana— se vea empujada a pensar de forma distinta.

Las imágenes, a) Una muchacha de doce o trece años, que nos planteó muchos problemas. Descartamos un centenar de fotografías y, al final, hicimos que Michael fotografiara a la sobrina de Joyce, que en realidad tiene quince pero es bastante añorada. Conseguimos una abierta y sana sensualidad, nada de Lolita, nos preocupamos de evitarlo. Miss Promesa, b) Una muchacha de unos diecisiete años, acentuando su independencia y confianza. Aún con la familia pero preparada para dejar el nido, c) Muchacha independiente. De unos veinticinco años. Puesto que según nuestra experiencia las mujeres que viven su propia vida comparten un piso, conservan su empleo, sienten que avanzan en la cuerda floja, escogimos algo bonito y vulnerable. Con la necesidad de un príncipe azul, pero capaces de pasarse sin él.

d) Joven casada, con un hijo. Acentuando al hijo.

e) Mujer casada con un empleo de media jornada, dos hijos, al cuidado de la casa y del marido.

Y esto era todo.

Unas semanas antes, no veía ancianos en absoluto. Mi mirada se dirigía, veía, a los jóvenes, atractivos, bien vestidos y guapos. Ahora es como si se hubiera superpuesto una transparencia en aquella fotografía previa y allí, de súbito, están los viejos, los enfermos.

Casi le dije a Joyce: Pero algún día seremos viejas, pero es un tópico tan obvio, ¡tan aburrido! Parece que la oyerá decir: Ah, Janna, ¿tenemos que ser tan aburridas, tan obvias?, no nos compran para que lo seamos. Siempre dice: *nos* compran, tenemos que conseguir que *nos* compren. En una ocasión entré en una estación de servicio, cansada después de un trayecto largo, y dije: Por favor, lléneme. El hombre del garaje me dijo: Me conformaré con llenarle el coche, señora.

Cuando la señora Fowler fue a la cocina en busca de unas galletas, la acompañé y la vi subirse a un taburete, para poder encender la luz del techo. Examiné los cables raídos, las paredes húmedas. Más tarde le dije:

—Le pediré a mi electricista que venga, si no acabará usted matándose.

Permaneció sentada, inmóvil, unos minutos, luego levantó la mirada, me observó y suspiró. Supe que era un momento importante. Le había dicho algo que ella había soñado que alguien dijera: pero ahora, le resultaba un estorbo y deseaba que desaparecieran el momento y yo. Me dijo:

—Me las he arreglado bastante bien —una observación tímida, una súplica, un resentimiento.

—Es una vergüenza que usted se encuentre en estas condiciones. Su instalación eléctrica es una trampa mortal.

Ante esto, rió con un bufido:

—Una trampa mortal, ¿sí? —y nos reímos. Pero yo estaba aterrada, algo en mi interior pugnaba por salir, huir, alejarme de aquella situación.

Me sentía atrapada. Estoy atrapada. Por la promesa que le hice. En silencio. Pero es una promesa.

Me fui a casa y, al abrir la puerta, se abrió lentamente la puerta de enfrente: la señora Penny, al acecho:

—Perdone —exclamó—, pero he estado esperando que llegara a casa. Tengo que pedirle un favor.

—¿De qué se trata? —dije, muy poco amable.

—Olvidé comprar mantequilla cuando salí y...

—Se la daré —le dije y con un raptó de energía entré en mi piso, cogí media libra de mantequilla, se la

deposité en las manos y le dije:

–No me dé las gracias –y volví a toda prisa a mi casa con un portazo. El portazo fue deliberado. Ella tenía mantequilla, lo sabía. Lo que yo pensaba es que tenía un hijo y una hija y si no se ocupaban de ella, *tant pis*. No es responsabilidad mía.

Estaba furiosa, con la necesidad de sacudirme algo... la señora Fowler. Llené la bañera. Dispuse toda la ropa que había llevado aquel día para la lavandería. Podía percibir el aire hediondo del cubículo de la señora Fowler en mi piel y en mi pelo.

Aquella noche caí en la cuenta de que mi cuarto de baño es el lugar que habito. Probablemente, incluso mi hogar. Cuando me mudé aquí, copié el baño que había instalado en el piso antiguo, hasta el más mínimo detalle. Pero no hice nada en particular en la sala de estar ni en el dormitorio, ni en el estudio. Freddie bromeaba con que su rival era el baño.

Pedí que me hicieran una mezcla especial de pintura, marfil con un tono rosado. Puse azulejos, muy delicados y suaves, coral, turquesa y ocre, con las persianas a juego con el color de los azulejos. La bañera es azul gris. En ocasiones, una habitación es perfecta: no se puede añadir ni cambiar nada. Cuando lo vio Joyce quiso fotografiarlo para la reví. No acepté: sería como si me fotografiaran desnuda. Tomo un baño cada mañana, cada noche. Me quedo tendida en la bañera y me remojo durante horas. Leo en el baño, con la cabeza y las rodillas flotando en almohadones de goma. Tengo un par de estantes llenos de sales y gel de baño. Aquella noche permanecí tendida en la bañera, a la que añadía agua caliente cuando ésta se enfriaba, y contemplé mi cuerpo. Es un cuerpo sólido, firme, blanco. Nada de grasa. ¡Dios no lo quiera! Nada de bolsas ni colgajos. Bueno, sin hijos. Nunca hubo tiempo para los hijos y cuando le dije a Freddie: Si, ahora podría tener uno, no me quedé embarazada. Se mostró animoso y bueno al respecto. No supe lo mucho que le importaba. Sabía que quería hijos, pero no hasta qué punto. Me cuidé muy bien de no averiguarlo, supongo.

Salí del baño y me quedé junto a la puerta envuelta en la toalla; miré el baño y pensé en la señora Fowler. Nunca ha tenido agua caliente. Ha vivido en aquel sucio agujero, con agua fría, desde antes de la Primera Guerra Mundial.

Deseé no haberle respondido y toda la noche pensé en como escapar.

Por la mañana me desperté y fue como si me enfrentara a un terrible destino. Porque sabía que cuidaría de la señora Fowler. En cualquier caso, hasta cierto punto.

Llamé al electricista. Se lo conté todo. Fui a trabajar deprimida e, incluso, aterrorizada.

Aquella noche me llamó el electricista: la señora Fowler le había chillado: *¿Qué quiere?* Y él se había largado.

Le dije que lo esperaría a la tarde siguiente.

A las seis estaba allí y vi la cara del electricista cuando ella abrió la puerta y la peste y la miseria lo sorprendieron. Luego el electricista le dijo, en una forma agradable y fresca:

–Bueno, menuda manera de recibirme ayer tarde, ¿no le parece?

Lo examinó con lentitud y luego me miró a mí como si fuera una extraña, se apartó y entró en su «sala de estar» mientras yo le decía al electricista lo que debía hacer. Tendría que haberme quedado con ella, pero había cogido trabajo para casa y se lo dije.

–No le he pedido que se molestara –me dijo.

Luché conmigo misma y la abracé:

–Ah, vamos, no sea cascarrabias –le dije y me fui. Ella tenía lágrimas en los ojos. Yo, por mi parte, luchaba contra la repugnancia, contra su olor agrio. Y contra otro olor, agudo y dulce, que no conocía.

Jim me llamó ayer y me dijo que había hecho cuanto había podido; había colocado cable nuevo e

interruptores a una altura que ella alcanzara y, también, una lámpara junto a la cama.

Me dijo el importe... tan mal como había imaginado. Le dije que le mandaría un cheque. Silencio. Quería que le pagara en efectivo: al pensar que lo volvería a necesitar para la señora Fowler –y este pensamiento me provocaba terror, como el reconocimiento de una terrible carga para siempre– le dije:

–Si te pasas por aquí, te lo daré en efectivo.

–De acuerdo –dijo él.

Llegó al cabo de una hora. Cogió el dinero, se quedó esperando, y luego dijo:

–¿Por qué no está en un asilo? No debería vivir así.

–No quiere ir a un asilo. Le gusta donde vive.

Jim es un muchacho agradable, nada estúpido. Se avergonzaba de lo que pensaba, como yo. Dudó y, luego, dijo:

–No sabía que aún quedaba gente viviendo así.

–Será que te falta mucho por conocer –le dije yo, la mujer de mundo, la mayor, la experta.

Aún se quedó vacilante, preocupado, pero insistente:

–¿Qué sentido tiene ser viejo así? –dijo y, acto seguido, con rapidez, para anular lo que había dicho, anular lo que estaba pensando–: Bueno, todos llegaremos a viejos, supongo. ¡Hasta luego!

Y se fue. Fue delicadeza lo que le hizo decir *llegaremos* a viejos, no *llegaré* a viejo, porque, para él, yo ya soy vieja.

Me senté a pensar. Lo que él había dicho es lo que dice la gente: *¿Por qué no están en un asilo? ¡Apartémoslos del paso, de nuestra vida, donde gente joven y sana no pueda verlos, no pueda pensar en ellos!*

Están pensando –he estado pensando, *pienso*–, ¿qué sentido tiene que estén vivos?

Pensé, ¿de qué manera nos valoramos? ¿A través de qué? ¿El trabajo? Jim el electricista está bien situado, los electricistas obviamente son de primera categoría... si consigues que vengan. ¿Qué decir de las ayudantes de dirección en las revistas de mujeres? ¿Ayudantes de dirección sin hijos?

Qué decir de Joyce, la directora, con una hija, que ni le habla, dice que Joyce es despreciable por alguna razón, lo he olvidado; un hijo, difícil. Me aburren tanto estas *prima donnas* malcriadas, los adolescentes.

¿Qué decir de mi hermana Georgie? Bueno, está muy bien, tiene hijos, marido, buenas obras. ¿Qué decir de mi hermana Georgie dentro de quince años? Estadísticamente será viuda, los hijos lejos de casa, vivirá en un piso, sin ser necesaria para nadie. ¿Cómo se la juzgará entonces?

¿Qué decir de mi Freddie, de haber vivido? Un santo, no menos, que aguantó a una esposa–hija malcriada. Pero, ¿en quince años? Veo a los ancianos, delgados, indefinidos, de aspecto polvoriento; o gordos, con colgajos y grises, por las calles con su compra, o en las esquinas, como perdidos.

¿Juzgaremos a la gente por sus maravillosos pensamientos?

Si mis pensamientos ahora no son maravillosos, ¿cómo serán en quince, veinte años?

¿Qué *sentido* tiene Maudie Fowler? Según el listón y las medidas que me enseñaron, ninguno.

¿Qué decir de la señora Penny, una molestia para sus hijos, para todo el mundo en este edificio y, en particular, para mí... algo que no puedo aguantar? Una tonta con sus pastosas vocales, «viví en la India en los viejos tiempos», su darle a la botella en secreto, su «refinamiento», su falsedad. Bueno,

¿qué decir de la señora Penny? Ni un alma en el mundo vertería una lágrima si muriera.

Después de pagar a Jim tomé otro de mis largos baños. Es como si, en un baño de este tipo, mi viejo yo saliera flotando, se ahogara, y surge otro nuevo de la espuma de agujas de pino, del gel satinado, de los iones de brisa marina.

Me metí en la cama mientras me decía que había contribuido al bienestar de la señora Fowler mucho más de lo que ella podía esperar. Era suficiente. Me limitaría a no acercarme de nuevo a ella.

Por la mañana me desperté indispuesta, porque me sentía tan atrapada y pensé en cómo me habían educado. Muy interesante: se puede decir que en un hogar moral. Con religión, pero moderada. Sin embargo el ambiente era de autoaprobación: *nosotros* hacíamos lo correcto, éramos buenos. Pero, en la práctica, ¿qué significaba? No me enseñaron ninguna autodisciplina, autocontrol. Excepto durante la guerra, pero era algo externo. No me enseñaron a controlar mi comida, tuve que arreglármelas sola. O cómo levantarme por la mañana, y fue lo más duro, cuando empecé a trabajar. Nunca he sabido cómo decirme no a mí misma, cuando quiero algo. Nunca se nos negó nada, si lo había. ¡La guerra! ¿Fue por esto, porque había tan pocas cosas al alcance, por lo que a los niños se nos daba lo que queríamos? Pero hay una cosa que debo agradecer a mi madre, sólo una: y me quedé en cama aquella mañana diciéndole: Gracias por ello. Por lo menos me enseñaste que si prometo algo, debo cumplirlo. Que si digo que haré algo, debo hacerlo. No es mucho con que empezar, pero es algo.

Gracias.

Volví junto a la señora Fowler después del trabajo.

Durante todo el día había pensado en mi maravillosa sala de baño, mis baños, lo que dependía de todo ello. Pensaba que lo que yo gastaba en agua caliente en un mes cambiaría su vida.

Pero al entrar, con seis paquetes de leche y vasos nuevos, exclamé desde la puerta:

—Hola, estoy aquí, déjeme pasar, ¡mire qué tengo! —y recorrí a grandes pasos aquel horrible pasillo, ella se plantó a un lado, su cara como un pequeño puño vengativo. Quería castigarme por su nueva instalación eléctrica y su nueva comodidad, pero yo no se lo permitiría. Avancé rápida y dando portazos, serví leche y le enseñé los vasos y, cuando ya me senté, también lo hizo ella, vivaz y sonriente.

—¿Ha visto mis botas nuevas? —le pregunté, y se las mostré. Se agachó, la boca le temblaba de risa contenida, de malicia.

—Ah —murmuró—, me gustan las cosas que lleva, me parecen muy bonitas.

Así pasamos la tarde, yo le enseñé todo cuanto llevaba. Me saqué el suéter y permanecí de pie, para que ella pudiera repasarme, riendo. Llevaba mi combinación nueva, *crepé de Chine*. Me subí la falda para que pudiera ver el encaje. Me saqué las botas para que pudiera tocarlas.

Reía y se divertía.

Me habló de la ropa que había llevado cuando era joven.

Había un vestido predilecto, de popelín gris con flores rosa. Se lo ponía para visitar a una tía. Había sido del lío de su padre y era demasiado grande para ella, pero se lo arregló.

—Antes de que mi pobre madre muriera, todo era poco para mí; pero, luego, me tocaban los desechos. Pero aquél era tan bonito, tan bonito, y me gustaba cuando lo llevaba.

Hablamos de vestidos, bragas, enaguas, combinaciones y zapatillas, boas y corsés de cincuenta, sesenta, setenta años atrás. La señora Fowler tiene más de noventa años.

Habló sobre todo de la mujer de su padre, que era la dueña de un pub. Cuando murió la madre de la señora Fowler...:

–¡La envenenaron, querida! *Ella*, la envenenó... ah, sí, sé lo que está pensando, puedo verlo en su cara, pero *ella* la envenenó, igual que casi lo hizo conmigo. Vino a vivir a nuestra casa. Estaba en St John's Wood. Yo era la fregona de la casa, como una esclava día y noche, y antes de que *ellos* se metieran en la cama tomaban un *porridge* con un poco de whisky y crema. Ella se instalaba a un lado de la chimenea, con su bata roja de seda de fantasía. Me decía, Maudie, ¿te sientes bien esta noche? Y se quitaba todas aquellas plumas y se quedaba con su corsé. Ahora ya no fabrican aquellos corsés. Era una mujer alta y guapa, con muchas carnes, y mi padre permanecía en el sillón, tirando de sus patillas. Tenía que aflojarle los cordones del corsé. ¡Menudo trabajo! Pero era mejor que tirar y estirar para meterla dentro del corsé cuando se vestía para salir. Nunca me decían, Maudie, ¿te apetecería un poco de *porridge*? No, comían y bebían como reyes, no les faltaba nada. Si a ella le apetecía cangrejo o lenguado o una langosta, mi padre me mandaba a comprarla. Pero nunca preguntaba, Maudie, ¿te apetecería probarla? Sin embargo, engordó más y más y pasó lo de: ¿Quieres mi vestido de seda azul, Maudie? Lo quería, ¡claro! De uno de sus trajes me salía un vestido y una blusa y, a veces, una bufanda. Pero nunca me gustó llevar sus cosas, en verdad, no. Me sentía como si se las hubiera robado a mi pobre madre.

No llegué a casa hasta muy tarde y me quedé en la bañera pensando si podíamos escribir un artículo sobre aquellas antiguas prendas. Se lo mencioné a Joyce y se interesó bastante.

Me miraba con curiosidad. No le gustaba hacer preguntas, porque hay algo en mí que la pone en guardia. Pero me dijo:

–¿Dónde te han hablado de estas ropas? –mientras yo le hablaba del vestido de seda rosa de la dueña de un bar antes de la Primera Guerra Mundial, quien, según la señora Fowler, envenenó a la esposa de su amante e intentó envenenar a la hija del mismo. Y el salto de cama de satén, color ciruela, con plumas de avestruz negras.

–Ah, tengo una vida secreta –dije y ella me respondió:

–Así parece –sin aparentar darle importancia, de una manera ausente, que ya empiezo a reconocer.

Volví a casa de Maudie ayer noche. Le dije:

–¿Puedo llamarla Maudie? –pero no le gustó. Detesta las familiaridades, la falta de respeto. Por tanto, desistí. Cuando me iba le dije:

–Por lo menos llámeme Janna, por favor.

Ahora me llamará Janna, pero seguirá siendo la señora Fowler, como muestra de respeto.

Le pedí que me describiera aquellas antiguas prendas, para la revista: le dije que le pagaríamos por la información experta. Fue un error; exclamó, muy sorprendida y herida:

–Ah no, cómo se atreve... Me encanta pensar en aquellos viejos tiempos.

Por lo tanto, también esto lo dejé correr. Cuántos errores cometo cuando intento hacer lo que está bien.

Casi todos mis primeros impulsos son un error, como avergonzarme de mi cuarto de baño y de mi reví.

Ayer tarde me pasé una hora describiéndole mi cuarto de baño hasta el más mínimo detalle, mientras ella sonreía, encantada, y me hacía preguntas. No es envidiosa. Pero, en ocasiones, hay una mirada sombría y furiosa y sé que habrá comentarios indirectos, más adelante.

Habló nuevamente de la casa en St John's Wood. ¡Puedo verla! Los muebles pesados y oscuros, la comodidad, la buena comida y bebida.

Su padre era el propietario de una casa por la que «ellos» querían que pasara la línea ferroviaria de Paddington. O algo relacionado con esto. Y consiguió una fortuna por ello. Su padre había tenido una tienda en la esquina de Bell Street y vendía ferretería y tenía carbón y pan gratis para los pobres y,

cuando hacía frío, había también un puchero con sopa para los pobres.

—Me gustaba estar allí, muy orgullosa de él, que ayudaba a los pobres...

Luego vino la buena suerte y, de repente, la casa grande, el calor y su padre que salía casi cada noche, porque le gustaba ir donde iba la gente fina, iba a cenar y al teatro, al music hall y allí la conoció a *ella* y a la madre de Maudie se le rompió el corazón y la envenenaron.

Maudie dice que tuvo una bonita infancia, que no podría desear nada mejor para nadie, ni para la propia reina. Habla constantemente de un columpio en un jardín, bajo unos manzanos y con césped alto, sin cortar:

—Solía columpiarme, a veces durante horas, arriba y abajo, y cantaba las canciones que sabía y, luego, mi pobre madre salía y me llamaba, y yo corría hasta ella y me daba pasteles, leche y me besaba; y yo volvía al columpio. O nos vestía, a mi hermana Polly y a mí, y salíamos a la calle. Teníamos un penique y nos comprábamos una pastilla de chocolate. Yo solía lamerla pedazo a pedazo y confiaba en no toparme con nadie y tenerla que compartir. Pero mi hermana siempre se comía la suya de golpe y luego no me dejaba en paz hasta que le daba de la mía.

—¿Qué edad tenía, en el columpio, señora Fowler?

—Uf, cinco o seis años...

Nada tiene sentido. Con toda certeza, era imposible que hubiera un frondoso jardín tras la ferretería en Bell Street. Y en St John's Wood, ¿habría sido ya demasiado mayor para columpios y para jugar sola en el césped mientras cantaban los pájaros? Y cuando su padre salía a elegantes cenas y al teatro, ¿cuándo fue aquello? Se lo pregunto, pero a ella no le gusta seguir un hilo temporal, en su mente hay brillantes imágenes que se ha creado para sí misma y con las que ha vivido durante todas estas décadas.

¿En qué casa fue en la que entró su padre y le dijo a su madre: Tú, cara de culo, ¿no sabes hacer otra cosa que lloriquear? Y le pegó. Pero no lo repitió porque Maudie corrió hasta él y le pegó en las piernas hasta que él comenzó a reír y la levantó en el aire y le dijo a su esposa: Si tuvieras parte de su ardor, serías algo, y se fue con su lío. Seguidamente, la madre de Maudie la mandaba al pub con un jarro, para pedir en medio del público cerveza Guinness a presión.

—Sí, tenía que plantarme allí para que me viera todo el mundo, para que *ella* se avergonzara. Pero no se avergonzaba, no, me hacía pasar detrás de la barra y entrar en su trastienda, que estaba tan caliente que nuestras caras eran como carne hervida. Esto sucedió antes de que envenenara a mi madre y empezara a odiarme, por remordimiento.

Todo cuanto he escrito es una recapitulación, un resumen. Ahora escribiré día a día, si puedo. Hoy es sábado, he ido de compras y he vuelto para trabajar un par de horas; luego he pasado por casa de la señora F. Cuando he llamado a la puerta, ninguna respuesta; he desandado su vieja escalera hacia la calle y la he visto arrastrarse, tirando de la cesta de la compra. La he visto como la vi el primer día: una vieja bruja encorvada. Bastante horrible, con la nariz y el mentón que casi se encuentran, abultadas cejas grises, mechones de pelo canoso esparcidos bajo la mancha negra del sombrero. Respiraba con dificultad al acercarse a mí. Cuando la saludé sacudió con impaciencia la cabeza, como siempre, bajando la escalera sin hablarme. Abrió la puerta, aún sin hablarme, y entró. Tuve ganas de irme. Pero la seguí y, sin que me invitara, me metí en la habitación con el fuego. Entró al cabo de un buen rato, quizá media hora, mientras tanto la oí trajinar por la casa. Vino su viejo gato amarillo y se instaló a mis pies. Ella entró con una bandeja con su tetera marrón y galletas, bastante agradable y sonriendo. Corrió las mugrientas cortinas, encendió la luz y añadió carbón a la estufa. No quedaba carbón en el cubo. Se lo cogí de las manos y atravesé el pasillo hasta la carbonera. Estaba oscuro y sin luz. Olía a gato. Metí carbón en el cubo y volví; ella adelantó la mano hacia el cubo sin darme las gracias.

El problema con un resumen posterior, una recapitulación, es que te olvidas de lo laborioso del encuentro. Podría decir, para empezar, que ella estaba molesta, luego volvió a su manera de ser habitual y lo pasamos muy bien tomando té, me habló de... Pero, ¿qué decir de los cambios de actitud, la rabia, la irritación... ah, tanta rabia, en ambas?

Me enfurecí cuando pasó delante de mí sin hablarme y, probablemente, ella estaba furiosa, pensando, ¡esto es demasiado! Y sentada en aquella habitación, con el gato, yo estaba furiosa, pensaba, ¡si se me agradece de esta manera! Después, todas las irritaciones fundiéndose en placer, con el brillo del fuego y la lluvia fuera. Y siempre hay estos malos momentos para mí, cuando cojo la taza grasienta y tengo que acercármela a los labios; cuando me llega a bocanadas aquel olor penetrante y dulzón que ella despide, cuando veo cómo me mira, a veces, cuando le hierve una antigua rabia... Son subidas y bajadas de emoción, en cada encuentro.

Me habló de unas vacaciones de verano.

—Naturalmente, no podíamos permitirnos vacaciones de verano, no como las que tenéis las chicas de ahora. ¡Las dais por descontado! Me habían despedido de la sombrerería. No sabía cuándo me llamarían de nuevo. Me sentía cansada y acabada, porque entonces no comía como es debido, nos pagaban muy mal. Respondí a un anuncio para una criada en un hotel junto al mar, en Brighton. Selecto, decía. Se precisan referencias. No tenía referencias. Jamás había servido. Mi madre se habría muerto sólo de pensarlo. Escribí una carta y me respondieron para pedirme que me presentara, con el viaje pagado. Preparé mi bolsa y fui. Sabía que estaba bien, había un no sé qué en su carta. Era una casa grande, un poco apartada de la carretera. Subí por el camino principal, pensando, bien, ¡aún no estoy de servicio! Me abrió el ama de llaves, una mujer muy encantadora y me dijo que la señora Privett me recibiría en seguida. Bueno, debo decir que era una de las mejores personas que he conocido en mi vida. La más amable. Pienso a menudo en ella. Sabe, cuando todo va lo peor posible y parece que uno no puede ir a ninguna parte en busca de ayuda, siempre hay aquella persona, aquella persona en especial... Me miró de arriba abajo y me dijo: Bien, Maudie, dices que no tienes experiencia y valoro tu sinceridad. Pero quiero una buena chica porque tenemos buena gente. ¿Cuándo puedes empezar? Ahora, le dije, y ambas nos reímos y, más adelante, me dijo que había tenido la misma intuición conmigo, que cuando llegara todo marcharía bien. El ama de llaves me acompañó al último piso de la casa. Había una cocinera, una fregona, un botones y el ama de llaves; dos doncellas para servir las mesas y cuatro criadas. Yo era una de las criadas. Vivíamos en uno de los áticos, con dos camas grandes, dos en una cama. No tenía que empezar hasta la mañana siguiente, por lo que corrí hacia la playa y me saqué los zapatos. El mar era precioso. No había visto el mar desde la muerte de mi madre, me senté en la playa y contemplé el oscuro mar que se movía arriba y abajo y me sentí tan feliz, tan feliz... volví cuando anocheció, más asustada que nadie por el Estrangulador...

—¿Por qué?

Entonces me contó una larga historia a propósito de un terror periodístico de la época, un hombre que estrangulaba a las muchachas cuando las veía solas... Resultaba fuera de lugar respecto al resto de lo que me contaba y, no obstante, esto era, es, algo de Maudie, una cierta vena de masoquismo, que la hace temblar de miedo, que aparece de repente y luego desaparece. En cualquier caso, corrió temblorosa por la oscuridad, a través del oscuro jardín, con el aliento caliente del Estrangulador en su cuello y el ama de llaves que le abrió la puerta, dijo: Ah, estás aquí, Maudie, me preocupaba por ti, pero la señora me dijo: No te preocupes, sé dónde estará...

—Sabe, he pensado muchas veces en esto, cuando es tan fácil ser agradable, ¿por qué la gente es desagradable? En aquella casa inmensa todo era agradable, toda la gente, incluso los huéspedes; nadie rudo ni malhumorado ni cortante. Era por ella, la señora Privett. ¿Por qué la gente es desagradable mutuamente?

»Me había guardado la cena, una cena muy buena, y se sentó a mi lado mientras comía. Luego, me fui a la cama. La casa estaba a oscuras, con luces de gas en los rellanos, pero en lo más alto el cielo estaba claro; también estaban las tres chicas restantes y, ah, nos divertimos tanto. Nos pasamos media noche en la cama y venga contar historias, historias de fantasmas y todo eso, nos metíamos miedo mutuamente con el Estrangulador, comíamos dulces y nos reíamos...

»Y a la mañana siguiente, teníamos que levantarnos a las seis. A la hora del desayuno estaba hambrienta, pero ella, la señora Privett, nos daba lo mismo que comían los huéspedes del hotel, mejor incluso, y se presentaba en la cocina mientras todas comíamos para asegurarse de que así fuera. Nos comíamos grandes platos *de porridge* y leche de verdad y, luego, arenques ahumados o pescadilla si nos apetecía; o huevos preparados a nuestro gusto; y cuantas tostadas y mermelada y

mantequilla pudiéramos comer. A veces, también nos acompañaba y decía que le gustaba ver cómo comía la gente joven. Debéis comer mucho o no podréis hacer vuestro trabajo. Así eran todas las comidas. Jamás había comido de aquella manera ni lo he hecho después. Y, luego...

—¿Qué trabajo hacía? ¿Era duro?

—Sí, me parece que era duro. Pero en aquellos tiempos sabíamos trabajar. Nos levantábamos a las seis y limpiábamos las chimeneas de toda la casa y encendíamos los fuegos y teníamos limpio y brillante el comedor antes de servir las bandejas con té y galletas a los huéspedes. Acto seguido, limpiábamos los servicios, todo a punto y lustroso, antes de desayunar. Y, luego, hacíamos las habitaciones, en seguida, sin escatimar nada a la limpieza. La señora Privett no lo habría perdonado. Arreglábamos las flores con ella o limpiábamos la plata o las ventanas. Y, luego, tomábamos nuestras comidas, comida espléndida, lo que comían los huéspedes. Después nos subíamos los remiendos al ático y mientras zurcíamos hacíamos un poco de juerga. A ella no le importaba. Decía que le gustaba oírnos reír, siempre que tuviéramos el trabajo listo. Y, luego, bajábamos para preparar el té, bandejas y bandejas de pan, mantequilla, pasteles y acompañamientos, que servíamos las cuatro mientras las camareras tenían su tarde libre. Y, luego, teníamos tiempo libre y nos encaminábamos a la playa una hora o más. Y, luego, nosotras, las cuatro criadas, nos quedábamos con los pequeñines mientras los padres salían al teatro o a alguna parte. Me encantaba, me encantan los niños pequeños. A todas nos encantaban. Y había una cena, hacia las diez de la noche, con pasteles, jamón y todo. Y todas teníamos una tarde libre, sábado o domingo. Ah, era maravilloso. Pasé tres meses allí y engordé tanto y fui tan feliz que no me entraba ningún vestido.

—¿Y luego?

—Llegó el otoño y el hotel cerró sus puertas. La señora Privett me dijo, Maudie, quiero que te quedes conmigo. En invierno abro un lugar junto al mar, en Niza, en Francia. Quería que fuera con ella. Pero le dije que no, yo era una sombrerera, éste era mi oficio, pero me rompió el corazón no acompañarla.

—¿ Por qué *realmente* no la acompañó ? —pregunté.

—Es lista —dijo—. Tiene razón. Fue por Laurie. Me fui de Londres a Brighton sin decir dónde estaba, para que él me valorara y así fue. Me esperaba al bajarme del tren, aunque nunca supe cómo se enteró. Me dijo: ¿Conque has vuelto? Ya lo ves, le dije. Mañana darás un paseo conmigo, me dijo. ¿Yo?, le dije.

»Y así me casé con él. Me casé con él en vez del alemán. Me casé con el hombre que no debía.

Me salió una mueca ante esto y ella me dijo:

—¿También se casó con el hombre que no debía?

—No —le dije—, él se casó con la mujer que no debía.

Esto la divirtió tanto que se recostó en su silla, pellizcándose las rodillas con sus manos oscuras y arrugadas, reía y reía. Tiene una risa joven y fresca, para nada la risa de una anciana.

—Ah, ah, ah —exclamó—. Nunca lo había pensado. Bien, Laurie pensaba que se había casado con la mujer que no debía, pero ¿con qué tipo de mujer debería haberse casado? El caso es que nunca se quedó con ninguna.

Todo esto tuvo lugar esta tarde. Estuve junto a ella hasta pasadas las seis. Salió conmigo hasta la puerta de la calle y dijo:

—Gracias por traer el carbón. No me haga caso, querida, no haga caso de mi comportamiento.

Domingo.

Vi *The White Raven*. Veo que soy como Maudie, las criadas... me encanta tener miedo. Después de la película volví aquí para mi habitual ocupación dominical, asegurarme de que tengo toda la ropa a punto para la semana siguiente, cuidada. Vi que había pasado todo el día sola, y así, por regla

general, es como paso los fines de semana. Solitaria. No sabía que lo era hasta que Freddie murió. A él le gustaba organizar cenas más o menos cada semana, recibíamos a sus colegas con las mujeres y yo invitaba a compañeras de trabajo, por regla general a Joyce y a su mando. Mi comida era perfecta y Freddie se ocupaba del vino. Estábamos orgullosos de lo bien que lo hacíamos. Todo voló, desapareció. Nunca más he vuelto a ver a sus socios después del entierro. Cuando he pensado si debía organizar de nuevo aquellas cenas perfectas, con poca gente, no he tenido ganas. En el trabajo, todo el mundo cree que soy una mujer autosuficiente y competente, con una vida llena. Amigos, fines de semana, diversiones. Tengo tres o cuatro comidas sociales cada semana, cocktails, presentaciones para la reví. Ni me gusta ni me disgusta, forma parte de mi trabajo. Conozco a casi todo el mundo, todos nos conocemos. Después del trabajo, vuelvo a casa, si no ceno con Joyce para comentar algo, y compro comida preparada, luego... empieza mi noche. Me meto en el baño y allí me paso dos o tres horas. Miro un poco de televisión. Durante los fines de semana voy a algún lugar sola. ¿Cómo describirían a una persona así? Sin embargo, no me siento sola. Si alguien me hubiera dicho, antes de que Freddie muriera, que podía vivir así, sin querer nada distinto... No obstante, ¿será que quiero algo distinto? Pasaré un fin de semana con Georgie. *Lo intentaré de nuevo*. Hoy no visité a Maudie y pensé demasiado en ello. Estoy instalada en la cama para escribir esto y me pregunto si me esperaba. Si se sintió decepcionada.

Lunes.

Pasé después del trabajo, con unos bombones. Parecía reservada. ¿Molesta porque no la visité ayer? Dijo que no había salido a la calle porque hacía frío y se sentía mal. Al llegar a mi casa, me he preguntado si quería que yo saliera a comprarle sus cosas. Pero, en fin de cuentas, se las apañaba bien antes de que yo amaneciera en su vida... *topara* con ella.

Martes.

Joyce dijo que no quería ir a Munich para la Feria del Vestido, problemas con su marido, y sus hijos le dan guerra, ¿quiero ir yo? Me mostré poco dispuesta, a pesar de que me gustan estos viajes: caí en la cuenta de que era debido a Maudie Fowler. Me pareció una locura y le dije que iría.

Fui a casa de Maudie después del trabajo. Las llamas saltaban por la puertecilla, estaba malhumorada y vehemente. No, no se sentía bien y no, yo no tenía que preocuparme. Se mostró brusca, pero me metí en la cocina, que apestaba a comida agria y a comida de gato pasada; vi que había muy pocas cosas. Le dije que saldría a comprar para ella. Ahora ya advierto cuándo le complace que haga esto o aquello, pero está herida en su orgullo. Baja su mentón, pequeño y afilado, le tiemblan un poco los labios y mira el fuego en silencio.

No le pregunté qué debía comprar, pero cuando salí dijo a gritos algo acerca de pescado para el gato. Compré muchas cosas, las deposité en la mesa de la cocina, herví un poco de leche y se la di.

–Debería estar en la cama –le dije.

–Y en un momento iré a buscar al médico –dijo ella.

–¿Tan terrible es? –Me mandará a algún lugar –dijo. –¿Dónde?

–Al hospital, ¿dónde si no? –Habla como si el hospital fuera una especie de cárcel –le dije.

–Yo tengo mis ideas, tenga usted las suyas –dijo.

Mientras tanto, pude advertir que estaba realmente enferma. Tuve que forcejear con ella, ayudarla a meterse en la cama. Busqué un camisón, pero comprendí que no usaba ninguno. Se mete en cama con una camiseta y bragas, con un viejo cardigan abrochado en el cuello con un bonito broche granate.

Sufría porque yo veía que la cama no estaba limpia y que sus prendas interiores estaban sucias.

El hedor dulzón era muy fuerte: ahora ya sé que es orina.

La metí en la cama, le preparé té, pero dijo:

–No, no, sólo me hará orinar.

Miré alrededor y encontré que una silla en un rincón del dormitorio era un orinal y lo arrastré hasta la cama.

–¿Quién lo vaciará? –preguntó furiosa.

Salí de la cocina para ver cómo era el retrete: un pequeño cobertizo de cemento, con un asiento muy viejo y sin tapa, con un tirador metálico roto, que tenía una cuerda para alargarlo. Estaba limpio. Pero muy frío. No es de extrañar que tenga un resfriado. Hace mucho frío en este momento, febrero... y sólo siento lo muy frío que es cuando pienso en ella, Maudie, puesto que en los lugares por los que me muevo hay tanta calefacción, están tan protegidos. Si sale a este retrete después del calor del fuego...

Le dije:

–Pasaré de camino al trabajo.

Estoy instalada en la cama, después de bañarme y lavarme de pies a cabeza, también el pelo, escribo esto y me pregunto por qué estoy en semejante posición respecto a Maudie.

Miércoles.

He hecho la reserva para Munich. Fui a casa de Maudie después del trabajo. El médico estaba allí. El doctor Thring. Un anciano, quisquilloso e impaciente, junto a la puerta, lo supe porque estaba alejado del calor y del olor del lugar, y decía a una diminuta anciana, furiosa y obstinada, plantada en medio de la habitación, como delante de un pelotón de ejecución:

–No iré al hospital, no iré, no me puede obligar.

–Muy bien, no la visitaré aquí, no puede obligarme.

Hablaba a gritos. Al verme, dijo, con una voz distinta, aliviado, desesperado:

–Dígale, si es usted amiga suya, que debería estar en el hospital.

Ella me miraba casi horrorizada.

–Señora Fowler –le dije–, ¿por qué no quiere ir al hospital ?

Nos dio la espalda, cogió el atizador, y se puso a avivar las llamas.

El médico me miró, rojo de rabia y debido al calor del lugar; luego, se encogió de hombros:

–Usted debería estar en un asilo –dijo–. Se lo tengo dicho.

–No puede obligarme.

Él lanzó una exclamación, furioso y se metió en el pasillo, requiriéndome que lo siguiera:

–Dígaselo –dijo.

–Pienso que debería estar en el hospital –le dije–, pero ¿por qué debería estar en un asilo?

Se encontraba al límite, exasperado y –según vi– cansado.

–Contemple todo esto –dijo–. Contémplo. Muy bien, llamaré al servicio de asistencia –y se largó.

Cuando volví a entrar, ella dijo:

–Supongo que ha hecho arreglos con él.

Le conté exactamente lo que yo le había dicho y mientras hablaba ella tosía, con la boca cerrada, el

pecho palpitante, los ojos acuosos y golpeándose el pecho con el puño. Advertí que no quería escuchar lo que le decía.

Jueves.

Pasé de camino al trabajo. Estaba levantada, vestida, delante del fuego, con la cara brillante por la fiebre. El gato aullaba, no había comido.

Saqué el orinal, lleno de fuerte orina hedionda, y lo vacié. Di comida al gato en un plato limpio. Luego preparé té y unas tostadas. Se sentó con la cara desviada, avergonzada y enferma.

–Debería tener teléfono –le dije–. Es ridículo no tener teléfono. La podría llamar desde la oficina.

No respondió.

Fui a trabajar. Hoy no tenía ningún compromiso social, ninguna comida, etc., y se anuló la sesión de los fotógrafos: hay huelga de trenes. Le dije a Joyce que trabajaría en casa y ella dijo que se quedaría en la oficina, muy bien. Dejó entender que en este momento su casa le resulta difícil; su marido quiere el divorcio, ella no sabe qué hacer, consulta abogados. Pero le encanta estar en la oficina, a pesar de que, en tiempos mejores, trabajaba mucho en casa.

Pasé a ver a Maudie de camino a casa y allí me encontré a Hermione Whitfield, de lo que ella llama «geriatria».

Nos entendimos a primera vista: somos parecidas, el mismo estilo, la misma ropa, la misma *imagen*. Estaba sentada en una silla delante de Maudie, hecha un bulto con toda su ropa negra. Se inclina hacia delante, sonriente, encantadora, divertida.

–Señora Fowler, podríamos hacer tanto por usted y usted no co... –pero dejó el «colabora» a favor de «nos deja».

–¿Quién es usted? –me preguntó, con el mismo estilo encantador, casi juguetón, pero se dio cuenta e inquirió, a la manera conchabada y democrática de las de nuestra ralea (sin embargo, nunca había pensado en tales distinciones hasta el día de hoy)–: ¿Es una Buena Vecina? Nadie me ha dicho nada al respecto.

–No –le dije. No soy una Buena Vecina, soy una amiga de la señora Fowler.

Tenía que resultar bastante irritante desde unos diez puntos de vista distintos, pero básicamente porque no lo decía entre comillas y entonces y sólo entonces pensé en qué medida no tenemos *amigos* entre la clase obrera. Podía ser muchas cosas para la señora Fowler, incluyendo una Buena Vecina, pero no una amiga.

Estaba allí, parpadeando, la luz de las llamas en su pelo. Una mata de pelo suave y dorado, todo ondulado y con ricitos. Sé muy bien lo que cuesta este cuidadoso desorden. Su cara suave y sonrosada, con los ojos azules, maquillados en gris y azul y con polvos. Su jersey lanudo color blanco, los pantalones de ante gris, botas de ante azul oscuro... Yo pensaba, o «el seguro» paga más de lo que creía o tiene dinero propio. Se me ocurrió, plantada allí, en aquel largo momento de pura disonancia –porque lo que yo había dicho no concordaba, no se podía aceptar con facilidad–, que la examinaba en mi calidad de especialista de revista de modas, y por cuanto sabía, podía ser bastante distinta de su «imagen».

Mientras, ella había estado pensando.

–Señora Fowler –dijo; se puso en pie, con una bonita sonrisa, irradiando apoyo y ardor–, muy bien, no irá al hospital. Tampoco a mí me gusta el hospital. Pero puedo proporcionarle una enfermera que la visite cada mañana y una auxiliar y...

–No quiero nada de esto –dijo Maudie, la cara desviada, atizando con furia las llamas.

–Muy bien, recuerde lo que tiene a su disposición –dijo la mujer y me lanzó una mirada que indicaba

que la siguiera.

Me encontré en la posición de tener que hablar de Maudie a sus espaldas o decirle a Hermione: No, hablemos aquí. Fui débil y la seguí.

–Me llamo... –etcétera, etcétera, me dio sus credenciales y esperó las mías.

–Me llamo Janna Somers –dije.

–¿Acaso es vecina suya? –me preguntó, molesta.

–He acabado por sentir afecto por la señora Fowler –dije y, por fin, era lo que correspondía, soltó un involuntario suspiro de alivio, porque todo volvía a estar en su lugar.

–Ah, sí –exclamó–. No sabe cómo lo comprendo, algunas de estas ancianitas son tan encantadoras, tan... –Pero su cara decía que Maudie dista mucho de ser encantadora, más bien es una vieja cascarrabias.

Permanecíamos en aquel horrible pasillo, con las paredes llenas de grasa amarillenta y con el polvillo de carbón en capas, el olor del gato en la carbonera, la puerta desvencijada y poco sólida hacia el mundo exterior. Ya tenía la mano en el pomo de la puerta.

–Paso a ver a la señora Fowler algunas veces –dije– y hago cuanto puedo –lo dije así para que comprendiera que no podía confiar en que yo llevara a cabo parte de su trabajo. Ella suspiró de nuevo:

–Afortunadamente, muy pronto tendrán que cambiarla de alojamiento.

–¿Qué? ¡No lo sabe! –advertí que mi voz albergaba el terror que sentiría Maudie, de haberlo oído.

–Claro que lo sabe. Esta casa está en la lista de demolición desde hace años.

–Pero es propiedad de un griego.

–Ah, no, ¡no puede ser! –empezó con decisión y vi que volvía a pensarlo. Bajo el brazo tenía una carpeta repleta. Colgó el bolso en el pomo de la puerta, sacó la carpeta y la abrió. Una lista de casas para derribo o reconstrucción.

Yo ya sabía que se había equivocado y me preguntaba si lo admitiría o lo disimularía. Si lo admitía, le daría la mejor nota, porque se trataba de una competición entre dos profesionales. Competíamos, no por la señora Fowler –pobre Maudie– sino por quién tenía autoridad. A pesar de que, en mi caso, había rechazado la autoridad.

Un bolígrafo entre sus bonitos labios, arrugó el entrecejo sobre los papeles esparcidos encima de la rodilla levantada, mientras se mantenía sobre una sola pierna.

–Muy bien, tendré que investigar –dijo. Supe muy bien que lo dejaría correr. Ah, qué bien conozco aquella mirada suya, en la que una ha decidido interiormente no hacer nada, mientras que aparenta una confiada competencia.

Se disponía a irse. Le dije:

–Si puedo convencerla, ¿a qué servicios tiene derecho?

–La ayuda domiciliaria, naturalmente. Pero lo intentamos con anterioridad y no funcionó. Una Buena Vecina, pero no la quiso... –me miró rápida y dudosa y siguió–: No tiene derecho al servicio de «Comidas a domicilio», porque se puede mover y nosotros tenemos tantas peticiones...

–Pasa de los noventa años –dije. –¡También las otras!

–¿Lo arreglará para que pueda venir una enfermera?

–Pero ella dice que no la quiere. No podemos imponernos. ¡Ellos tienen que colaborar! –esto lo dijo con un tono triunfal, se había apuntado un tanto.

Subió los peldaños y se metió de prisa en un Escort rojo; me saludó con la mano al arrancar. Encantada de perderme de vista. Una sonrisa radiante en un cuerpo que decía; «Estas aficionadas, ¡qué latazo!».

Volví llena de remordimientos junto a Maudie, porque habíamos hablado de ella a sus espaldas. Desviaba la cara y permanecía en silencio.

–¿Qué han decidido, pues? –dijo al final.

–Señora Fowler, en serio creo que debería aceptar algunos servicios, ¿por qué no?

Le temblaba la cabeza y su cara podía pasar por la de la Bruja Malvada.

–Lo que quiero es la comida a domicilio, pero no quieren concedérmelo.

–¿No quiere la ayuda domiciliaria?

–No. Me mandaron a una auxiliar. Dijo: ¡Dónde tiene el aspirador! Se le caían los anillos por barrer una alfombra. Se instaló aquí a beber mi té y comerse mis galletas. Cuando la mandé a la compra, no estaba dispuesta a dar ni un paso suplementario para ahorrar un penique, pagaba lo que fuera, yo puedo comprar más barato que ella, por lo que le dije que no volviera.

–Bien, en cualquier caso... –y advertí que mi tono de voz era distinto.

Casi me había avergonzado, al contemplar a Hermione y verme a mí misma, aquel bonito encanto halagador, como si ella mirara (¡y yo mirara!) al público: ¡qué bien lo hago! Soy tan atractiva y amable... Luchaba por ahuyentar aquella nota de mi voz, por ser directa y sencilla:

–En cualquier caso, pienso que debería considerar lo que puede tener. Para empezar, eso de una enfermera cada mañana, mientras esté indispuesta.

–¿Por qué debería necesitar una enfermera? –preguntó, la cara desviada.

Esto quería decir: ¿Por qué, si vienes un par de veces al día? Y, también, ¿Por qué debes hacerlo?, no te incumbe. Y, con mayor fuerza, *Por favor, por favor.*

De haber estado con Hermione, mi marido, Joyce o mi hermana Georgie, hubiera dicho: Menudo chantaje sentimental, no vas a conseguir *esto*. El olfato de los de nuestra ralea para todo lo que es ventaja, sacada o concedida.

Cuando me fui, ya le había prometido que seguiría con las visitas mañana y tarde. Y que los llamaría a «ellos» para decirles que no quería una enfermera. Al despedirnos, se mostró fría y enfadada, desesperada por su desamparo, porque sabía que no debía esperar demasiado de mí y porque...

Aquí estoy, también yo me siento bastante furiosa, con la sensación de estar atrapada. Y me he pasado toda la tarde en el baño, pensando.

Sobre lo que me importa de verdad. Mi vida, mi vida real, se halla en la oficina, en el trabajo. Debido a que trabajo desde los diecinueve años y siempre para la misma revista, lo he dado por descontado, no he advertido que ésta es mi vida. Ya formaba parte de la revista en su concepción antigua, he sido partícipe de los tres cambios, con el segundo que, en parte, fue obra mía. Con Joyce conseguimos que se llevara a cabo. Estoy allí antes que ella: entró como directora de producción, a mediados de los años sesenta, cuando yo ya llevaba allí quince o veinte años, después de abrimme paso por todos los departamentos. Si hay alguien en la revista de quien se pueda decir que es *Lilith*, ésta soy yo.

No obstante, ni lo pienso. Y no voy a arriesgar aquello que me importa por Maudie Fowler. Iré a Munich, no un par de días, como dije hoy, sino los cuatro habituales y le diré que debe aceptar la enfermera.

Viernes: en Munich.

Pasé por lo de Maudie esta mañana. Estaba en su silla, miraba la estufa fría, dentro de un caparazón de negros trapos. Le traje carbón, preparé té, alimenté al gato. Parecía tener frío, pero con un brillo de fiebre. Tosía y tosía. Le dije:

–Señora Fowler, me voy a Munich y estaré ausente cuatro días –ninguna respuesta–. Señora Fowler, debo ir, pero llamaré a Hermione Whitfield y le diré que usted debe tener una enfermera. Sólo hasta mi vuelta –siguió mirando la estufa fría. Empecé a disponer el fuego, pero no sabía cómo hacerlo; con esfuerzos, abandonó su tibio nido y lenta, lentamente colocó pedazos de papel, pedazos de madera, astillas, armó el fuego. Miré alrededor: ni un periódico, ni más astillas, nada.

Me dirigí al colmado y, de vuelta, vi que había en la calle un container junto a su puerta de entrada, lleno de tablillas y viejos listones de paredes derribadas: los había recogido para prender fuego. Consciente de cómo se me vería, con mi elegante atavío, llené una bolsa con estos pedazos de madera. Mientras lo hacía, casualmente miré hacia arriba y vi que me observaban desde vanas ventanas. Caras viejas, de ancianas. No tenía tiempo para prestarles atención, sino que entré corriendo con la madera y las provisiones. Una vez más aparecía en su pose lánguida delante de un fuego que ahora chisporroteaba.

No sabía si una enfermera sabría encender el fuego.

–¿La enfermera le encenderá el fuego? –pregunté.

No respondió. Empezaba a sentirme furiosa y tan desconsolada como ella. Aquella situación era absurda. Sin embargo, no podía ser de otra manera.

Cuando me levanté para irme, le dije:

–Voy a telefonar para pedir una enfermera y, *por favor*, no la eche a la calle.

–No quiero ninguna enfermera.

Me quedé plantada, preocupada porque llegaba tarde; era un día de reunión y nunca me retrasaba. Y preocupada por ella. Furiosa. Resentida. Sin embargo, ella me arrastraba, quería coger entre mis brazos aquel sucio fardo y abrazarla. Quería abofetearla y sacudirla.

–¿Por qué tantas historias con el hospital? –le pregunté–. Parece como si la amenazasen con... ¿qué hay de terrible? ¿Ha estado allí alguna vez?

–Sí, hace un par de inviernos. En Navidad.

–¿Y?

Ahora estaba sentada y muy erguida, su mentón afilado hacia arriba, en actitud combativa, sus ojos asustados y furiosos.

–No, fueron bastante amables, pero no me gusta. La llenan a una de pastillas y pastillas y pastillas, la hacen sentir como si le hubieran robado la cabeza, la tratan como a un niño. No lo quiero... –y añadió con el tono de alguien que pretende ser justo–: Había una joven enfermera. Me friccionaba la espalda cuando tosía... –y me miró rápidamente, y desvió la vista, por lo que supe que quería que le friccionara la espalda. ¡No se me había ocurrido! ¡No sé cómo hacerlo!

–Nadie la obligará a ir al hospital –dije.

–Como si me aceptaran después de la última vez –dijo y, de repente, sonrió, alerta, su yo divertido.

–¿Qué hizo? –le pregunté, contenta de reírme con ella.

–¡Me escapé! –y soltó una risita–. Sí, ya tenía bastante. Estaba estreñida con tanta buena comida, porque no diré que no te alimenten, y cada vez me sentía más lejos de mí con todas aquellas pastillas. Les dije: ¿Dónde está mi ropa? Me dijeron: No puede volver a casa con este tiempo, señora

Fowler, se morirá. Había nieve. Les dije: O me dan mi ropa o salgo con el camisón del hospital. Y me la dieron. Ni me miraron ni me hablaron, estaban tan molestos. Atravesé el vestíbulo y le dije al portero: Pídamme un taxi. El poco dinero que tenía me lo habían robado en el pabellón del hospital. Pero le pediría al taxista que me llevara a casa por el amor de Dios. Si es que se conoce a Dios en estos tiempos. Pero había una mujer en la recepción que me dijo: La acompañaré, reina. Me dejó en casa. Pienso en ella. Pienso en la gente que me ha hecho bien, lo hago –y me regaló una maravillosa sonrisa de alegría, su sonrisa de muchacha.

–Con todo, debo ir a Munich. Estaré ausente durante cuatro días y sabe muy bien que usted no se las puede apañar. Quiero oír la decir, con todas las letras, que no quiere una enfermera. La trato con seriedad, ¡no como a una niña! Si dice, nada de enfermeras, no haré nada más. Pero creo que debería permitírmelo. Una enfermera no será el fin del mundo.

–¿Y qué hay de todas las pastillas? –Muy bien. Pero diga esto, que no quiere que llame a una enfermera –y añadí, ya presa de la desesperación–: Por el amor de Dios, Maudie, tenga un poco de sentido común.

Me di cuenta de que había utilizado su nombre de pila, pero no se enoja.

–No tengo elección, supongo –dijo encogiéndose de hombros.

Me acerqué, me agaché para besarla; acercó la mejilla y la besé.

Salí saludando con la mano desde la puerta, espero que con un gesto carente de «encanto».

Llegué con retraso a la reunión.

Por vez primera. En mi opinión, la reunión es lo que da vida a la rev. Fue idea mía. Más tarde, escribiré un análisis, para aclarar mis ideas, porque siento la necesidad de aclararlas, respecto a la oficina, al trabajo, a todo. Esta tarde estaba sola: Joyce en casa porque estará constantemente en la oficina mientras yo esté en Alemania. He intentado informarme respecto a los servicios sociales. Tengo todos los folletos tal y como los reparten a los consumidores, *Sus derechos como pensionista* y ese tipo de cosas. No, quiero descubrir cómo funciona realmente. Al cabo de poco, supe muy bien lo que debía hacer: tengo que encontrar a la Persona Determinada. Si es una ley en nuestro trabajo, probablemente lo sea para todo. (Maudie habla de que siempre hay *una persona determinada*, a pesar de que lo dice en un sentido distinto.) Con Joyce es algo constante. Hace mucho descubrimos que si quieres que todo funcione, tienes que buscar la *Persona Determinada* en un departamento u oficina que es, en realidad, quien la dirige, o que sabe de qué se trata, o es –en cierto sentido –una persona real. La verdad es que Hermione no es esta persona. No. Tienes que tener a gente como Hermione, aunque sólo sea porque de las otras no hay el suficiente número; no es que no trabajen, o sean una inutilidad, pero son marginales. Para descubrir cómo conseguir que Maudie tenga lo que precisa y quién puede ayudarla, no puedo utilizar a Hermione. No obstante, la he llamado esta tarde –había salido– y le he dejado el recado de que la señora Fowler precisaría de una enfermera durante cinco días. Algo me alertó, acto seguido, y le dije a mi secretaria que llamara a Hermione, y también se lo he dicho a la secretaria de Joyce. No puede quedarse sola, durante cuatro días.

Miércoles.

En primer lugar, mi estado de ánimo *antes* de ir a casa de Maudie. Regresé de Munich al mediodía, en avión, y me dirigí directamente a la oficina con las baterías recargadas, con todos los sistemas que me funcionaban. Me encantan estos viajes. Lo que adoro es mi eficiencia. Me encanta que las cosas funcionen, y saber cómo hacerlo. Me encanta que me conozcan, que me reserven *mi* lugar, que recuerden mis gustos. Vi a amigos durante todo el fin de semana. Más bien, «amigos», contactos de trabajo y, luego, el lunes y el martes, la Feria. Me encanta que todo esté bajo control. Estoy tan llena de energía, como exactamente lo que debo, no tomo ni un sorbo de más, apenas duermo, voy de aquí para allá durante todo el día. Sé con exactitud cómo presentarme y cómo utilizarlo. Me veía a mí misma cuando entré en el desfile, el lunes por la mañana, me senté, la gente me sonreía y me saludaba; y, al mismo tiempo, retrocedí quince años, me vi a través de *aquellos* ojos de la misma manera en que consideraba, a los treinta años, a las mujeres establecidas que llevaban años haciéndolo. Las admiraba, deseaba ser una de ellas y, mientras las examinaba, minuciosamente,

cada detalle insignificante, buscaba lo que *ellas* dejaban pasar, señales del proceso que haría que las reemplazaran otras, yo entre ellas. De las mujeres que examinaba entonces, sigue una, aunque muchas de ellas están en el mismo campo pero en ocupaciones distintas. Me he pasado cuatro días preguntándome qué hay en mí que me llevará al reemplazamiento, o a seguir en la oficina con un trabajo menos absorbente, mientras alguien –¿quién?– se dedicará a estos viajes. No sé de qué se trata. ¿Sencillamente cumplir años? ¡Nada de eso! ¿Me cansaré de todo esto? Aún no puedo creerlo.

Cuando llegué a la oficina, Joyce me estaba esperando para poder irse a casa: sin disponerlo de una manera formal, siempre nos aseguramos de que una de nosotras se encuentre allí. Tenía aspecto de cansada. Me dijo que había tenido muchos problemas en mi ausencia, con su marido, ya me contaría, pero no ahora, y se fue. Había un mensaje de Hermione Whitfield de que no había recibido hasta el lunes mi mensaje respecto a la enfermera y que, para entonces, la señora Fowler no la dejó entrar en su casa. Me devolvió de un salto a mi yo londinense. He trabajado durante toda la tarde, en su mayor parte con el teléfono y, luego, los fotógrafos para mañana. Al mismo tiempo pensaba en Joyce. He entendido que el problema con su marido significa el fin de nuestro trabajo conjunto o, en cualquier caso, un cambio. Estoy convencida de ello. Esto me deprimió y me procuró ansiedad, antes incluso de abandonar la oficina. Hay algo más que he comprendido de una manera distinta a como lo hacía hasta ahora: Joyce es mi única amiga verdadera. Quiero decir, *amiga*. Tengo con ella una relación que no he tenido con nadie. Ciertamente no con Freddie.

Me dirigía directamente a casa porque, de repente, me sentía cansada. Sin embargo, hice que el taxi me dejara en casa de Maudie Fowler. Llamé y aporreé la puerta. Helaba. Ni una mosca. Me entró terror –¿estaba muerta?– y advertí, no sin interés, que una de mis reacciones era de alivio. Al final, se movieron las cortinas en la ventana de su «salón», que, según parece, no utiliza nunca. Esperé. No sucedió nada. Aporreé una y otra vez, ya totalmente furiosa. Estaba dispuesta a estrangularla. Luego la puerta se abrió hacia adentro, atascándose y rascando, y allí estaba ella, un fardo negro, con esa blanca cara que salía de él. Y el *olor*. De nada sirve que me diga que no deberían importarme estos detalles. Me importan mucho. El olor... terrible, un hedor agrio, penetrante y dulce. Pero vi que apenas si podía aguantarse en pie allí.

No hubo nada «encantador» en mí, estaba tan furiosa.

–¿Por qué me tiene plantada con este frío? –le dije y pasé, por delante de ella, haciendo que se desplazara a un lado. Entonces me adelantó en el pasillo, una mano apoyada en la pared para sostenerse en pie.

En la habitación trasera, rescoldo en el fuego. Había una estufa eléctrica, no obstante; un tubo, que hacía ruido, lo que significaba que no era seguro. La habitación estaba fría, sucia, apestaba y el gato se me acercó y se frotó contra mis piernas, maullando. Maudie se dejó caer en su silla y se quedó contemplando el hogar.

–Bien, ¿por qué no dejó entrar a la enfermera?

–La enfermera –dijo con amargura–. ¿Qué enfermera?

–Sé que vino.

–No hasta el lunes. Me pasé sola el fin de semana entero.

Iba a decirle a gritos: ¿Por qué no la dejó pasar cuando vino el lunes?, pero vi que no tenía sentido.

De nuevo me sentí llena de energía... furiosa.

–Maudie –le dije–, ha llegado al límite, al final, empeora las cosas en su contra. Bien, pondré el agua a calentar.

Lo hice. Fui a buscar carbón. Encontré el orinal lleno de orina, pero nada peor, gracias a Dios.

Gracias a Dios era lo que había pensado, pero advierto que uno se acostumbra a todo. Salí a la calle con una bolsa de compra. Aguanieve gris. Allí estaba, con mis modelos elegantes de Munich, buscando en el container astillas de madera. Una vez más, caras en las ventanas, observándome.

Dentro, vacié el hogar, nubes de polvo, y encendí el fuego. Con una tea. Madera y carbón. Muy pronto ardió.

Preparé té para las dos, después de haber escaldado las tazas *mugrientas*. Debo dejar de ser tan quisquillosa al respecto. ¿Acaso importan, unas tazas sucias? ¡Sí! Sí, sí, sí, sí.

No se había movido, permanecía sentada y miraba las llamas. –El gato –dijo.

–Le he dado un poco de comida. –Pues déjelo salir un poco. –Cae aguanieve. –No le importará.

Abrí la puerta trasera. Me azotó una ola de lluvia fría, y el gato amarillo, que había insistido en salir junto a la puerta, maulló y volvió a entrar, corriendo a la carbonera.

–Se ha metido en la carbonera –dije. –Entonces supongo que acabaré pringándome las manos –dijo.

¡Esto me enfureció tanto! Era un torbellino de emociones. Como siempre, quería pegarle o sacudirla y, como siempre, también abrazarla.

Afortunadamente, me controlé e hice lo que debía, gracias a Dios, sin resultar «graciosa» o encantadora o cortés.

–¿Ha comido algo?

No hubo respuesta.

Salí de nuevo para hacer la compra. Ni un alma en el colmado de la esquina. El hindú que atendía la caja se veía gris y helado, como era muy natural, pobre criatura.

Le dije que compraba comida para la señora Fowler, porque quería saber si ella había estado allí.

–Ah, la anciana, ¿no estará enferma?

–Está enferma –le dije.

–¿Por qué no va aun asilo?

–No quiere.

–¿Tiene algún familiar?

–Eso creo, pero no se preocupan.

–Es algo terrible –me dijo, con el deseo de que comprendiera que su gente no descuidaría a una anciana así.

–Sí, es algo terrible, tiene usted razón –le dije.

Al volver, nuevamente pensé en la muerte. Allí estaba, los ojos cerrados y tan inmóvil, pensé que no respiraba.

Pero, luego, se abrieron sus ojos azules y se quedó mirando el fuego.

–Bébase el té –le dije–. Le pasaré por la plancha un poco de pescado. ¿Puede tomarlo?

–Sí, lo tomaré.

En la cocina intenté encontrar algo limpio de grasa, pero desistí. Puse el pescado en la parrilla y dejé la puerta algo entreabierta, para que se renovara el aire. A pesar del aguanieve.

Le serví el pescado y se lo comió todo, con lentitud, con las manos que le temblaban, pero se lo acabó y vi que había pasado hambre.

–He estado en Munich. Para ver la ropa para el otoño. He visto los nuevos estilos –le dije.

–Nunca he salido de Inglaterra.

–Ya se lo contaré todo cuando se encuentre algo mejor.

No respondió a esto. Finalmente, cuando ya pensaba irme, observó:

–Necesito ropa limpia.

No sabía cómo interpretarlo. Advertía –ya soy lo bastante sensible como para esto– que no era, cuando menos, una petición sencilla.

¿Quería que le comprara ropa?

La miré. Se forzó para mirarme, y me dijo:

–En la habitación contigua, encontrará cosas.

–¿Qué?

Se encogió de hombros, temblando, desanimada.

–Una camiseta. Bragas. Combinación. ¿Me lo pregunta porque no usa prendas interiores?

Una vez más el automatismo de la rabia, como si me hubieran apretado un botón. Fui a la habitación contigua, donde sabía que a ella no le gustaba que entrara.

La cama con el edredón bueno, el armario, el tocador con chucherías de porcelana, los estantes de buena madera. Por doquier, montones y pilas de... basura. No podía creerlo. Periódicos de cincuenta años atrás, deshaciéndose con el tiempo; horrorosos pedazos de tela, manchados y amarillentos, trozos de encaje, pañuelos sucios, jirones de cinta: jamás había visto nada semejante. No había tirado nunca nada, según creo. En los cajones, desorden, atiborrados de... pero necesitaría una infinidad de páginas para describirlo. Deseé tener al fotógrafo a mano: ¡pensamiento reflejo! Combinaciones, cubrecorsés, bragas, sujetadores, camisetas, viejos vestidos o parte de ellos, blusas... nada que tuviera menos de veinte años y, algunos de la Primera Guerra Mundial. La diferencia entre la ropa de hoy y la de antes: eran tejidos «auténticos», algodones, sedas, lanas. Ni una fibra artificial. Pero todo roto o manchado o sucio. Tiré de los fardos y los examiné, uno a uno, primero por interés y, luego, para ver si había algo que pudiera llevar o estuviera limpio. Al final encontré una camiseta de lana, unas largas bragas de lana y una combinación de seda bastante bonita; un vestido de lana, azul, y una rebeca. Estaba todo limpio, o casi. Allí laboré, temblando de frío y con el recuerdo de cómo yo me había gustado a mí misma durante todos aquellos días últimos, cómo me gusto, por tenerlo todo bajo control, por estar en la cúspide; y pensé que lo más cercano que podía sentir la indefensión de Maudie era recordar cómo había sido cuando niña, cuando confías en que no vas a mojar las bragas antes de llegar al retrete.

Llevé la ropa a la habitación de al lado, muy caliente ya, con las llamas crepitando. Le dije: –¿Quiere que la ayude a cambiarse? El movimiento oblicuo, irritado, de *cabeza*, que ya sabía que significaba que yo era una estúpida.

Pero no sabía por qué. Me senté delante de ella y le dije: –Me tomaré el té antes de que se hiele. Advertí que me lo tomaba sin repugnancia: ya me he acostumbrado a tomar té en tazas mugrientas. Lo advertí con interés. En alguna ocasión, Maudie había sido como yo, se lavaba incansablemente, lavaba tazas, platos, sacaba el polvo, se lavaba el pelo.

Hablaba, fortuitamente según pensé, de cuando había estado en el hospital. La escuchaba a medias, con el deseo de que los médicos y las enfermeras pudieran oír qué experiencia saca gente como Maudie de sus hospitales. Cárceles. Reformatorios. Pero caí en la cuenta de que me relataba cómo puesto que no estaba lo bastante bien como para meterla en la bañera, dos enfermeras la habían lavado en la cama, y comprendí.

–Calentaré agua –dije– y usted me dirá después qué debo hacer.

Puse un par de ollas con agua a calentar, encontré una jofaina de esmalte, que examiné con interés, porque no he visto ninguna que no sea de plástico desde hace tiempo, y busqué jabón y un paño. Estaban en un hueco en la pared encima del fregadero: habían retirado un ladrillo y habían pintado la cavidad.

Llevé la jofaina, las ollas, el jabón, el paño y un jarro de agua fría a la habitación contigua. Maudie luchaba por zafarse de la capa superior de sus ropas. La ayudé y caí en la cuenta de que no había coordinado la operación en absoluto. Corrí en busca de periódicos, despejé la mesa, coloqué papel grueso encima, dispuse la jofaina, las ollas, el jarro, lo necesario para lavarla. Faltaba una toalla. Fui corriendo hasta la cocina, encontré una toalla húmeda y sucia, corrí a la habitación de delante y removí todo, en lo que me pareció durar horas. Pero sólo pasaron unos minutos. Estaba preocupada por Maudie, plantada allí, medio desnuda, enferma, tosiendo. Al final encontré una toalla medio limpia. Maudie estaba junto a la jofaina, desnuda de cintura para arriba. Poco queda de su persona. Una frágil caja torácica bajo una piel arrugada y amarillenta, los huesos de los hombros como los de un esqueleto y, al final de sus delgados brazos secos, fuertes manos trabajadoras. Pechos menudos y alargados, que colgaban.

Torpemente, ella frotaba jabón en el paño que, ni qué decir tiene, estaba viscoso. Tendría que haberlo lavado antes. De nuevo, corrí a la habitación contigua, corté un pedazo de una vieja toalla limpia y volví. Sabía que quería echarme un rapapolvo por cortar la toalla; así habría sido, de no haber estado ahorrando fuerzas.

Con lentitud le lavé la mitad del cuerpo, con mucho jabón y agua caliente, pero la mugre del cuello era espesa y, para eliminarla, debía rascar, lo cual era demasiado. Ella temblaba de debilidad. Comparaba este cuerpo frágil con el de mi madre, a pesar de que sólo había visto brevemente aquel cuerpo enfermo. Mi madre se había lavado sola —y ahora me preguntaba a qué precio— hasta que ingresó en el hospital. Cuando iba a visitarla mi hermana Georgie, ella la bañaba. Pero no lo hacía su hija—niña, yo no lo hacía. Ahora bañaba a Maudie Fowler y pensaba en Freddie, cómo sus huesos parecían aplanarse y adelgazar bajo la carne que colgaba. Maudie puede ser sólo piel y huesos, pero su cuerpo no tiene aquel aspecto derrotado, como si la carne se hundiera en los huesos. Estaba helada, enferma, débil, pero yo podía percibir el pulso de la vitalidad allí: la vida. La vida, qué fuerte es. Era la primera vez que lo pensaba, nunca había sentido algo semejante, como hoy, al lavar a Maudie Fowler, una anciana llena de orgullo y malhumor. Ah, qué malhumor: se me ocurrió que su vitalidad residía en su rabia, no debo, no debo tomarla a mal ni desear defenderme de ella.

Luego, el problema de la otra mitad del cuerpo; yo esperaba que me orientara.

Le pasé la camiseta «limpia» por la cabeza y la envolví con la rebeca «limpia»; vi que echaba al suelo el manajo espeso de su falda. Me abofeteó la peste. Ah, de nada sirve, no puede *no* importarme. Debido a su debilidad o al cansancio, que no le permitían moverse, se había cagado en los pantalones, se había cagado encima.

Las bragas, sucias... Bien, no voy a seguir, ni siquiera para descargarme, me marea. Sin embargo, miraba la camiseta y las enaguas que se había sacado, de color marrón y amarillo de mierda. Qué le vamos a hacer. Allí plantada, con el culo al aire. Puse periódicos a sus pies, por lo que estaba encima de una espesura de papeles. La lavé y la lavé, toda la parte inferior del cuerpo. Apoyaba sus grandes manos en la mesa para aguantarse. Cuando tocó lavar el trasero lo sacó para afuera, como lo haría un niño y lo lavé todo, también la partición. Luego tiré el agua, llené de nuevo la jofaina, con rapidez puse las ollas de agua en el fuego. Lavé sus partes íntimas y pensé en la frase por vez primera: porque ella lo estaba pasando muy mal debido a que esta extraña invadía su intimidad. Le hice las piernas una y otra vez, hasta que desapareció la suciedad. La metí en la jofaina y lavé sus pies, viejos pies amarillentos y nudosos. El agua ya estaba caliente encima de las llamas de gas y la ayudé a ponerse sus bragas «limpias». A estas alturas, al haber visto lo que era posible, también a mí me resultaban limpias, porque sólo estaban algo polvorientas. Seguidamente, le puse la bonita combinación rosa.

—Su cara —le dije. No la habíamos lavado—. ¿Qué haremos con su pelo? —las grises mechadas y mechones encima del sucio cráneo amarillento.

—Esto esperará.

Le lavé la cara, con cuidado, con un pedazo de la vieja toalla.

Acto seguido, le pedí que se sentara, encontré unas tijeras, le corté las uñas de los pies, que era algo como cortar un cuerno, cogí medias limpias, su vestido. Su rebeca. Cuando intentó ponerse las prendas negras, le dije involuntariamente:

–Oh, no lo haga –y lo lamenté, porque se sintió herida, incluso tembló más y se quedó sentada en silencio, como una niña traviesa. Estaba agotada.

Tiré el agua sucia y escaldé la jofaina; llené de agua una de las ollas, para preparar té nuevo. Lancé una mirada hacia afuera: corrientes de aguanieve, con grumos de nieve gris, con el viento que soplaba fuerte y agua que entraba por debajo de la puerta de la cocina; y pensar que ella tenía que salir para llegar hasta el retrete, aquella nevera...; sin embargo, *había* salido y, presumiblemente, volvería a hacerlo.

Yo me decía constantemente: Tiene más de noventa años y ha vivido así mucho tiempo: ¡ha sobrevivido a ello!

Le serví más té y unas galletas y la dejé bebiendo junto al fuego.

Metí la ropa sucia que le había sacado en un periódico, lo doblé y lo tiré en el cubo de la basura, sin preguntarle nada.

Seguidamente hice una selección entre la ropa de los cajones; saqué las sucias sábanas de su cama, las fundas de los almohadones y salí a la lluvia, camino de la lavandería, y se lo dejé a la empleada para que lo lavara.

Limpié el lugar en la medida de lo posible, coloqué en el suelo comida para el gato, sentado junto a la pierna de Maudie, que lo acariciaba. Lo ordené todo. Durante todo este tiempo, Maudie miraba las llamas, sin mirarme a mí cuando yo la observaba, pero mirándome cuando me movía y siempre que creía que yo no lo sabía.

–No crea que no lo aprecio –dijo mientras yo me afanaba más y más. Estaba barriendo el suelo en aquel momento, con un cepillo de mano y una sartén. No pude encontrar otra cosa. De la manera en que lo dijo, yo no podía interpretarlo. Sosa. Incluso desesperanzada: quizás así se sentía desamparada de una manera distinta, algo así como yo había intuido, al recordar cómo me sentía yo de niña. Puesto que, muy claramente, nadie le había hecho nada semejante con anterioridad.

Volví a la lavandería. La chica irlandesa, una muchacha fornida y competente con quien había intercambiado la rápida camaradería de tú a tú cuando le dejé la ropa, me devolvió una gran bolsa de ropa limpia, me miró a la cara y me dijo:

–Mierda. No había visto nunca nada semejante. Mierda –me odiaba.

–Gracias –le dije y no me molesté en darle explicaciones. Pero estaba sonrojada... ¡turbación! Ah, cuánto dependo de la admiración, del afecto, de la estima de los demás.

Cargué de vuelta con la ropa, bajo el aguanieve, sentía frío y cansancio en aquel momento. Deseaba llegar a casa...

Sin embargo, vacié los cajones de una gran cómoda, puse la ropa limpia dentro y le dije a Maudie lo que había puesto. Luego le dije:

–Pasaré un momento mañana por la noche. Sentía curiosidad por oír lo que ella me diría: –La veré entonces, pues –fue lo que dijo. Y ahora estoy sola, me he bañado, pero fue un baño rápido, práctico, no me remojé durante horas. Tenía que poner orden en el piso, pero no lo he hecho. Estoy sencillamente cansada. No puedo creer que ayer a esta hora me encontraba en el hotel, huésped mimada, cenando con Karl, un apreciado colega. Flores, carne de venado, vino, nata..., todo.

Me parece imposible que pudiera ser *así*... allí; y, luego, Maudie Fowler, *aquí*. ¿Seré yo la que resulta imposible? La verdad es que me siento desorientada.

Debo pensarlo mucho. ¿Qué voy a hacer? ¿Con quién puedo discutirlo? Joyce es mi amiga, ella es mi amiga. ¿Es mi amiga?

Jueves.

Joyce vino a buscar trabajo para llevarse a casa. Tiene un aspecto terrible. Le dije:

–¿Cómo va todo?

–Quiere que me vaya con él a Estados Unidos –dijo.

–¿Definitivamente? –pregunté.

–Definitivamente –me miró, la miré. Así son nuestras conversaciones actuales: taquigráficas.

–Me voy volando. Dile a John que he acabado la portada. He escrito las notas. Estaré aquí mañana, Janna –y se largó. Esto significa que a su marido le han ofrecido una cátedra, él quiere aceptarla, quiere que ella abandone su empleo y lo acompañe, ella no quiere ir, se pelearon al borde del divorcio, los hijos no quieren ir a Estados Unidos... y esta tarde tenía la impresión de que Joyce, probablemente, iría a Estados Unidos. Y aquí se acaba todo.

Pasé a ver a Maudie de camino a casa: la puerta no estaba cerrada con llave. Brillaba el fuego. El gato, dormido en la cama. Maudie, dormida. Una taza de té en el brazo de su sillón. Cogí la taza para salvarla, dejé una nota: Pasaré mañana, y salí huyendo, confiando en que no se despertaría antes de que yo me fuera.

Estoy aquí sentada, en bata, junto al radiador eléctrico. Debería arreglar el piso. Debería lavarme el pelo.

Estoy pensando en cómo Maudie Fowler un día ya no pudo arreglar su habitación delantera, porque había allí demasiados trastos y, entonces, lo fue dejando; seguramente entraba algunas veces allí y pensaba, bien, no está tan mal. Mientras tanto, tenía la habitación trasera y la cocina superlimpias. Incluso ahora limpia la chimenea una vez por semana y friega la parrilla de la cocina, saca el polvo y la carbonilla..., aunque progresivamente con menos cuidado. No se sentía bien y no pudo tomarse la molestia de hacerlo en una ocasión, en otra... y, luego, su habitación no estaba verdaderamente limpia, sólo en el suelo en el centro de la habitación, en ocasiones, por lo que aprendió a no mirar a los bordes o debajo de la cama. La cocina fue lo último. Barría y fregaba los estantes, pero pronto todo empezó a ir a la deriva. Sin embargo, en este proceso se lavaba, de pie junto a la mesa de la cocina, calentando agua en las ollas. Mantenía su pelo limpio. A veces iba a baños públicos, puesto que me había contado que era algo que le gustaba. Luego, dejó pasar más tiempo entre un lavado de pelo y otro..., más tarde no lavó su ropa, se limitó a coger la más limpia, devolviéndola a su lugar sucia, hasta que volviera a parecer la más limpia; y así sucesivamente. Finalmente, se quedó muy digna dentro de su caparazón negro, sus bragas que no estaban totalmente limpias, pero no estaban mal, su cuello sucio, pero no pensaba en ello, su cabeza sin lavar. Cuando la trasladaron al hospital, la bañaron de los pies a la cabeza y le lavaron el pelo. A veces pensaba con sentido del humor: Cuando me manden de vuelta al hospital, ¡tendré otro baño! Pero ella, Maudie Fowler, aún estaba allí, alerta, completamente allí, en guardia dentro de aquella apariencia de vieja bruja. *Ella* aún está allí y todo cuanto la rodea se ha derrumbado a su alrededor, es demasiado difícil; demasiado.

Y yo, Janna, estoy aquí, con mi bata limpia y perfumada, recién salida del baño. Debería, sin embargo, pintarme las uñas de nuevo. Debería limpiar mi piso o buscar a alguien que me lo limpie. Esta noche sólo he pasado unos minutos en el baño.

Por esta época, el año próximo, toda mi vida habrá cambiado. Lo sé, aunque no sé hasta qué punto.

Pasaré el fin de semana con Georgie. *Si me atrevo a dejar a Maudie.* Es ridículo. *¿Dónde está la persona determinada?*

Viernes.

Fui a verla de camino al trabajo. Se encontraba mejor. Había salido a comprar por sus propios

medios. Tenía un aspecto agradable y fresco: así es como yo la veo ahora, ya no veo a la vieja bruja. Le dije que iba a visitar a mi hermana Georgie. Se rió por el nombre:

–Espero visitar a mi hermana un día de éstos –dijo.

Yo ya sabía a qué se refería y le dije:

–La llevaré, Maudie.

–Janna y Georgie –dijo–. Con mi hermana éramos Maudie y Polly, y cuando salíamos, muy bien vestidas con abrigos blancos y sombreritos, éramos un cuadro.

–Imagino que con Georgie también éramos un cuadro. Recuerdo unos vestidos rosas y boinas. Pasaré el domingo por la noche, a la vuelta.

–Si le da tiempo –dijo. Y noté que podía haberle dado una bofetada seca, pero reí y le dije:

–Hasta la vista.

Domingo por la noche.

El tren se retrasó mucho. No pasé por casa de Maudie. Ahora es la medianoche. He hecho lo habitual de las noches del domingo: ver que todo está a punto para la semana, ropa, pelo, maquillaje, uñas.

Ha sido un fin de semana penoso. Al llegar, Georgie estaba sola, porque Tom y los niños habían salido a visitar a alguien. Encantada, no puedo soportar aquellos mocosos suyos. Tom es buena persona, pero un matrimonio es un matrimonio. Quería hablar con Georgie. Mi idea explícita era: ahora que soy una persona adulta, ¿me tomará en serio? Durante años los estuve visitando, cuando lo *hacía*, casi condescendiendo. La buena de Georgie y el bueno de Tom. Ella nunca se ha preocupado demasiado por su ropa ni por sus cosas. Solía vestirme con mi ropa más escandalosa, llevaba ejemplares de la *revi* y me encantaba contarle mi vida y hazañas. Me escuchaba con su estilo de sin comentarios. Muy lista la hermanita Janna. Corrijo, Jane. No podía llamarme Janna, era Jane y siempre sería Jane, hasta el fin. Cuántas veces le he dicho, Georgie, nadie me llama Jane, nadie, quiero ser Janna. No puedo recordarlo, dice, tajante, y eso es todo. Cree que Janna es un nombrecito elegante, acorde con un trabajito elegante. Solía pasar aquellos fines de semana, cuando iba, preguntándome como podía soportar esa vida suya, pero, naturalmente, ella pensaba lo mismo de mí. No porque me desprecie, exactamente, a pesar de que considera que lo que hago es bastante subsidiario, lo que pasa es que no se imagina que una persona sensata pueda hacerlo.

Cuando entré en su casa estaba muy alerta a todo, como estoy en estos momentos: contrastes.

Debido a Maudie Fowler. La casa de Georgie es exactamente como la casa en la que mis padres vivieron siempre. La califico de campestre–suburbana, cómoda, convencional, conservadora, de una pieza desde los paisajes en las paredes hasta los libros en la mesilla de noche. Mi piso es, el que tuve con Freddie era, ambos son contemporáneos–internacionales. En las raras ocasiones en que Georgie ha pasado la noche en mi piso, ha insistido en decir que *disfruta* de mis cosas. Son tan divertidas, dice.

Georgie había preparado cena fría y parecía perdida respecto a cómo ocuparnos después. Nos encontrábamos en su sala de estar, las cortinas corridas, algo de nieve en el exterior, no bastante para mi gusto pero más de la que ella quería. Dice que da trabajo. Trabaja duro, Georgie, la casa, la cocina, cuida del marido, los cuatro hijos, presidenta de esto, patrocinadora de aquello, secretaria del círculo local de lectura, buenas obras. Me senté a un costado de la chimenea y ella en el otro. Intenté hablar de mamá. Necesito saber cosas de ella. No hablé nunca con ella, un poco más con papá. Pero Georgie me ha colocado en la categoría de las irresponsables, de las que no se interesan por la familia. Y eso es todo. Le di varias oportunidades, incluso le pregunté en una ocasión. Me pregunto qué habría pensado mamá.

Al final hablé de mi viaje a Munich. Le encantó. Tus bonitas escapadas, así las califica. Quiso saber cómo era el hotel, mis amigos, cómo se organizan los desfiles de modelos, cómo se hace tal y cual cosa. Me reconozco a mí misma en esto. Ni una palabra sobre estilos y modas, sino *cómo funciona*. A

fin de cuentas somos iguales. De repente, ya en la cama, tuve un pensamiento que me hizo incorporarme y encender la luz. Era éste. Antes de que mi abuela muriera, estuvo enferma durante dos o tres años, no puedo recordarlo (lo cual ya es significativo), y estaba en casa con mamá, quien cuidaba de ella. Por aquel entonces yo trabajaba desesperadamente, era la primera de las nuevas etapas de la revista y me comporté como si la enfermedad de la abuela no tuviera relación alguna conmigo. ¡No era asunto mío! Puedo recordar muy bien que desconecté en el momento en que oí la noticia. Pero mamá la tenía en casa y papá tampoco estaba muy bien. La abuela tenía diabetes, problemas cardíacos, problemas oculares con operaciones de cataratas, problemas de riñón. Me llegaban noticias de todo esto, retransmitidas en las rápidas cartas de mi madre: no he guardado las cartas y recuerdo que no quería leerlas. *Ahora* sé el precio que cuesta cuidar de los muy viejos, los desamparados. Me encuentro agotada al cabo de un par de horas y sólo anhelo huir donde sea. Pero, ¿adonde huía mamá? ¿Quién la ayudaba? ¡No yo! Ni una sola vez, jamás me acerqué a ella.

Mañana de domingo. Con Georgie desayunamos juntas, las dos solas. Un poco de nieve en el exterior. Bonito. Los árboles y los arbustos llenos de nieve y los pájaros alimentándose con la comida que Georgie cuelga de las ramas. Dijo que Tom volvía con los niños porque donde estaban el tiempo era terrible. Le dije, con cierta desesperación, porque sabía que desde el momento en que ellos volvieran se habría acabado todo:

–Georgie, cuando murió la abuela, ¿estuviste mucho por allí?

Me miró sorprendida ante la pregunta y me dijo:

–No, no fui demasiado a casa. Pasé por dos embarazos mientras ocurría eso y Kate era un bebé –me miraba ahora con impaciencia.

–Quisiera saber algo al respecto –dije–. He pensado que no hice nada para ayudar.

–No, no hiciste nada –dijo, finalmente, y no añadiría una sola palabra más. Tuve que aceptar que con Tom tenían ciertas actitudes respecto a mí, a *mi* comportamiento, establecidas y fijas, Jane era esto, aquello y lo otro. Probablemente también era la actitud de mamá y papá.

–Muy recientemente se me ha ocurrido que no moví un dedo en la época en que murió la abuelita.

–No, no lo moviste –dijo, en el mismo tono de exclusión.

–Bien –dije–, muy recientemente he tenido relación con una persona anciana y ahora sé lo que le tocó en suerte a mamá.

–Imagino que es mejor tarde que nunca –dijo mi hermana Georgie.

Era mucho peor de lo que había esperado. Quiero decir que lo que pensaba de mí era mucho peor, hasta tal punto que me sofocaba... ay, no la vergüenza, sino el desconcierto. No quería que se me considerara tan mal. Le dije:

–¿Puedes contarme algo al respecto?

–¿Qué demonios quieres saber?

Se mostraba exasperada, como si un niño de corta edad le hubiera dicho, después de machacarse el pulgar con un martillo: ¿te duele?

–Mira, Georgie –le dije–, muy bien, hace poco he visto que... podía haber hecho más de lo que hice. ¿De acuerdo? ¿Quieres que me arrastre por los suelos? *Es* mejor tarde que nunca. Quiero saber más de mamá.

–Vivió en *tu* piso durante dos años antes de morir –dijo mi hermana Georgie, al tiempo que hacía del incidente algo sorprendentemente increíble.

–Sí, lo sé. Pero, desde entonces yo...

–Mira, Jane, lo siento... apareces por aquí después de todo aquello y me dices: Me encantaría que charláramos un poco de mamá. Jane, la verdad, no es *lo que toca* –dijo Georgie. Era literalmente incapaz de hablar debido a la rabia. Y yo, de la sorpresa. Caí en la cuenta de que había años de resentimiento detrás, de crítica hacia la hermanita Jane.

Hice una última intentona:

–Georgie –dije–, lo siento. Siento que no ayudara a mamá con la abuelita y me gustaría mucho comentarlo.

–Supongo que un fin de semana sonará el teléfono, cuando no tengas nada mejor que hacer, y comparecerás, toda pimpante y despreocupada, ni un mechón fuera de lugar, y me dirás: Ah, Georgie, me preguntaba qué te supuso tener a mamá aquí durante diez años, con cuatro hijos, sin servicio y con ella que era una enferma...

En este punto sonó el teléfono y ella salió para contestar. Me quedé sentada, estaba atontada. Ésta era la palabra. No por no haberme sentido mal porque mamá viviera todos aquellos años con Georgie, pues, a fin de cuentas, yo trabajaba, teníamos un piso pequeño, con Freddie, y... y... y. Pero no se me había ocurrido nunca que Georgie no me hablaría durante este fin de semana. Si me hablaba alguna vez. Estaba, y está, furiosa y resentida conmigo.

Al volver, me dijo:

–Me voy a la estación a esperar a Tom y a los niños –y agregó–: Lo siento, Jane, pero si empiezas a tener cierto sentido de la responsabilidad al fin, tal vez caigas en la cuenta de que no es fácil que aparezcas con un par de preguntas ligeras: *¿Qué me dices de la muerte de la abuelita? ¿Cómo fue? ¿Dolió?* Fue terrible, Jane. *¿Comprendes? Fue horrible.* Iba cuanto podía, embarazada hasta los dientes o con la criatura, y me encontraba con mamá a cargo de todo. Al final la abuela no se podía mover de la cama. Durante *meses*. *¿Te lo imaginas?* No, apostarí a que no. Médicos constantemente. Entradas y salidas del hospital. Mamá lo hacía todo. Papá no podía ayudar demasiado, también él estaba enfermo. En cualquier caso, debo ir a la estación.

Y se largó.

Casi corrí tras ella, para pedirle que me buscara un tren para volver a casa, pero me quedé. Tom y los niños llenaron la casa de ruidos y estruendo, los tocadiscos se pusieron en marcha al mismo tiempo, claro, una radio, la casa entera vibrando con el estrépito. Tom entró y dijo: *¿Cómo estás?... y se fue.* Los niños corretearon por la cocina, que era donde me había instalado, Jilly, Bob, Jasper, Kate. Ja, ja, ja, ja, por todas partes. Es algo establecido que opino que los hijos de Georgie son un horror y unos malcriados, pero tal vez sean estupendos de mayores. Soy la fascinante tía de Londres y de la alta sociedad. Mis regalos de Navidad consisten en dinero. Cuando nos encontramos les digo que me parecen un horror y que no sirven para nada. Me dicen que no los comprendo. Es un juego muy divertido de insultos mutuos. Pero, *de verdad* creo que son un horror. No puedo comprender por qué se les permite hacer lo que quieran, tener lo que quieran, ir a donde les apetezca. Nunca he oído que Georgie o Tom les diga, No, no puedes tener esto. Nunca. La casa de arriba abajo está *llena* de sus posesiones, ropa, juguetes, bártulos, la mayor parte no utilizados o utilizados una o dos veces. Recuerdo lo que significaba crecer durante la guerra y no tener nada. Muy recientemente he estado pensando en el Tercer Mundo, que no tiene nada. Naturalmente, Georgie diría que está de *moda* tener tales pensamientos, pero, como también dijo, mejor tarde que nunca.

Sea como fuere, me quedé en la cocina y escuché el animado estruendo de aquellas criaturas por la casa; Georgie volvió y vi que estaba dispuesta a hablar, si yo lo quería, pero de repente me encontré diciéndole:

–Georgie, estás muy bien dispuesta para criticarme, pero mira estos hijos tuyos.

–Sí, sé lo que piensas –dijo, dándome la espalda. Inmediatamente supe que había tocado un punto sensible.

–Dime –le dije–, ¿en qué ocasión han hecho algo que no quisieran hacer? ¿Tú y Tom les habéis enseñado alguna vez que el mundo no es un bar con batidos y nata colmándolo eternamente todo

sólo con apretar un botón?

–Tal vez estés en lo cierto. No digo que éste no sea el caso –dijo, dándole un toque de humor–; ahora debo preparar la comida. Si quieres ayudarme, quédate, si no, ve y charla con Tom.

Le tomé la palabra, busqué a Tom, pero él no quería hablar conmigo, porque estaba enfrascado en algo. El nivel de decibelios en la casa me pareció intolerable, me calcé las botas y salí a dar un paseo por la nieve y volví para la comida. Como siempre, los padres eran como apéndices a la escena de los cuatro hijos, que no les dejaban acabar ni una conversación si tenían la temeridad de iniciar alguna, o hablaban entre sí de un lado a otro de la mesa y se comportaban exactamente como si Georgie y Tom fueran unos útiles criados que podían tratar a su antojo.

¿Qué ha pasado que, ahora, las familias son así? En la sala de estar, por la tarde, ésta era la escena. Jilly, diecisiete años, inquieta porque había querido visitar a una amiga y, por alguna razón, no había podido, por tanto estaba malhumorada y toda la familia debía pagar las consecuencias. Bob, dieciséis años, un guapo chico demasiado gordo, hacía prácticas de guitarra como si nadie existiera. Jasper, quince años, importunando a su padre para que fuera con él a un partido de fútbol local. Kate, trece años, mejillas ardientes, pelo ensortijado, se pasea por la sala como una fulana con un vestido de Georgie, en una especie de histeria contenida, como es común en las adolescentes. Lo hacía para mí, porque quiere trasladarse a Londres y «ser una modelo». ¡Pobre muchacha! Tom estaba instalado en un rincón intentando leer y respondía a las preguntas de su prole con una voz abstraída e irritada, con Georgie que los atendía a todos, de un humor y paciencia perfectos; gritaba de vez en cuando para hacerse entender. Sí, muy bien, Kate. Sí, Jilly, lo haré mañana. Sí, Jasper, está debajo de la cama de la habitación de los invitados. Y así sucesivamente.

Finalmente, dije:

–Bien, vuestra malvada tía se larga. No, no os molestéis, iré por mis propios medios a la estación.

Con qué alivio di la espalda a esta escena de feliz vida familiar contemporánea y me dirigí a la puerta, seguida por Georgie.

–No, no me digas nada, no comprendo cómo son los hijos, además no puedo hablar, debido a mi egoísta puerilidad, pero todo cuanto puedo decir es... –le dije.

–Seguramente estás en lo cierto –dijo ella, con la misma voz amable, abnegada, que utiliza con sus hijos.

Avancé por la nieve ya medio derretida hacia la estación, esperé un poco. Me encantan las estaciones, el anonimato, la libertad de estar sola entre la multitud. Me gusta estar sola. Y punto.

Aquí estoy, sola. Debería ir a ver a Maudie.

Muy pronto tendré que tomar una decisión.

Lo único que sé es esto. Cuando la gente muere, lo que lamentamos es no haber hablado lo suficiente con ellos. No hablaba con la abuela, no sé cómo era ella. Apenas puedo recordar al abuelo. Lo mismo puedo decir de mamá. No sé qué pensaba de nada, excepto que yo soy egoísta y estúpida. (Que es lo que pienso de los mocosos de Georgie.) ¿Qué pensaba ella de Tom? ¿De Georgina? ¿De los nietos? Qué significó para ella tener que cuidar a la abuelita, a su marido, durante... siento decir que, probablemente, fueron cuatro años. ¿Cómo era ella de joven? No lo sé. Ya nunca lo sabré. Y naturalmente, está Freddie: a veces estoy en la cama, desvelada, y lo que quiero, no es tenerlo aquí haciéndome el amor, a pesar de que lo añoro muchísimo, lo que quiero es hablar con él. ¿Por qué no hablé con él cuando lo tenía aquí? La respuesta es que no quise hacerlo. *No quería saber.*

Noche del lunes.

Me he despertado aterrorizada, me palpitaba el corazón, me escocían los ojos, tenía la boca seca. Me dije, una pesadilla, eso es todo; pero seguía allí. De camino al trabajo, caí en la cuenta de que se debía, probablemente, al hecho de que Joyce se va a Estados Unidos. Aparte de echarla de menos, en la oficina cambiará todo. Seguramente me ofrecerán la dirección, pero el problema no es ése.

Al pasar por el despacho de las secretarias, Phyllis me miró detenidamente y, luego, me preguntó, ¿Estás bien? Un diez por advertirlo. Naturalmente supe que sabe que siento ansiedad por la partida de Joyce. Pero cuando estaba sentada hecha un ovillo junto a mi mesa, y Phyllis me trajo café y me dijo si quería que ella se encargara de la sesión con los fotógrafos, vi que lo había meditado. Cogió un montón de carpetas de mi mesa y advertí su mirada, larga y fría, a la mesa de Joyce, al lugar de Joyce; ella pensaba: será mía.

¿Por qué no?

Porque ella no es Joyce. Quiero decir, de una forma específica: tiene treinta años, es una muchacha trabajadora, inteligente, que presta atención, pero no está... hecha. Sé perfectamente que no me gusta porque me recuerda cómo era yo. Pero hay algo más. Me pregunto, con la intención de ser justa, no importan tus necesidades, ¿tiene ella lo que *Lilith* precisa?

Me encontraba en aquella oficina nuestra, de Joyce y mía, y decidí no pensar en Phyllis, todavía no puedo ocuparme de ello. Pensaba en Joyce: algo en ella me había pasado inadvertido, de modo que hace sólo un mes hubiera dado por supuesto que no se iría a Norteamérica. Juzgaba su matrimonio por el mío. Naturalmente, ella tiene hijos; pero no, no es eso. El es un hombre bastante agradable. No lo conozco bien. Nunca he *hablado* con él: tenemos una relación de guasa.

Quería que Joyce llegara temprano, pero casi era la hora del almuerzo. Tenía un aspecto terrible, enfermizo, descuidado. Se sentó, se levantó de nuevo para buscar café, volvió con el café, se sentó repantigada, encendió cigarrillos y dejó que se apagaran, se hizo un lío con su trabajo, regó las plantas en el alféizar de su ventana, lo hizo todo excepto mirar hacía mí.

Habló por el interfono, entró Phyllis y Joyce dijo:

—No estoy satisfecha con la sección de Vinos, he tomado unas notas, por favor, consulta a nuestro experto en vinos, ¿cómo se llama? ¿Cómo se *llama*... y dónde tenemos su dirección?

—No te preocupes —dijo Phyllis—, sé dónde podemos encontrarlo.

Recoge las notas de Joyce, sonrío agradablemente y se va. En este momento, Joyce me concede una breve sonrisa, en realidad una mueca y, al fin, me mira. Nos reímos.

Las dos miramos a Phyllis, a través de la puerta del archivo. Analizamos su ropa, maquillaje, zapatos. Hábito. Luego, Joyce se desinteresa de ella, vuelve a sus propios pensamientos.

Phyllis aún no tiene estilo. No como Joyce y yo. Me quedé pensando si yo podía ayudar a Phyllis a tener estilo, como Joyce lo hizo conmigo. Sólo ahora, mientras escribo esto, pienso cuan extraño era que yo examinara a Phyllis y su posible aspecto, cuando estaba llena de amargura por Joyce, con deseos de decirle: Por el amor de Dios, *habla*. Sabía que había decidido irse y se sentía mal respecto a mí: yo necesitaba por amor de las dos que *habláramos*.

Joyce es la única persona en mi vida con la que he hablado. Sin embargo, la mayoría de las veces, nos hablamos a base de sonrisas, silencios, señas, música sin palabras, a medias.

Ya no pude soportarlo y le dije:

—Joyce, quiero saber el porqué, tenlo en cuenta.

Estaba medio vuelta hacia mí, la mano en la mejilla. Hizo un gesto irritado de déjame—en—paz.

Aquí estoy sentada, es la una de la mañana, para escribir esto. Tengo la mente clara y despierta, un torbellino de pensamientos. Se me acaba de ocurrir uno, es éste: escribir es mi oficio, escribo constantemente, notas personales, memorándums, artículos, y siempre para *presentar* ideas, etc., si no para mí, para los demás. No dejo que mis pensamientos se evaporen, los anoto, los *presento*, reivindico una visión externa. Es lo que ahora hago. Advierto que, mientras escribo este diario, tengo en cuenta esta mirada observadora. ¿Significa que quiero publicarlo? No me pasó por la cabeza cuando empecé a escribirlo. Es divertida esta necesidad de anotarlo todo, como si no existiera hasta quedar registrado. Presentado. Cuando escucho lo que Maudie dice, tengo esta sensación, rápido, atrápalo,

no dejes que se esfume, anótalo. Como si no fuera válido hasta que se imprimiera.

Ah, mis pensamientos se arremolinan a través de mí, cógelos...

Estaba junto a Joyce, ambas distantes e indispuestas, infelices, y nos examinaba a ambas, por hábito, como con Phyllis. Dos redactoras, de una revista para mujeres (que leen muchos hombres) de primera, a finales de los años setenta, entrando en los ochenta.

Cuando leo diarios del pasado, lo que me fascina es cómo vestían, lo que comían, todos y cada uno de los detalles. No es difícil calcular lo que la gente pensaba –no de forma tan distinta a la nuestra, creo yo– sino cómo una mujer hacía la cama, o disponía la mesa, o lavaba sus prendas interiores; ¿qué desayunaba, en 1780, en una familia de clase media, en una ciudad inglesa de provincias? ¿Cómo ocupaba el día la mujer de un granjero, en el norte de Inglaterra, cuando la batalla de Waterloo?

Cuando Joyce entró a trabajar aquí, ¡nos concienció de nuestra falta de elegancia! Hacia mediados de los años sesenta... ¡elegancia! Sin embargo, su estilo era, como ella decía, gitano de lujo, que se ve desaseado con facilidad. Es alta, delgada, con una mata de ondas y rizos negros, un desorden cuidado y una carita pálida. O así se ve su cara, saliendo de aquel montón de pelo. Unos ojos negros que, en realidad, son pequeños, pero maquillados hasta ser grandes y dramáticos. Sus vestidos cuestan un riñón. Hoy llevaba una falda negra con rayas de color rojo óxido, chaleco, un jersey de seda negro y un collar de plata con piedras ámbar. Sus joyas son muy buenas, nunca una semiporquería oriental de las que puedo permitirme llevar, debido a mi estilo. Es bella, pero su estilo es el de una mujer joven. Mantiene el pelo negro. Muy pronto tendrá que cambiar de estilo, para acomodarse con que no es joven.

Yo aún llevaba vestidos mini, abalorios y perifollos llamativos, cuando Joyce se encargó de mí. Desde entonces, mi estilo ha sido clásico–caro. Me visto con blusas y medias de seda, nada de nailon, y trajes que, a primera vista, parecen sencillos. Encontré una auténtica modista, que se preocupa por cada puntada, y busco botones especiales en mercados, encaje a mano, y encargo rebecas y chaquetas de punto. Mi estilo es de los que la gente no advierte a primera vista, pero me miran dos veces y examinan detalle tras detalle, las puntadas en un cuello, una hilera de perlas que hacen de botones. No soy delgada, sino maciza. Tengo el pelo liso y siempre perfecto, de un color dorado canoso. Ojos grises, grandes por naturaleza y aún agrandados.

No podríamos ser más distintas, Joyce y yo, excepto en lo mucho que nos preocupamos por las cosas. Pero Joyce se preocupa menos, debido a su familia.

Phyllis es una muchacha delgada, fuerte, atractiva. Tirando a rubia. Siempre va a la última moda y, no obstante, no hay en ella nada que observar. La he visto contemplar a Joyce y, muy adecuadamente, descartar aquel estilo para ella. La he visto que me observaba: *¿cómo lo hace?* Se lo enseñaré si me lo pregunta, la acompañaré a la modista y a la tricotadora, elegiré su peluquero... pensaba en esto junto a Joyce, en plena desgracia: abdicaba mentalmente y lo expresaba en términos de ropa, ¡a través de un estilo!

Sin embargo, no tengo ninguna intención consciente de tirar la toalla.

Durante el almuerzo bebimos café y fumamos. Me dijo:

–Debo ir a casa.

–¡Joyce! –exclamé.

–No te das cuenta de que no puedo hacerlo, ¡no puedo! –dijo.

–Joyce, no puedes largarte a casa de esta manera, debo saberlo –le dije.

Suspiró, se sentó, se recompuso y, al final, me miró.

–¿Saberlo?

–Comprender. No puedo comprender que eches todo esto por la borda... ¿para qué?

–Entonces, ¿has pasado por la experiencia de descubrir, repentinamente, que no te conoces a ti misma?

–¡Naturalmente!

–Pensaba que estaría de acuerdo en el divorcio con toda facilidad.

–¿Tiene él una amiga?

–Sí, la de siempre, ya sabes. Se iría con ella en vez de irse conmigo.

–Durante todo este tiempo, en realidad él ha estado casado con las dos, ¿entonces?

–Más o menos es eso. En un cierto momento me dijo: Tú tienes tu trabajo, yo voy a tener a Felicity.

Allí estaba yo, con tacto, porque no quería que volara a su casa y sabía que era algo que podía hacer en cualquier momento.

Estaba pensando lo que se puede denominar pensamientos feministas. Desde luego, él tiene un empleo, pero cuando *ella* tiene uno, él tiene que estimularse con una chica suplementaria. Pero me cansan tanto tales pensamientos, no son lo que importa; jamás lo fueron, no para mí, ni para Joyce. Phyllis está metida en el *Women's Lib*, en grupos de concienciación y deja muy claro que Joyce y yo no estamos emancipadas. Con Joyce lo hemos comentado, pero no muy a menudo: porque ¡no es lo importante! En una ocasión, Joyce le dijo a Phyllis, más curiosa que combativa, Phyllis, tengo un empleo muy bien remunerado. Tengo un marido y dos hijos y llevo una casa y una familia. ¿Acaso no dirías que soy una mujer emancipada? ¿*No es suficiente?* Y Phyllis sonrió con la sonrisa de la que sabe y admitió condescendiente: Un paso en la buena dirección. Luego, con Joyce, nos reímos. Nos dio uno de aquellos ataques de risa, música sin palabras, que son lo mejor de nuestra amistad.

–¿Si no lo acompañas a Estados Unidos, se llevará a Felicity?

–Se casará con ella.

–¿Es eso lo que te importa?

Sacudió la cabeza. Una vez más, no me miraba. Yo estaba confusa, no sabía qué la atemorizaba cuando me miraba. Al fin dijo:

–Tú eres una persona autosuficiente.

Era lo último que me esperaba –la esposa–niña, la hija–niña– y le dije:

–¿Yo, autosuficiente?

Se limitó a sacudir la cabeza, ah, es demasiado, y se inclinó apoyándose en la mesa con las dos manos, con el cigarrillo que colgaba de sus labios. La vi como a una vieja carcamal, una señora Fowler: una carita afilada, con la nariz y el mentón que casi se tocaban. Se veía vieja. Suspiró de nuevo, y se recompuso, se volvió hacia mí.

–No puedo enfrentarme a estar sola –dijo, categórica–. Y eso es todo.

Si digo que mi mente era un torbellino, así era.

Quería decirle: Pero, *Joyce* –mi marido murió, ahora me parece que de la noche a la mañana–, ¿qué imaginas? Le podría haber dicho: Si lanzas por la borda tu empleo y te vas con él, puedes encontrarte sin nada. Le podría haber dicho... y no le dije nada, porque lloraba con una suerte de rabia llena de asombro, ante la imposibilidad de esto y, peor aún, ¡pensaba que nunca había conocido a Joyce! Jamás la hubiera creído capaz de decirme esto, pensarlo. Más aún: sabía que yo no podía decirle a Joyce: Tu actitud ante la muerte es estúpida, errónea, ¡eres como una niña! No es esto, ¿de qué tienes miedo? ¡De estar sola...! ¿qué es esto?

Descubrí que yo había recorrido un largo trecho que me separaba de Joyce, y en muy poco tiempo. Mi marido había muerto, mi madre había muerto: creía que no lo había interiorizado, me había acorazado. Sin embargo, algo había cambiado en mí, pero muy profundamente. También estaba Maudie Fowler.

Allí me pareció, mientras lloraba e intentaba dejar de llorar, mordía mi mejor pañuelo (lino de la mejor calidad, con iniciales), que Joyce era una niña. Sí, era una niña, a fin de cuentas, y no podía decirle nada de lo que yo había aprendido y de lo que ahora era. Por esta razón lloraba.

–No llores –dijo Joyce–. No he querido abrir viejas heridas.

–No lo has hecho. No es éste el caso.

Esto fue lo máximo que pude llegar a *hablar*. Con ello quiero decir expresar lo que pensaba, puesto que, acto seguido, hablamos, de una forma juiciosa y seca, sobre todo tipo de cosas, y no es que no lo valore. No habíamos hablado así desde hacía mucho tiempo. La manera en que las mujeres se comunican –con medias palabras, gestos, insinuaciones y sonrisas– es muy buena, es agradable y divertida, de lo mejor que conozco. Pero cuando la suerte está echada... no pude decir a Joyce por qué tenía que llorar. Ella me dijo:

–Eres distinta a mí. Te he observado y lo veo. Pero si él se va a Estados Unidos, me quedaré sola. No volveré a casarme, lo sé. En cualquier caso, si has estado casada con un hombre, no puedes simplemente arrinconarlo y coger otro... *ellos* pueden hacerlo...

–O piensan que pueden.

–Sí, o piensan que pueden, sin penalizaciones, quiero decir. Por esta razón, no me veo casada con otro. Los niños no quieren ir a Estados Unidos, pero si él se va y yo me quedo aquí, pasarán temporadas allí y aquí y sé que muy pronto preferirán quedarse allí, hay más oportunidades, probablemente es mejor para los jóvenes. Me quedaré sola. No sé estar sola, Jan.

No podía decirle, Joyce, tu marido tiene cincuenta cinco años, es un trabajador incansable...

–¿Estás dispuesta a ser la esposa de un catedrático?

Ante esto, hizo una mueca:

–No conseguiré nada que se parezca a este empleo, claro que no. Pero espero que me saldrá algo.

Cuando se fue, me dijo:

–No, ni siquiera estoy totalmente decidida. Sé lo mucho que echaré de menos todo esto... y a ti, Jan. Pero no tengo elección.

Con estas palabras salió, *sin* mirarme.

Y con esto me quedé, con el *no tengo elección*. Puesto que no sé de qué se trata, en este matrimonio suyo... jamás lo hubiera sospechado... la existencia de algo que haría inevitable que dijera: *no tengo elección*.

Joyce ha sido la mejor directora que nunca haya tenido la revista. Jamás su hogar y su familia han pasado delante... y, no obstante... Veo cómo, cuando entró, empezó una flexibilidad que todos celebramos: trabajar en casa con el teléfono, trabajar temprano o tarde cuando es necesario. Todos dijimos: Es la manera que tiene una mujer de tratar los asuntos, no según el horario de oficina, sino cuando es necesario. Y ahora pienso que lo que era *necesario* era el matrimonio de Joyce, su hogar.

Con perfecta facilidad se quedaba, después del trabajo, a cenar conmigo, en la oficina, en un restaurante: comidas de trabajo. No obstante, había ocasiones en las que tenía que estar en casa. Yo era quien lo hacía todo posible: jamás le dije: No, no puedo quedarme en la oficina hasta tan tarde como siempre, debo llegar a casa. O sólo cuando con Freddie organizábamos cenas con amigos. Jamás le dije: Esta tarde debo salir pronto, Freddie llegará temprano. Pero me parece que algo por

este estilo ha sucedido con Joyce: su matrimonio, sus hijos, su trabajo. Lo incorporó todo, de una manera maravillosa y flexible. ¿Puedes tomar las riendas esta tarde, Jan? En cierto sentido, he formado parte de su matrimonio, ¡como la amiguita, Felicity! Estos conjuntos de los que formamos parte, lo que *verdaderamente* sucede, cómo funcionan las cosas... es lo que siempre me ha fascinado, lo que más me interesa. Sin embargo, sólo ahora se me ha ocurrido este pensamiento: que he sido, en cierto sentido, parte del matrimonio de Joyce.

Joyce se va a Norteamérica. Echará por la borda un magnífico empleo. Hay muy pocas mujeres que consigan alguna vez un trabajo semejante. Echará por la borda familia, amigos, hogar. Sus hijos ya casi son mayores. Se encontrará en un país que deberá aprender a apreciar, sola, con un hombre a quien le hubiera encantado ir con otra, una muchacha más joven. *No tiene elección.*

Muy bien, feministas; muy bien, Phyllis, ¿qué decís a esto?

¿Qué, en vuestros manifiestos, vuestros portazos en las narices de los hombres, vuestra retórica, qué habéis dicho *alguna vez* que toque esto? Por lo que me concierne, nada. Y, creedme, Phyllis se asegura de que yo tenga siempre panfletos al alcance, sobre mi mesa.

La razón por la cual las chicas de hoy se reúnen en rebaños, manadas y tropeles y pasan de los hombres totalmente, o en la medida de sus posibilidades, es porque temen... ese poder, o lo que sea, que tienen los hombres, y que hace decir a Joyce: no tengo elección.

Yo puedo vivir sola y pasarlo bien. Sin embargo, nunca estuve realmente casada.

Cuando llegué a casa, el teléfono: Joyce, con vocecita jadeante. Por haber llorado hasta quedarse sin lágrimas, lo reconocí. Me dijo:

—Jan, ¡hacemos nuestra elección mucho antes de lo que creemos! ¡Dios mío, es horrible! ¿Sabes a lo que me refiero?

—Sí —le dije—. Sé a lo que te refieres.

Y lo sé. Y es terrible. ¿Qué elección he hecho de la que no soy consciente? No he pasado por casa de Maudie Fowler desde la tarde del viernes.

Martes.

Joyce no está en la oficina. Con Phyllis asumimos el trabajo. Después de la oficina pasé por casa de Maudie. Tardó mucho en abrir la puerta, se quedó plantada mirándome durante un buen rato, sin sonreír, nada complacida; finalmente, se echó a un lado para que pudiera pasar, me abrió paso en el corredor, sin decirme una palabra. Se sentó en su costado habitual junto al fuego, que abrasaba, y esperó a que yo hablara. Por mi parte, ya estaba furiosa y pensaba, bien, si no tiene teléfono, ¿acaso es culpa mía?

—El domingo regresé muy tarde y ayer por la noche estaba cansada.

—¿Estaba cansada? —y al cabo de poco—: El domingo por la tarde la esperé. Había preparado un poco de cena para las dos.

Advertí en mí la habitual cadena de emociones: la sensación de estar atrapada, la necesidad posterior de escapar y, luego, naturalmente, culpabilidad.

—Lo siento, Maudie —le dije.

Volvió la cabeza hacia el fuego, la boca abierta, respirando con dificultad.

—¿Se ha encontrado bien?

—Lo suficiente.

Estaba pensando, «Mira, te he lavado de los pies a la cabeza, te he sacado tu mierda apestosa y ahora tú...» pero también tuve que pensar que le había hecho una promesa que no había cumplido.

Nunca más debía hacerlo.

Casi pasó una hora antes de que se ablandase y se levantara para preparar té. Tuve que quedarme un par de horas más. Antes de irme ya hablaba de nuevo naturalmente. Una historia muy larga respecto al lío de su padre quien, su madre ya «muerta y enterrada», no sólo la había convertido a ella, a Maudie, en una fregona –«aunque ya sé que le he contado todo esto»– sino que se dispuso a envenenarla.

–Envenenó a mi madre, lo sé, aunque no lo sepa nadie más, y mi tía Mary me creyó. Dijo que no tenía sentido ir a la policía, jamás me creerían a mí sino a mi padre, que hacía buenas migas con la policía, siempre se llevaba bien con la gente que podía ayudarlo, invitaba al inspector a casa en Navidades, a tomar whisky y pastel y su lío mandaba un barril de cerveza a los chicos de la comisaría con un jamón y budín. Si me hubiera dirigido a ellos, una chica, que además de aterrorizada estaba enferma, y les hubiera dicho, la mujer de mi padre envenenó a mi madre y ahora hace lo mismo conmigo, es arsénico... ¿me habrían escuchado? Mi tía Mary me dijo: Mira, te vas de tu casa y vienes a la mía cuando creas que puedes hacerlo sin crear problemas. No quiero enfrentarme con este hermano mío, no se puede pelear con él, se sale siempre con la suya. Pero cuando sea el momento oportuno, siempre tendrás una cama y comida en mi casa. La verdad es que cada vez estaba más enferma y más débil. Pasaron meses. Intenté no comer en casa, corría a ver a mi hermana, la que murió... no, no le he hablado de ella, me hace sentirme muy mal. Siempre fue la débil de la familia, les irritaba. Se casó a los quince años. Se casó contra la voluntad de mi padre, y él dijo: No pises nunca más mi casa. Su hombre era un inútil y no podía mantenerla. Tuvo tres hijos y mi madre me mandaba a su casa con empanadas o un poco de pan, algo que nadie echara de menos, y yo la veía, tan pálida y débil, los niños hambrientos. Tomaba un mordisquito, para coger fuerzas y daba lo restante a sus hijos. Mi madre murió y en aquella casa ya no hubo comida de ningún tipo. Le dije a mi padre: Mi hermana se está muriendo por falta de comida y de calor. Me dijo: Le advertí que no se casara con él, y fue lo único que dijo. Ella murió y él no asistió al entierro. El marido se llevó al único hijo vivo y nunca más supe nada. Antes de morir ella, iba a su casa, a punto de desmayarme de hambre porque temía comer en casa, y ella se moría de hambre porque no tenía comida, nos hacíamos compañía. Fue una época horrible, horrible... No sé por qué la gente habla de «los buenos tiempos», eran tiempos malos. Excepto para gente como mi padre... –y Maudie siguió hablando de su padre.

–¿Qué pasó con su otra hermana? –le pregunté.

–Se había marchado al casarse, no supimos gran cosa de ella, se mantenía alejada de mi padre, a quien tampoco le gustaba su hombre. En una ocasión la visité y le dije: Polly, nuestra hermana Muriel se muere de hambre y sus hijos con ella, y todo cuanto dijo fue: Bien, no tengo nada que darle. Pero su alacena estaba atiborrada de jamones, pasteles de carne y natillas.

»Después de la muerte de Muriel, ni siquiera tenía un lugar donde pasar un rato, y comía lo mínimo porque sabía que estaba envenenado. *Ella* entraba en mi dormitorio –me habían instalado en la buhardilla, como una criada– con leche y caldo y me decía: Bébetelo, bébetelo, y yo lo echaba en el cubo del agua sucia, y bajaba para vaciarlo, para que no se enterara. Reconocía el sabor del veneno en lo que me daba, sabía que había veneno. En ocasiones recogía el pan que la gente tiraba a los pájaros, pero temía que me vieran. Sabe, éramos gente conocida; nos tenían en una buena opinión, mi padre con sus entradas y salidas, su coche y su vida rumbosa, y *ella* con su pub. Yo era la hija que vivía en casa y la gente me envidiaba por mi buena vida. Pero dormía en una cama estrecha en lo alto de la casa, ni una pizca de calor, nunca un vestido nuevo ni nada mío, sólo los vestidos de ella, que tenía que arreglarme, y con miedo a comer. Bien, una noche todo llegó a su culminación, porque yo estaba en cama, demasiado débil y enferma como para levantarme y ella tenía un vaso de leche azucarada y me dijo: Me quedaré a tu lado hasta que te la bebas. No la quiero, le dije. No la quiero. Pero ella me dijo: Me quedaré sentada a tu lado.

»Llevaba una bata de seda rosa con plumas y volantes de terciopelo gris junto al cuello, y zapatillas de tacones altos de color rosa. Había engordado mucho porque le gustaba comer y beber hasta hartarse, la cara enrojecida y suspiraba y decía: Dios mío, estas escaleras, y Dios mío, hace frío aquí arriba. No obstante, no pensaba que yo debía subir y bajar las escaleras, ni que tenía que vivir en aquel frío. Y sin embargo, había dos dormitorios vacíos en el piso donde tenía el suyo. Luego mi tía Mary me dijo: Naturalmente que no te quieren en su mismo piso; no quieren que te enteres de su conducta. ¿Qué conducta?, le dije, porque no me importaba todo eso, lo odiaba, soy como mi madre.

No quería saber nada. Y, además, no estaban casados: ella tenía a su marido en algún hospital, por lo que no podía casarse con mi padre. Ahora cuando lo recuerdo, me digo: la gente era estricta en aquellos tiempos, pero no recuerdo que ella padeciera por vivir con mi padre sin estar casados. Tampoco lo habría advertido: lo único en lo que yo pensaba era en no comer en aquella casa. Aquella noche, finalmente tuve que beberme la leche, a pesar de que el gusto que tenía me daba ganas de vomitar. Fingí estar dormida. Luego fingí que me dormía. Ella bajó pesadamente al piso inferior. Me metí un dedo en la garganta y devolví toda la leche. Acto seguido, metí mi otro vestido en la pequeña bolsa de mi madre y salí de puntillas de la casa.

»Yo no tenía dinero porque él no me daba, nunca, a pesar de que le llevaba la casa, la limpiaba y lo hacía todo. Salí hacia el pueblo donde vivía mi tía. Ahora forma parte de Londres, y nadie creería hoy que aquello era una villa, era pasado Neasden. Llegué allí cuando las calles se llenaban de carros, caballos y ruido. Casi me caía al andar. Llegué a su casa y llamé y llamé y cuando apareció me cogió en brazos cuando iba a caerme. Me dijo que podía quedarme con ella y devolverle el dinero cuando me encontrara lo suficientemente bien como para ganarlo. Escribió a mi padre que Maudie viviría con ella durante un tiempo, así lo escribió. Mi padre no dijo nada de nada, a pesar de que esperé y esperé que diera señales. Durante años pasó por alto mi existencia. Y mi tía me alimentó y me hizo comer. También ella era pobre. No podía darme lo que decía que yo debía tener, leche, vino y alimentos, pero hizo cuanto pudo. Yo estaba tan delgada y era tan pequeña que me ponía a temblar cuando daba algunos pasos, pero mejoré y, luego, tía Mary me metió de aprendiz con una sombrerera en el West End. Consiguió que mi padre le diera el dinero necesario. No sé qué le dijo, pero lo consiguió.

Eran casi las diez cuando llegué a casa. Estaba atiborrada del té fuerte que bebe Maudie y también yo me sentía algo mareada, por lo que no pude comer. Solidaridad, sin duda, con la anorexia, puesto que, supongo, esto era de lo que padeció la pobre Maudie después de morir su madre. He tomado un baño breve pero eficiente y he acabado de escribir esto; imagino que ahora debo irme a la cama. La verdad es que quería consignar lo que he pensado respecto a la oficina.

Le dije a Maudie que no pasaría mañana por la noche, pero que, con toda seguridad, tomaría el té con ella el jueves.

Miércoles.

Joyce no estaba en la oficina y no había ningún mensaje. Nunca había sucedido esto. El ambiente de la oficina es de inquietud, algo tontito, como un colegio cuando reina la incertidumbre. He trabajado con Phyllis durante todo el día, sin decirnos una palabra respecto a cómo comportarnos para calmar la situación. Somos activas y eficientes y así nos comportamos. Trabajaremos con facilidad juntas. Ah, pero ella es *tan joven*, tan joven, tan blanco y negro, una de dos, lo tomas o lo dejas. Su fría boquita dura. Su competente sonrisita dura. Phyllis se ha comprado un piso, nosotros –la empresa– la ayudamos. Vive para su trabajo, ¿quién lo sabría mejor que yo? Se ve de directora de la rev. ¿Por qué no?

Lo escribo y me hago preguntas al respecto.

Ahora escribiré sobre *mi* carrera, porque tengo ideas muy claras al respecto, debido a todas las sorpresas e inquietudes de los últimos días, con Joyce y, luego, por tener que estar alerta y despierta durante todo el tiempo con Phyllis.

Entré directamente en la oficina al salir de la escuela. Nada de universidad, no había dinero; ¡ni era lo bastante buena para la universidad! Ni se presentó siquiera como una posibilidad.

Cuando empecé a trabajar para *Little Women*** *Mujercitas*. (*N. de la T.*) –con Joyce bautizamos así aquella fase de la rev. yo era taquígrafa– estaba tan contenta y aliviada al conseguir aquel empleo brillante, dentro del periodismo, que no anhelaba nada superior. Año 1947, aún un ambiente de guerra. Era un producto sin gracia, papel malo, por la guerra: lleno de cómo servirse de pedazos de carne baratos y huevos en polvo. Cómo convertir todo en otra cosa distinta: así lo describió Joyce. Yo, como todo el mundo, estaba harta de todo ello. Cómo anhelábamos todos quitarnos de encima las consecuencias de la guerra, el racionamiento, la tristeza. También entonces la directora era una mujer. Por aquel entonces no me metía a criticar a mis superiores, mis anhelos no iban más allá de ser secretaria del jefe de producción. Ni siquiera pensaba en Nancy Westringham. Allí arriba todo el

mundo eran dioses y diosas. Ahora advierto que ella era lo que le convenía a la *revi*. Estilo a la vieja usanza, como mi madre y mi hermana, competente, sumisa, agradable... lo digo en serio, agradable, amable, y me figuro que nunca hubo un pensamiento original en la vida de ella. Es pura *conjetura*: si hay algo que lamento, es que no estuve lo bastante alerta en aquella fase como para ver lo que sucedía. Naturalmente, por aquel entonces no había aprendido *cómo* ver lo que sucedía: lo que se desarrolla en el interior de una estructura, qué hay que buscar, *cómo funciona*.

En la *revi* hicieron los cambios adecuados, mejor papel, unos artículos de fondo más brillantes, pero no era suficiente. Se precisaba un director nuevo y debí haberlo visto, tendría que haber estado alerta. No se trataba sólo de saber cómo observar: estaba demasiado embriagada con ser joven, atractiva y llena de éxito. En la escuela, nadie había sugerido que podía tener alguna capacidad y, en todo caso, mis padres nunca me lo dieron a entender. Pero en la oficina, era capaz de hacerlo todo. Muy pronto me convertí en la persona que era capaz de ocupar el puesto de cualquiera que estuviera enfermo o incapacitado. No puedo recordar ninguna satisfacción en la vida que se pueda comparar a ésta: el alivio que procura, la confianza, dedicarme a un trabajo nuevo y saber que lo hacía bien. Estaba enamorada de la inteligencia, de mí misma. Y eso de tener un don para la ropa. Naturalmente, los años cincuenta no fueron exactamente una época delirante por lo que se refiere a ropa, pero incluso así conseguía que todo el mundo se interesara por lo que yo vestía. Mi estilo por aquel entonces era *sexy*, pero frío y *sexy*, un poco más allá del límite de la parodia: en esto me anticipé a los años sesenta y la forma en que todos nos reímos ligeramente de los estilos que llevábamos.

Me gustaría saber cómo fue que Boris se convirtió en director. Pero ahora ya es demasiado tarde. Cuando pregunto a los veteranos que todavía trabajan con nosotros, no saben de qué les estoy hablando, porque ellos piensan de otro modo.

En cualquier caso, Boris se convirtió en el director en 1957 y él representaba «la nueva ola». Pero no la personificaba. Por aquel entonces, yo estaba en la posición actual de Phyllis: la muchacha lista de quien todo el mundo espera grandes cosas. La diferencia es que yo no lo sabía. Me gustaba ser buena en todo y no me importaba trabajar horas y horas. Me encantaba todo lo que tenía que hacer. Ya hacía todo tipo de trabajos más allá de lo que me pagaban, más allá de lo que se decía que yo era. Era secretaria de producción. Por aquel entonces ya había empezado a ver lo que de verdad estaba sucediendo. Lo obvio era que Boris no era muy efectivo. Amable, afable, moderno... todo esto, sí. Lo había nombrado el consejo de administración cuando Nancy dimitió; le pidieron que se fuera. Boris tenía el despacho grande que ahora utilizan los fotógrafos, una gran mesa, una secretaria con secretaria y una chica de relaciones públicas. Siempre estaba reunido, al teléfono, en almuerzos, concediendo entrevistas sobre el papel y la función de las revistas femeninas. No había nacido el *Women's Lib*, a pesar de que no lo recordé hasta el momento de escribir esto.

Lo que en realidad sucedía es que los demás hacían su trabajo por él, yo entre ellos. *La estructura formal de la oficina no se correspondía con lo que sucedía*. La *revi* había mejorado, aunque no demasiado, y el príncipe azul estaba implícito en todo. No pensábamos con demasiada claridad al respecto, pero seguíamos bastante como antes, con mejor papel y algunas fotografías decentes.

En el momento en que llegó Joyce, todos pasamos a ser conscientes de lo que estábamos haciendo exactamente y para quién. Análisis de mercado, informes de expertos: por cierto, tomábamos en cuenta todo ello, pero teníamos nuestras propias ideas. El espinazo y el fundamento de la *revi*, lo que más nos interesa, es la *información*. El control de natalidad, sexología, salud, problemas sociales en general. Casi todos los artículos que tenemos sobre estos temas habrían sido imposibles en *Little Women*, todo tenía que camuflarse. Esta es la parte de la *revi* de la que me encargo. Por lo que se refiere a ropa, cocina, vino, decoración, lo que ha cambiado es el nivel de la fotografía. No lo que se dice, la moda es la moda y es la moda y la cocina es la cocina, sino cómo se presenta. Cuando empecé a trabajar, había una gran cantidad de artículos tales como: «Soy viuda: he criado a dos hijas», «Estoy casada con un parapléjico», o «Alice es ciega pero dirige una escuela de administración». Todo esto ha desaparecido: ¡demasiado pedestre! *Lilith* salió deliberadamente a dar un paso hacia adelante en el mundo y conseguimos que así fuera.

He dicho que cuando entró Joyce, a mitad de los años sesenta, me cambió: cambió a todo el mundo. Lo que ahora me interesa es que el cambio tuvo lugar *contra* la estructura aparente. Era jefa de producción y yo su ayudante. Estábamos juntas en la oficina actual. Eramos nosotras las que dirigíamos la *revi*. Nos resultaba obvio que la dirigíamos, pero Boris no caía en la cuenta. Joyce solía

decir que en su empleo anterior hacía todo el trabajo de su jefe, a quien debía permitírsele pensar que era él quien lo hacía. Por lo tanto, nada había cambiado para ella. Lejos de tomarlo a mal, nos preocupaba que la gente lo advirtiera. Naturalmente, lo advirtieron. Ahora nos preguntamos por qué pensábamos que no lo advertirían. El caso era que nos encantaba el trabajo, nos encantaba transformar la *revi*. Asistíamos a los consejos de redacción, una vez cada quince días, nos sentábamos silenciosamente, a un lado, con Boris en la cabecera de la mesa, y los representantes del consejo de administración al otro extremo y casi nunca abríamos la boca. Solía dar instrucciones a Boris sobre lo que tenía que decir.

La estructura real durante aquella época era que Joyce y yo lo dirigíamos todo, con los fotógrafos que adquirirían mayor prominencia. Porque fue en los años sesenta cuando la alcanzaron. Todas las decisiones se tomaban en nuestra oficina, siempre llena de gente. De repente –y Joyce sólo llevaba un par de años allí– la nombraron directora y le dieron total libertad. Nueva presentación, nuevo todo. Fue lista: muchas *revis* que eran demasiado estilo «alegres años sesenta» mordieron el polvo, pero la forma que Joyce creó –que nosotras creamos– sobrevive.

Casi al mismo tiempo la estructura real pasó a ser la misma que la formal, la estructura oficial. Cuando Boris se fue, su inmensa y *muerta* oficina se transformó en la de los fotógrafos y cobró vida de inmediato; el despacho que habíamos utilizado con Joyce pasó a ser el despacho de la directora. Entonces caí en la cuenta de cuánto esfuerzo y tensión nerviosa se había invertido en todo cuando lo que realmente tenía lugar no concordaba con la organización formal. Ahora, si miro el resto de oficinas, otras ocupaciones, veo lo muy a menudo que se dan discordancias.

¿Qué ha crecido dentro de *esta* estructura, cuál es el futuro? ¡Ahora sé que no se trata de Joyce y yo! Me pregunto, ¿acaso es Phyllis y yo? ¿Qué es lo que no veo porque estoy demasiado comprometida con lo que pasa *ahora*? Me parece como si las cosas cambiaran de repente, de la noche a la mañana, o así parece; pero el cambio ha venido creciendo en el interior. No puedo ver ningún cambio interno y, no obstante, pienso mucho en ello.

Todo cuanto puedo ver es que hay mucho menos dinero para gastar y, en consecuencia, nuestra presentación brillante, incluso atrevida, nuestra fórmula, deberá desaparecer y ser suplantada por algo más sobrio y más concreto.

Concreto ¿*en qué*? ¡Si pudiera adivinarlo! No siento ningún placer ni quiero formar parte de ello, cuando pienso que, tal vez, nos encontraremos «haciendo que todo se convierta en otra cosa distinta». Ropas que duren –bien, esto ya ha empezado–, la carne como un lujo en vez de una comida corriente, la compra de joyas como una inversión... el penúltimo número publicó recetas de la época de la guerra, como una broma, pero para quienes éramos jóvenes durante la guerra y recién acabada ésta, no fue una broma. Oía que las mecanógrafas se reían, Phyllis bromeaba con hacer cundir la carne a base de albóndigas de carne picada. Podría escribir un artículo de fondo sobre la comida que Maudie recuerda. Supongo que las mecanógrafas se partirían de risa si pudieran oír a Maudie explicando cómo, cuando era niña, la madre de una familia preparaba un gran budín para «saciarlos» antes del plato de carne, por lo que se conformaban con un pedacito de carne y, luego, después de la carne, otro budín, con mermelada. Cuando pienso en la guerra, en aquellas simulaciones y sucedáneos, el triste triste triste tedio de todo ello, ah, no puedo volver a enfrentarme a esto, no puedo, no puedo...; pero hasta el momento nadie ha dicho que debamos hacerlo.

Me casé en 1963. Fue poco antes de que entrara Joyce. He escrito toda esta historia y sólo ahora he pensado en mencionar que me casé.

Una semana desde la última vez... no, no, ya diez días.

Tal como se lo prometí, fui a casa de Maudie, a pesar de que estaba desesperada de trabajo. No estuve mucho tiempo, entré y salí. Luego, a la oficina: Joyce no estaba allí, ni tampoco había ningún mensaje. Con Phyllis nos apañamos. Todo el mundo se apaña. Ambiente melancólico, por los buenos tiempos perdidos. Ella creó *Lilith*, pero si no viene a trabajar, varios días seguidos, las aguas se tragarán a Joyce. Apenas si se la menciona. Pero ciertamente se piensa en ella, yo por lo menos. Yo, ¡yo! He rabiado de dolor. Me sentía inquieta, avergonzada, pensando: Freddie se muere, mi madre se muere, apenas una lágrima, sólo un vacío frío, pero Joyce se escurre de mi vida y me acongojo. En un principio pensé, miradme, soy una malvada, pero luego supe que al permitirme llorar por Joyce, he

admitido... el llanto, el dolor. Me he despertado por las mañanas bañada en lágrimas. Por Freddie, por mi madre, por Dios sabe quién más.

Pero no tengo tiempo para ello. Trabajo como un diablo. Mientras tanto, estoy rabiando de dolor. No creo que esto sea necesariamente un paso adelante en la madurez. Hay mucho que decir a favor de un corazón helado.

Cuando volví a casa de Maudie la encontré furiosa y fría. ¿Conmigo? No, se trataba de aquella «irlandesa» del piso de arriba, que había conectado de nuevo la nevera para «insultarla». Acababa de volver de un ambiente en el cual se afrontan los problemas, no se murmuran ni se hacen tonterías, por lo que le dije:

–Subiré para hablar con ella –y subí, con Maudie que me gritaba:

–¿Por qué se mete?

Llamé a la puerta del piso de arriba, en la planta baja. Un muchacho flaco y pecoso me abrió y vi a una alta muchacha irlandesa de cansados ojos azules y tres niños más, escuálidos y pecosos, mirando la televisión. La nevera es un aparato inmenso, probablemente comprado en la tienda de segunda mano de la calle, y se puso en funcionamiento cuando yo estaba allí, con un chirrido atronador que sacudió todo el piso. No podía decirle: Por favor, venda la nevera. Ahí estaba la pobreza, se veía. Quiero decir la pobreza de mil novecientos setenta. Al conocer a Maudie mi criterio ha cambiado. Todo barato pero, naturalmente, los niños adecuadamente alimentados y con ropa limpia.

Le dije que la señora Fowler parecía enferma, ¿la habían visto?

En la cara de la muchacha apareció aquella mirada que parece que ahora veo por doquier, una indiferencia decidida, una evasión:

–Ah, bien, pero si nunca pide nada, ni lo ofrece, ya he dejado de preocuparme.

Durante todo el tiempo, ella estaba a la escucha... y de hecho entró el marido, un irlandés bajito y explosivo, muy borracho. Los niños intercambiaron amplias miradas y desaparecieron en la habitación interior. Estaban asustados y también lo estaba ella. Observé que tenía moretones en los antebrazos.

Les di las gracias y me fui; oí voces airadas antes de cerrar la puerta. En el piso de abajo me senté frente a aquella furiosa ancianita, con la blanca cara desviada y le dije:

–He visto la nevera. ¿Ha tenido una nevera? Es muy vieja y ruidosa.

–¿Pero por qué la pone en funcionamiento a la una de la madrugada e, incluso, a las tres o a las cuatro, cuando intento descansar?

Se lo expliqué. Razonable. Había pensado mucho en Maudie. La aprecio. La respeto, por lo que no voy a insultarla hablándole como a una niña... esto ya lo tenía decidido. Pero aquella noche, frente a ella sentada en una especie de temblor decente, me encontré dulcificando las cosas.

–Muy bien, si es como usted dice, ¿por qué tiene que ponerla encima mismo de donde yo duermo?

–Probablemente tiene que estar en un punto con enchufe eléctrico.

–¿Qué hay de mi sueño?

Sentadas allí, la nevera se puso en funcionamiento, exactamente encima de nuestras cabezas. Temblaron las paredes, el techo, pero no era insoportable. Por lo menos, yo podría haber dormido con aquello.

Maudie estaba sentada allí y me miraba, en parte, triunfante: ves, lo oyes ahora, ¡no exagero!, y, en parte, curiosa: siente curiosidad por mí, no puede entenderme.

Estaba decidida a explicarle lo que pasaba en la oficina, pero resultaba difícil.

–Debe de ser una abeja reina allí –observó.

–Soy la ayudante de la directora –le dije.

No se trataba de que no lo comprendiera, pero debía rechazarlo, a mí, a la situación. No me miraba, y luego, se pasó una mano por la cara para protegerla de mi mirada.

–Ah, bien, entonces no querrá venir aquí conmigo, ¿no? –dijo finalmente.

–Sólo que esta semana es muy difícil. Pero pasaré mañana si lo desea –le dije.

Se encogió de hombros de una forma bastante violenta y afligida. Antes de irme eché un vistazo a la cocina; baja en provisiones. Le dije:

–Mañana le traeré cosas, lo que precise.

Al cabo de un largo silencio, que creí no rompería nunca, me dijo:

–El tiempo es malo, si no iría yo misma. Lo de siempre... comida para el gato, y me apetecería un poco de pescado...

El hecho de que no completara la lista significaba que me aceptaba, confiaba en mí, de alguna manera. Pero cuando me fui, observé la mirada en blanco clavada en mí, con una cierta desesperación, como si la hubiera traicionado.

En la oficina al día siguiente ni rastro de Joyce, por lo que la llamé a casa. Contestó su hijo. Comedido. Cuidadoso. No, está en la cocina, está ocupada.

Joyce nunca había estado «ocupada». Yo estaba *tan* furiosa. Me quedé pensando, puedo ir a casa de Maudie Fowler y ayudarla, pero no a Joyce, mi amiga. Mientras, Phyllis estaba respondiendo las cartas. No desde la mesa de Joyce, sino desde una silla junto a la mesa de las secretarias. Un diez por el tacto. Le dije:

–Esto es una locura. Voy a ver a Joyce ahora. Ocúpate de todo –y me fui.

He estado en casa de Joyce un centenar de veces, siempre, sin embargo, invitada, esperada. Abrió la puerta el hijo, Philip. Al verme empezó a tartamudear:

–Está... está... está...

–En la cocina –dije por él. Se había retirado, por así decirlo, detrás de su mirada: se había ausentado. ¡De nuevo aquella mirada! ¿Acaso yo no la había advertido antes? Una superficie preparada de alguna manera, las defensas muy controladas.

Me dirigí a la cocina. El hijo tras de mí, como un carcelero, o así lo consideré (acertadamente). En la cocina, una buena cocina familiar, todo pino y loza, la hija sentada a la mesa, bebiendo café y haciendo los deberes. Joyce de pie junto al fregadero. Su aspecto distaba mucho del de la gitana de lujo, más bien se parecía a una gitana pobre. No se había cepillado el pelo, que era una maraña poco atractiva, maquillaje descuidado, las uñas desconchadas. Me miraba con ojos vacíos en una cara muerta; le dije:

–Joyce, esto no es suficiente.

Se alarmó y volvió a su verdadero yo. Cayeron lágrimas de sus ojos, jadeó, rápidamente se volvió y me dio la espalda, temblaba, como Maudie. Me senté y dije a los niños:

–Quisiera hablar con Joyce, por favor.

Intercambiaron miradas. Se podían calificar de insolentes, también asustadas. Vi que me costaría muy poco sentir pena por ellos: para empezar, porque tienen que abandonar sus colegios y salir hacia Estados Unidos, todo nuevo. Pero estaba furiosa, furiosa.

–Dame un poco de café –le dije y se acercó con una taza; se sentó frente a mí.

Nos miramos mutuamente, con una mirada directa, larga, seria.

–No puedo aguantar esto de que no se diga nada, nada.

–Tampoco se ha *dicho* nada aquí.

–¿Nos escuchan tras la puerta?

–¿No lo ves?, han raptado a mamá. De vuelta a la oficina.

–¿Quieres decir que les sienta mal que hayas tenido tanto éxito y todo esto?

–No, están orgullosos de mí.

–Pero.

–Se les ha desmoronado todo y durante meses no han sabido si tendrían a Felicity de mamaíta o a mí. Ahora saben que se trata de mí, la seguridad, pero están aterrados. ¿No puedes verlo?

Parecía mi hermana Georgie cuando hablaba con la delincuente –yo–, y no la dejaría que se saliera con la suya.

–Sí, claro –le dije–, pero estamos hablando de un joven y una joven, ya no son unos niños.

–Dorothy ya tiene diecisiete años; y Philip, quince.

Me miró con dureza y orgullo, yo la miré furiosa.

–¿Cómo nos hemos convertido en esto, tan blandos, tan tontos, tan infantiles? ¿Cómo?

–Por Dios –dijo Joyce–. Por Dios. Por Dios... Janna!

–Por Dios, Joyce –le dije–. Hablo en serio. Y no me perdones la vida. ¿Acaso no hay nada que valga en lo que te digo?

–¿De qué diablos estás hablando?

En este punto, las dos ya estábamos furiosas y nos apreciábamos más por ello. Levantamos la voz, ambas imaginábamos que «los niños» estaban escuchando.

–Estoy hablando de los *bobos* y horribles mocosos que parimos.

–Tú no has parido ninguno.

–Ah, gracias... y aquí se acaba todo, ¡ así se acaba conmigo! Gracias a Dios no he tenido. Cuando veo...

–Escucha, Janna... –deletreaba las palabras, como si hablara con una idiota–. ¿No se les debe algo, no hay alguna deuda con ellos? Su padre ha tenido durante años lo que equivale a un segundo hogar. Hace muy poco han tenido que aceptar que sus padres se divorciarían. Ahora resulta que la familia permanecerá unida...

–¿Y qué se nos debe a nosotras, a tu trabajo, a mí?

Allí estaba, la cucharilla en el tazón de café, campanilleando contra el borde debido a su temblor.

–Una crisis familiar, una elección, te preguntas si, quizás, deberás vivir sola durante cierto tiempo, junto con equis miles de millones de mujeres... y todo lo que eres en tu trabajo no cuenta para nada, se desmorona.

Llegadas aquí, las dos temblábamos y estábamos muy avergonzadas. Podíamos vernos: un par de

mujeres echándose recriminaciones en una casa en silencio.

–Espera, Janna –dijo–. Espera –y se ocupó en levantarse para poner la cafetera al fuego una vez más, mientras se tomaba su tiempo para sentarse. Añadió–: ¿Te imaginas que no me siento mal respecto a ti, a nuestra amistad? Estoy sufriendo –gritaba de nuevo–. ¿Lo comprendes? Estoy sufriendo. Nunca me había sentido así. Me parten por la mitad, estoy hecha pedazos. Quiero gritar y aullar y desaparecer... y aquí me tienes, preparando la comida para la familia, ayudando en los deberes. Ya es bastante extraño.

–Y ya es bastante extraño, también yo sufro.

De repente, empezamos a reírnos, como antes; apoyamos la cabeza sobre la mesa de la cocina y nos reímos. Los «niños» entraron, al oírnos: con sonrisas llenas de miedo. Yo, Janna Somers, «la oficina», había demostrado ser la amenaza que ellos temían. Al ver aquellas caras asustadas, supe que cedería si no tenía cuidado: pero mentalmente me decía, estás en lo cierto, estás en lo cierto, estás en lo cierto...

Quizá no esté en lo cierto, al fin y al cabo.

–Será mejor que vuelva al trabajo –dije.

–Sé que con Phyllis os las apañáis muy bien sin mí.

–Muy bien, sí.

–Entonces.

Y volví a toda prisa a la oficina. A mi verdadero hogar. Dejé a Joyce en su verdadero hogar.

Más tarde.

Le llevé las cosas a Maudie y le hice compañía. Estaba muy cansada y ella lo advirtió.

Me dijo con una voz vieja y tímida:

–No debe pensar que tiene que venir aquí, si está cansada.

–¿Por qué no? –le dije–. Precisa que la ayuden –y añadí–: Le tengo afecto. Me gusta conocerla, Maudie.

Asintió con la cabeza, de forma comedida y remilgada, con una sonrisita complacida:

–No le negaré que me sienta mejor por ello, porque efectivamente así es.

Volví a salir a la calle, a la tienda, porque había olvidado el té.

Caía aguanieve. Cogí astillas de madera en el container. Por todas estas calles están «reformando» las casas. Cuatro en la calle muy corta de Maudie. Cuatro containers cargados con «basura». Hay sillas perfectamente buenas, colchones, mesas y cantidad de madera en buen estado. La gente se asoma para coger madera. Aún deben existir chimeneas en estas casas. No por mucho tiempo, no cuando las hayan «reformado».

Salí de la tienda y en la acera se encontraban un par de ancianas, envueltas cual paquetes. Reconocí una de las caras: de la ventana de enfrente.

Estaba helada, quería llegar a casa.

Sin embargo, ya sabía que hay ocasiones en que no puedes ir con prisas.

La conversación:

–Perdone, quería preguntarle, ¿cómo se encuentra Maudie Fowler?

–Parece estar bien.

–¿Es usted su hija? Se preocupa mucho por ella.

–No. No soy su hija.

–¿Es una Buena Vecina?

–No, tampoco soy eso –y me reí, por lo que me correspondieron con sonrisitas educadas.

Digo «ancianas» y, supone una crítica por mi parte, no les concedo individualidad, no son más que «ancianas». Pero se veían tan iguales, ancianas regordetas, su cara apenas visible tras gruesas bufandas, abrigos, sombreros.

–Maudie Fowler siempre ha sido tan reservada, que nos hemos hecho preguntas.

–Bien –dije–, tiene más de noventa años, ¿no?

Un silencio reprobador.

–Querida, tengo noventa y dos, y la señora Bates, aquí, tiene noventa y uno.

–Bien, diría que Maudie acusa su edad.

Era algo demasiado directo y yo lo sabía, pero se había disparado así y no podía cambiarle el curso. Ah, ya sé muy bien que estas conversaciones se deberían desarrollar más ampliamente.

–Conoce a la señora Rogers, ¿la conoce, querida?

–¿La señora Rogers?

–Es de la Seguridad Social.

–No, no la conozco.

Todo ello con el aguanieve entre nosotras y las caras que se amorataban.

–Quiere verla, según dice.

–¿Para qué?

–Verla porque es una Buena Vecina y alguien puede necesitarla.

–Bien, no lo soy –dije.

–Entonces, adiós. No debemos retenerla con este frío –y se alejaron inseguras en la acera, cogidas del brazo, muy lentamente.

Joyce volvió al día siguiente, se instaló en su mesa, cumplió el ritual de su trabajo, y trabajó realmente, pero *ella* no estaba allí. No estaba con nosotras. Tenía un aspecto terrible, vestía mal, incluso polvorienta, su pelo gris en las raíces y un ribete gris en su jersey negro.

Al contemplarla, pedí hora en la peluquería inmediatamente. Decidí dedicar toda una tarde a mi cuidado personal.

Es esta tarde. He tomado un verdadero baño, durante horas. Me he pulido las uñas, las de los pies, me he hecho las cejas, las orejas, el ombligo, las pieles muertas de los pies.

¿Qué me ha convertido, durante tantos años, en esta persona tan cuidada, que recibe las miradas de todos, mientras piensan, cómo se las arregla? Han sido mis noches de domingo. Nunca he permitido que nada interfiriera. Freddie solía bromear al respecto, hacía chistes, Ya puedes hacer chistes, no me importa, tengo que hacerlo. El domingo por la noche, después de la cena, durante años y años he

elegido mi atuendo para cada día de la semana siguiente, me he cerciorado de que no hubiera ni una arruga ni una raya, he repasado los botones y los dobladillos, me he lustrado los zapatos, he vaciado y limpiado los bolsos, cepillado sombreros y he colocado aquello que estuviera ligeramente manchado en la bolsa para la tintorería y la lavandería. Horas de labor, cada domingo por la noche, y cuando aquellos pares de ojos profesionales me examinaban en el trabajo, jamás un pelo, literalmente, ha estado fuera de su lugar. Pulcritud. Si no puedo mantenerlo, mi estilo está en la papelería, como el de Joyce ahora. Una gitana de lujo, que se ha convertido en una gitana sucia, es algo extraño; si descuido mi estilo, sólo queda una persona sin elegancia.

Ahora me afanaré en ello: botones, zapatos, cuellos, planchar, planchar, planchar y ni siquiera una hebra colgará del encaje de unas enaguas.

Han pasado más de tres meses. Ha sido elegir entre baños completos y el diario. He necesitado asirme a algo.

Joyce volvió al trabajo, pero era un fantasma, un zombie. Felicity anunció que estaba embarazada, su marido Jack le pidió a Joyce que se mostrara «generosa», Joyce le dijo que se decidiera, él dijo: Eres vengativa. Ella dijo: Debo de estar loca por quererte en cualquier caso. Los pobres hijos están enloqueciendo y castigan a Joyce, según dice.

No se trata de que no trabaje como siempre, pero no está metida en ello. En cuanto a lo que era muy importante para mí, el buen ambiente, la forma en que solíamos trabajar juntas como una sola persona... no, desaparecido. Nosotras –Phyllis y yo– la ayudamos, constantemente, tacto, tacto, tacto, ah, un diez para todas, para todo el mundo en la redacción; y lo contemplo fascinada, por *cómo funciona*. La mujer que hizo la reví, porque éste fue el caso, fue su *empuje*, se esfuma. Vi un filme en la tele, unos elefantes que ayudaban con sus trompas a un amigo moribundo. Me hizo recordar. El caso es que Joyce se esfuma. No podemos seguir así, es nuestro pensamiento *inexpresado*. Inexpresado es también que yo seré la nueva directora. Mientras, Joyce dice que se quedará en Londres, con los hijos, y se divorciará. Los hijos por vez primera llaman a la oficina, con exigencias. Ridículas, como: ¿dónde está la mermelada, dónde está mi rebeca? Joyce, paciente y *angustiada*. Por ellos. Muy bien, sin embargo hay límites a la aflicción que uno puede sentir por otros. Estoy aprendiendo mis límites: son pequeños. Maudie Fowler es cuanto puedo gobernar.

El tiempo ha sido húmedo, frío, triste. Casi cada tarde, después del trabajo, he ido a casa de Maudie. Ya ni se me ocurre siquiera que ella debería aceptar una «vivienda nueva»; sólo se lo dije en una ocasión y pasaron tres días antes de que dejara de mirarme como a una enemiga, como a una de «ellos». Yo *tengo* casa, dice ella, tose, tose, tose por tener que salir al exterior para meterse en un retrete helado, por tenerse que lavar en una cocina sin calefacción. Pero, ¿por qué lo digo? Las mujeres de noventa años que viven rodeadas de lujo tosen y son frágiles.

Ahora es una rutina. Llego a las siete, ocho, después del trabajo, con lo que me dijo que necesitaba la noche anterior. Por regla general ha olvidado algo y salgo de nuevo al colmado indio. Él, el hindú, un hombre alto y pálido, en realidad gris pálido, a quien le sienta mal este clima, siempre me pregunta por ella y sacude la cabeza y me da algo para ella: unos caramelos o unas galletas. Cuando se lo doy a Maudie, me lanza una mirada feroz y enfadada: es orgullosa, pero se conmueve.

Mientras compro, ella prepara el té. Ha cenado a las seis: pastel, mermelada y galletas. Dice que no puede perder tiempo cocinando. No quiere que yo pierda tiempo cocinando para ella, porque eso «nos robaría nuestro tiempo». Cuando lo dijo, caí en la cuenta de que valoraba nuestro tiempo de estar allí sentadas y charlando: por alguna razón no era capaz de verlo, puesto que estoy a la defensiva y me siento culpable respecto a ella, como si yo fuera culpable de todo cuanto de horrible acontece. Allí estamos, con aquel aire viciado y aquel olor, pero casi siempre desconecto al entrar, por lo que no advierto el olor, de la misma manera en que me niego a ver las tazas sucias. Y ella... me divierte. No había caído en la cuenta de que así era. No hasta que un día me dijo:

–Hace tanto por mí y todo cuanto yo puedo hacer es contarle historias, porque le gustan, ¿verdad? Sí, sé que le gustan.

Naturalmente, me gustan. Le cuento lo que he hecho y no tengo que dar demasiadas explicaciones. Cuando he estado en una recepción para algún VIP o en un cóctel o algo parecido, puedo hacer que

lo vea todo. Su experiencia ha incluido el lujo y está lo de su padre.

—En ocasiones, al escucharla, recuerdo cómo llegaba a casa y nos contaba que había estado en el Romano's, en el Café Royal o en el *music hall*, y nos explicaba lo que todo el mundo comía y bebía.

No me gusta hacer que recuerde a su padre, porque se queda cabizbaja, los ojos fríos en el suelo y escondidos, cogiendo perturbada su falda. Me gusta cuando sus vivaces ojos azules brillan y ríen: me gusta cuando mira así porque olvido a la anciana y puedo verla fácilmente como era, joven.

Estas tardes lleva una prenda de algodón color azul con lunares blancos: un delantal, hecho de un vestido de su juventud. Le dije que me gustaba mucho, por lo que cortó las mangas y abrió la espalda: un delantal. Los gruesos vestidos negros que eché al cubo de la basura, los recuperó. Me los encontré liados en un periódico en la habitación de la calle. Apestaban. No se los había puesto, no obstante. Hay una fotografía suya, una mujer joven antes de casarse, una cara de media luna, ojos peleones, una gruesa mata de brillante pelo. Conserva un mechón de pelo de antes de que se hiciera gris. Era espeso, rubio brillante.

Nos instalamos a ambos lados del fogón negro, con las llamas que se bifurcan arriba y por los lados, con una tetera encima, con una funda sucia que había sido... ¿por qué sigo hablando de la suciedad? Las tazas en los brazos de nuestras butacas, un plato con galletas en una silla entre las dos. El gato está sentado y se atusa, o duerme en el sofá. Acogedor, oh, sí. Fuera, fría lluvia, y, arriba, la familia irlandesa, que se pelea, los pies de los niños que aporrean el suelo sin alfombra, la nevera retumbando y vibrando.

Me habla de las épocas de su vida en que fue feliz. Dice que ahora es feliz, *debido a mí* (y es duro aceptarlo, me enfurece, que tan poca cosa cambie una vida) y por eso le gusta pensar en los tiempos felices.

Una felicidad.

—Con mi amigo alemán, con el que debería haberme casado, pero fui tonta, solíamos pasar juntos los domingos. Comprábamos un billete de autobús de un penique y viajábamos hasta donde nos encontramos ahora o, quizás, un poco más lejos. Verdes campiñas, corrientes de agua y árboles. Nos sentábamos en el pretil de un puentecito y mirábamos el agua; o encontrábamos un campo sin vacas y comíamos. ¿Qué comíamos? Cortaba un poco de carne fría, tanta como quería, porque por aquel entonces mi madre no había muerto, y la ponía entre dos rebanadas de pan. Pero me gustaba más la comida de él, porque sus padres eran panaderos. ¿Sabía que en aquel tiempo los panaderos solían ser alemanes? Sus padres apenas sabían leer y escribir, pero él era muy inteligente, era un erudito. Prosperó con el tiempo, más estúpido de parte mía, porque podría haber tenido mi propia casa con jardín. Pero no me casé con él, no. No sé por qué razón. Naturalmente, a mi padre no le hubiera gustado un extranjero, pero tampoco le gustó el hombre con quien me casé, nunca podía aceptar algo elegido por nosotras, así que... No, no quiero pensar en esto, ya me pasé demasiado tiempo cuando era más joven pensando. Ah, qué tonta... cuando comprendí cómo eran los hombres. Ve, entonces no lo sabía. Hans era tan amable, era un caballero, me trataba como a una reina. Me levantaba del cercado de una forma tan suave y agradable, y extendíamos un pequeño mantel blanco y poníamos los panecillos y pasteles de la panadería. Yo solía decir: No, debo comerme lo mío y tú te comes lo tuyo, pero al final lo mío siempre acababa de comida para los pájaros.

»Pienso en aquellos días, en aquellos domingos. Ahora, ¿quién podría creerlo? Donde nos encontramos, en estas calles, había corrientes de agua y pájaros... ¿Qué pasó con las corrientes?, pensará. Sí, puedo leerlo en su cara. Seguro que se pregunta dónde está el agua. Está debajo de los fundamentos de la mitad de las casas de aquí, ahí está. Cuando las construyeron y cubrieron los campos, solía venir sola y mirar a los albañiles. Sola. Mi amigo alemán había desaparecido porque no me quería casar con él. Los albañiles por aquel entonces eran unos chapuceros, como ahora; hay cosas que nunca cambian. Se suponía que tenían que encauzar el agua adecuadamente, lejos de las casas, pero no se tomaron la molestia. En ocasiones, incluso ahora, cuando voy por la calle, me paro ante una casa y pienso, sí, si el sótano es húmedo, se debe al agua de aquellas antiguas corrientes. Hay una casa, el número setenta y siete, que cambia constantemente de inquilino, nadie se queda, debido a que allí se encuentran dos pequeñas corrientes y los albañiles pusieron los ladrillos del fundamento directamente en el fango y dejaron que el agua encontrara su curso. Llevaron a cabo un

auténtico canal para el agua profunda, discurre por la calle mayor de aquí, pero las corrientes incipientes, junto a las que nos sentábamos, metiendo los pies, las dejaron que abrieran su propio curso. Después de aquellos domingos, al llegar la noche, oh, qué bonito era todo, me decía: ¿Puedo pasarte mi brazo por la cintura? Y yo le decía: No, eso no me gusta..., qué tonta. Y me decía: Entonces cógeme del brazo, por lo menos. Por lo tanto avanzábamos cogidos del brazo a través de los campos, a esperar el autobús, y llegábamos a casa en plena oscuridad. No entraba nunca, debido a mi padre. Me besaba la mano y me decía, Maudie, eres una flor, una florecita.

Una felicidad.

Maudie entró de aprendiz en un taller de sombrerería donde trabajó intermitentemente durante años. El aprendizaje era muy duro. Vivía con su tía, que era muy pobre y sólo le daba el desayuno y la cena, pero no mucho más, por lo que Maudie tenía que pasarse sin comida al mediodía o caminar la mayor parte del trayecto al trabajo. El taller estaba cerca de Marylebone High Street. Calculaba si las suelas de los zapatos le costarían más que el billete de autobús. Dice que le pedía zapatos viejos a su prima, quien nunca les sacaba el rendimiento completo, o encontraba botas de segunda mano en un mercado. Tenía que vestir aseada para su trabajo y esto era el mayor problema. Su tía no tenía dinero para la ropa de Maudie.

La esposa del patrón, en una ocasión, le regaló una falda y una blusa.

—Se da cuenta, me valoraba. Necesitábamos tener una apariencia decente porque los compradores entraban en los talleres. Oh, no crea que se debía a su buen corazón, no tenía corazón. Aquella mujer no quería perderme. Pasaron años antes de que pudiera comprarme un bonito vestido marrón y mis propios zapatos. Cuando pude, oh, nunca olvidaré aquel día. Me privé de tantas cosas para aquel vestido. Me lo puse al domingo siguiente, para que lo viera Laurie. ¿Quién te lo ha regalado?, me dijo, pues él era así, me pellizcaba el brazo y me lastimaba. ¿Quién fue?, dímelo. No has sido tú, le dije, y, al apartar mi brazo, se descosió por debajo. No demasiado, pero se había estropeado el vestido. Oh sí, una persona deja su marca en todo lo que hace. ¿Sabe a qué me refiero? Pero, entonces, yo no lo sabía. No tardé en darme cuenta de que con todo lo que hacía siempre era lo mismo: un vestido nuevo por el que había ahorrado y pasado privaciones, pero me lo rompí cuando lo estrené. No importaba, lo zurcí, no se notaba nada y me fui al taller y me pavoneé, con las chicas que aplaudían y cantaban: «Un poquito de lo que te gusta te hace bien.»

»Esto tuvo lugar antes de que me ascendieran y muy pronto pude comprarme otro vestido, de seda azul, pero nunca me gustó tanto como el primero que pagué con mis privaciones.

»Ah, qué momentos pasábamos en el taller. Éramos quince, aprendizas y sombrereras. Nos sentábamos junto a una larga mesa, con las cajas de adornos en caballetes detrás de nosotras, y los sombreros y gorras en sus hormas delante de nosotras. Solíamos cantar y bromear. A veces, cuando yo pasaba el límite, *ella* solía aparecer y decía, ¿Quién arma tanto escándalo? ¡Es Maudie! La regla es: silencio mientras se trabaja. Pero yo tenía que cantar, me divertía y muy pronto cantábamos todas, pero ella no quería perderme, se da cuenta.

»¿Le he contado cómo vi que yo era valiosa para ella? Si lo he hecho, se lo contaré de nuevo, porque me encanta pensarlo. Ve, *él* solía viajar a París y ver los sombreros de la temporada en los almacenes y, a veces, en los talleres de los sombrereros de París, porque conocía a gente que le dejaba fisgonear. Sabía recordar un sombrero o una gorra que nos podía servir. Solía recordarlo mentalmente, salir un momento y dibujarlo rápidamente. En realidad no sabía dibujar, pero conseguía lo esencial, la forma o la disposición de una cinta. Luego, de regreso: Lo haces así, ves, es esta forma y aquel color, con terciopelo o satén, haz lo que puedas. La verdad es que era como si yo pudiera ver el sombrero auténtico tras los garabatos sobre el papel, y partía de ahí, lo acababa y le decía: ¿Se parece en algo, señor Rolovsky? Lo cogía, lo contemplaba y decía: No está mal, Maudie. Esto me complacía. Pero luego veía que se acercaba, se quedaba detrás de mí y me contemplaba mientras trabajaba, siempre a mí, no a las otras, y luego cómo me arrancaba de las manos el sombrero cuando estaba acabado, porque era avaricioso, se da cuenta, y no podía ocultarlo. Veía entonces que me había acercado a lo que él había visto en París. También las chicas lo sabían y se guiñaban el ojo. *Ella* nos veía y decía: Ya basta, no sé por qué hay que guiñar el ojo. Era lista, la patrona, pero sólo era lista en su trabajo, que consistía en que el taller rindiera. ¿Se ha dado cuenta de esto? Una persona puede ser muy lista en un sentido y tonta en otro. *Ella* pensaba que no sabíamos lo que

pretendía ocultar y, sin embargo, era evidente para nosotras. Yo tenía un don, ve, lo tenía en los dedos y en la imaginación, que era lo más valioso para ellos, porque cuando entraban los clientes, siempre les enseñaba en primer lugar mi trabajo y siempre era mi trabajo el que cobraba más caro.

»Me quedaba junto a los escaparates, estaban situados junto a Bond Street, y miraba los sombreros, sólo dos o tres, naturalmente, no atiborrados como suelen estar los escaparates de sombreros baratos y los sombreros siempre eran los míos. En cuanto los había terminado me los cogían de las manos.

»Sí, por su cara veo lo que me quiere decir, y está en lo cierto. Nunca me pagaron ningún extra. Conseguí el salario máximo, pero nunca fue demasiado, nunca lo suficiente como para no preocuparme por el futuro. Sí, nuevamente está en lo cierto, no crea que no he pensado y pensado por qué no me fui a otra parte o dije: Denme lo que me merezco o los plantaré. Pero, por una parte, me gustaba mucho aquel trabajo, me gustaba todo, los colores y el tacto de los tejidos; luego, el resto de las muchachas, por aquel entonces hacía tanto tiempo que trabajábamos juntas, nos conocíamos tan bien, nos sabíamos tan bien nuestros problemas y luego... Bien, naturalmente, no se acaba con esto. Por una parte, en cierto sentido era culpa mía. *Él* quería que yo fuera a París. Oh, no, si tenía algo más en la cabeza, no podía llevarlo a cabo. Me dijo: Mi esposa vendrá también, no te preocupes, será de lo más decente. Quería que yo fuera con él a los talleres donde se podía espiar, que mirara los sombreros yo misma. Estaba entusiasmado con esta idea; él me imaginaba de vuelta en Londres copiando todos aquellos sombreros y gorros, centenares, diría yo, no los pocos que él podía recordar. Dijo que me pagaría muy bien. Bien, tratándose de quien se trataba, aquellos dos, sabía que no sería una gran cantidad, pero sí mucho para mí. Sin embargo, no pude aceptar, dije que no.

»Me invitaron dos veces a ir a Francia, cuando era una jovencita, en una ocasión con la señora Privett y en otra con aquel par de... Ella era una auténtica dama y los otros unos asquerosos tacaños, lo bueno y lo malo.

»Sí, ya sé lo que está pensando. Era Laurie. Nunca más me habría hablado si hubiera ido a París, ni escoltada por un regimiento, no me lo habría perdonado. Y ya era lo bastante desagradable, incluso antes de casarnos, yo tenía los brazos llenos de moretones y siempre lo mismo: ¿Quién era? ¿quién te estaba mirando? ¿Quién te ha regalado este pañuelo?... porque yo solía economizar y ahorrar para comprarme pañuelitos de buen lino con encaje auténtico, me encantaban, me encantan las cosas bonitas. Pero él nunca supo que yo podía haber ido a París. Y si hubiera ido, tal vez me habría quedado, tal vez me habría casado con un franchute. Bien pude casarme con un alemán, ¿no? A veces miro atrás y veo que en mi vida hubo estas oportunidades, que llevaban a algo maravilloso, ¿quién sabe? Sin embargo, nunca las aproveché, siempre dije: No, no, a lo que me ofrecieron.

»Sin embargo, pasé momentos felices, creo que sin contar a Johnnie fueron los mejores de mi vida, incluso mejores que con Hans y nuestros domingos. Me gusta recordar cuando éramos unas muchachas, junto a aquellos bonitos sombreros, cantábamos, bromeábamos y nos contábamos historias, y *ella* siempre alrededor, Maudie esto y Maudie aquello. Siempre eres tú la cabecilla, decía, pero yo era la mejor que tenía y lo sabía, a pesar de que le hubiera encantado perderme de vista, porque *él* me tenía echado el ojo, y todo el mundo lo sabía, pero ella tenía que aguantarme, ¿no? Y a mí no me importaba. Cantaba, cantaba... ¿quiere que le cante una de mis canciones? Sí, cantaré...

Maudie canta antiguas canciones de *music hall*, algunas no las he oído nunca. Desafina ahora, pierde la voz, pero se puede saber lo que eran por su risa.

Una felicidad.

—Debí de quedarme embarazada en la noche de bodas. Nueve meses exactos, así fue. Laurie estuvo tan contento cuando lo supo. Le costará creerlo, yo era tan tonta, ¡no sabía qué tenía! Me fui al médico y le dije: Estoy mareada, me muero, me siento tan enferma y me duele esto y lo otro. Me tendí y me tocó el estómago, volvió tras su mesa y se rió. Oh, era una bonita risa, no me hizo sentir mal, pero me sentí estúpida. Me dijo: Señora Fowler, ¿no se le ha ocurrido que está embarazada? ¿Qué dice?, le respondí. Va a tener un hijo, dijo él. Vamos, le dije, no puede ser... porque no se me había pasado por la cabeza.

»Se lo conté a Laurie y lloró, estaba tan contento. Estábamos en el cuarto delantero de una casa de

la calle siguiente a ésta. Pintó el dormitorio muy bonito, porque era un buen artesano, nadie podía negarlo, lo pintó de un bonito color crema y las guirnaldas del techo de oro y azul, los zócalos y las molduras azules. Compró una cómoda pequeña y la hizo azul, mientras seguía comprando abriguitos y sombreritos... oh, tallas demasiado grandes, Johnnie no los llevó hasta dos o tres años después de que Laurie me abandonara. Pero yo era tan feliz, me sentí una reina durante aquellos meses. Me trataba como si fuera un objeto de cristal o una copa nueva. Me compraba todo tipo de caprichitos, porque tenía deseos de escabeches, chocolate, jengibre y cosas, que le costaban su dinero.

»Nació el niño, mi Johnnie. Y no lo va a creer. A partir de ese momento jamás hubo una palabra amable para mí. ¿Cómo es posible que un hombre hecho y derecho se comporte como un niño? Estaba celoso, ¡celoso de un niño! Pero entonces no sabía que las cosas iban así. Solía tomarle el pelo y él me pegaba. Se habían acabado los buenos tiempos. Solía sentarme en mi mecedora, que él me había hecho, y mecía al niño, y miraba aquel bonito techo y pensaba: Oh, tengo tanta hambre, tengo tanta hambre, porque Johnnie era un niño que mamaba mucho, chupaba y chupaba. Le decía: Laurie, compra un poco de cordero para un estofado, compra un poco de tocino, lo haremos con albóndigas. Y me decía: ¿Con qué dinero? Y tenía un empleo. Bien, no la cansaré con mi desgracia cuando comprendí qué futuro tenía, porque lo que me gusta es mirar al pasado y verme sentada como una reina en aquella bonita habitación, con mi silla, con Johnnie, mientras pensaba que cuando Laurie se acostumbrara todos seríamos felices.

Al cabo de un mes.

¡Nunca he trabajado tanto! Si al menos pudiera continuar con este diario de forma esquemática, tal vez más tarde...

Joyce se muestra entera, pero no está con nosotras. Llevo a cabo las entrevistas, las reuniones sociales, voy de aquí para allá, almuerzos, conferencias. La mayor parte del tiempo la mantenemos alejada. Se defiende interiormente, no como en mi caso, que es externo: ropa, pelo, etc. Tiene un aspecto terrible, desastroso. Aparte de eso: la serie de artículos sobre ropa como expresión del ambiente de los años setenta, sesenta, cincuenta. Querrían más. Parece que no soy capaz de perder nunca, aun infravalorándome. Ni se me hubiera ocurrido que era capaz de escribir para una revista sociológica, pero aquí estoy. Por lo tanto, me levanto a las seis para trabajar en esto.

Veo a Maudie cada tarde o, si no, me aseguro de que sabe que no voy a ir. Voy, agotada, pero hago compras y limpio un poco; luego me dejo caer y atiendo, atiendo. A veces me lo cuenta bien y se ríe, sabe que me gusta. Otras, masculla, se muestra fiera y no quiere mirarme, mientras estoy allí con mi bonita ropa. Me he comprado un conjunto nuevo, muy caro, siento que es como un bastión contra el caos. Se estira y toca la seda de mi blusa, nada de cosa china barata, no. Acaricia mi falda y, luego, me mira a la cara, con un suspiro, porque sabe que todo es de gran calidad, ¿quién mejor? Más tarde vuelve su carita y se pone una mano encima para protegerla, mira hacia el fuego. Me deja fuera. Luego empieza de nuevo, me perdona con una breve risa: ¿Qué ha hecho hoy? Pero no quiere saberlo, mi mundo es demasiado para ella, quiere hablar...

—Un día me abandonó, me dijo, Ya no te importo porque lo tienes a *él*, cogió sus herramientas y se largó. No podía creerlo. Esperé que regresara, durante años, como fue el caso. Allí estaba yo, sin nada con que pagar el alquiler. Me dirigí a los Rolovsky y les pedí, ah, fue tan duro, jamás había solicitado algo de ellos. Les había dicho que me casaba, ve, y *ella* me lo había puesto difícil, me hacía trabajar a todas horas, para sacarme tanto como pudiera antes de perderme. Allí estaba de nuevo, cuando ni siquiera habían transcurrido dos años. Me lo hizo en plan favor. La encargada era otra persona y ya no era lo mismo en el taller. Por una parte, yo no tenía ánimos ni para cantar ni para bailar. Dejé a Johnnie al cuidado de una mujer. No era una mala persona, pero no era lo que yo quería para él. Estaba enferma de preocupación, ¿le habrá dado el medicamento o la leche? Era un niño frágil, siempre tenía tos. Pero yo tenía lo suficiente para mantenernos a los dos. Luego la gente de la casa dijeron que querían mi habitación para ellos. No querían a un niño, esto es lo que pasaba. Y querían aquel bonito dorado y azul para ellos. Entonces me vine aquí. A la propietaria no le importaba un niño, pero tenía que estar en silencio, me dijo. Entonces vivía en el último piso, en la pequeña habitación de la parte trasera. Era barata y veíamos árboles desde allí, era encantador. Pero todo me resultaba muy caro. Visité a mi tía, pero apenas si podía mantenerse ella. Me dijo: Visita a tu padre. Pero él había dicho que si me casaba con Laurie no debía traspasar nunca más el umbral de la puerta de su casa. Por una vez, estuvo en lo cierto... ¿Le he contado lo de mi boda?

Y Maudie rió, rió y tiró de un cajón y me mostró una fotografía. Una mujer menuda, bajo un enorme sombrero floreado, con un vestido tubo muy aseado.

–Sí –dice ella–. Tenía un aspecto espantoso. Había dicho consecutivamente sí y no, sí y no, porque lo que sucedía es que yo decía: No y, entonces, él empezaba a pellizcarme y a insistir, y yo le decía: Sí, y él decía: Supongo que Harry (había otro muchacho que me cortejaba) no te tendrá, a lo que yo decía: No. Pero al final dijimos sí al mismo tiempo. Pedí prestado el mejor sombrero de mi prima Fio y sus guantes de iglesia. El vestido era mío. Mandé un recado a mi padre y le dije que me casaba el domingo. Compareció en casa de mi tía y Laurie estaba allí, se plantó en la puerta y me dijo: Si te casas con él, será la última vez que me verás. Bien, la verdad es que no lo había visto desde hacía casi diez años. Le dije: Por lo menos ¿vendrás a ver mi boda?

Aquella mañana, Laurie se comportó peor que nunca, dispuesto a estallar con miradas atroces, pellizcos y gruñidos. Fuimos a la iglesia con mi tía y nos peleamos durante todo el trayecto. Allí estaba mi padre, con su mejor chaqué y su sombrero de copa, ¡oh, menudo presumido para la ropa! También estaba *ella*, había engordado tanto que no pude dejar de alegrarme interiormente, apenas podía caminar, totalmente vestida de color morado y con plumas negras y, por aquel entonces, yo ya sabía lo que era verdaderamente bueno y lo que no, y vi que ella no era nada, ni la habríamos admitido en mi taller. Pero yo tampoco era nada, aquel día, porque podía haber conseguido un sombrero del taller para casarme, pero no quería favores de los Rolovsky. Y así nos casamos, enfadados y sin mirarnos. Después de la boda, un fotógrafo hizo esta foto y mi padre se dirigió a su coche con *ella*, corrí tras ellos y les dije: ¿Puedo ir con vosotros? Pero si te acabas de casar, dijo ella, muy sorprendida, y no la crítico. Mi padre dijo: Muy bien, ven y no pierdas el tiempo con él. Me metí en el coche y dejé a Laurie en la iglesia... –al decir esto, Maudie ríe y ríe, con su risa fuerte, de muchacha.

»Después de pasarlo muy bien en mi casa durante un tiempo, y comer hasta saciarme, pensé, Tengo un marido, y les dije: Gracias, pero será mejor que me vaya a casa, y me fui, con mi padre que dijo, No traspases nunca más el umbral de mi puerta. No lo hice, porque él murió poco después, de un ataque al corazón. Y no me avisaron del entierro.

»Pero mi hermana estaba allí, muy adecuadamente. De repente empezó a presumir y a comprarse vestidos y se mudaron a una casa mejor. Sabía que mi padre nos había dejado algo a las dos y me dirigí a *ella* y le dije: ¿Dónde está lo que me ha dejado papá? Ella no podía mirarme a la cara. ¿Qué te hizo pensar que te caería algo?, me dijo. Nunca nos visitabas, ¿cierto? Pero, ¿quién me echó?, le dije. Nos peleamos y peleamos y ella me chilló. Fui a ver a mi hermana, me forcé en hacerlo porque siempre me había tratado tan mal, y le dije: Polly, ¿donde está el dinero que me corresponde? *Ella* se lo ha quedado, me dijo mi hermana. Tendrás que ver a un abogado. ¿Cómo puedo hacerlo? Se necesita dinero para los abogados. Por aquel entonces con Laurie éramos como un par de tórtolos y a ambos nos parecía un cambio maravilloso, no queríamos perder nada de ello.

»Mucho más tarde, cuando estaba tan deprimida y pobre y lo necesitaba todo, fui a ver a mi hermana y debió de contárselo a *ella*, porque un día al volver del trabajo la dueña me dijo que una mujer muy gorda y llena de plumas había estado allí y me había dejado un paquete. Eran vestidos de mi madre, esto era todo, y su viejo bolso de mano con un par de guineas dentro. Y esto fue todo cuanto conseguí de mi padre. A *ella* no la vi nunca más.

La época muy mala de Maudie.

–Trabajaba tanto. Me levantaba muy temprano y dejaba a Johnnie con la mujer que lo cuidaba, luego al trabajo, hasta las seis o las siete. Luego recogía a Johnnie y la mujer estaba molesta, a menudo, porque yo me retrasaba y ella quería perderlo de vista. Al llegar a casa no había comida para los dos. Ganaba muy poco entonces. La señora Rolovsky no me había perdonado que la dejase para casarme y haber vuelto luego. Ya no era la niña mimada y se aprovechaba de cualquier ocasión para castigarme, o darme un sombrero que requería el doble de tiempo que los demás. Nos pagaban por pieza, ve. Y nunca he sido capaz de hacer un trabajo chapucero. Tenía que hacerlo bien aunque padeciera. Luego nos echaban a la calle. Nos echaban en verano. Oh, entonces no existía seguro de paro. Decía: Coged vuestras cartillas al salir y dejad vuestra dirección, ya os avisaremos cuando haya trabajo.

»Se aproximaba la guerra, ya la teníamos encima, era una época dura. Yo no sabía qué hacer. Había ahorrado un poco, no demasiado. Podía tener a Johnnie conmigo, que era algo, porque apenas si lo veía despierto cuando trabajaba, pero ¿cómo alimentarlo? La dueña me dijo: Nada de crédito para el alquiler. Pagaba el alquiler, pero muy a menudo me metía en la cama con agua fresca para que Johnnie tuviera una taza de leche. La situación se prolongaba, y era un verano maravilloso. Enloquecía de hambre. Iba a los jardines y miraba si había pan que los pájaros no hubieran comido. Pero otros tenían la misma idea y estaba allí la primera, disimulando, fingiendo no mirar cuando la gente tiraba pan para los pájaros. En una ocasión le dije a una anciana: Lo necesito más que los pájaros. Pues trabaje, me dijo. No lo he olvidado ni nunca lo olvidaré. No había trabajo. Intenté conseguir un trabajo de limpieza, pero no me querían con un niño a cuestas. No sabía qué hacer.

»Luego, de repente, compareció Laurie, me encontró metida en la cama un domingo por la tarde, abrazada a Johnnie. Me sentía tan débil y mareada, sabe. ¡Oh, menuda conmoción, qué jaleo! Primero, naturalmente, gritos. ¿Por qué te mudaste sin decírmelo? Y, luego: ¡Ya sabes que nunca dejaré que te falte nada! Entonces, demuéstrolo, le dije, salió a la calle y volvió con comestibles. Me hubiera bastado con galletas y té, guisantes en lata y conservas, pero no, como se trataba de Laurie, todo eran pasteles extravagantes y jamón. Bien, comí y Johnnie comió, y luego salimos todos a comprar comida. Soy tu papaíto, le decía a Johnnie, y naturalmente el niño estaba satisfecho. Luego, se largó. Volveré mañana, dijo Laurie, pero no lo vi en meses.

»Mientras, toqué fondo. Fui a la oficina de caridad. En aquellos días había una junta llena de damas y caballeros tirando a snobs, te plantabas allí, te decían: ¿Por qué no se vende su medallón, si es tan pobre? —era de mi madre—, si tiene bienes personales, no podemos mantener a gente que tiene recursos propios. ¡Recursos propios! Les dices que tienes un hijo de corta edad y te dicen: Debe obligar a su marido a que colabore. No les puedes explicar a gente así cómo es la gente como Laurie. Bien, dijeron que me darían un par de chelines a la semana. Estábamos aún en pleno verano y no se vislumbraba el final. Mandaron a un inspector. Yo lo había empeñado todo, excepto la manta de Johnnie, porque yo dormía bajo mi abrigo. Entró en nuestro dormitorio. Una cama con un colchón pero sin sábanas, una mesa de madera... ésta de aquí, la que le gusta. Un par de sillas de madera. Una alacena con un poco de azúcar y una barra de pan. Se quedo plantado allí, con un buen traje, nos miró a Johnnie y a mí, dijo: ¿Ha vendido todo cuanto puede venderse? Así era, incluso el medallón de mi madre. Se inclinó hacia adelante y me señaló esto... —Maudie mostró el negro bastón de madera con el que abre y cierra las cortinas—. ¿Qué hay de esto?, dijo el hombre. ¿Cómo abriré y cerraré las cortinas?, le dije: ¿Espera que venda también las cortinas? ¿Qué le parece si vendo la cama y duermo en el suelo?

»Ya estaba algo avergonzado, no demasiado, porque su trabajo consistía en no avergonzarse de lo que debía hacer. Y de esta manera recibí dos chelines a la semana.

—¿Podía vivir con eso?

—Se sorprendería de lo poco con que se puede vivir. Johnnie y yo comíamos pan y había un poco de leche para él, y así vivimos hasta el otoño y llegó una nota de los Rolovsky: me contrataban pero por menos dinero. Debido a los tiempos difíciles. Hubiera trabajado por la mitad de lo que me pagaban. Poco a poco, recuperé las mantas de la tienda de empeño, para el invierno, y mis almohadones, y luego... Un día, cuando llegué a casa de la niñera, nada de Johnnie. Se había presentado Laurie y se lo había llevado. Supliqué, lloré, supliqué, pero la mujer me dijo que era el padre de la criatura, que no podía negarle un niño a su padre... enloquecí, corrí por las calles, fui a todas partes. Nadie había oído nada. Nadie sabía nada. Yo, entonces, enfermé. Yacía en la cama, no me importaba, creía morir y no me importaba. Me quedé sin mi empleo con los Rolovsky, así se acabó todo con ellos, por lo que a mí se refiere. Cuando me levanté, conseguí un trabajo de limpieza, para ponerme al día, porque sin un niño me empleaban. Cuando conseguí ahorrar lo suficiente, vi a un abogado. Le dije: ¿Cómo puedo recuperar a mi hijo? Pero, ¿dónde está su marido?, me dijo. No lo sé, le dije. Debe poner un anuncio, me dijo. ¿Dónde?, le dije. ¿No hay manera de saber dónde está la gente? Sí, pero cuesta dinero, dijo. Y yo no tengo ni cinco, le dije.

»Se me acercó y me puso las manos encima y me dijo: Muy bien, Maudie, ya sabe lo que puede hacer si quiere que la ayuden. Y salí corriendo, corriendo, lejos de aquella oficina y me entró el pánico de acercarme de nuevo a un abogado.

»Durante aquella época, Laurie tenía a Johnnie en el campo, en el oeste, con una mujer que él tenía entonces. Mucho más tarde, cuando encontré a Johnnie, me dijo que la mujer se portó bien con él. No su padre, porque se largó muy pronto, con otra mujer, no podía estar nunca con una sola mujer. No, aquella mujer lo crió. Y él no sabía que tenía una madre, no sabía de mí. No hasta hace muy poco, pero se lo contaré en otra ocasión, en otra ocasión, me sulfura y me atormenta pensar en todo aquello, y quería contarle algo agradable esta noche, una de las épocas en las que me gusta pensar, no una mala época...

Una época bonita.

Maudie iba por la calle mayor y vio unos sombreros en un escaparate. Se horrorizó al ver cómo estaban hechos. Entró y le dijo a la mujer que estaba haciendo un sombrero: ¿No sabe confeccionar un sombrero? Y la mujer le dijo: No, se había quedado viuda y tenía algo de dinero y pensó en hacer sombreros. Bien, dijo Maudie, tiene que aprender a hacer un sombrero, de la misma manera en que se debe aprender a barrer el suelo o a amasar una barra de pan. Se lo enseñaré. En un principio, se mostró algo malhumorada, pero quiso aprender.

—Solía ir allí y me mostraba lo que había hecho y yo la obligaba a que lo deshiciera todo, puesto que yo aún era hábil con las manos, aún lo soy, sabe. Y sí, puedo adivinar por su cara lo que piensa, está en lo cierto. No, no me pagó nada. Pero me encantaba, ve. Naturalmente, no era como con los Rolovsky, no era el West End, nada que se pareciera a auténticas sedas y satenes, material barato. Pero no importaba, entre las dos hacíamos unos bonitos sombreros y ella se hizo famosa. Pronto se vendió la tienda por el buen nombre, pero el buen nombre se debía a mí, la verdad, pero no constaba en ningún contrato y, por lo tanto, no sé qué pasó después...

Una época bonita.

Maudie trabajaba para una actriz del Lyric Theatre, de Hammersmith. No le importaba el trayecto de una hora hasta allí, y otra hora de regreso, porque aquella mujer era tan alegre, siempre reía y contaba chistes.

—Vivía sola, ningún hombre, nada de hijos, y trabajaba. Ah, trabajan tanto estas pobres actrices, y yo solía prepararle la cena para meterla en el horno, o una gran ensalada en una fuente, le encendía la chimenea y volvía a casa con el pensamiento de que ella llegaría y lo vería todo tan bonito. A veces, después de una función de tarde, decía: Siéntate, Maudie, cena conmigo, no sé cómo me las arreglaría sin ti. Y me contaba cosas del teatro. No era una estrella, era lo que se llama una actriz de carácter. Era un personaje estupendo. Y luego se murió. ¿De qué? Estaba tan conmovida que no quise saberlo. Fue una muerte repentina. Recibí una carta un día, y era eso, había muerto, de repente. Por lo tanto, no volví a su casa, a pesar de que me debía quince días.

—¿Cuándo fue esto ?

Constantemente intento situar su vida, poder fecharla.

—¿Cuándo? Ah, antes de la guerra. No, la otra guerra, la segunda guerra.

Maudie no se refiere a la primera guerra como a una guerra.

Estaba enferma de dolor por Johnnie, porque pensaba que su marido estaría en el ejército y, ¿dónde estaba Johnnie?

Se dirigió «al ejército» y preguntó, no sabían nada de un tal Laurie Fowler, y le dijeron: ¿De qué parte del país procede?

—Estaba tan desesperada, me arrodillé. No sabía lo que hacía, pero allí estaba yo, con todos aquellos oficiales que me rodeaban. Por favor, por favor, les dije. Estaban molestos, y no los critico. Yo lloraba a moco tendido. Dijeron: Veremos qué podemos hacer. Se lo comunicaremos.

»Mucho tiempo más tarde, y yo esperaba cada día al cartero, una tarjeta: No hemos encontrado el paradero de Laurence Fowler. La razón era que se había enrolado en Escocia, no en Inglaterra, porque había una mujer en Escocia con la que vivía y de la que quería escapar.

¡Así suena un mes de visitas a Maudie, por escrito!

Pero ¿qué decir de la tarde en que me dije, estoy tan cansada, *no puedo*, y fui? Llegué una hora más tarde de lo habitual. Me planté delante de aquella puerta desvencijada, tac tac, luego bam bam. Rostros en las ventanas superiores. Finalmente, allí estaba ella, una pequeña furia de brillantes ojos azules.

–¿Qué quiere?

–Paso a visitarla.

–No tengo tiempo, arrastrarme por este pasillo, coger el carbón ya es bastante malo –dijo a gritos.

Le dije y me escuchaba a mí misma sorprendida:

–Vayase al cuerno, Maudie –y salí sin mirar atrás. No estaba realmente furiosa, era como si interpretara un papel teatral. Ni estaba realmente preocupada aquella noche, por lo que aproveché el tiempo libre para tomarme un buen baño.

Al día siguiente, me abrió la puerta a la segunda llamada y me dijo:

–Pase –haciéndose a un lado con la cara desviada. Luego dijo–: No tome en cuenta mis tonterías.

–Sí, me importan, Maudie, me importan mucho. Si me dice algo, tengo que creerle.

Unos días más tarde, estaba rígida y silenciosa.

–¿Qué le pasa, Maudie?

–No voy a hacerlo, no me iré de aquí, no pueden obligarme.

–¿Quién ha sido en esta ocasión?

–*Ella*.

–¿Quién es *ella*?

–Como si no lo supiera.

–Ah, ya volvemos con eso. ¡Estoy conspirando contra usted!

–Claro, como todo el mundo.

Nos chillábamos mutuamente. No me avergüenzo, pero nunca, por lo menos desde que era una niña, me había peleado de esta manera: pelearme sin rencor ni pasión, incluso divirtiéndome un poco. A pesar de saber que a Maudie no le divierte. Sufre luego.

–¿Tuvo alguna visita?

–Sí.

–¿Cómo se llama?

Con una mirada brillante y azul, me dijo:

–Rogers, Bodgers, Plodgers, algo por el estilo –y, más tarde–: No me pueden mover, ¿no? Esta casa ¿es de propiedad privada?

Hice que buscaran información. Si la casa está condenada, tendrá que irse. Según las normas de habitabilidad en vigor, se debe declarar insalubre. Desde el punto de vista humano, ella debería quedarse donde está. Quiero ver a esta señora Rogers. Sé que puedo llamar a la «asistencia social» y preguntar, pero las cosas no van así... ¡Oh, no! Hay que dejar que las cosas sigan su curso, hay que

aprovechar el momento oportuno.

De nuevo me encontré con las ancianitas que me esperaban. La señora Boles y la señora Bates. Fardos de abrigos y bufandas, pero con sombreros floreados y cintas brillantes. La primavera.

–Oh, usted no para –dice la señora Bates–. ¿Cómo está Maudie Fowler?

–Como siempre.

–La señora Rogers preguntaba por usted –me dijo.

–¿Sabe para qué?

–Oh, es siempre tan buena, la señora Rogers, de aquí para allá, como usted.

Así son las cosas. Ahora espero tropezarme con la señora Rogers en alguna parte.

Han pasado cinco semanas. Nada ha cambiado... y, no obstante, debe de haber cambiado. Lo de siempre en la oficina, con Joyce, lo de siempre con Maudie. Pero he conocido a Vera Rogers. En la acera, hablaba con las dos ancianas. Me llamaron, ella se volvió, una sonrisa amiga y ansiosa, estaba al otro lado de la calle y conmigo. Es una muchacha más bien menuda. En realidad, estaba a punto de escribir: *una talla cuarenta*. ¿Cuándo voy a dejar de pensar en la gente en términos de cómo visten? Hace muy poco, Phyllis me preguntó cómo era mi hermana y le dije: Lleva buenos vestidos de punto, buenos zapatos y cachemir. Phyllis se rió de la manera en que yo hubiera querido, hace sólo un año.

Vera se quedó en la acera, azotada por el viento, sondándome con una sonrisa ansiosa, cálida, llena de disculpas. Ojos marrones amables. Esmalte de uñas rosa, pero descascarillado. Sí, claro, esto habla de su persona: trabaja demasiado. Ropa Jaeger rebajada, agradable, nada extraordinario. Supe que era la «persona determinada». No había necesidad de protocolo. Le dije:

–Deseaba que coincidiéramos.

–Sí, pero, de momento, podemos darle largas al asunto –dijo.

–Está horrorizada pensando que le darán otra vivienda obligatoriamente –le dije.

–Sí, pero, de momento, podemos darle largas al asunto –dijo.

–Mientras, le ayudaría mucho el servicio de «Comidas a domicilio» –le dije.

–Puede andar, se puede desplazar, en realidad no tiene derecho a... pero si usted cree...

–Ya no puede prepararse la comida, sabe, vive de menudencias.

Empezó a reírse. Me dijo:

–Le contaré algo muy divertido que me sucedió la semana pasada. Visité a uno de mis casos, una mujer de noventa y cuatro años. Sorda, artrítica, pero se las arregla sola, cocina, limpia, hace la compra. Allí me planté, contemplando cómo se preparaba la comida. Un pastel de carne, col cocida y luego pastel de crema. Le dije: ¿No come nunca productos naturales, fruta o ensalada? ¿Qué?, respondió a gritos.

A Vera le encantaba contarme esto, pero, al mismo tiempo, se mostraba ansiosa, caso de que no me pareciera divertido, por lo que me tocó el brazo un par de veces, como para decir: Oh, confío en que se reirá.

–«Debe comer fruta y verdura –le dije a gritos–. Necesita vitaminas. Cuando la visito, no veo rastro de verde, o de una manzana o de una naranja.» Y me dijo: ¿Qué? ¿Qué?, a pesar de que yo sabía que podía oírme; y cuando se lo repetí ella me dijo, ¿Qué edad dijiste que tenías tú, querida? Y recordé todas mis dolencias y males, y siempre he comido lo adecuado desde que era una niña.

Nos reímos y se mostró aliviada.

–Debo visitar al anciano –dijo–. Arreglaré lo de las «Comidas». Pero si tiene un rato, podríamos conversar de verdad.

Y avanzó por la calle corriendo hasta un Volkswagen amarillo y se metió, con elegancia, en el tráfico.

Maudie está muy contenta con la comida que le llega cada mediodía, a pesar de que no es demasiado buena. Pesada y mal cocinada.

He advertido que todo resulta muy *pesado* para ella. Sí, ya lo sabía, pero no verdaderamente, hasta ver su contento ante el anuncio de que estaba en la lista de «Comidas». Me lo agradeció repetidamente.

–Ve, lo consiguió, *usted* lo consiguió, ¡oh no, no ella!

–¿Se lo pidió?

–De qué serviría, ya lo había pedido demasiadas veces, pero me decían que lo que necesitaba era el servicio de ayuda domiciliaria.

–Y lo necesita.

–Ah, bien, si es así, ¡dígalos! Me he cuidado a mí misma antes y puedo pasarme sin usted.

–Qué difícil es, Maudie. ¿Qué problema hay con la ayuda domiciliaria?

–¿La ha tenido alguna vez?

Ante esto, me reí y, luego, ella se rió.

Ahora ya casi estamos en verano.

¿Qué ha pasado desde la última vez que me dediqué a este desgraciado diario mío? Pero no quiero abandonarlo.

He visto a Vera Rogers en varias ocasiones, hablamos... en la acera, en una ocasión durante una media hora robada en un café. Hablamos telegráficamente, porque ambas no tenemos tiempo.

En una ocasión, me preguntó cómo me relacioné con Maudie y, al oírlo, dijo, con un suspiro:

–Confiaba en que fuera una verdadera Buena Vecina, porque conozco a alguien que aceptaría los servicios de una Buena Vecina. Es una mujer difícil, pero está sola.

Esta era su petición, expresada con delicadeza y con sofoco, pero le dije que con Maudie era suficiente.

–Sí, claro –dijo enseguida.

Le he hablado del trabajo que llevo a cabo y, luego, le he tenido que contar *por qué*. ¡Como si yo misma lo comprendiera! ¿Por qué estoy atada a esta Maudie Fowler como es el caso? Le dije:

–La aprecio, de verdad.

–Ah, sí, es estupenda, ¿no? –dijo Vera calurosamente–. Hay algunos a los que estrangularías. Solía sentirme una malvada cuando empecé este trabajo, porque creía que debía quererlos a todos. Pero cuando llevaba una hora con algún gato difícil y no llegaba a parte alguna, me encontraba pensando: Dios mío, le pegaré un día de éstos, lo haré.

–Me he sentido así con Maudie en más de una ocasión.

–Sí, pero hay algo más.

–Sí, lo hay.

Le conté a Maudie que Vera la aprecia mucho, pero se refugió en una máscara llena de furia.

–Pero, ¿por qué, Maudie?

–No movió un dedo para ayudarme.

–Pero, ¿cómo podía hacerlo si no le decía lo que quería?

–Todo cuanto quiero es que me dejen sola.

–Así está, ya lo ve.

–Sí, aquí estoy, sola, excepto por usted.

–Vera Rogers debe visitar a más de una persona, a veces a diez o más en un día, y debe llamar por teléfono para arreglar y solucionar cosas. Yo la veo a diario, por eso sé lo que desea.

–Lo que desearían es sacarme a rastras y a gritos –dijo ella.

–Ella está de su parte, intenta evitar que la muden de casa.

–Eso es lo que le dice. Hoy han merodeado por aquí.

–¿Quiénes?

–¿Sabe lo que dijo, aquel griego?: Puede quedarse en una habitación y arreglaremos la otra, dijo. Y cuando hayamos acabado, puede mudarse allí. Yo, con todo el polvo y la porquería. Y les lleva meses arreglar un espacio.

–Entonces, se trataría del administrador, ¿no?

–Sí, eso es lo que dije. Están todos metidos en esto.

En el colmado hindú merodeo hasta que el propietario, el señor Patel, dice:

–La señora Fowler salió ayer a la calle, chillando y gritando.

–Ah, sí, ¿qué decía?

–Decía a gritos: Nadie de vosotros me ayudó a tener agua caliente y un baño cuando tuve un hijo, a nadie le importó que no tuviera comida que darle. He vivido toda mi vida sin agua caliente y sin un baño y, si volvéis, avisaré a la policía.

El señor Patel me lo cuenta lentamente, con ojos graves y preocupados fijos en mi cara, no me atrevo a sonreír. Mantiene los ojos en mi cara, llenos de reproches y serios, me dice:

–En Kenya, antes de que tuviéramos que partir, pensaba que todo el mundo en este país era rico.

–Entonces, ahora lo conoce mejor.

Pero quiere decirme algo más, algo distinto. Esperé, cogí unas galletas, las dejé en su sitio, examiné una lata de comida de gato.

Al final me dice, en voz baja:

–Antes, entre nosotros, no hubiéramos permitido que un anciano de los nuestros llegara a este tipo de vida. Pero ahora... las cosas cambian entre nosotros.

Personalmente, me siento en la obligación de disculparme. Finalmente, le digo:

–Señor Patel, no puede quedar mucha gente como la señora Fowler.

–Cada día tengo a seis, siete, en mi tienda. Todos como ella, sin nadie que los cuide. Y la mía es sólo una tienda.

Parece como si me acusara. Acusa mi ropa, mi estilo. Estoy fuera de lugar en esta tiendecita de barrio. Y, luego, al sentir que quizá me haya ofendido, coge un pastel de un estante, uno de los que le gustan a Maudie, y me dice:

–Déselo a ella.

Nuestras miradas se vuelven a encontrar y, en esta ocasión, de manera distinta: estamos horrorizados, asustados, es demasiado para ambos.

Hace ocho días.

Al final, puede que Joyce se vaya a Estados Unidos. La amiga del marido ha tenido un aborto. Jack, el marido, se lo tomó muy mal: quería que tuviera el hijo. Ha tenido una especie de depresión y Joyce lo consuela. Hace semanas que esto dura.

Cuando me lo contó:

–Según parece, deseaba que tuviéramos otro hijo.

–¿Lo sabías?

–Bien, sabía que no le importaba si llegaba, pero no que fuera tan importante.

–¿Si lo hubieras sabido?

–Sí, creo que lo hubiera tenido.

–Por lo tanto, ¿ahora os culpáis mutuamente ?

–Sí.

Joyce con un cigarrillo colgando, los ojos entornados, fotografías que elegir, una tras otra. Sí, a ésta. No, a aquélla. Se ha vuelto a teñir el pelo, pero de un tono polvoriento. Las uñas sin esmaltar. *Parece* de cincuenta años. Hay un algo de extrañeza y de bruja en ella. Le he dicho:

–Joyce, debes cambiar tu estilo, es demasiado juvenil.

–Cuando sepa si me voy o no, sabré cuál elegir, ¿no te parece? –me ha respondido.

Joyce está siempre a punto de llorar. Una palabra, una broma, un tono de voz... gira la cabeza con brusquedad, entorna los ojos, me mira, a Phyllis, a cualquiera, las lágrimas asomando. Pero se las traga, pretende que no pase nada. Con Phyllis tenemos esta cosa inexpresada: cuidamos cada sílaba, palabra, sugerencia, para que Joyce, de repente, no se traicione y empiece a llorar.

Más tarde. ¿Cuánto tiempo? Lo he olvidado. Algunos días.

Joyce me ha dicho hoy que le ha dicho a Jack: Tu problema es que quieres llevarte contigo esta situación a Estados Unidos. Hogar, hijos, esposa que te consuela y comprende... y amiguita también, en otro lugar. No puedes elegir. Por esta razón estás tan mal.

Y él le dijo que era una mujer fría y sin corazón.

Faltan cuatro meses para su partida. A los de allí debería ya decirles si hay una esposa o no hay una esposa, hijos o no.

–Quizás al final vaya solo –musité, olvidando que no debía irritarla.

Volvió la cabeza de la manera rápida y sorprendida que tiene ahora, se inclinó frunciendo el entrecejo, mirándome. Mi vieja amiga Joyce está a miles de kilómetros, en algún infierno, y me mira como diciendo, ¿qué farfulla esta idiota?

–¡Solo! –dijo, con una rápida voz de directora de escuela.

–¿Por qué no?

–Te falta un tornillo, siempre lo he dicho –dice, fríamente, despreciativa.

–O quizá te falte a ti.

Le he hablado de Maudie Fowler, que ha vivido sola durante unos sesenta años. Joyce se levantó mientras yo hablaba, recogió su bolso, su maletín y las cosas de su mesa.

–¿Cómo la conociste?

Se lo conté. Joyce escuchó.

–Sentimiento de culpabilidad –me dijo finalmente– Sentimiento de culpabilidad. Si dejas que se apodere de ti; éste es tu problema.

Se dirigía a la puerta. Le dije:

–Joyce, quiero hablarte de esto, bien, de verdad lo quiero. Quiero hablarte de esto.

–Bien, pero ahora no –me dijo.

Verano. No porque me entere demasiado.

¿Cuándo enfermó Joyce? Debe de haber pasado ya un mes. La verdad es que fue un alivio para todos, porque hizo que la verdad se hiciera oficial. He corrido de un lugar para otro de la mañana a la noche. En el hospital esta escena: el marido de Joyce, los dos hijos, la ex amante, su novio actual. Joyce en la cama, mirándolos desde este infierno que habita ahora, sonriendo cuando lo recuerda. Ahora él quiere que ella lo acompañe a Norteamérica, pero ella dice que no tiene la energía suficiente como para pensar en eso. Naturalmente, irá.

Por todo ello, no me quedo mucho rato en casa de Maudie a pesar de que no he faltado un solo día. Comprende la razón, se lo he contado. Pero lo que *siente* es que la abandono. Llego, intento no mirar el reloj y ella sólo recuerda cosas desagradables. Le digo:

–Cuénteme lo del día en que fueron al Heath con Johnnie y encontraron moras e hizo un pastel con ellas –pero suspira, está sentada rozando con sus viejos dedos su (sucía) falda. Luego me cuenta que...

Su hermana, Polly, que ha tenido siete hijos, siempre llamaba a Maudie para que la cuidara, a cada parto. A Maudie siempre le encantaba, incluso dejaba un empleo si lo tenía y se trasladaba a casa de su hermana, cuidaba de todo durante semanas; en más de una ocasión, meses. Luego, dice Maudie, siempre era lo mismo, la hermana sentía celos, porque Maudie quería a los niños y ellos a ella. Encontraba una excusa para decir: Haces que mis hijos estén contra mí, persigues a mi marido. ¿Sería posible?, dice Maudie, aquel ser indeseable gruñía por la comida que yo me comía mientras trabajaba como una esclava. Él me decía, si me servía un poco de carne en mi plato, Tendremos que comprar más buey para el domingo, mientras Maudie nos honre con su presencia. Mientras, yo trabajaba ocho horas diarias para ellos. Entre los partos, Maudie no tenía noticias de su hermana, pero no le preocupaba: llegaría otro hijo, lo sabía, porque él tenía que tener lo que tenía que tener.

Ahora Maudie habla mucho del sexo, y veo que ha sido algo enorme y terrible, que nunca había comprendido o había dejado de atormentarla. Dice que su marido, cuando la trataba como a una

reina, saltaba encima de ella como un tigre, como una bestia salvaje. Dice que no puede comprenderlo, un momento como tórtolos y, al siguiente, te clavan el zarpazo. Su marido había ido de una a otra mujer, y ella lo ha meditado durante toda su vida: *¿por qué?* Porque Maudie sólo se ha acostado con un hombre, su horrible marido. Sabe que hay mujeres a quienes les gusta y me mira mientras habla, con cierto pudor y timidez, porque me puedo ofender si sé que se pregunta si soy «así».

No obstante, ha tenido otras experiencias. En el piso de arriba, durante unos años, vivió una mujer que se hizo amiga suya y a esta mujer «le gustaba». Solía contarle a Maudie que esperaba durante todo el día para que llegara la noche, puesto que empezaba una vida distinta de noche, que era su vida verdadera. Maudie me dijo:

–Me contó que cuando acababan con todo aquello, tenía que tenderse pegada a su espalda, para tener entre sus manos la cosa mientras dormían... Aquella *cosa*... –exclama Maudie casi llorando de asco, sorpresa e incredulidad–. Sí, lo hacía por respeto, me dijo. –Y Maudie está allí, sorprendida, después de treinta o cuarenta años de pensar en ello. De repente:– Yo no les daría demasiadas satisfacciones, ¡es el palo con el que te pegan!

Luego me refí (yo no me sentía cómoda, con mis propios pensamientos, porque resumiéndolos, no importa que tuviéramos una vida sexual tan extraordinaria, con Freddie), y ella dijo:

–He estado mirando su cara. Puedo ver que piensa de manera distinta. No puedo remediarlo. Y ahora constantemente los periódicos, las revistas, la tele, sexo, sexo, sexo, a veces pienso, *¿estaré loca?*, *¿estarán ellos locos?*

Yo me río y me río. También ella ríe. Pero es una risa descontrolada e infeliz, no es su risa de muchacha que me gusta tanto.

¿Tanto poder tiene...?, porque Maudie, cuando habla de su horrible marido, incluso ahora, lo llama Mi hombre. Lo ha visto una media docena de veces en medio siglo. Un día, llaman a la puerta, y allí estaba su marido. Pero era un hombre joven que le dijo: *¿Mamá? Soy tu hijo Johnnie. Bien, pasa, dijo ella.*

–Lo había apartado de mi pensamiento, ve. Había enfermado de añoranza. Tuve que ir al médico en una ocasión, me dijo: Señora Fowler, debe encontrar a su hijo o debe apartarlo de su pensamiento. *¿Cómo podía encontrarlo? ¡Podía estar en Norteamérica o en Tombuctú! Poco a poco lo olvidé. Y cuando estuvo aquí –soy tu hijo Johnnie, me dijo– nos hicimos amigos, porque nos gustamos. Luego vino la guerra. Se portó bien en la guerra, era mecánico y se casó con una muchacha italiana, pero no resultó, ella se fugó con otro y ¿sabe qué soñé anteanoche? Oh, fue un sueño doloroso, tan bajo y mezquino. Soñé que había un bonito cerezo, como el cerezo que teníamos ahí fuera antes de que lo derribara una gran tormenta. Grandes cerezas negras, suaves, bonitas y brillantes. Estaba a un lado del árbol y el pobre Johnnie en el otro, e intentábamos subir y coger cerezas, lo intentábamos una y otra vez, pero no importaba lo mucho que bajáramos las ramas, subían y las cerezas no estaban al alcance de la mano... Y allí estábamos, Johnnie y yo, y llorábamos.*

Mucho después de que Johnnie fuera un hombre hecho y derecho y se hubiera ido a Norteamérica, donde se esfumó, y cuarenta años después de que Laurie la hubiera abandonado, después de robarle el hijo, Maudie escribió una carta a su marido, pidiéndole una entrevista. Se encontraron en un banco de Regent's Park.

–Bien, *¿qué quieres?* –le dijo él.

–Estaba pensando que podríamos hacer un hogar para Johnnie –le dijo. Explicó que podían encontrar una casa, porque sabía que él siempre tenía dinero, comprando y vendiendo, y arreglarla y luego poner un anuncio en el periódico en Norteamérica.

–Porque Johnnie nunca ha tenido un hogar agradable –le explicó a su marido.

–*¿Qué dijo él?*

–Me invitó a una cena de pescado y no lo vi en cinco años.

Un maravilloso día cálido y azul.

Le dije a Phyllis, «Encárgate del trabajo» y salí a toda prisa de la oficina, al cuerno con ella. Fui a casa de Maudie y cuando abrió la puerta, lenta, lentamente, molesta, le dije:

–La voy a llevar al parque y la invito a comer.

Me miró *furiosa*.

–Oh, no.

–Querida Maudie, *no, por favor*, no se enfurezca, sólo venga –le dije.

–Pero, ¿cómo? –dice– ¡Míreme!

Y mira al cielo. Está tan azul y bonito, dice:

–Pero... pero... pero...

De repente sonrío. Se viste su grueso abrigo de escarabajo y su sombrero de verano, de paja negra, y nos dirigimos al Rose Garden Restaurant. Encuentro una mesa alejada del paso de la gente, con rosales tras ella y lleno una bandeja de pasteles de crema y pasamos la tarde allí. Comió y comió, a su manera lenta, apasionada, que quiere decir: ¡Voy a meterme esto dentro mientras pueda!... y luego se limitó a permanecer sentada y a mirar y mirar. Sonreía, estaba encantada. Oh, pequeños, pequeños, repitió, pequeños... a los gorriones, a las rosas, a un niño en su cochecito cerca de ella. Pude advertir que ella estaba fuera de sí con un placer feroz, casi rabioso, este mundo cálido de luz era como un espléndido regalo. Porque lo había olvidado, en aquel triste sótano, en aquellas tristes calles.

Me preocupaba que fuera excesivo para ella dentro de aquel grueso caparazón negro, porque hacía mucho calor y había mucho ruido. Pero ella no quería irse. Se quedó allí hasta que cerraron.

Y cuando la acompañé a casa iba cantando ensoñadoramente, la acompañé hasta la puerta y me dijo:

–No, déjeme, déjeme, quiero estar sola y pensar en esto. Ah, tengo que pensar en tantas cosas maravillosas.

Lo que me sorprendió, al verla a plena luz del día, fue su color amarillo. Unos ojos azules brillantes en una cara que parece pintada de amarillo.

Tres días después.

Otra espléndida tarde. Fui a ver a Maudie, le dije:

–Vamos al parque.

–No, no, vaya sola –me dijo irritada.

–Ah, vamos –le dije–, ya sabe que le gusta cuando estamos allí.

Se quedó cogida al pomo de la puerta, abatida, molesta, desencajada. Luego me dijo:

–Oh, no, terrible, terrible, terrible –y me dio con la puerta en las narices.

Yo estaba *furiosa*. Había pensado, mientras me dirigía a su casa en coche, cómo estaba en el jardín de las rosas, canturreando de alegría. Volví a la oficina, furiosa. Trabajé hasta muy tarde. No pasé por casa de Maudie. Me sentí culpable, chapoteando en el agua caliente que me dejaba nueva: la seguía viendo allí, plantada, aguantándose, oía el murmullo, Terrible, terrible...

Ha pasado una semana, han vuelto el frío y la tristeza. ¿Final del verano? Maudie me parece, quizá, ¿muy enferma?... ¡Sé tan poco de los viejos! Por cuanto sé, ¡todo esto es normal! Sigo postergando el momento de pensar en ella, porque estoy tan atareada, atareada, atareada. Corro hacia ella, a cualquier hora, le digo: Lo siento, Maudie, tengo tanto trabajo. Ayer por la noche llegué tarde y me quedé dormida en la silla. Esta mañana llamé a la oficina para decir que no me sentía bien. En todos estos años me he encontrado mal un par de veces y nunca he faltado.

–Muy bien, me ocuparé de todo –me dijo Phyllis.

Un día de Maudie.

Se despierta con un peso negro que la ahoga, no puede respirar, no se puede mover. Me han enterrado viva, piensa, y lucha. El peso cambia de posición. Ah, es el gato, es mi pequeño, piensa, y tiene náuseas. El peso cambia de posición, oye un ruido sordo cuando el gato salta al suelo. ¿Pequeño?, pregunta, porque no esta segura, está tan oscuro y sus extremidades están tan agarrotadas. Oye al gato moverse y sabe que está viva. Y caliente... y en la cama... Ah, ah, dice en voz alta, debo ir al retrete o volveré a mojar la cama. ¡Pánico! ¿La habré mojado? Examina la cama con una mano. Murmura, Horrible, horrible, horrible, horrible, al recordar cómo, hace unos días, mojó la cama y los problemas y dificultades para que todo se secase.

Pero es como si su mano hubiera desaparecido, no la siente. Abre y cierra su mano izquierda, para saber que *tiene* manos, espera que el hormigueo empiece en la derecha. Tarda un rato y luego ella saca la mano derecha medio dormida de debajo de la ropa y utiliza la izquierda para un masaje que la despierte. Aún no sabe si ha mojado la cama. Casi se hunde de espaldas en la oscura cama, oscuro sueño, pero sus tripas se mueven y huele un olor desagradable. Oh, no, no, no, lloriquea, sentada en la oscuridad. No, horrible, porque cree que se ha cagado en la cama. Al fin, con mucho esfuerzo y dificultad, salta de la cama, se queda junto a ella, tocando dentro para ver lo que hay. No está segura. Se da vuelta, con cuidado, intenta encontrar el interruptor de la luz. Tiene una linterna junto a la cama, pero se ha quedado sin pilas, quería pedirle a Janna que le comprara otras, y se olvidó. Piensa, seguramente se le ocurrirá a Janna comprarlas, ¡sabe lo mucho que yo necesito la linterna! Encuentra el interruptor, ahí está la luz... y con ansiedad examina la cama, que está seca. Pero debe ir al retrete. No utiliza nunca el orinal, sólo para un pipí– Tiene que salir al retrete, fuera. Pero siente unas estocadas de humedad caliente en el vientre y se acerca hasta el orinal, con el tiempo justo. Se sienta allí, se balancea, se lamenta. Terrible, terrible, porque tendrá que sacar el recipiente y se siente tan baja de defensas y tan mal.

Se queda sentada mucho rato, demasiado cansada como para levantarse. Incluso duerme un poquito. Tiene el trasero insensible. Se levanta, busca el papel. No hay papel higiénico, porque aquí dentro no lo usa. No puede encontrar nada para usar... Al fin, con dificultad llega hasta el armario, el trasero totalmente húmedo y repugnante, encuentra unas viejas enaguas, rasga un pedazo, lo utiliza para limpiarse y cierra con la tapadera para evitar el olor... peor aún, porque mientras lo hace deja escapar una mirada llena de temor, se niega a pensar que algo va mal en sus tripas. Terrible, musita, refiriéndose a la materia que evacúan sus intestinos en estos días, y corre de nuevo las cortinas de la ventana.

Hay luz en la calle. Pero estamos en verano y podría ser aún medianoche. No puede soportar la idea de las dificultades de volver a meterse en la cama y, luego, salir de nuevo. Su pequeño reloj está con la cara vuelta, no quiere atravesar la habitación para verlo. Se coloca un viejo chal en los hombros y se acurruca en la silla junto al fuego apagado. Aún no hay pájaros, piensa: ¿acaso el coro del alba llegó y se fue o lo estoy esperando? Recuerda cuando era niña, se quedaba en cama con sus hermanas en la casita de campo de aquella anciana, en verano, y despertaba por la estridencia del coro del alba y se dormía de nuevo, pensando en el magnífico día cálido que le esperaba, un día que no tenía fin, todo juegos, diversiones y abundantes comidas sabrosas.

Así Maudie se duerme de nuevo, pero se despierta, y duerme y se despierta durante unas horas, en cada ocasión recordando mover las manos para que no se queden demasiado tiesas. Finalmente se despierta porque el gato se frota y ronronea junto a sus piernas. Que están tiesas. Prueba sus manos. La derecha ha desaparecido de nuevo. Con la izquierda acaricia el gato: Bonito, bonito, bonito gatito,

y con la derecha intenta abrir y cerrar los dedos hasta que se siente de nuevo ella.

La mañana... ah, las dificultades de la mañana, de enfrentarse al día... cada labor una carga tal... Se sienta, piensa: Tengo que dar la comida al gato, tengo que..., tengo que..., se levanta arrastrándose, ansiosa, porque sus intestinos amenazan de nuevo y, sosteniéndose en los picaportes, en las sillas, consigue llegar hasta la cocina. Hay una lata de comida del gato, medio vacía. Intenta colocar el contenido en un plato pequeño, no quiere salir.

Significa que debe coger una cuchara. Está muy lejos, en el fregadero, allí están las cucharas y los tenedores, hace días que no ha lavado la vajilla. Hace salir la comida del gato con su dedo índice, la cara fruncida... ¿quizás huele mal? Deja caer el plato al suelo desde una pequeña altura, porque agacharse la marea. El gato la husmea y se larga, con un leve miao. Maudie ve que, bajo la mesa, hay platillos, secos y vacíos. El gato necesita leche, ella necesita agua. Lenta, lentamente, Maudie consigue llegar hasta el fregadero, saca de allí un platillo sucio que no tiene la energía de lavar, pone agua dentro. Encuentra media botella de leche. ¿Agria? Husmea. No. De alguna manera deja el platito en el suelo, mientras se aguanta con la mesa y casi se cae. El gato se bebe toda la leche y Maudie advierte que ella está hambrienta.

Bajo la mesa no sólo hay platillos, uno, dos, tres, cuatro, cinco, sino también excremento de gato. Esto le recuerda a Maudie que tiene que dejar salir al gato. Con dificultad llega a la puerta, deja salir al gato y se queda con la espalda apoyada en la puerta, pensando. Un general ideando una campaña no utilizaría más ingenio que Maudie, porque supera su debilidad y su terrible cansancio. Ya ha llegado hasta la puerta trasera: el lavabo está a cinco pasos; si va ahora, se ahorrará un viaje más tarde... Maudie llega al lavabo, lo utiliza, recuerda que hay un orinal lleno de mierda y peste en su dormitorio, de alguna manera regresa por el pasillo a su dormitorio, de alguna manera saca el recipiente de debajo de la silla, de alguna manera llegan ella y orinal al lavabo. Salpica mientras lo vacía y, al mirar, al oler, su pensamiento debe reconocer que algo marcha muy mal. Pero piensa, en la medida en que *ella* (lo que significa Janna) no vea lo que hago, nadie lo sabrá. *Y no me sacarán de aquí...*

Hecho todo esto, le parece que ha pasado mucho tiempo, pero sabe que aún es temprano, porque no puede oír a aquellos ruidosos mocosos irlandeses. Tiene una gran necesidad de una taza de té, toda su energía la ha empleado en el gato.

Se detiene junto a la mesa de la cocina, se sostiene allí, piensa en cómo llevará la taza de té, caliente y reconfortante, hasta la puerta contigua. Pero el té caliente es diurético, mejor leche fría. Vierte la leche fría en el vaso. Se acabó la leche. Precisa: leche, papel higiénico, comida de gato, cerillas, té y, probablemente, muchas cosas más, si pudiera pensar en ellas.

Quizá Janna llegue pronto y...

Mira con seriedad el excremento de gato, que le parece muy alejado, midiéndolo mentalmente con la necesidad de agacharse, y piensa: Janna lo hará...

Ella y la leche se trasladan a la habitación contigua. Se sienta. Pero ahora siente frío, sea o no sea verano. Está sentada en aquella vieja silla suya, junto al fuego apagado y siente que el calor se le escurre del cuerpo. Tiene que conseguir que le preparen el fuego. ¿Si enchufara la estufa? Pero gasta mucha electricidad, se encuentra en un precario equilibrio entre sus necesidades y su pensión. Finalmente se levanta con gran esfuerzo y la enchufa. En la habitación se expande el cálido resplandor rojo de la estufa, parece que sus piernas se sueltan y vuelven a ser lo que eran. Se queda allí sentada, sorbiendo la leche y musitando: Terrible, terrible, terrible.

Luego sueña que Janna se la ha llevado a su casa y la cuida. Siente una intensa posesión respecto a este sueño, lo mimra y lo cuida, lo evoca y lo adorna siempre que se sienta allí, pero sabe que no se realizará. *No puede* suceder. Pero, ¿por qué no? Era imposible que Janna apareciera de repente en su vida como lo hizo, ¿quién se lo habría imaginado? Y sus entradas y salidas, con sus bromas, flores, pasteles y cosas, todas sus historias sobre su oficina, probablemente se las inventa, al fin y al cabo, ¿cómo puede ella, una pobre anciana, saberlo, si Janna decide embellecerlas un poco? Por qué, luego, no podría suceder otro imposible, que se la llevara a aquel bonito y caldeado piso y la cuidara, le hiciera sus cosas...

O que Janna se instalara a vivir aquí. Está aquella habitación contigua... Esto es lo que Maudie quiere realmente. No quiere dejar este lugar. Consíguete un lugar propio y no lo sueltes nunca: Maudie lo repite siempre que se siente tentada –como ahora– a dejar este lugar e ir a vivir con Janna. No, no, murmura, ella tendrá que mudarse aquí. Se queda sentada, a veces cabeceando, pensando que Janna vive aquí, la cuida y que, cuando ella se despierta de noche, sola y asustada de que está en la tumba, puede llamarla y oír la respuesta de Janna.

Sin embargo, muy pronto sus intestinos la obligan a levantarse. A pesar de que vació el orinal, no lo limpió y le resulta desagradable. En consecuencia, sale al retrete, deja entrar al gato, que está esperando y que se dirige hacia el platito con la comida para olería, no le gusta y, pacientemente, entra en la habitación con Maudie, que, ahora que está levantada, decide encender el fuego. Le cuesta más de una hora, arrastrarse por el pasillo para coger el carbón, arrastrarse para volver, rastrillar las cenizas, encender el fuego. Sopla en pequeñas bocanadas sin fuerza, porque se marea, por lo que le cuesta mucho animarlo. Se sienta de nuevo, con el deseo de una taza de té, pero se la niega, porque por encima de todo teme las demandas de su vejiga, de sus intestinos. Piensa, las «comidas a domicilio» llegarán pronto... sólo son las once, sin embargo. ¿Tal vez hoy lleguen antes? Está hambrienta, está tan hambrienta que no puede distinguir entre los ataques de hambre y la posibilidad de que deba muy pronto ir al lavabo. Antes de que la pizpireta de las «comidas», que tiene llave, entre y salga, diciendo: Hola, señora Fowler, ¿se encuentra bien?... tiene que salir de nuevo al retrete.

Es temprano. Sólo las doce y media. Maudie de repente coge los dos recipientes de lata y los pone sobre la mesa y, sin apenas mirar el contenido, se lo come todo. Se siente mucho mejor. Piensa, ah, si Janna llegara ahora, y si ella dijera: Vamos al parque, yo no me quejaría ni le gruñiría, me encantaría ir. Pero ve a través de la ventana que está lloviendo. Menudo verano, musita. El gato ha subido a la mesa y olisquea los recipientes vacíos; Maudie está preocupada por su glotonería, porque sabe que el gato está hambriento y que ella debería haberlo compartido.

Sale hacia la apestosa y fría cocina y coge... sí, qué bien, hay una lata por abrir. Maudie está tan contenta que incluso baila un poco, apretando la lata contra su pecho. Ah, bonito, bonito, bonito, exclama, puedo darte comida. Al fin ha abierto la lata, a pesar de que Maudie se ha cortado el dedo índice con el abridor. El gato se lo come todo. Maudie piensa, ahora debería salir, para ahorrar me luego el tener que abrirle... pero el gato no quiere salir, vuelve a la habitación con el fuego, se mete en la cama de Maudie para dormir. La cama está por hacer. Maudie debería hacerse la cama... piensa ella, no está bien por Janna. No lo hace; por el contrario, se sienta en la silla junto al fuego, se inclina hacia adelante para apilar carbón y, luego, duerme como una muerta durante tres horas. A pesar de que no sabe qué hora es, las cinco de la tarde, cuando se despierta, porque se le ha parado el reloj.

El gato sigue dormido, el fuego se ha apagado... lo prepara de nuevo. Podría tomar algo. *Debe* tomar una taza de té. Se prepara una tetera llena, coge las galletas y se da un pequeño festín en su mesa. Se siente tanto mejor debido al té que le es fácil olvidar que debe salir al lavabo una vez más, dos, tres veces. Sus intestinos son como unos enemigos rabiosos, que se agitan y le exigen. ¿Qué te pasa?, exclama, pasando una y otra vez la mano en forma circular por el pequeño montículo de su vientre. ¿Por qué no me dejas tranquila?

Debería lavarse... debería... debería... pero llegará Janna, Janna lo hará...

Pero Maudie se queda sentada, esperando, y Janna no llega, y Maudie se levanta para dejar salir al insistente gato, y Maudie va a buscar carbón, y Maudie mantiene el fuego, y Maudie busca por allí para ver si hay un poco de coñac, porque de repente se siente mal, se siente temblorosa, podría caerse al suelo y quedarse tendida allí, está tan vacía y cansada... No hay coñac. Nada.

¿Puede salir hasta la bodega? No, no, no podría subir los peldaños. Janna tiene que llegar y está obscureciendo. Esto significa que ya casi deben ser las diez. Janna no llega... y no hay leche, ni té, ni comida para el pobre pequeñito, nada.

Y Maudie se sienta junto al fuego que crepita con furia y piensa amargamente en Janna, que no se preocupa, malvada, burda y cruel Janna... En medio de esto, llaman sonoramente a la puerta y el alivio de Maudie se materializa en un grito bronco: Ah, bien, voy. Avanza con dificultad por el pasillo, torciéndose, hasta la puerta, temerosa de que Janna desaparezca antes de que ella la deje pasar.

Terrible, terrible, musita, y su cara, al abrir la puerta, es cruel y acusadora.

–Oh, Dios mío, Maudie –exclama Janna–, déjeme pasar, estoy muerta. Menudo día.

Ah, entonces, si está cansada, no le puedo pedir... piensa Maudie y se queda a un lado cuando Janna entra dando tropezones, llena de energía y sonrisas.

En la habitación, Maudie ve que Janna sonríe al ver el maravilloso fuego, y ve, también, un respingo de la nariz, que frena en el acto.

–Le dije al hindú: No cierre (porque iba a cerrar), espere, debo comprarle algunas cosas para la señora Fowler.

–Ah, no necesito nada –dice Maudie, que reacciona de inmediato ante la noticia de que se verá obligada con el hindú, con quien se pelea casi cada vez que entra allí... le cobra más de la cuenta, le estafa con su cambio...

Janna, a Dios gracias, no se da por enterada, sino que revolotea por la cocina, para ver lo que falta, y sale corriendo con una cesta, antes de que Maudie recuerde las pilas. ¡Va con tal prisa, siempre! Todas son así, entran y salen corriendo, antes de que me dé vuelta.

Al instante regresa Janna, da un portazo con la puerta de la calle, golpe y portazo con esta puerta, con una cesta llena de comida que Maudie examina, con alivio y agradecimiento. Ahí está todo, pescado fresco para el gato y una lata de Ovaltine. Janna ha pensado en todo.

¿Ha visto el excremento del gato, los platos por lavar en el fregadero...?

Maudie se sienta calladamente junto al fuego, bajo una sonrisa de Janna que dice: Está bien. Janna limpia la suciedad del gato, lava los platos, guarda la cubertería, y no piensa, porque es joven y llena de salud, en dejar encima de la mesa de la cocina algunos platitos, una cuchara y un abrelatas para que Maudie no tenga que doblarse, mirar y revolverlo todo.

Maudie se queda sentada y oye a Janna trabajando por allí, *me cuida...* y piensa, si no se acuerda del orinal...

Pero cuando Janna entra, trae una botellita de coñac y un par de vasos y, después de alargar a Maudie su coñac, dice:

–Iba a... –y saca rápidamente el orinal sucio y se lo lleva.

Confío en que no quede nada para que ella se dé cuenta, teme Maudie, pero cuando Janna vuelve con el orinal limpio, que huele muy bien a bosques de pino, no dice nada.

Janna se deja caer en la silla junto al fuego, sonríe a Maudie, coge su vaso de coñac, se lo bebe de un trago y dice:

–Ah, Maudie, menudo día, deje que le cuente... –y suspira, bosteza... y está dormida. Maudie lo ve, no lo puede creer, sabe que así es, y se enfurece, está llena de rabia. Porque ha esperado hablar, escuchar, tener una amiga y un contacto decente, normal, tal vez una taza de té al cabo de un minuto, no importan sus intestinos y su vejiga... Y aquí está Janna, dormida.

Está tan oscuro en la calle. Maudie corre las cortinas. Maudie va hasta la puerta trasera y ve que han desaparecido los platitos sucios de debajo de la mesa, ha desaparecido el excremento del gato y hay un olor a desinfectante. Deja que el gato entre y aprovecha la ocasión para una rápida visita al retrete. Vuelve y atiza el fuego, se sienta frente a Janna, que duerme como... una muerta.

Maudie no ha tenido esta oportunidad antes, de poder mirar, contemplar y examinar de una forma abierta, estudiar detenidamente la evidencia y se sienta inclinada hacia delante, mira tanto como precisa la cara de Janna, que está tan agradablemente al alcance allí.

Es una cara agradable, piensa Maudie, pero hay algo... Bien, claro, es joven, ése es el problema, aún

no comprende. Pero mira su cuello, con papada, ahí se puede ver la edad, y sus manos, a pesar de estar limpias y pintadas, no son manos jóvenes.

Su ropa, oh, su magnífica ropa, mira esta seda, que sobresale, es seda auténtica, oh, yo sé lo que cuesta, lo que es. Y sus bonitos zapatos... No hay nada barato en lo que lleva, nunca. ¡Y lo que le habrá costado este sombrero suyo! Míralo, tirado encima de la cama, este bonito sombrero, el gato casi se ha sentado encima.

Mira estas bonitas plumas aquí... los Rolovksy solían decir que nunca habían tenido a nadie que se pudiera comparar conmigo haciendo estas plumitas. Podría hacerlas ahora, todo sigue ahí, todavía tengo habilidad en mis dedos... Me pregunto si...

Maudie se levanta cuidadosamente, se va a la cama, recoge el bonito sombrero, con él vuelve a su silla. Mira el satén que ribetea el sombrero, cómo está cosido el ribete... pegado, más bien; oh sí, ¡quien hizo este sombrero conocía bien su oficio! Y las plumitas blancas...

Maudie se adormila, y se despierta. Se debe a que la nevera del piso de arriba retumba y da golpes. Pero se para casi de inmediato... esto significa que ha funcionado durante mucho rato, porque funciona durante una hora o más. Janna duerme aún. No se ha movido. Respira tan suavemente que Maudie se asusta y mira para asegurarse...

¿Sonríe Janna mientras duerme? ¿O se debe a la posición que ha adoptado? Oh, le quedará el cuello agarrotado... entonces, ¿se quedará aquí toda la noche? Bien, ¿qué debo hacer? ¿Quedarme aquí sentada mientras avanza la noche? Así son ellas, no piensan en nadie excepto en ellas mismas, no piensan en mí...

Maudie Fowler bulle de rabia, mientras acaricia el bonito sombrero y mira a Janna dormida.

Maudie ve que Janna tiene los ojos abiertos. Piensa: Oh, Dios mío, ¿estará muerta? No, parpadea. Ninguna otra parte se mueve, sino que está dormida en la silla, con los ojos abiertos, mirando a través de Maudie hacia la ventana que hace unas horas ha dejado fuera la noche húmeda y ventosa con cortinas de un amarillo grasiento.

Maudie piensa, ¿le costará mucho despertarse? Seguidamente, los ojos de Janna se mueven hacia su cara, la de Maudie: de repente, Janna mira, horrorizada, como si tuviera que levantarse y escapar... y por un momento sus extremidades se ponen en movimiento de un salto, como si partiera. Ha pasado este momento terrible y Janna dice:

—Oh, Maudie, me he dormido, ¿por qué no me despertó?

—He mirado este hermoso sombrero —dice Maudie, acariciándolo con delicadeza con sus dedos gruesos y torpes.

Janna ríe.

—Puede pasar la noche en la habitación contigua, si lo desea —dice Maudie.

—Pero debo estar en casa para esperar al electricista —dice Janna.

Maudie sabe que esto es una mentira, pero no le importa.

Piensa, Janna ha dormido aquí media noche, ¡como si se tratara de su casa!

—Pensaba que ésta es la mejor época de mi vida —dice.

Janna se endereza en su silla, porque, al ser joven, sus extremidades no se agarrotan, se inclina y mira a Maudie en la cara, seria, incluso sorprendida.

—Maudie —dice—, ¡no puede decir esto!

—Pero es cierto —dice Maudie—. Quiero decir, no me refiero a los días de júbilo, como cuando llevaba a mi Johnnie, o las meriendas campestres aquí y allá, sino ahora, sé que siempre vendrá y podremos

estar juntas.

Asoman lágrimas en los ojos de Janna, pero parpadea para que no salgan y dice:

–Sin embargo, Maudie...

–¿Recordará traerme pilas para mi linterna? –dice Maudie, a la manera humilde pero agresiva con la que pide algo.

–Mire, le daré la linterna de mi coche, puede quedársela –dice Janna.

Sale decidida, como siempre, pero vuelve para decirle:

–Maudie, es de día, hay luz natural.

Las dos mujeres se quedan en la entrada de Maudie y ven la luz gris en las calles.

A Maudie no le gusta decir que ahora, probablemente, se meterá en la cama, con las cortinas corridas y se quedará allí durante horas. Sospecha que Janna intentará no volver a dormir esta noche. Bien, es joven, puede hacerlo. Le gustaría tanto tener la linterna de Janna, porque a lo mejor Janna no volverá mañana... no, hoy.

Pero Janna la besa, ríe y sale a toda prisa por las sombrías aceras húmedas. Ha olvidado el sombrero.

Un día de Janna.

El despertador hace que me siento en la cama. A veces, lo paro, me meto de nuevo en la cama, hoy no: me siento en la mañana ya clara, las cinco, y considero el día por delante: no puedo creer que, cuando se acabe, habré hecho tantas cosas. Me fuerzo a saltar de la cama, me preparo café, estoy delante de mi máquina de escribir a los diez minutos de despertarme. Debería escribirlo: vacié mi vejiga, pero aún soy «joven» y no lo tengo en cuenta dentro de las cosas que hay que hacer. Pero hoy escribiré sobre mis visitas al lavabo; si no, ¿cómo puedo comparar mi día con el de Maudie? Los artículos que escribí, de forma tan tentativa y sin ninguna confianza, el año pasado, se han convertido en un libro. Ya casi está acabado. Dije que estaría listo a finales de este mes. Así será. *Porque dije que estaría listo*. Llevar a cabo lo que he dicho ¡me da tanta fuerza! Luego, hay un proyecto que nadie conoce: una novela histórica. Fue Maudie quien me dio la idea. Pienso en aquella época como en algo bastante reciente, la de mi abuela; pero Vera Rogers habla de ella como si hablara de, no sé, digamos de Waterloo. Ideo una novela histórica, concebida y escrita como tal, sobre una sombrerera en Londres. Me falta tiempo para empezar.

Trabajo sin descanso hasta las ocho. Luego tomo café y me como una manzana, la ducha, me visto y al cabo de media hora ya he salido. Me gusta estar allí a las nueve y siempre lo consigo. Hoy, Phyllis se retrasó. Ni rastro de Joyce. Recogí el correo de las tres, llamé a la secretaria y lo repasé y solucioné antes de las diez y la reunión. Phyllis llena de excusas: se parece a mí, nunca llega tarde, nunca se ausenta, nunca está enferma. La reunión, como siempre, animada y *maravillosa*. Fue Joyce quien dijo que debería funcionar como una especie de almacén de ideas. Todos, desde los de promoción hasta los ayudantes de los fotógrafos pasando por redacción, estimulados a tener ideas, no importa que sean descabelladas, locas, porque no se sabe nunca. Como siempre, Phyllis toma notas. Se ofreció ella a hacerlo y tanto Joyce como yo supimos, cuando lo hizo, que ella lo consideraba una posición clave. Phyllis no deja que estas ideas se evaporen, las consigna, dispone copias que tenemos encima de la mesa en todos los departamentos. Una idea que desaparece del panorama puede resucitar un año más tarde. Hoy alguien resucitó una de ellas, la de la serie «uniformes para mujeres», con todo tipo de ropa que llevan, por ejemplo, las mujeres que anuncian por la televisión o las mujeres que van a cenas con sus maridos por motivos de carrera. Es un cierto tipo de vestido de noche, o estilo, como un uniforme... ¡esto hace que mi estilo sea un uniforme! ¡Lo sabía ya! Lo llevo constantemente. Incluso, decía Freddie, en cama. Nunca llevo nada que no sea seda auténtica, algodón fino, crinolina, en cama... solía bromear que si llevara un camisón de nailon, sería lo mismo para mí que cometer un delito.

Al pensar en Freddie en la oficina, me he sorprendido llorando y me he alegrado de haber dicho que yo entrevistaría a Martina y llegué puntual al Brown's Hotel. *Nunca* me retraso. Es fácil de entrevistar, profesional, competente, no se pierde el tiempo, un diez. He vuelto a las doce y media, le he pedido a Phyllis si quería encargarse del almuerzo de las Mujeres Prominentes. Se ha negado con firmeza; no podía, debía hacerlo yo. Soy una suplente de Joyce, que es la mujer prominente, pero está enferma y Phyllis tiene razón, estuvo en lo cierto al sorprenderse: no sería adecuado para Phyllis hacerlo. Antes, jamás hubiera cometido este fallo, pero, a decir verdad, mi pensamiento está cada vez más en mis dos libros, uno casi acabado y mi maravillosa novela histórica a punto de empezar.

En el lavabo examino mi aspecto. Esta mañana me olvidé del almuerzo, no aprobaría por ello, ¡cometo errores! Un botón a punto de caer y mis uñas no estaban perfectas. Me pinté las uñas en el taxi. El almuerzo, agradable; hablé en nombre de Joyce.

De vuelta del almuerzo paro en Debenham's y subo al último piso; busco el tipo de camisetas adecuadas para Maudie, lana virgen, sencillas enaguas largas y bragas grandes. Compró diez bragas y tres camisetas, tres enaguas... porque ahora se moja las bragas y, en ocasiones, peor. Rápido, rápido, pero estoy de vuelta a las tres treinta. Llamo para pedir hora en la peluquería, otra hora para el coche. Phyllis dijo que se sentía fatal. Se veía fatal. Tan llena de disculpas, ¡qué delito! Por el amor de Dios, métete en la cama, le dije, y cogí todo el trabajo de su mesa y lo pasé a la mía. Escribí las recetas, comida de verano, la moda joven, salí con los fotógrafos a Kenwood para una sesión, volví y trabajé sola en la oficina, nadie más, hasta las nueve. Me encanta estar sola, nada de teléfono, nada, sólo el guarda. Salió a comprar comida preparada india, lo invité a compartirla, cenamos rápido en una esquina de mi mesa. Es un hombre agradable, George, lo animé a hablar de sus problemas, no quiero meterme en ellos, pero lo podemos ayudar, necesita un préstamo.

Estaba cansada por entonces y, de repente, con grandes ganas de meterme en la cama. Trabajé un poco más, llamé a Joyce en Gales, por su voz vi que estaba mejor, pero se mostró evasiva. No me importa un comino, me dijo, cuando le pregunté si iría a Estados Unidos. También dijo que no le importábamos un comino. Esto me hizo pensar en la posición de que no te importe un comino. Sobre mi mesa, en la cesta de «Demasiado difícil», un artículo sobre el estrés, cómo demasiado estrés puede provocar indiferencia. Se ve en la guerra, en tiempos difíciles. Sufre, sufre, emocionate, emocionate y luego, de repente, ya no te importa nada. Yo quería publicarlo. Joyce dijo: No, no hay mucha gente que se viera identificada. ¡Qué ironía!

Di las buenas noches a George a las nueve y treinta y subí a un taxi hasta el lugar donde había dejado el coche, para dirigirme a casa, pensando, no, no puedo ir a casa de Maudie, no puedo. Cuando aporreé la puerta, me sentía irritable, cansada, pensaba, confío en que esté en el lavabo y no me oiga. Pero al abrir, pude ver por su cara... olvidé todo y entré precipitadamente, llena de alegría y vivacidad, porque temo sus raptos de mal humor, porque cuando empieza no puedo sacarla de ellos. Ésta es la razón por la que llegué en plan Papá Noel femenino, Su Majestad la Reina Madre, radiante, tengo que parar sus murmullos y furias.

Al llegar a la habitación trasera, está caliente y apesta, el olor me echa para atrás, pero consigo sonreír al ver el fuego. Observo por su cara que me necesita y entro en la cocina. Casi me mareo. Me muevo de aquí para allá en la cocina, porque sé que el colmado indio cerrará muy pronto y corro por la calle, diciendo: Por favor, sólo un minuto más, necesito comida para la señora Fowler. Tiene paciencia y es amable, pero tiene un color violeta gris de cansancio. En ocasiones está allí desde las ocho de la mañana hasta las once de la noche. A menudo solo. Tiene tres hijos y cuatro hijas que criar... Me pregunta:

—¿Cómo está la anciana?

—Me parece que no está muy bien —le digo.

—Ha llegado el momento de que los suyos la cuiden —dice, como siempre.

De vuelta, corto pescado para el gato. De nada sirve, no puedo conseguir que me gusten los gatos, aunque esto me convierta en una desgraciada insensible. Limpio los excrementos de gato, cojo el coñac y vasos. Caigo en la cuenta de que he olvidado las camisetas y las bragas en la oficina. Bien, mañana las traeré. Retiro el orinal porque ella *no* lo mira, con un orgullo tembloroso en la cara que

ahora ya me sé muy bien. Al lavarlo, pienso, algo no funciona. Tendré que decírselo a Vera Rogers. Enjuago la parte interior del orinal con todo cuidado y utilizo mucho desinfectante.

Cuando me instalo frente a ella, con coñac para las dos pienso contarle detalladamente el almuerzo, con todas aquellas mujeres famosas, le encantará, pero... lo último que recuerdo, hasta volver en mí, después de un sueño tan profundo que no sabía dónde me encontraba al despertar. Miraba a una bruja amarilla en una apestosa y cálida caverna, junto al fuego animado, con sus amarillas piernas al descubierto, porque no llevaba bragas y tenía las piernas abiertas y sostenía mi sombrero sobre las rodillas y lo utilizaba para algún malvado propósito... Estaba aterrada y, de repente, recordé: Soy Janna Somers, en la habitación trasera de Maudie y me quedé dormida.

No deseaba que me fuera. Buscó la excusa de las pilas para su linterna. Salí a la calle y era de mañana. Nos quedamos allí, mirando al cielo... Oh, Inglaterra, sombría y triste un alba gris y húmeda. Eran las cuatro y treinta cuando llegué a casa. Me tomé un baño largo, largo y completo y me metí de nuevo en mi libro.

No puedo concentrarme en el libro. Pienso en lo que me dijo Maudie: Es la mejor época de mi vida. Lo que no puedo soportar es que lo dijo de verdad. Mis escapadas al final del día, una hora, dos horas, tan poco, son suficientes para que diga esto. Quiero aullar cuando lo pienso. También, me siento tan atrapada. Puede que viva años y años, la gente hoy vive hasta los cien y me tiene prisionera con su: Ésta es la mejor época de mi vida, encantadora Janna, entrando y saliendo, toda sonrisas y regalitos.

Escribí sobre un día de Maudie porque quiero comprender. *En verdad* lo comprendo mucho más, pero ¿es cierto? Sólo puedo escribir de mis experiencias personales, lo que le he oído decir, lo que he observado... En ocasiones me despierto con una mano dormida... Pero ¿qué hay más que yo no pueda saber? Creo que de la misma manera en que nunca habría imaginado que dijera: Ésta es la mejor época de mi vida, y las privaciones y la soledad que encierra, tampoco puedo saber qué hay detrás cuando musita su Es horrible, horrible, y tras los enfados que hacen que sus ojos se enciendan y brillen.

Veo que *no* escribí, en el día de Janna, sobre ir al lavabo, un pipí rápido aquí, cagar de prisa, lavarse las manos... Durante todo el día este animal debe vaciarse, tienes que cepillarte el pelo, lavarte las manos, bañarte. Meto una taza bajo el grifo y enjuago un par de medias, sólo se precisan unos minutos... Pero esto se debe a que soy «joven», sólo cuarenta y nueve.

Lo que hace que la pobre Maudie se afane y gruñe durante todo el día, la esclavitud y el estorbo del *mantenimiento*. Iba a decir: Para mí no significa nada, pero la realidad es que antes me bañaba con toda propiedad cada noche, cada noche del domingo arreglaba y disponía mi perfecta ropa, *me* arreglaba y me mantenía y ahora no puedo, no lo hago. Es demasiado para mí.

Finales de verano, lo detesto, inestable y húmedo, feo y polvoriento, verde triste, cielos tristes; la luz del sol, cuando la hay, cría gusanos; gusanos bajo mi cubo de la basura, porque no he tocado mi casa en días.

Maudie ha estado enferma de nuevo. De nuevo la he visitado dos veces al día, antes y después del trabajo. Dos veces al día, plantada junto a la mesa, apoyándose en ella, el peso en las palmas, desnuda, mientras le echaba agua hasta que la mierda y la orina apestosa desaparecían. *La peste*. Su cuerpo, una jaula de huesos, amarillo, arrugado, sus entrepiernas como las de una niña, sin pelos, pero largos pelos negros en las axilas. Esto me agota. Le dije:

—Maudie, le mandarán una enfermera para lavarla.

—Vayase, no se lo pedí —me chilló.

Ambas estábamos tan cansadas y sobreexcitadas, que nos hemos chillado mutuamente como... ¿qué? Por la literatura, digo «verduleras», pero no es una verdulera, sino un cuerpo viejo recatado y respetable, o así se ha disfrazado durante años. He visto una fotografía, Maudie a los sesenta y cinco años, la imagen misma de la rectitud que todo lo desaprueba... No creo que entonces me hubiera

gustado. Se dijo: Me gustan los niños, les gusto, mi hermana no permitirá que me acerque a ella ahora que ya no cría, ya no precisa de mis servicios. Por lo tanto, Maudie puso un anuncio en el periódico de Willesden y respondió un viudo. Tenía tres hijos, de ocho, nueve, diez años. A Maudie la instalaron en el sofá de la cocina y le daban la comida, a cambio de: limpiar la casa, zurcir la ropa de él, la ropa de los niños, preparar tres comidas al día y el pan, cuidar de los niños. El era pescadero. Cuando llegaba para el almuerzo, si Maudie estaba sentada descansando, le decía: ¿No tiene nada que hacer? Le daba dos libras a la semana para comer todos y cuando le dije que era imposible, me respondió que ella se las apañaba. El hombre traía el pescado y se podía comprar pan y patatas. No, no era pobre, pero, dijo Maudie, no sabía comportarse, éste era su problema. Y Maudie se quedó, por los niños. Un día el hombre le dijo: ¿Quieres venir al cine conmigo? Fue y vio que los vecinos los observaban. Sabía lo que estaban pensando y no podía admitirlo. Limpió la casa de arriba abajo, se aseguró de que toda la ropa estaba cosida, hizo pan, preparó el servicio de té y dejó una nota: Mi hermana, que está enferma, me llama a su lado, sinceramente, Maudie Fowler.

Después se jubiló y, a veces, hacía trabajitos suplementarios.

La Maudie que se ha consumido hasta estar seca como un palo era aquella mujer llena de discernimiento, crítica, de expresión comedida y fría.

Con Maudie nos chillábamos mutuamente, como si fuéramos de la familia, me decía:

–Entonces, váyase, váyase pero no dejaré entrar a las de la Asistencia Social.

Y yo le chillaba:

–Maudie, es imposible, es horrible, no sé qué vamos a hacer con usted.

Pero en una ocasión, estallé en carcajadas, me pareció tan ridículo, ella allí, desnuda de pelo a pelo, escupiéndome su rabia y yo sacándole la mierda mientras le decía:

–¿Y qué pasa con sus orejas?

Se quedó en silencio, temblaba:

–¿Por qué se ríe de mí?

–No lo hago, me río de nosotras. Mírenos, ¡chillándonos mutuamente!

Retrocedió para salir de la jofaina, me miró, con una súplica llena de rabia.

La envolví con la toalla de baño de mi casa, una nube rosada por toalla y empecé a secarla suavemente.

Las lágrimas se abrían paso por sus arrugas...

–Vamos, Maudie, por el amor de Dios, riamos, mejor que llorar.

–Es terrible, terrible, terrible –musitó, mirando delante de ella, los ojos abiertos y brillantes. Temblaba, se estremecía...–. Es terrible, terrible.

Estas tres últimas semanas he tirado las bragas que le compré, sucias y asquerosas, le compré otra docena y le he enseñado a rellenarlas de algodón cuando se las pone.

Por lo tanto, ha vuelto a los pañales.

Terrible, terrible, terrible...

Finales de agosto.

Estoy en cama escribiendo esto con el diario apoyado en mi pecho. Exactamente después de escribir

el último *terrible*, me desperté en la noche y era como si en la parte baja de la espalda me hubieran clavado una barra de metal. No podía moverme de cintura para abajo, tan fuerte era el dolor.

Era de noche, por la ventana se veía una luz mortecina y cuando intenté volverme de espaldas grité. Después de esto, me quedé inmóvil.

Echada, pensaba. Sabía lo que era, lumbago: Freddie lo padeció en una ocasión y supe qué debía esperar. No lo cuidé, naturalmente, contratamos a una persona y mientras yo alejaba el problema, o lo intentaba, sabía que su dolor era muy fuerte, porque no se pudo mover en una semana.

No he estado enferma desde las enfermedades infantiles, como el sarampión. *Nunca he estado realmente enferma*. Lo máximo un resfriado, garganta irritada y nunca lo tomé en cuenta.

A lo que debo resignarme es al hecho de que no tengo amigas. No puedo llamar a nadie y decir: Por favor, ayúdame, necesito ayuda.

En otro tiempo, era Joyce: pero una mujer con hijos, un marido, un empleo y una casa... Estoy segura de que nunca le habría dicho: Por favor, ven a cuidarme. Claro que no. No podía llamar a mi hermana: hijos, casa, marido, buenas obras y, en cualquier caso, no me aprecia. Phyllis: seguía pensando en Phyllis y me preguntaba por qué yo era tan reacia, pensaba que algo andaba mal en mí para no querer pedírselo, porque es una persona agradable y buena, en verdad lo es... Pero cuando pensé en Vera Rogers, entonces supe que Vera Rogers es de las personas que conozco a la que podría decirle: Por favor, ven a ayudarme. Pero tiene un marido, hijos y un empleo, y lo último que desea es un «caso» suplementario.

Conseguí, al cabo de una hora de movimientos y esfuerzos dolorosos, alcanzar el teléfono de la mesilla de noche y ponérmelo encima del pecho. El listín no estaba a mano, depositado en el suelo, no lo alcanzaba. Llamé a Información conseguí el número de mis médicos, conseguí su teléfono nocturno, dejé un mensaje. Mientras, lo organizaba mentalmente todo. La persona a la que le encantaría cuidarme *—por fin—* era la señora Penny. Por encima de mi cadáver. Estoy dispuesta a admitir que soy una neurótica, cualquier cosa, pero no la dejaré pasar, *no lo haré...*

Hubiera preferido un médico particular, pero Freddie fue siempre algo socialista y quería la Seguridad Social. A mi no me importaba porque nunca me enfermaba. No esperaba con entusiasmo la visita del médico, pero no estuvo mal. Joven, bastante inquieto, indeciso. Probablemente, su primer empleo.

Fue a buscar la llave al piso de abajo, despertando a la señora M., pero la mujer se portó bien. El médico entró solo, llegó a mi dormitorio:

—Bien, ¿qué le pasa?

Le dije que se trataba de lumbago y lo que quería: tenía que buscarme una enfermera, dos veces al día, necesitaba una bacinilla de cama, una botella de agua caliente... se lo dije con exactitud.

Se sentó al extremo de mi cama, me miró, sonrió un poco. Me preguntaba si estaría viendo: ¿una anciana, una mujer entrada en años o una mujer madura? Ahora sé que lo que uno ve depende totalmente de la edad de la otra persona.

—Por cuanto me dice, me parece que lo mejor será auscultarla —dijo y se agachó, apartó la ropa que tenía cogida debajo de mi mentón y, después de un par de golpecitos y empujones, a los que no pude dejar de responder con quejidos, me dijo—: Sí, es lumbago y como sabe muy bien no hay nada que hacer, se curará solo con el tiempo. ¿Quiere calmantes?

—Naturalmente —le dije—, y lo antes posible, no puedo aguantarlo.

Me dio lo suficiente para ir tirando. Escribió una receta y luego me dijo que le parecía improbable conseguir una enfermera antes de la noche, ¿qué me proponía hacer mientras tanto? Le dije que si no me iba pronto, mojaría la cama. Lo pensó y luego se ofreció a sondarme. Lo hizo... con rapidez, sin dolor. Tuvo que traer un pote de cocina, naturalmente no tengo orinal, y puesto que la orina parecía un río sin fin, corrí a la cocina y busqué frenéticamente algo, volvió con un tazón de la batidora, en el que colocó la extremidad del tubo. En el momento preciso. «Cielos», dijo, admirando

los litros de orina.

–¿Cómo se las arreglará –preguntó– si no hay una enfermera? ¿No hay alguna vecina? ¿Alguien de este rellano?

–No –dije. Advertí en su cara la mirada que he visto en, por ejemplo, la de Vera, y que he sentido en la mía: tolerancia para la excentricidad, la memez inevitables.

–La podría ingresar en el hospital...

–No, no, no –me quejé, como Maudie.

–Ah, muy bien.

Se fue, rápido, cansado, profesional. No dirías que es un médico, podría ser un contable o un técnico. En otro tiempo no me hubiera gustado, habría querido un trato de enferma y de autoridad, pero ahora sí comprendo la opinión de Freddie.

–Usted era enfermera, ¿verdad? –me dijo desde la puerta.

Esto hizo que me riera y le dije:

–Oh, no me haga reír, me moriré.

Pero si él puede decir *esto*, es a Maudie a quien debo agradeceré.

¿Qué pensaría Freddie de mí ahora?

Hacia las diez llegó una enfermera y establecimos una rutina... teniendo en cuenta las necesidades del animal. El animal debe liberarse de x litros de líquido y media libra de mierda; el animal debe ingerir tanto líquido, tanta celulosa y tantas calorías. Durante dos semanas, yo fui exactamente como Maudie, exactamente como todos aquellos ancianos, con ansia, con obsesión, preguntándome, voy a resistir, no, no tomo una taza de té, la enfermera puede que no venga, puede que yo moje la cama... Al final de las dos semanas, cuando ya podía prescindir de las bacinillas (dos al día) y podía arrastrarme hasta el lavabo, supe que lo que había experimentado, y totalmente durante dos semanas, era la misma indefensión de ellos. Me decía, como Maudie: Bien, no he mojado nunca la cama, esto es algo.

Visitas: Vera Rogers, al primer día, porque la llamé para decirle que tenía que conseguir a alguien para Maudie. La miraba desde mi posición totalmente plana, mi espalda con espasmos; veía su carita amable, agradable, llena de humor, su ropa algo arrugada, sus manos... algo mugrientas, pero se había ocupado de una ancianita irlandesa que no quería ir al hospital, a pesar de tener gripe.

Le dije que pensaba que había algo más grave en Maudie que la incontinencia, me vi contándole lo relativo a la viscosidad y peste de sus excrementos. Y le dije que de nada servía esperar que Maudie ingresara en el hospital, prefería morir.

–Pues –dijo Vera– eso será probablemente lo que hará.

Vi que estaba nerviosa por haberlo dicho: se quedó mirándome la cara. Preparó té para las dos, a pesar de que yo sólo me atreví a tomarme un sorbo, y hablamos. *Ella* habló. Pude ver que con tacto. Pronto comprendí que me advertía respecto a algo. Habló de la cantidad de ancianos que cuida y que se mueren de cáncer... Es una epidemia, dijo, o así lo parece. Al fin le dije:

–¿Cree que Maudie tiene cáncer?

–No puedo decirlo, no soy médico. Pero está tan delgada, es puro hueso. Y a veces se ve tan amarilla. Tengo que hacer que un médico la visite. Debo hacerlo, para protegerme, sabe. Siempre nos atacan, por negligencia o algo por el estilo. Si no debiera considerar esto, la dejaría sola. Pero no quiero verme de repente en la prensa: «Asistente social deja que una anciana de noventa años muera sola de cáncer.»

—¿Tal vez podría intentar de nuevo que la viera una enfermera, y la lavara? ¿Podría intentarlo con la ayuda domiciliaria?

—Si nos deja pasar —dice Vera. Y ríe: Hay que reírse o uno enloquecería. Son ellos mismos sus peores enemigos.

—Y debe decirle que yo estoy enferma, y por esta razón no puedo ir.

—¿Se da cuenta de que no lo creerá, pensará que es una conspiración? —dice Vera.

—Oh, no —me quejo, porque no puedo dejar de quejarme, el dolor es tan penoso (*terrible, terrible, terrible*)—, por favor, Vera, intente metérselo en la cabeza...

Y aquí estoy, con el espinazo agarrotado, la espalda como un hierro y mis sudores y quejidos, mientras Vera me cuenta que «ellos» son unos paranoicos, en cierto aspecto, siempre sospechan conspiraciones y siempre se ponen contra los más cercanos y más queridos. Puesto que soy la persona más cercana a Maudie, según parece, puedo esperarlo.

—Usted la aprecia mucho —anunció Vera—. Lo puedo comprender, tiene algo. Algunos lo tienen, incluso en su peor momento se puede advertir. Otros, claro... —y suspiró, un verdadero suspiro humano, nada profesional. He visto a Vera Rogers, volando por el asfalto entre un «caso» y el siguiente, las manos llenas de expedientes y papeles, preocupada, frunciendo el entrecejo, acosada y, luego, Vera Rogers con un «caso», ninguna preocupación a la vista, sonriendo, escuchando, tiene todo el tiempo del mundo... y así conmigo, por lo menos en aquella primera visita. Pero ha venido en varias ocasiones y ya no necesito mimarme y darme confianza. Hemos estado hablando, hablando de verdad sobre su trabajo, a veces tan divertido que tenía que pedirle que parara, no podía permitirme la risa, reír me resultaba muy doloroso.

Phyllis me visitó, una vez. Allí estaba (¿mi sucesora?), una mujer joven, autosuficiente, fría, bastante bonita, que yo tenía sólo que comparar con Vera. Aproveché la ocasión para hacer lo que ella quería y necesitaba. Ha intentado mi «estilo» y le he dicho, no, nunca te quedes en medias tintas, siempre lo mejor, aunque tengas que pagar un Potosí, lo haces. Miré atentamente su vestido: un «vestidito», *crepé* floreado, corto, bastante bonito; le dije: Phyllis, si éste es el vestido que te gusta, por lo menos que te lo hagan a la medida, utiliza tejido bueno, o ve a... Me pasé un par de horas le di mis direcciones, modista, peluquera, tricotadora. Se mostró atenta, concentrada, de muy buena gana quería lo que le estaba ofreciendo. Ah, lo hará muy bien, con inteligencia, nada de copiar a ciegas. Pero durante todo el tiempo que estuvo aquí, yo sufría y no podía decirle: Phyllis, estoy sufriendo, por favor, ayúdame, quizá podríamos las dos moverme un centímetro, me ayudaría..., como tampoco Freddie o mi madre me pudieron pedir que los ayudara.

Y por lo que se refiere a pedir un orinal...

La señora Penny vio mi puerta abierta y entró cautelosamente, furtiva por sentimiento de culpabilidad, sonriendo, arrugando el entrecejo y suspirando sucesivamente:

—Ah, está enferma, por qué no me lo dijo, tendría que avisar, siempre estoy dispuesta a...

Se sentó en la silla que Phyllis acababa de dejar vacía y empezó a hablar. Habló. Habló. Lo había oído antes, palabra por palabra se repite: la India, cómo con su marido se las apañaron valerosamente cuando sucumbió la soberanía británica; sus criados, el clima, los vestidos, sus perros, su *ayah*. No podía prestarle atención y, al mirarla, sabía que ella no tenía ni idea de si la escuchaba o no. Miraba al frente, con mirada fija, a la nada. Escupía palabras, palabras, palabras. De repente comprendí que estaba hipnotizada. Se había autohipnotizado. Me interesó esta idea mía y al preguntarme cuántas veces nos hipnotizamos sin saberlo, me quedé dormida. Me desperté, por lo menos una media hora más tarde y aún estaba hablando compulsivamente, los ojos fijos. No había advertido que yo me había dormido.

Me irritaba progresivamente, me cansaba. Primero Phyllis, ahora la señora Penny, ambas consumidoras de energía. Intenté interrumpirla, una vez, dos, al fin levanté la voz:

—¡Señora Penny!

Seguía hablando, pero oyó mi voz en retrospectiva, se paró, se veía asustada.

–Oh, Dios mío –murmuró.

–Señora Penny, ahora yo debería descansar.

–Oh, Dios mío, Dios mío... –Sus ojos me recorrieron sin propósito fijo, miraron la habitación, de la que se siente excluida por mi frialdad, suspiró. Silencio. Acto seguido, como un viento que se levanta en la distancia, murmuró:

–Y entonces llegamos a Inglaterra...

–Señora Penny –dije con firmeza.

Se puso en pie, me miró como si hubiera robado algo. Bien, así había sido.

–Oh, Dios mío –dijo–. Dios mío. Pero debe decirme, cuando sea, si precisa algo... –y salió cautelosamente también, dejando la puerta abierta.

Después de esto, me aseguré de que todo el mundo que saliera la cerrara; y me desentendí cuando la manija se movía, tímida pero insistentemente, mientras la oía llamar, Señora Somers, Señora Somers, ¿necesita algo?

Supongamos que escribiera *Un día de la señora Penny*. Oh no, no, no puedo ni pensarlo, no puedo.

Me he pasado horas al teléfono con Joyce en Gales. No hemos podido hablar de nada en meses. Pero ahora ella me llama, la llamo yo, y hablamos. A veces estamos calladas, durante diez minutos, con el pensamiento de todos los campos, setos, montañas, *el tiempo* que nos separa. Hablamos de su matrimonio, de sus hijos, de mi matrimonio, de mi madre, de nuestro trabajo. No hablamos de Maudie. Lo deja muy claro, *no*. Dice que irá a Estados Unidos. No, ahora no se debe a su miedo a estar sola cuando sea vieja, porque ya *sabe* que está sola y no le importa. Se trata de los hijos, de la inseguridad, la infelicidad, quieren padre y madre en una misma casa. ¿Aunque ya estén crecidos? No puedo dejar de insistir y Joyce se ríe de mí.

Le dije:

–Joyce, quiero hablarte de Maudie, sabes, aquella anciana.

–Mira, no quiero saber nada, ¿comprendes? –me dijo Joyce.

–¿No quieres hablar de lo único real que me ha sucedido en mi vida? –le dije.

–No te ha *sucedido* –cruel e insistente–; por alguna razón especial, hiciste que te sucediera.

–Pero es importante para mí, lo es.

–Debe de serlo para *ella*, esto es seguro –me dijo, con aquel seco resentimiento que percibo en las voces de la gente que intuye una imposición.

–¿No te parece raro, Joyce, cómo todos nosotros damos por sobreentendido que los ancianos son algo que hay que *esquivar*, como un enemigo, o una trampa? ¿No les deberemos algo? –le dije.

–No espero que mis hijos me cuiden.

Sentí desesperación, porque ahora me da la sensación de que es un viejo disco rayado:

–Eso es lo que dices ahora, no lo que dirás luego.

–Voy a hacer un mutis por el foro, cuando me sienta inútil, desapareceré.

–Eso lo dices ahora.

–¿Cómo lo sabes, por qué tienes esa seguridad respecto a mí?

–Porque ahora sé que todo el mundo dice lo mismo, en estadios determinados de sus vidas.

–O sea, voy a acabar como una vieja bruja que se arrastra, una vieja bruja incontinente... ¿es eso lo que me dices?

–Sí.

–Voy a decirte algo, estoy contenta de una cosa y es de que estoy poniendo una distancia de miles de kilómetros entre mi padre y yo. Es un viejo simpático, pero todo tiene un límite.

–¿Quién lo cuidará?

–Entrará en una residencia, supongo. Eso es lo que yo esperaba.

–Quizá.

Y así hablamos, con Joyce, durante horas, yo totalmente postrada en Londres, intentando esquivar el siguiente espasmo que me agarrotará la espalda; ella en su antigua silla de zaraza en una casita de campo en la montaña, «con excedencia» de *Lilith*. Pero ya ha mandado su renuncia.

No llamo a mi hermana. No llamo a los hijos de mi hermana.

Cuando pienso en ellos me enfurezco. No sé la razón. Tengo la misma sensación con estos infantiles adolescentes que la que Joyce siente respecto a Maudie y a mí: sí, está bien, está bien, pero no ahora, lo pensaré más tarde, ahora no tengo la energía suficiente.

Cuatro semanas de no hacer nada.

Pero he pensado. *Pensado*. Nada de rápidas intuiciones y juicios precipitados, sino lentos y largos pensamientos. Respecto a Maudie. Respecto a *Lilith*. Respecto a Joyce. Respecto a Freddie. Respecto a los mocosos de Georgie.

Antes de reintegrarme a la oficina, visité a Maudie. Su carita hostil, pero era una cara blanca, no era amarilla, y me sentí mejor respecto a ella, inmediatamente.

–Hola –le dije y me lanzó una mirada sorprendida porque he perdido mucho peso.

–Así que es cierto que ha estado enferma, ¿no? –me dijo, con una voz suave y preocupada, cuando nos sentamos una frente a la otra junto al maravilloso fuego. Cuando pienso en ella, veo el fuego: aquella sórdida y horrible habitación, pero el fuego le procura brillo y te da la bienvenida.

–Sí, claro, Maudie. De lo contrario, la habría visitado.

Su cara ladeada, la mano levantada para protegerse de mí.

–Vino aquel médico –dijo finalmente, con una vocecita perdida–. *Ella* lo llamó.

–Lo sé, me lo contó.

–Bien, ¡si es amiga suya!

–Tiene mejor aspecto que antes, ¡alguna relación debe guardar con el médico!

–¡Eché las pastillas al retrete!

–¿Todas?

Una risa acabó con su enfado:

–¡Es lista!

–Pero *tiene* mejor aspecto.

–Si usted lo dice.

–Bien –dije, aceptando el riesgo–, podría ser una cuestión de que muriera antes de tiempo.

Se envaró, se quedó contemplando el fuego. Parecía un largo rato. Acto seguido suspiró y me miró directamente. Con una mirada maravillosa, asustada pero valiente, dulce, suplicante, agradecida y, también, perspicaz.

–¿ Cree que podría pasar eso?

–Por unas pastillas –le dije.

–Me atontaban tanto...

–Tome las que crea conveniente.

Esto pasó hace un año. Si hubiera tenido tiempo de escribir en este diario adecuadamente, se habría parecido al almacén de un constructor, cacharros y trastos amontonados, esparcidos por el lugar, nada en su sitio, una cosa no más importante que la otra. Te paseas por allí (visité uno la semana pasada para un artículo) y ves un montón de arena aquí, una pila de cristal allá, unas vigas de acero sin orden ni concierto, sacos de cemento, palancas. Ésta es la razón de ser de un diario, el amontonamiento de sucesos, todos mezclados. Pero ahora miro al año pasado y empiezo a reconocer lo que fue importante.

Y lo más importante fue algo de lo que casi no me di cuenta. Mi sobrina Kate compareció una noche, con aspecto de tener veinte años, no quince, a la manera en que pueden parecerlo en estos tiempos, pero parecía loca, tartamudeando, adoptando poses, mirando al cielo. Se había escapado de su casa para vivir conmigo, dijo; y quería ser modelo. Firme pero amable (pensé y pienso), le dije que volviera inmediatamente a su casa y si alguna vez pasaba como máximo una tarde conmigo, podía tener la certeza de que yo no sería como su madre, no lavaría ni una taza que ella ensuciara. Se largó, malhumorada. Llamada telefónica de mi hermana Georgie: ¿Cómo es posible que no tengas ni la más mínima cordialidad? Tonterías, le dije. Llamada telefónica de mi sobrina Jill. Me dijo:

–Te llamo para decirte que soy muy distinta de Kate.

–Me encanta oírlo –le dije.

–Si viviera contigo, no tendrías que ocuparte de mí. Mamá me cansa, estoy de tu parte.

–No tan cansada como debe de estar ella constantemente.

–Tía Jane, quiero pasar el fin de semana contigo. –

Fácilmente podía adivinar por su voz cómo *ella* veía a la sensacional tía Jane, en el Londres de moda, con sus elegantes actividades.

Llegó. Me gusta, lo admito. Una muchacha alta, delgada, bastante atractiva. Esbelta, es la palabra, creo. Se marchitará si no va con cuidado. Pelo negro y liso: puede verse lacio y apagado. Grandes ojos grises: los míos.

Miraba cómo sus ojos recorrían todo mi piso: yo me preguntaba, ¿para copiarlo en su propia casa?... la rebeldía adolescente, quizá; pero no, era para decidir cómo encajaba aquí, conmigo.

–Quiero vivir aquí contigo, tía Jane.

–¿Quieres trabajar en *Lilith*, convertirte en parte de mi sofisticada, elegante y sorprendente vida?

–Tengo dieciocho años. No quiero ir a la universidad, tú no fuiste, ¿no?

–¿Quieres decir que conmigo, en plan pasaporte para mejores cosas, no necesitas un título?

–Bien, sí.

–¿Has aprobado los exámenes?

–Los aprobaré, lo prometo, me examino en verano.

–Bien, lo pensaremos entonces.

No lo pensé. Era todo demasiado extraño: mi hermana Georgie cómodamente instalada en mi vida, así lo veía.

Pero Jill volvió y me empeñé en llevarla de visita a casa de Maudie, de quien dije sólo que era una vieja amiga. Maudie se había encontrado mejor últimamente. Su problema principal, la incontinenencia, está controlado, hace su compra, come bien. Es divertido ir a verla, voy entrando y saliendo, para chismorrear con una taza de té. Pero estoy tan acostumbrada a ella, que he olvidado que puede sorprender a otros. Debido a esta extraña, la bella y limpia muchacha, Maudie se mostró envarada, llena de reproches por ser mostrada. Una personita fría y distante, dijo sí y no, no nos ofreció té, intentó esconder las manchas delante de su vestido, en el que le había caído comida.

Mi sobrina Jill se mostró educada y, secretamente, aterrada. No ante la ancianidad: las buenas obras de mi hermana Georgie se han encargado de que sus hijos no se sorprendan, sino porque tenía que relacionar la ancianidad con la atractiva tía Jane.

Aquella noche, cenando juntas, me estudió con largas miradas llenas de malicia, mientras me ofrecía cháchara sobre sus hermanos y sus bromas.

–¿Cada cuánto la visitas? –me preguntó con cierta delicadeza; y supe lo muy importante que era aquel momento.

–Cada día, en ocasiones dos veces –dije de inmediato, con firmeza.

–¿Invitas a casa a muchos amigos, vas a fiestas, a cenas?

–Casi nunca. Trabajo demasiado.

–Pero no lo bastante como para dejar de visitar a aquella anciana... para visitar...

–A la señora Fowler. No.

La llevé de compras para proveerla de ropa adecuada. Quería impresionarme con su gusto y lo conseguí.

Pero en aquella época mi hermana Georgie y su retoño estaban muy al final de mi agenda.

He trabajado, oh, cómo he trabajado este año, cómo lo he disfrutado. Me nombraron directora. No dije que lo aceptaba por sólo un año, más o menos, que sólo lo aceptaba por las ventajas, una jubilación mejor, ni que tenía otros planes. Al final he comprendido que no soy ambiciosa, me hubiera encantado seguir trabajando como siempre, tal y como estaban las cosas, con Joyce.

Joyce se trasladó a vivir a Norteamérica. Antes de irse, una llamada telefónica seca e indiferente.

Le dije a Phyllis: Sería mejor que ocuparas la mesa de Joyce, ya hace mucho tiempo que llevas a cabo su trabajo. Se había instalado al cabo de media hora. Con aspecto de triunfo. La contemplaba mientras me protegía la cara con una mano. (Como Maudie.) Ocultando mis pensamientos.

¡Corta por lo sano, Jane, corta por lo sano! Le dije: Cuando te adaptes, hablaremos de posibles cambios. Levantó la cabeza con rapidez: peligro. No quiere cambios. Su sueño ha sido heredar lo que quería y envidiaba desde hacía tanto tiempo.

Envidia. Celos y envidia, siempre los he utilizado intercambiamente. Algo divertido: en otros tiempos a una niña le habrían enseñado todo esto, los siete pecados capitales, pero en nuestra maravillosa época una mujer de mediana edad tiene que buscar la definición en un diccionario. Bien,

Phyllis no siente celos y no creo que los sienta nunca. No quería la intimidad y la amistad que queríamos con Joyce, sino la posición de poder. Phyllis es envidiosa. Constantemente, sus afiladas y frías críticas, rebajando a todo el mundo, todo. Empezó con Joyce. Estallé hecha una furia: Cállate, le dije, puedes ser maliciosa respecto a Joyce con otros, no conmigo.

Discusiones durante meses, divertidas para todos, respecto a si cambiar *Lilith* por *Martha*.

¿Es *Lilith* la chica para los difíciles y ansiosos años ochenta?

Razones a favor de *Martha*. Necesitamos algo más prosaico, que excite menos la envidia, la imagen de un servicio adaptable e inteligente.

Razones a favor de *Lilith*. La gente está condicionada y necesita moda, brillo. En tiempos difíciles necesitamos divertirnos. La gente puede leer sobre la moda en las revistas de moda como lee novelas románticas, por evasión. No pretenden seguir la moda, les gusta la idea.

No tenía opiniones firmes en ningún sentido. Nuestro tiraje baja pero sólo ligeramente. Seguirá siendo *Lilith*.

El contenido no cambiará.

Me llevé a casa los doce últimos números de *Lilith* para analizarlos.

Es algo divertido que, cuando Joyce y yo *éramos Lilith*, conseguíamos que se hicieran las cosas, nuestra voluntad detrás de ello, no tuve momentos de inseguridad, de preguntar. ¿Pierde vida, queda aún ímpetu, está aún en una corriente ascendente? Sé que ahora no hay ímpetu, *Lilith* es como un barco encima de una ola, pero lo que provocó la ola ha quedado muy atrás.

Dos terceras partes de *Lilith* son útiles, informativas, prestan un servicio.

En el número de este mes: uno. Un artículo sobre alcoholismo.

Casi todas nuestras ideas son robadas de *New Society* y *New Scientist*. (Pero esto es lo que sucede con las revistas y periódicos más serios.) En una ocasión tuve que librar una batalla con Joyce para que diésemos a conocer nuestras fuentes, pero fracasé: Joyce dijo que desanimaría a nuestros lectores. Phyllis reescribió el artículo y lo tituló: El peligro oculto para ti y tu familia. Dos. Un artículo sobre las leyes del aborto en diferentes países. Tres. Mi artículo sobre la cocina del siglo diecisiete. ¡Mucho ajo y especias! Fruta y carne mezcladas. Ensaladas con todo lo del huerto. Y, luego, las secciones habituales, moda, cocina, bebidas, libros, teatro.

He empezado mi novela histórica. Oh, sé demasiado bien por qué necesitamos embellecer nuestra historia. Resultaría intolerable tener el *peso* pesado de la verdad, todo sombrío y doloroso. No, mi historia sobre las sombrereras de Londres será romántica. (Al fin y al cabo, cuando a Maudie le toque morir, no pensará en sus viajes a aquel retrete helado y apestoso, sino en los radiantes campos verdes de Kilburn, en su amigo alemán y en las bromas que se gastaban las aprendizas cuando hacían sus bonitos sombreros, lo bastante buenos como para París. Pensará también, supongo, en «su hombre». Pero ésta es una idea intolerable, no la puedo apoyar.)

Ayer, al dirigirme a casa en coche, vi a Maudie por la calle, una anciana, vestida de negro, con la nariz y el mentón juntándose, feroces cejas grises, murmuraba y maldecía mientras empujaba la cesta y unos niños de corta edad la acosaban.

Lo que en aquella época pensé que sería lo peor, no resultó mal en absoluto. Incluso útil. Incluso, creo yo, agradable.

Me encontraba en el mostrador de la tienda de televisión de la calle, para comprar una radio decente para Maudie. Junto a mí, esperando pacientemente, estaba una anciana, con el bolso abierto mientras revolvió en su interior, en busca de dinero.

El dependiente hindú la contemplaba, lo mismo hice yo. Lo comparé desde el principio con lo que vi en mi primer encuentro con Maudie.

No creo que lo tenga aquí, no tengo lo que cuesta, dijo de una forma asustada y desesperada, al devolverle un diminuto aparato de radio. La anciana quería que él lo cogiera como pago por la reparación que había llevado al cabo. Se dio vuelta, lenta y torpemente, para salir de la tienda.

Lo pensé con rapidez, mientras estaba allí. En esta ocasión no me sentí impotente frente a una demanda enorme por falta de experiencia, supe todo lo necesario desde la primera mirada. El aspecto mugriento, gris polvoriento. El hedor amargo. La lenta cautela.

Pagué la reparación de la radio, corrí tras ella y le di alcance porque esperaba que alguien la ayudara a cruzar la calle. Fui a casa con ella.

Por el placer que me proporcionaba, llamé a la gata con botas al llegar a casa.

—¿Es usted la persona que vi con la señora Fowler?

—Sí, soy yo —le dije.

Silencio.

—¿Le importa que le diga algo? —dijo ella, eficiente, pero con humana cordialidad—. Muy a menudo encontramos personas bien intencionadas que empeoran las cosas sin pretenderlo.

—¿Empeoran para quién?

Confiaba en que se reiría, pero no es Vera Rogers.

—Lo que quiero decir es que a menudo hay gente bien intencionada que se interesa por algún geria... alguna persona anciana, pero realmente es un complejo personal, ve, materializan sus propios problemas, la verdad.

—Diría que esto está condenado a ser cierto, de alguna manera —le dije, disfrutando de cada minuto de aquello—. Pero sea o no malo para mí, a la pobre geriátrica en cuestión probablemente le complacerá, porque obviamente se ve sin amigos y sola.

Otro silencio. Evidentemente se sintió obligada a llevar mis observaciones a su extremo, a la luz de su formación. Al final dijo:

—Me pregunto si un Grupo de Encuentro les sería útil.

—Señorita Whitfield —le dije—, ahí está esa anciana, ¿no le parece que debería pasar a visitarla?

—Si está tan mal, ¿por qué no nos ha avisado su médico?

—Como bien sabe, la mayoría de estos médicos nunca se acercan demasiado a los ancianos de sus listas, y los ancianos no se acercan a los médicos, porque les temen. Acertada o equivocadamente. Temen que los *echen de casa*.

—Esta concepción está muy pasada de moda.

—La realidad es que, en un cierto estadio, los echan de casa.

—Sólo cuando no queda otra alternativa.

—Bien, entretanto, está la pobre Annie Reeves.

—Me ocuparé del caso —dijo ella—. Gracias por preocuparse cuando debe de estar tan ocupada.

Luego llamé a Vera.

Vera dijo: Cómo se llama, cuál es su dirección, su edad, su condición. Sí, conocía a la señora Bates, que vivía en el piso de abajo, pero Annie Reeves no había querido nunca nada de la Asistencia Social.

–Ahora lo querrá –le dije.

Con Vera nos encontramos en la casa. Me ausenté una mañana del trabajo. Nos abrió la puerta la señora Bates, con su bata azul de lana, el pelo en una redecilla azul.

Nos miró con gran severidad, a mí y a Vera.

–Se llevaron a la señora Reeves al hospital ayer por la noche –dijo–. Se cayó. Arriba. No es la primera vez. Pero se lastimó las rodillas. Así parece.

Entre Vera, yo y la señora Bates vibraba todo tipo de comprensión y las miradas de desaprobación de la señora Bates estaban destinadas a nosotras.

–Bien, tal vez sea algo bueno, podemos hacer que le limpien sus habitaciones.

–Si usted cree que puede hacer en una mañana la limpieza de treinta años –afirmó, apartándose a un lado para dejarnos entrar.

La casa se construyó alrededor de 1870. Nada apretado ni escatimado. Una buena escalera, con rellanos decentes. El piso de Annie Reeves estaba en lo alto, lleno de luz y aire. Unas habitaciones bonitas, bien proporcionadas, grandes ventanas.

La habitación de delante, que da a la calle, es más grande que la otra. Chimenea, tapada. Un papel de pared pardo que, examinado, mostraba un bonito dibujo de hojas y flores marrones y rosa, muy marchito y manchado. En la parte superior de la pared el papel estaba suelto y se caía debido al agua que se había colado desde el tejado.

Había un antiguo sillón duro, con almohadones de los que se veía el relleno, cerca del fuego. Unos tocadores y una cómoda. Linóleo, roto y descolorido. La cama... pero siento que no puedo hacer justicia a aquella cama. Cama de matrimonio, con cabezal y pies de madera marrón... *¿cómo puedo describirla?* El colchón gastado por el cuerpo que había dormido allí, siempre en un costado, por lo que la funda había desaparecido y la dura cerda interior era una masa de bultos y agujeros. Las almohadas no tenían fundas y eran como el colchón, manojos de plumas sobresaliendo. Un lío de asquerosas sábanas sucias. Estaba *sucio*, daba asco. Sin embargo, no encontramos piojos. Era como el nido de un pájaro muy viejo, que se había utilizado durante años. Era como... no puedo imaginar cómo alguien podía dormir en él, o sobre él.

Abrimos los cajones. Bien, esto ya lo había visto antes, con Maudie, aunque éstos eran peores. Y me pregunté, y me pregunto ahora, *¿cómo ven estos montones de basura quienes las dejan acumular?*

En uno de los cajones de Annie Reeves había... y hago la lista como documento: la mitad de una vieja cortina satinada, con agujeros de cigarrillos; un par de aros de cortina rotos; una falda manchada, desgarrada por delante, de algodón blanco; dos pares de calcetines de hombre, llenos de agujeros; un sujetador, talla 80, de un estilo que yo estimaría de 1937 aproximadamente, de algodón rosa; un paquete sin abrir de compresas higiénicas, de toalla... dado que no las había visto nunca, me fascinaron, naturalmente; tres pañuelos de algodón blanco con manchas de sangre, el recuerdo de una hemorragia nasal de hacía décadas; dos pares de bragas de color rosa, guardadas sin lavar, talla mediana; tres cubitos de caldo; un calzador de concha; un bote seco y agrietado de blanqueador para zapatos de verano; tres bufandas de gasa, rosa, azul y verde; un paquete de cartas con matasellos de 1910; un recorte del *Daily Mirror* anunciando la Segunda Guerra Mundial; unos collares de cuentas, todos rotos; una enaguas de satén azul abiertas a ambos lados para acomodarse a una gordura en aumento; algunas colillas.

Parecía como si todo lo hubieran revuelto una y otra vez, por lo que la porquería tenía que seleccionarse cosa por cosa. No teníamos tiempo de ocuparnos de esto: lo primero es lo primero.

Con Vera entramos en acción. Cogí el coche y me fui a la primera tienda de muebles que encontré y compré una buena cama pequeña y un colchón. Tuve suerte, hacían el reparto aquella mañana. Volví siguiendo al camión con dos jóvenes para asegurarme de que lo entregaban y lo subían al piso. Cuando vieron lo que había allí, lo contemplaron incrédulos. Bien podían. Los soborné para que bajaran la cama vieja, con el colchón, hasta la basura. Mientras, Vera había comprado mantas,

sábanas, almohadas, toallas. Había exactamente la mitad de una toalla en aquel lugar y estaba negra. Al mirar a través de las sucias ventanas, podíamos ver a los vecinos en sus jardines especulando respecto al colchón, con sacudidas de cabeza y sin hablar. Vera y yo colocamos el colchón con grandes esfuerzos en el portaequipajes encima de mi coche y lo trasladamos al vertedero municipal de basuras.

De vuelta, en la entrada nos esperaba una cuadrilla de limpieza. Dado que el lugar sobrepasaba con mucho la capacidad de los de la ayuda domiciliaria, Vera llamó a un equipo de expertos. Eran un par de mozalbetes muy jóvenes, amables y descuidados, posiblemente debido a un exceso de llevarse trastos de las casas. Inspeccionaron el piso empezando por la habitación de delante, sonriendo y haciendo muecas ante la porquería y diciendo: Pero, ¿qué podemos hacer?.

–Podéis empezar con cubos de agua caliente y lejía –les dije. Vera ya se lo miraba con humor.

Aún no he hablado de la cocina. Cuando entrabas, parecía normal. Una buena mesa de madera cuadrada en el centro, una cocina de gas adecuada, dos sillas de madera muy buenas, cada una valorada, a los precios actuales, en lo que yo pagaría por la comida de un mes, cortinas a jirones y descoloridas, negras ahora, en alguna época, verdes. Pero el suelo, ¡el suelo! Al avanzar por él, se pegaba a la suela y, al examinarlo, había una espesa capa de grasa y suciedad endurecida.

Los dos héroes hicieron una mueca respecto al linóleo pegajoso y dijeron: ¿Cómo podían utilizar agua caliente si no había?

–La calientan en el fogón –dijo Vera, con delicadeza.

–Miren –les dije–, ¿acaso no hacen ustedes el trabajo duro que los de la ayuda domiciliaria no son capaces de llevar a cabo?

–Sí, pero todo tiene un límite, ¿no? –dijo uno de ellos en tono de reproche.

–Alguien debe hacerlo –le dije.

Barrieron la habitación de la calle y pasaron la fregona por el suelo con rapidez. Pero respecto al suelo de la cocina, se declararon en huelga.

–Lo sentimos –dijeron y se fueron, amables y correctos hasta el final.

Con Vera sacamos la gran mesa, con el aparador y las sillas, a pesar de que se habían pegado al linóleo con décadas de grasa. Levantamos el linóleo: no saldría con facilidad. Bajo una capa había otro y entre ambos una capa de grasa y suciedad. En conjunto levantamos tres capas de linóleo.

Después, Vera tuvo que marcharse a su casa y a sus problemas familiares.

Aquel fin de semana fregué suelos, lavé las paredes y el techo, vacié cajones, los fregué a mano, limpié un horno con treinta años de suciedad. Finalmente, llené bolsas de plástico con esta silenciosa historia, los detritos de media vida, y las llevé al vertedero municipal.

La señora Bates consignó mis subidas y bajadas de escalera, sentada en su salita, tomando té y, de vez en cuando, ofreciéndome una taza.

–No, hace diez años que no subo –dijo–, si se le hace el más mínimo ofrecimiento, se convierte en hazme una taza de té, cómprame esto o lo otro. Casi tengo diez años más que ella. Se convertirá usted en su Buena Vecina, ¿no?

Su cara vieja y sonrosada mostraba preocupación, reproche:

–Dejaron ahí afuera su viejo colchón para que todo el mundo pudiera verlo. Delante de mi piso... pensarán... Y sus manos con toda esta suciedad y mugre...

Lo que más la perturbaba era que no era para mí, una dama así, llevar a cabo aquel sucio trabajo.

Me dio una llave. Al cogerla supe que me ofrecía más de lo que yo estaba dispuesta a recibir. ¡Oh, ya

no me hago ilusiones! Cada calle alberga varias, quizás una docena, de ancianas, ancianos, que apenas si pueden apañárselas, o, de repente, ya no pueden; que sueñan con hijas e hijos y nietas ausentes y cualquiera que se acerque a ellos debe tener cuidado, ¡cuidado! Porque dentro de aquel terrible vacío te pueden tragar antes de que lo adviertas. No, no me meteré de nuevo en la situación que estoy con Maudie, que sólo tiene una amiga en el mundo.

Paso, unos minutos, interpretando el personaje que me han asignado, porque no estoy en ninguna de sus categorías, resulto inexplicable, con una benevolencia impulsiva caprichosa. Mi problema más importante es que Maudie no debe saber nunca que visito a otra persona, porque para ella sería una traición. Eliza Bates, Annie Reeves, viven a la vuelta de la esquina de Maudie.

Si llevo un regalo a Annie, tengo que llevarle uno a Eliza, porque Eliza me ve pasar para ir al piso de arriba. Eliza fue una criada y sabe lo que es bueno, lo consigue, dando así ejemplo, supongo, de: quien más tiene, más quiere. Compro su pan en una buena panadería, una nueva novela romántica, una cierta marca de chocolate suizo, castas rosas blancas con verdes heléchos. Annie sabe lo que le gusta y que lo británico es lo mejor, por lo que le compro chocolate como barro dulce, un vino empalagoso que se fabrica especialmente para ancianas damas y florecitas atadas con cinta de satén.

Annie Reeves pasó seis semanas en el hospital. Se lastimó una pierna, pero a pesar de que le dijeron que volvería a andar bien, va con una aparato para caminar y no quiere hacerlo. Ahora es una reclusa en el último piso de la casa, con un orinal que debe vaciarse y «comidas a domicilio», ayuda domiciliaria, una enfermera.

Eliza Bates desaprueba a Annie Reeves, que se dejó ir, que bebía sola allá arriba –¡ah, sí, Eliza Bates sabía lo que sucedía!–, que dejó que la suciedad se acumulara hasta que Eliza se imaginaba oír cómo avanzaban las chinches en las paredes y roían las ratas.

–No soy como *ella* –me dice Eliza, con firmeza, con un mohín de mojugata.

–No soy como ella –dice Annie, y quiere decir que Eliza es una hipócrita, no iba nunca a la iglesia hasta que murió su marido y ahora, mírela.

Annie suspira por la amistad de Eliza. Eliza se ha pasado años aislándose de la mujer del piso de arriba, que se ha deteriorado tan rápidamente y que ahora no se avergüenza de dar tropezones con un aparato, cuando no hay necesidad; y de conseguir un ejército de asistentes sociales cada día en casa. Se tratan mutuamente de señora tal y señora cual. Hace cuarenta años que viven en esta casa.

La Seguridad Social intenta «rehabilitar» a Annie. Sólo unas semanas atrás, habría reaccionado ante esta campaña, con firmeza, incluso con exclamaciones de: ¡Es una crueldad! Desde entonces, he visto la vida de Eliza y comprendo por qué estos expertos en ancianos luchan contra el letargo de la edad, incluso en un hombre o una mujer de noventa años o más.

Con el tiempo, siento afecto por Eliza; aparte de admirarla. ¡Si yo fuera así a los noventa años!, decimos todos; y sentimos que se debilitan las amenazas del enemigo que nos aguarda.

Un día de Eliza Bates.

Se levanta a las ocho, en el amplio dormitorio de la calle donde durmió en una cama de matrimonio con su marido. Ahora tiene una bonita cama individual, con una mesilla de noche y una pequeña estufa eléctrica. Le gusta leer en cama, básicamente novelas románticas. La habitación está llena de muebles pasados de moda: otra vez esa mezcla de «antigüedades» y piezas que no alcanzarían ni los cincuenta peniques. Hace mucho frío, pero ella se ha acostumbrado y se mete en la cama con un chai en los hombros y bolsas de agua caliente.

Se prepara un desayuno completo, porque hace tiempo que aprendió, dice, que no hay que tener pereza para las comidas. Luego, arregla una de las tres habitaciones, pero no de una forma tan exhaustiva como solía. Hacia las once se prepara un café. Quizás aparezca una de sus numerosas amigas. Tiene una amiga especial, una mujer mucho más joven, de unos setenta años, que vive delante y que es «muy joven para su edad», lleva sombreros y vestidos de fantasía y resulta un tónico para Eliza, porque siempre aparece con alguna comida que ha preparado o consigue que Eliza vaya

al cine. Cada día, Eliza almuerza en un comedor de la Seguridad Social para los ancianos y, luego, puede detallarlo todo, tal como que la carne estaba demasiado hervida, las coles de Bruselas demasiado duras o el budín de arroz con la cantidad exacta de nuez moscada. Porque había sido la cocinera de una familia. Hasta fecha reciente iba un par de horas para «trabajar»: los ancianos hacen calendarios, pintan postales de Navidad, hacen todo tipo de trabajitos, algunos muy bien, porque pueden utilizar la habilidad de toda una vida. Pero ahora, dice Eliza, cree que debe reducirlo un poco, no se siente tan fuerte como antes. Después del almuerzo, de una taza de té y una tertulia, ella con una, o dos, o tres amigas, van de compras. Son las viejas damas que yo no veía pero que, después de Maudie, he contemplado avanzar con dificultad por las calles con sus bolsos y cestas... y nunca hubiera podido imaginar la sociabilidad, el interés de sus vidas, la alegría. Les encanta ir de compras, esto está claro; y la tienda que eligen y la que no en un día determinado es el resultado de los movimientos anímicos más complicados y cambiantes. Aquel hindú no tiene la tienda limpia, pero ayer lo vieron que barría, por lo que le concederán una segunda oportunidad. Esta semana irán al supermercado, porque hay una chica nueva con una sonrisa encantadora que les ayuda a meter la compra en la cesta. El hombre de la ferretería habló con malos modos a una de ellas la semana pasada y, en consecuencia, perderá a cinco o seis clientes durante semanas, si no para siempre. Todo esto es más importante para ellas que hileras de galletas baratas o una rebaja en el precio de la mantequilla para ancianos pensionistas. Después de la compra, Eliza invita a alguna amiga a tomar té, o va a su casa. Al llegar a casa, se sienta un poco junto a la ventana de la cocina, donde puede ver las hileras de ropa tendida que bailan en el horizonte cuando sopla viento y contempla la jungla del jardín y recuerda como la lila la plantaron una tarde hace treinta y cinco años; y aquel rincón con hierba tan alta que solía ser tan bonito.

Siente cierto miedo cuando empieza la noche, es algo que he descubierto. En una ocasión, cuando me dirigía a casa de Annie, la vi, la mejilla apoyada en la mano. Volvió la cara cuando le dije, Ah, Eliza, ¡buenas noches!... y, luego, cuando entré, preocupada, me hizo un ademán para que me sentara en la silla de madera contigua.

—Ve —me dijo—, una tiene que mantenerse ocupada, porque si no lo hace, el malhumor la come... —y se restregó los ojos y se puso a reír.

Y, luego, con gran sorpresa mía, se puso de nuevo el sombrero.

—¿Va a salir, Eliza? ¿No debería descansar?

—No. No debería. Debo moverme si me siento deprimida... —y salió de nuevo, avanzando con dificultad alrededor de la manzana, una figurita regordeta y valiente en la obscuridad.

No se preocupa por la cena, tal vez un pastelito o una ensalada. A menudo su amiga que vive enfrente la visita después de la cena, o escucha la radio. No le gusta la tele. Así pasa la noche, hasta meterse en la cama, muy tarde, a menudo pasada la medianoche.

Y, dos o tres veces por semana, de primavera hasta finales de otoño, va en viajes concertados a lugares históricos o rincones bonitos, organizados por la Seguridad Social o una de las dos iglesias que frecuenta. Porque Eliza es muy religiosa. Es anabaptista y también asiste a la iglesia anglicana. Va a la iglesia dos veces los domingos, por la mañana y por la tarde, también a tés, tómbolas y subastas de la iglesia, a conferencias sobre tareas misioneras en India y África. Asiste continuamente a bodas y bautizos.

Cuando me preguntó lo que hacía, yo se lo conté, dulcificándolo un poco, lo comprendió todo, porque ha trabajado para gente en posiciones de responsabilidad, y me hizo todo tipo de preguntas que no se me habrían ocurrido nunca, tales como: ¿Me parecía justo, al no tener hijos, ocupar el puesto de un hombre que podía tener una familia? Y le encanta hablar, no de los vestidos que lleva hace medio siglo, sino de la moda que ve por las calles en chicas jóvenes, que le dan risa, dice, parecen tan locas, parece como si las chicas se divirtieran mucho. Le gusta verlas, pero se pregunta si ellas saben lo que significa no tener nunca un vestido nuevo, sólo lo que encuentras de tu talla en la tienda de empeño.

A su pobre madre un día el marido la abandonó. Salió de casa y no supieron nada más de él.

Tenía tres hijos de corta edad, dos niñas y un chico. El chico, dice Eliza, no servía para nada, había nacido perezoso y nunca se ofrecía para ayudar, y también él se largó de casa a los catorce años, y nunca mandó ni siquiera una postal de Navidad. La madre de Eliza había trabajado para ellas dos. Dejaban las sábanas, y, a menudo, sus vestidos en la tienda de empeño en la esquina de su casa, del lunes hasta el viernes, día en que los recuperaban. La mujer de la tienda solía apartar de la venta un buen abrigo para las niñas, o un par de zapatos de su talla. Les decía: Bien, si esta pobre alma no llega a tiempo de recuperarlo, seréis las primeras.

Una noche, Eliza sacó una postal antigua, de alrededor de la Primera Guerra Mundial, con una huérfana en harapos y pies descalzos. Después de examinarla, pensando que era muy romántica, porque así se presentaba a la pobre muchacha, arrinconada toda la dureza de la realidad, Eliza me dijo:

–Yo era esta muchacha... no, quiero decir que yo era así. Cuando contaba doce años, fregaba las escaleras de los ricos por un penique. No tenía zapatos y me dolían los pies del frío y el amoratamiento, también... Eran tiempos terribles –decía Eliza–, terribles. Y, no obstante, me parece recordar que éramos felices. Recuerdo que, con mi hermana, reíamos y cantábamos a pesar de que a menudo estábamos hambrientas. Mi pobre madrecita lloraba porque no podía mantenernos...

A pesar de que a Eliza no le gusta la televisión, cruza la calle para ver *Arriba y abajo*. Esto me molesta, pero me pregunto, ¿por que, entonces, escribo novelas románticas? La verdad es intolerable, ¡eso es todo!

¡La gran dama!

Se me ocurrió que Hermione Whitfield y similares (varones y mujeres), Vera, yo misma, somos en realidad las legítimas herederas de la dama filantrópica victoriana y hemos ocupado su puesto.

Aquí está mi nueva novela romántica:

Mi heroína es una dama sin título, pero esposa de un próspero hombre de finanzas. Vive en Bayswater, en una de las grandes casas de Queensway. Tiene cinco hijos, para quienes es una madre abnegada. Su marido no es un hombre cruel, pero es insensible. Lo describí utilizando un lenguaje que robé abiertamente de una carta en una de las virulentas revistas del movimiento de liberación de la mujer, que Phyllis solía dejarme encima de la mesa. El hombre es incapaz de comprender las mejores cualidades de ella. Tiene una amante, que ha instalado en Maida Vale, para alivio de nuestra heroína. Por lo que se refiere a ella, invierte su tiempo en visitas a los pobres, de los que hay un buen número. A su marido no le molestan tales actividades, porque la distraen de pensar en él. Ella sale a diario, vestida con sus sencillos pero bonitos vestidos, acompañada por una dulce criada que la ayuda a transportar los recipientes de sopa y nutritivos budines.

Naturalmente, no me permito que estos enfermos y ancianos que ella mantiene sean gente de alguna manera difícil (a pesar de que a uno, un anciano con heridas de la guerra de Crimea, ella lo describe con una sonrisita de desaprobación como *difícil*). Ninguno grita ni se enfada, como Maudie, o repite las mismas diez o doce frases en una o dos horas de visita, como si no lo hubieras escuchado cien veces anteriormente, o se pone mohíno y de malhumor. No, es posible que vivan en una terrible pobreza, sin saber de dónde les llegará su próximo mendrugo, viven a base de té, margarina, pan y patatas (excepto lo que les da la gran dama), es posible que no tengan carbón suficiente y tienen viles o brutales maridos o esposas que mueren de tuberculosis o de fiebres de parto, pero se muestran siempre como seres educados y galantes, y ellos y Margaret Anstruther gozan de una amistad basada en la apreciación real de las cualidades mutuas. Naturalmente, Margaret A. no padece vapores, languideces ni desmayos; no sugiero nada respecto de las terribles enfermedades psicosomáticas que aquellas pobres sufrieron en la realidad. Ella no se permite el tedio, que fue la verdadera causa de permanecer años en un sofá con dolor de espalda o una migraña. (He pensado en escribir un libro de crítica titulado *La importancia del aburrimiento en el arte*. Utilizaré a Hedda Gabler, cuya conducta peculiar era debida a que enloquecía de aburrimiento, como un caso ejemplar.) No, Margaret sufre sólo de amor no formulado por el joven médico a quien ve con frecuencia en aquellos pobres hogares, y que la ama. Pero el médico tiene una enferma y *difícil* esposa y a unas almas tan delicadas ni se les ocurre pecar. Se ven en lechos de muerte, de enfermos, y juntos alivian la condición humana, con sus miradas que se cruzan en ocasiones, canciones sin palabras, y brillan,

rara vez, con una lágrima no vertida.

¡Menudo montón de antiguas tonterías! Bastante parecido a *Arriba y Abajo*, que me encantó, como a todo el mundo.

La investigación que he llevado a cabo (extensa) me ha provocado un verdadero respeto por estas heroínas desconocidas, las damas filantrópicas victorianas, a quienes sus maridos les perdonaban la vida, probablemente (¿en qué medida lo sabemos?), y a quienes ahora despreciamos. Es una lástima que, a menudo, guardaran silencio sobre lo que hacían, que con tanta frecuencia se escriba sobre ellas en vez de dejarlas hablar por sí mismas. Seguro que eran una casta dura, que sabían por lo cotidiano, año tras año afanándose y esforzándose, lo que Jack London, Dickens y Mayhew supieron tras breves incursiones en la pobreza y se batieron en retirada, porque ya tenían bastante realidad recogida. Cuando pienso en lo que representaba para ellos entrar en estas casas, a finales del siglo diecinueve, a principios del veinte, el *horror* puro, desnudo, frío, sombrío, mujeres agotadas, niños raquíticos, hombres convertidos en brutos... no, no, no seguiré. Sin embargo, hay algo que sé muy bien, y es que Maudie, Annie y Eliza son ricas y felices en comparación con esta gente.

Annie diría, mientras la gente que la ayuda entra y sale:

–Pienso en mi pobre madre, no tuvo nada de esto.

–¿Qué pasó, quién la cuidó?

–Se cuidó ella misma.

–¿Tenía salud?

–Le temblaban las manos, con frecuencia se le caían de las manos tazas y platos. Solía empujar una silla para aguantarse cuando se cayó y se rompió la cadera. Le llevábamos comida y un poco de cerveza negra a veces.

–¿Vivía sola?

–Vivió sola... años. Vivió hasta los setenta. La he superado, ¿no? ¡Diez años y más!

Sé muy bien que lo que oigo de Eliza sobre su vida no es totalmente cierto, probablemente nada parecido; pero le presto atención, como se la prestaría a un escritor de un cuento muy bien contado. Aquellos largos y cálidos veranos ¡jamás una sola nube! ¡Aquellas excursiones con su marido! ¡Aquellas comidas en el parque! ¡Aquellas Navidades! ¡Aquel grupo de afectuosos compañeros, se veían constantemente, jamás una palabra de enfado!

Hay ocasiones en que el velo se levanta, ah, sólo un momento. Lo censura todo, pobre Eliza, llena de moralidad, no puede comprender por qué una mujer puede hacer esto o aquello. Estuvo molesta durante días por una noticia del periódico respecto a una mujer entrada en años que había dejado a su marido por un hombre joven. Es una porquería, dijo, una porquería. Y, al cabo de un momento, con voz distinta, una voz apresurada y ensoñada: Si fuera ahora me podría haber ido, lo podría haber abandonado, y escaparme de...

Siento decir que, de nuevo, de lo que quería escapar era del sexo... Eliza no tuvo hijos. Quería tenerlos.

¿Visitó algún médico y preguntó?

–Ah, sí, dijo que yo no tenía ningún problema, tenía que pedir a mi marido que lo visitara.

–¿Supongo que él no quiso?

–Ah, no le podía pedir una cosa semejante, no lo hubiera escuchado –exclamó ella–. Ah, no, el señor Bates sabía muy bien cuáles eran sus derechos, sabe...

Abajo, Eliza, un ejemplo para todas nosotras...

Arriba, la deplorable Annie Reeves.

Con Vera Rogers almorzamos juntas, media hora al cruzarnos a toda prisa. Le dijo a Vera:

–Lo que me interesa es esto: ¿cuándo tomó Annie la decisión de convertirse en lo que es ahora? Porque tomamos decisiones antes de saberlo.

–Ah no, no es así en absoluto. ¡Eliza siempre ha sido así, Annie siempre ha sido así!

–Menuda pesimista. Entonces, ¿no cambiamos?

–¡No! ¡Mira a Maudie Fowler! Imagino que siempre fue así. Hace poco me encontré con una prima al cabo de veinte años... Nada había cambiado, ni una sílaba, ni un hábito.

–Cielo santo, Vera, ¡es como para echarse desde un acantilado!

–No lo veo así, en absoluto. No, la gente es lo que es durante toda la vida.

–Entonces, ¿por qué te esfuerzas tanto con Annie?

–Aquí me has pillado. No creo que cambie. Lo he visto anteriormente, ha decidido abandonar. Pero, intentémoslo un poco más, si no te importa, y luego sabremos que hicimos cuanto pudimos.

Nuestra campaña a favor de Annie es algo humano e inteligente. Aquí está, una anciana abandonada, sin amigos, algunos familiares en algún lugar, pero su situación les parece una carga y un escándalo y no responderán a sus súplicas; pierde la memoria, aunque no la del pasado remoto, sólo lo que dijo hace cinco minutos; todos los hábitos y apoyos de una vida se deshacen a su alrededor, se mueven cuando pone el pie donde esperaba encontrar tierra firme... y ella, sentada en su silla, de repente se ve rodeada de caras sonrientes y bien intencionadas que saben exactamente qué hay que hacer para arreglarlo todo.

Mirad a Eliza Bates... todo el mundo exclama. Mirad cuántas amigas tiene, va a tantas excursiones, siempre sale y se mueve... Pero Annie no intentará andar bien, salir, empezar de nuevo una verdadera vida. Tal vez cuando llegue el verano, dice ella.

Por Eliza Bates he comprendido las muchas excursiones, viajesitos, tómbolas, fiestas, reuniones de las que Maudie podría disfrutar, pero no lo hace. Lo pensé de nuevo. Llamé a Vera, cuya voz en seguida, cuando supo lo que le preguntaba, pasó a ser profesional y llena de tacto.

–¿Qué estás diciendo? –le pregunté al final–. ¿Quieres decir que no tiene sentido que Maudie Fowler empiece algo porque no es verosímil que viva lo suficiente como para disfrutarlo?

–Bien, es algo milagroso, ¿no te parece? Puede seguir un año, se mantiene bien, pero...

Salí a visitar a Maudie un sábado, con un licor de cereza que traje de un viaje a Amsterdam, donde estuve para el desfile de primavera. Como Eliza, Maudie distingue, y disfruta, lo mejor. Nos sentamos una frente a la otra bebiendo y la habitación olía a cerezas. Fuera de las cortinas corridas una fina lluvia de primavera caía lenta y ruidosa de una cañería rota.

Ella se había negado a que los obreros del griego se la arreglaran.

–Maudie, quiero preguntarle algo sin que se enfade conmigo.

–¿Supongo que será algo malo?

–Quiero saber por qué no aprovechó nunca las excursiones al campo que organiza el ayuntamiento. ¿Fue alguna vez de vacaciones con ellos? ¿Qué hay del comedor público? Existen todas estas cosas...

Se quedó con la cara cubierta por una mano sucia del polvo del carbón. Había deshollinado su chimenea aquella mañana. Fuego: me cuenta que sufre pesadillas al respecto: Me podría morir en mi cama, dice del humo, sin saberlo.

Me dijo:

–Me las he arreglado sola y no veo la razón para cambiar.

–No puedo dejar de pensar en los momentos felices que podría haber pasado.

–¿Le he contado lo de la fiesta de Navidad, antes de conocerla? La policía celebra una fiesta. Subí al escenario y enseñé las rodillas. Supongo que no les gustó que enseñara mis enaguas.

Me imaginé a Maudie, levantándose su falda negra para enseñar sus calzones manchados, algo borracha, disfrutando.

–No creo que se tratara de eso –le dije.

–Entonces, ¿por qué no me han vuelto a invitar? Ah, no hay que preocuparse, tampoco iría ahora, en todo caso.

–Y todas esas cosas de la iglesia. Solía ir a la iglesia, ¿no?

–Iba. En una ocasión fui a tomar té y, luego, volví porque el vicario dijo que no era justa con ellos. Me senté allí me tomé mi té en un rincón, y toda la gente, ni me dieron la bienvenida, charla que charla entre ellos, yo podía muy bien no estar allí.

–¿Conoce a Eliza Bates?

–¿La señora Bates? Sí, la conozco.

–Entonces.

–Si la conozco, ¿por qué tiene que gustarme? Usted quiere decir que, como somos de la misma edad, ésa es una razón para que comadremos juntas. No me hubiera gustado esta mujer de joven, de eso estoy segura, no me gustó de casada, se lo hizo pasar muy mal a su pobre marido, que no podía decir que su casa era la suya, no me gusta lo que he visto de ella desde entonces, nunca está sola, siempre está con diez o más, bla bla bla, ¿por qué ahora debería cenar y tomar el té con ella? Siempre me ha gustado estar con una amiga, no un lío de gente, que se reúnen porque no saben adonde ir.

–Sólo pensaba que se lo pasaría mejor.

–No soy lo bastante buena para Eliza Bates. Y no lo he sido en estos últimos veinte años. Ah, no le digo que no habría disfrutado de salir un poco aquí o allá, en ocasiones voy a la iglesia cuando organizan tómbolas, busco un pañuelo de cuello o un buen par de botas, pero, si tengo en cuenta lo mucho que estas mujeres de iglesia advierten mi presencia, podría no estar allí.

–¿Por qué no vuelve a pasear por el parque? O yo la podría acompañar a una excursión por el río. ¿Por qué no?, pronto estaremos de nuevo en verano.

–Soy feliz así, con sus visitas. Pienso en aquella tarde en el Rose Garden y ya es suficiente.

–Es testaruda, Maudie.

–Déjeme con mis pensamientos, ¡gracias!

Al cabo de unas semanas de su partida, una llamada telefónica de Joyce, a las cinco de la mañana.

–¿Estás enferma? –es lo que me salió primero; como si lo llevara escrito dentro de mí.

–No, ¿debería estarlo?

–Llamas tan temprano...

–Me voy a acostar. Ah, claro, la diferencia horaria.

–Está bien, iba a levantarme para empezar a trabajar.

–Mi querida Janna –dice Joyce, de una manera vaga y nueva, que resulta irónica.

–Joyce, ¿estás borracha?

–¡Ciertamente tú no lo estás!

–¿Me llamas para contarme cómo te van las cosas? ¿Piso? ¿Marido? ¿Hijos? ¿Empleo?

–Claro que no. Me he dicho, ¿cómo está Janna, cómo está mi vieja compañera, Janna? ¿Cómo estás? ¿Cómo está aquella anciana?

–Por lo que he podido saber, tiene cáncer –le dije.

–Enhorabuena.

–¿Qué se supone que significa?

–El cáncer. Está por todas partes. Bien, no veo que sea peor que otra cosa. ¿No te parece? Quiero decir que tuberculosis, meningitis, esclerosis múltiple... –y Joyce siguió, una larga lista de enfermedades, mientras yo seguía allí pensando, no puede estar tan borracha. No, lo simula por alguna razón. En seguida empezó a hablar de enfermedades que están *fuera de uso* según su muy extraña frase—. Si lees novelas victorianas, morían como moscas de enfermedades que ya no tenemos. Como difteria. Como escarlatina. Como, ya que viene al caso, tuberculosis.

Siguió así durante media hora o más. Finalmente le dije:

–Joyce, esto te va a costar una fortuna. –Que así sea. Mi querida Janna. ¿Hay que pagar por todo?

–Bien, sí, ésa es mi experiencia. –Porque tú te has *hecho* una experiencia de eso –y colgó.

Volvió a llamar al cabo de poco. Las cinco de la mañana.

–Me gusta pensar en ti trabajando allí, mi vieja amiga, mientras yo estoy en fiestas...

–He escrito una novela romántica –le conté—. Eres la primera en saberlo. Les gusta.

–Romance... muy adecuado. Yo, por mi parte, nunca he tenido bastante. Miro al pasado y me veo trabajando siempre demasiado como para divertirme. Y eso es lo que tu ves cuando miras al pasado, Janna. Obviamente. –Me divierto ahora. Un largo, larguísimo silencio. –No me lo cuentes, porque no te voy a creer. –Me divierto mucho escribiendo estas novelas románticas. He empezado otra. *Gran dama*, ¿te gusta?

–Grande. Es una palabra que comprendo ahora. He llegado a encontrar la clave del personaje femenino norteamericano. Grandeza. Proviene de *Blancanieves*. Generaciones enteras de muchachas norteamericanas ven *Blancanieves*, la toman como modelo... en adelante, se entregan con grandeza a éste o a aquél...

–Disfruto escribiendo artículos serios.

–Debes de trabajar tanto que no puedes divertirte.

–Tonterías. Me divierto porque trabajo tanto. Y me divierto con las ancianas damas. Me divierte aquel mundo, lo que sucede, nunca sospeché que existiera.

–Muy bien por ti.

De nuevo, Joyce:

–¿Otra fiesta? –le pregunté.

–Esto es lo que se *hace* por aquí –me dijo.

Siempre le pregunto cómo va vestida, para tener una imagen suya, y siempre me dice: Exactamente como todo el mundo.

Dice que los norteamericanos son la gente más conformista del mundo e, incluso, cuando se rebelan lo hacen en manada y siempre se visten, como el resto de los inconformistas. La llamaron a capítulo repetidamente por su estilo. Pensó que se trataba de que era demasiado mayor para esto, pero no, le preguntaron con toda seriedad por qué los británicos «siempre parecen gitanos». Es nuestro carácter romántico, dijo ella, pero abandonó su estilo, se cortó el pelo y ahora tiene un armario lleno de pantalones de buen corte, camisas, jerseys y variaciones de vestiditos. Cuando entras en un lugar, dice, los ojos de todo el mundo te miran de los pies a la cabeza para asegurarse de que no traspasas los límites establecidos. Disfruta, porque esto es lo que uno *hace*. Su marido se divierte: tiene otra amiguita, que se da el caso de que es la colega de Joyce. ¡Cielo santo!, exclama Joyce, a la una, las dos, las tres de la madrugada (allí) antes de meterse en la cama, hacia mí que estoy rodeada de tazas de café matinal (aquí), ¡cuando recuerdo toda aquella ridícula angustia antes de irme! Aquí nadie sueña con permanecer casado durante un segundo después de que uno ha dejado de pasarlo bien.

Los niños también se divierten y miran a su patria natal como algo barato y atrasado, porque nosotros somos pobres y no tenemos unas neveras tan bien surtidas.

Se ha desarrollado algo nuevo en la oficina: política.

No sé si considerarlo algo serio o no. Pienso que, probablemente, es serio. Hay algo en el aire, algo nuevo, no me gusta, pero es que me estoy volviendo vieja, no me gusta el cambio... por eso, al principio, me mostré tolerante. ¿Paternalista? Pero el paternalismo lo veía en *ellos*. Las revoluciones no suelen entusiasmarme, pero, a fin de cuentas, no han estado alejadas de mi vida y me parece que me merezco que se me tolere, como se me *hace*... Como se me *toleraba*. Porque he adoptado una actitud firme. De repente, cuando me movía por la oficina, me parecía que me cruzaba con grupos o parejas que se callaban, como si lo que hablaban fuera demasiado profundo como para que esta forastera lo comprendiera. Sin embargo, cuanto dicen lo hemos oído miles de veces; los tópicos políticos que se repartían no podía tomármelos en serio. Básicamente no me los podía tomar en serio porque los jóvenes aquellos, de clase media todos ellos defienden valores de clase media, la destrucción de, la sustitución de, la podredumbre de, la necesidad de denunciar esto o aquello. La realidad es que hay un joven auténticamente de clase obrera en el lugar, un fotógrafo, y su padre es impresor: lo cual me podría llevar a un largo análisis de lo que es y no es la clase trabajadora en nuestra tierra tan de clase media. Pero no voy a seguir a estos párvulos en sus nimiedades. Lo que es real en ellos no son las infinitas variedades de sus principios religiosos, su dogmatismo, sino la pasión que ponen en sus argumentos. Hay un espíritu en la oficina que no existía antes, un clima de maraña, envidia, que hace inevitable que todo el mundo critique, desprecie a quien no está alineado precisamente en su mismo frente; y, también, que se critique y se condene la mayor parte del tiempo a cualquiera que en el mismo grupo temporal o circunstancialmente no esté de acuerdo con ellos. Lo que me molesta es que hemos aprendido todo esto en varias fuentes libros, televisión, radio y, no obstante, estos jovencitos se mueven como si hicieran algo por vez primera, como si hubieran inventado todas estas frases rancias. Fue en el momento en que empezaba a sentirme inquieta por todo esto cuando comprendí lo que Vera me había dicho.

Con Vera disfrutamos de nuestros almuerzos, judías al horno o una tortilla y una taza de café, cuando vamos volando por allí. Disfrutamos de lo que hacemos o, mejor, para ser más precisa, disfrutamos de ser capaces de hacerlo y bien.

–Dios –dice Vera, al sentarse pesadamente, y deja un montón de expedientes de varios centímetros de espesor en el suelo mientras coge un cigarrillo–. Dios, Janna, te lo aseguro, si lo hubiera sabido cuando pedí el empleo, no, siéntate aquí y déjame descargarme, no podrías creerlo...

–No podría –le dije– si no lo hubiera visto en mi oficina.

Lo que no podría creer es que estamos a jueves y se han celebrado ya siete reuniones esta semana a las que ella debería haber asistido.

—Estas reuniones no sirven para nada, *nada*, Janna, por favor créeme, cualquier persona inteligente podría arreglarlo en cinco minutos con unas palabras. Hay tantas reuniones porque les encantan las reuniones, las reuniones son su vida social, la verdad, Janna, ésta es la verdad. Me costó bastante tiempo caer en la cuenta, pero cuando lo vi...

¿Qué les pasa? En primer lugar, cuando empecé, me pregunté si me equivocaba en algo. Ya sabes cómo van las cosas cuando eres nueva. Te dicen, ¿No asistirás a esta reunión, a aquella reunión? Iba. Sabes, hasta convocan reuniones en las que cada uno interpreta el papel de otro, ¿te das cuenta? Dicen, Ahora tú serás una anciana, tú su marido. O discuten esto y aquello. ¿Sabes que hay algunos que trabajan a media jornada y que nunca salen de la oficina a visitar a los casos que tienen? La que dice ser mi ayudante es una chica a media jornada y no ha salido de la oficina desde el lunes; ha asistido a reuniones. Creo que piensa que su trabajo es eso. Y las hay cada tarde después del trabajo, cada maldita noche. Y salen juntos, van al pub juntos, exactamente los mismos. No pueden soportar separarse. Y si sólo fuera eso, no, están los cumpleaños, las fiestas, te lo digo, si pudieran alquilar una cama de Ware lo bastante grande, se pasarían la vida juntos, reunidos. La verdad es que asistí a algunas, hice cuanto pude y luego dije: No contéis conmigo. Por lo tanto, ahora piensan que soy muy rara. Siempre me dicen, como si yo fuera peculiar, tal vez lo sea, aunque lo dudo: Hay reunión esta noche, ¿no vendrás? Les digo: Ya me lo contaréis por la mañana. Me lo podéis explicar, soy una estúpida, veis, parece que no soy capaz de comprender la política.

Volví a la oficina armada con esta nueva penetración psicológica. Era cierto. Convocan reuniones a diario, para discutir sobre el horario, las horas del almuerzo, cargas laborales, dirección, la política de la reví, yo, la tendencia política de la reví, el estado de la nación. Muchas, durante horas laborales. Llamé a Ted Williams, en enlace sindical, y le dije que por lo que a mí respecta él era la única persona inteligente del conjunto y yo prohibiría las reuniones excepto aquellas que él convocara. Se rió. Cree que estos revolucionarios de clase media son un chiste. (Confiemos en que no sean ellos los últimos en reírse.)

Convoqué una reunión de todos los empleados, presentes, estaban casi un centenar y les dije que era la última reunión que se celebraba en horas de trabajo, excepto las que convocara el representante del sindicato. A partir de ahora, podrían desarrollar su vida social fuera de la oficina. Sorpresa. Horror. Pero, naturalmente, les divirtió mucho esta confrontación con el enemigo, es decir, yo, es decir, la fuerza de la reacción.

Almorcé con Vera y le dije, cuando se quejó de las diez reuniones semanales:

—Despacio. Parece que crees que es una enfermedad peculiar de los trabajadores de la Seguridad Social. No, es una enfermedad nacional. Está por doquier, como una plaga. Reuniones, charlas, es la manera de *no* hacer nada. Es su vida social. Son gente que está sola, la mayoría, sin adecuadas salidas sociales. Por tanto, reuniones. En cualquier caso, las he prohibido en *Lilith*.

—¡Lo has hecho!

—He instituido una reunión semanal. Debe asistir todo el mundo. Nadie puede hablar por más de un minuto a no ser que sea extremadamente urgente. Quiero decir urgente. Y, por tanto, se van al pub para reunirse y hablar de mí.

—El problema es que esta pobre gente no sabe que se trata de su vida social, realmente creen que se trata de política.

Aquí estoy, contemplo en retrospectiva mi vida del año pasado, concienzudamente... Considero esta palabra, concienzudamente. ¡No la repudiaré! Cuando la considero pienso en las lánguidas y afectuosas palabras de Joyce: *Mi querida Janna*.

Muy bien. Instalada aquí, concienzudamente considerando el año, advierto de nuevo que he trabajado mucho, mucho. No obstante, como le dije a mi querida sobrina Jill cuando me llamó para investigar, ¿No trabajarás demasiado duro, tía Jane?, espero, en el sentido de, ah, no trabajes demasiado, no seas aburrida, no hagas cosas difíciles y responsables, ¿qué pasaría con mi sueño de brillo y diversión fácil? Nunca en mi vida he trabajado tanto como tu madre, y sería verdad aunque hubiera trabajado veinte horas al día.

–¿Puedo pasar el fin de semana contigo?

–Naturalmente, ven. Me puedes ayudar en una cosa.

Vino. Esto pasó hace sólo un mes.

Le pedí que escribiera un artículo sobre la influencia de las dos guerras mundiales en la moda. Contemplé su cara. Ya había introducido la idea en la sesión de ideas. Dije que, en la Primera Guerra Mundial, todos en el mundo entero se acostumbraron a imágenes de masas uniformadas. Por vez primeras a esta escala. Condicionada a la idea de uniformes, sigues con mayor agrado la moda; si sigues la moda, estás mejor dispuesta hacia los uniformes. En la Segunda Guerra Mundial, todo el mundo *vio* millones de gente en uniforme. La nación que mandaba vistió pantalones estrechos y sexualmente provocativos, con énfasis en las nalgas. Desde la Segunda Guerra Mundial, todo el mundo lleva apretados uniformes con énfasis sexual. Una moda *mundial*. Debida a una guerra mundial.

Lo expuse de forma seca y factual, sin entusiasmo en ello. Quería ver su reacción. Escuchó. La contemplé. Estaba tensa, pero se esforzaba.

–No creo que yo pueda escribir un artículo como ése.

–¿Ahora o nunca?

–Ahora.

–¿Cuándo tienes tus exámenes?

–Dentro de unas semanas. ¿Aún visitas a la señora...?

–¿La señora Fowler? Sí, la veo.

De repente, su cara con rechazo apasionado, perturbación real, me habló de lo muy amenazada que se sentía.

De la misma manera en que yo lo habría hecho –ay, tan recientemente–, exclamó:

–¿Por qué su familia no la cuida? ¿Por qué la Seguridad Social no la mete en una residencia? ¿Por qué esta imposición para ti?

Me he tomado una excedencia de tres semanas. Me deben muchas vacaciones. Nunca me tomé lo que podía tomarme, ni siquiera cuando vivía Freddie. Ni lo hizo Freddie. Me ha pasado por la cabeza: ¿acaso la oficina de Freddie era su hogar? De ser así, se debió a lo que tuvo que aguantar de mi parte. Teníamos cortas vacaciones en las que viajábamos en coche, por regla general a Francia, comíamos y dormíamos mucho. Nos encantaba volver a casa.

Naturalmente, Phyllis se mostró encantada de quedarse al mando. Tiene aspecto de satisfecha, que debe esconder. ¿Por qué? Siempre se lo han dado todo gratis y con facilidad. Mirad sus vestidos. Su estilo, el mío adaptado, no podría sentarle mejor. Ropas suaves de seda, todo pulcro y sutil, pelo marrón rubio. En ocasiones, volantitos en las muñecas y en el cuello... que yo nunca podría llevar, ay, demasiado robusta. Pequeñas joyas de oro, en el escote de una camisa lisa color café que tiene el más suave brillo, una fina cadena visible bajo el puño cuyo borde entona con la blusa. Va a mi modista, a mi peluquera, a mi tricotadora; utiliza los proveedores que le recomendé. Y, no obstante, parece como si debiera robarme esta habilidad: que yo injustamente se la escondiera. Así, cuando ve que observo su nuevo conjunto, mientras pienso, ¡muy bien, Phyllis!, se siente en la necesidad de ocultar su sonrisita superior que significa: ¡Ya, te voy ganando! Sorprendente muchacha.

No soy la única persona que se pregunta si la nueva exquisitez de Phyllis refleja algo interior. La observo en las salas de los fotógrafos. Ellos, en sus espacios de trabajo, siempre han sido el polo, el equilibrio, de nuestra oficina, la de Joyce y mía... la de Phyllis y mía. Dos centros de poder. Michael, que nunca se había fijado en la chica, ahora se interesa. Y ella en él. Bastante distinto de Freddie y yo: una relación descuidada, casual, *igual*. En cualquier caso, ninguno de los dos cede un centímetro.

Los observo en una escena característica. Él se apoya en un caballete, las piernas cruzadas en el tobillo, mostrando así el largo frontal en pana suave, el prometedor bulto a la vista. Cabeza ligeramente ladeada, por lo que le sonrío a través de la curva de su mejilla. Es guapo, este Michael, pero hasta hace muy poco no lo he advertido. Y Phyllis tiene una nalga apoyada en una mesa, la otra pierna una curva de amplio ángulo. Va con algo bonito y suave, como ante negro, o un inesperado color chillón, ella le muestra toda su altura y le cae el pelo por la cara mientras discuten –ah, con cuánta competencia– su trabajo. Él la recorre con la mirada en una sobria apreciación que se burla de sí misma; y ella abre los ojos en una valoración irónica del suave bulto que le muestra. Luego, salen a almorzar juntos, momento en que, con gran frecuencia, hablan sobre la composición o la publicidad.

Me encanta contemplar este juego, pero no puedo permitirme que se note mi contento, porque Phyllis sentiría como si le estuvieran robando algo. Ah, *Joyce*, no tengo a nadie con quien compartir estos momentos.

Cuánto he disfrutado de mis tres semanas. No salí de viaje, porque no podía soportar dejarla durante tanto tiempo: si esto es una locura, entonces, amén.

Me llamó *Joyce*. Bebe demasiado.

–¿Por qué nunca me llamas, Janna?

–Te toca a ti llamarme. Fuiste tú la que se largó.

–Cielos, eres implacable.

–Muy bien, lo soy.

–Te veo sentada allí... escribiendo... ¿qué es? ¿*Gran dama* ?

–Casi he acabado otro libro serio, tipo estudio sociológico titulado *Estructuras reales y aparentes*.

–Supongo que tienes tanta energía porque no tienes vida sentimental.

–¿Defines la vida sentimental como marido, hijos, o incluso un amante?

–Incluso un amante. ¿No quieres uno, Janna?

–Me da miedo tener uno.

–Bien, por lo menos esto es sincero.

–Más de lo que tú lo eres actualmente, *Joyce*.

–¿Sincera? Rezumo sinceridad emotiva. Me he metido en un grupo de encuentro, ¿te lo conté? Somos diez. Nos chillamos insultos mutuamente y revivimos nuestras terribles infancias.

–No sabía que habías pasado por una terrible infancia.

–Ni yo lo sabía. Pero parece que así fue.

–La verdad al final, ¿es así? ¿La verdad emotiva?

–De esto no tienes idea, Janna.

–Del amor es de lo que no tengo ni idea. Sí, lo sé.

–¿Bien?

–Bien, ¿sabes una cosa? Durante estos años en que hemos trabajado juntas, jamás una palabra de enfado, nos comprendíamos mutuamente, esto fue amor, por lo que a mí se refiere. Tú piensas ahora que el amor es este chillar y gritar y *contarlo*.

–Claro, ahora soy norteamericana. Ni más ni menos.

–Déjame con mis pensamientos, gracias.

De nuevo:

–¿Qué haces, Janna?

–He acabado *Estructuras reales y aparentes* hace diez minutos.

–Vas muy deprisa, ¿no?

–He tenido tres semanas de excedencia.

–¿Ninguna tentación de un viaje a París, Amsterdam, Helsinki?

–Disfruto lo suficiente de mi propia ciudad, aunque te cueste creerlo.

–¿Hablando con tristes ancianas?

Cuánto adoro el festín de posibilidades que siempre es esta ciudad. Pero no lo supe hasta que tuve tres largas y encantadoras semanas, para mí sola, largos días de primavera, para que me complaciera en ellos. De repente, me vi rodeada de océanos de tiempo. Comprendí que estaba viviendo el tiempo como lo viven los ancianos, o los muy jóvenes. Me podía sentar sobre el muro de un jardín y contemplar la actividad de los pájaros en un arbusto. No distingo un mirlo de un estornino. Me podía sentar en un café y, con toda la tarde por delante, escuchar y mirar mientras dos jovencitas se reían de sus novios. Su intenso deleite. Deleite, es lo que ha hecho falta en mi vida, de lo que ni siquiera he sabido el nombre, he estado tan atareada, ah, siempre he trabajado tanto.

Podría aprender el verdadero, lento, total deleite de los muy ancianos, que se sientan en un banco y miran pasar a la gente, miran una hoja que se balancea en un bordillo. Un vientecito la levanta: ¿caerá, la empujarán bajo unas ruedas, la aplastarán? No, permanece, una gruesa hoja verde, brillante y llena de savia, seguramente caída de una rama gracias a una paloma. Las ruedas de un carrito de la compra pasan girando, esquivando por poco la hoja. La propietaria del carrito es una chica que lleva en él a un niño. Está enamorada del niño, le sonríe y se agacha hacia él, mientras él mira confiado hacia ella, ambos aislados en la acera por su amor mutuo, con la gente anciana que los contempla y sonríe con ellos.

Me encanta sentarme en un banco con algún anciano, porque ahora ya no temo a los ancianos; por el contrario, espero el momento en que confían en mí lo suficiente como para contarme sus cuentos, tan llenos de historia. Les pregunto: ¿Dígame, qué llevaba el día de su boda? Y, por alguna razón, siempre surge una risa, una sonrisa. Entonces quiere saberlo, bien, era blanco, ve, con... O pregunto: ¿Luchó en la Gran Guerra, sabe, la de 1914–1918? Se podría decir que la hice... Y me quedo escuchando, escuchando.

Me encanta... todo, todo. Y más porque conozco la precariedad de todo ello. Basta con que mi espalda diga, No, ¡para! Sólo tengo que romperme un hueso del tamaño de una costilla de pollo, sólo tengo que resbalar en una ocasión en el suelo del baño, cuyos azulejos están encerados con aceites y esencias... en cualquier momento, el destino puede golpearme con una de un centenar de enfermedades, o accidentes, todos imprevistos, pero implícitos en mi composición física o mi carácter y ya está, estaré bajo tierra. Como Maudie, como todos estos viejecitos a los que sonrío ahora mientras voy entre ellos, porque ahora los conozco, y puedo decir, al verlos doblarse con tanto cuidado para esquivar las ruedas de un carrito de la compra sobre una acera, o hacer una pausa, contra una farola para afianzarse, cuan precario les resulta estar de pie... porque los han talado varias veces y se han recompuesto, han vuelto a ser los mismos, en cada ocasión con más y más dificultad, y que estén en la calle con las manos llenas del bolso, la bolsa de la compra, el bastón, es un milagro... La soledad, aquel gran don, depende de la salud, o de una aproximación a la salud. Cuando me despierto por la mañana, sé que puedo hacer la compra, cocinar, limpiar mi piso, cepillarme el pelo, llenar mi bañera y remojar me en ella... y ahora saludo cada día con: *qué privilegio, qué cosa tan maravillosa, preciosa, que no precise de nadie para ayudarme a pasar este día, puedo hacerlo por mí misma.*

Llego inesperadamente a casa de Maudie, quien estos días, debido a que se siente mejor, se complace en verme, ni me grita ni da portazos.

Nunca tiene bastante de las anécdotas de mi deslumbrante vida. Busco en el recuerdo cosas que contarle.

–¿Podría tomar un poco de té, Maudie? Oiga, quiero contarle algo que sucedió...

–Siéntese, querida. Descanse un poco.

–Fue en Munich.

–¿En Munich fue? ¿Es un lugar bonito?

–Encantador. Tal vez un día usted lo vea.

–Sí, quizás. Bien, ¿qué sucedió?

–Ya sabe la rapidez con la que las modelos tienen que cambiarse de ropa en los desfiles. Bien, había una chica, aparecía en un vestido de noche verde y su pelo negro cayó... –Contemplo la cara de Maudie para ver si ha visto lo que yo veo, todavía no-. Un vestido de noche brillante, verde, espléndido, el pelo recogido, negro y maravilloso, luego de repente, se desliza... –Maudie lo ha visto, le vanta las manos, se ríe-. Y todos, compradores, presentadores, todo el mundo, nos reímos y reímos. Y la chica, la modelo, se quedó allí, greñas de pelo negro sobre sus hombros y espalda, moviendo la cabeza con brusquedad y sacándole partido teatral al incidente.

–Y todos se quedaron riendo...

–Sí, nos reímos y reímos... ve, es algo que nunca sucede. Es imposible. Por esta razón todos nos reímos.

–Ah, Janna, me encanta oír lo que hace.

He tenido tiempo para escuchar a Annie Reeves, a Eliza Bates.

Annie está sentada en una sillita dura junto a la chimenea tapada, lleva una vieja bata floreada. Sobre su pechera, ríos de comida, ceniza de cigarrillo.

–No crea que no aprecio lo que hizo por mí, la señora Bates me dijo que usted se encargó de toda la limpieza.

–Vera Rogers y yo.

–¿Es una Buena Vecina, supongo?

–No, no lo soy.

Una inspección larga, pensativa.

–Vera Rogers no es una Buena Vecina, ¿es una asistente social?

–Correcto.

–Bien, es demasiado para mí –dice, concediendo importancia a cada palabra. Annie Reeves habla casi totalmente a base de tópicos, pero para ella no son tópicos, son palabras que brillan de evidente verdad. Escucharla es como oír un estadio primitivo de nuestro lenguaje. Dice–: No eres vieja si tienes el corazón joven. Y yo tengo el corazón joven. –Ha oído estas palabras, pensado en ellas, sabe que se aplican a ella, las utiliza con respeto. Dice–: No me gusta estar con viejos, me gusta la compañía de gente joven como usted. –Dice–: Si me hubieran dicho cuando era joven que podía acabar así, no les habría creído. –Dice–: El tiempo no espera a nadie, tanto si nos gusta como si no.

Annie ha sido camarera durante toda su vida.

Desde los catorce años hasta los setenta, cuando le dieron el retiro contra su voluntad. Annie ha dado traspies de un mostrador de servicio a una mesa con huevos, patatas fritas, *spam** (Sucedáneo de jamón, en forma de salchicha, un artículo alimenticio que apareció después de la Segunda Guerra Mundial. (N. de la T.)), judías al horno, bistec frito y pescado frito. Ha trabajado en cafés, comedores y cantinas para los empleados de grandes almacenes, y en dos guerras mundiales alimentó a soldados y aviadores de Canadá, Australia y Estados Unidos; algunos quisieron casarse con ella. Pero es una londinense, dice ella, sabe cuál es su lugar. Annie alcanzó la cima de sus ambiciones cuando llegó a los sesenta años. Consiguió un empleo en una cafetería realmente distinguida. Preparaba bocadillos con increíbles quesos extranjeros (que ella no probaría) y servía *espressos* y *cappuccinos* y sabrosos pasteles. Trabajó diez años a las órdenes de un hombre que era claramente un sujeto indeseable y la explotaba, pero le encantaba tanto el trabajo que no le importaba. Al llegar a los setenta años, le dijeron que se fuera. Como sólo había trabajado diez años allí, no consiguió el retiro, tan sólo un reloj de pared que tuvo que empeñar cuando llegaron los malos tiempos, que fue inmediatamente, porque se desmoronó. Su vida se había centrado siempre en su trabajo, desde que su marido murió, como consecuencia de recibir metralla en el pulmón en la Gran Guerra. Se desmoronó con facilidad, bebía y pensaba en los buenos tiempos y cómo en el último lugar, la cafetería, conocía a todos los clientes y, a veces, la llevaban a un pub y la invitaban a un buen oportó, y los vendedores ambulantes solían llamarla «Aquí está nuestra Annie», y le daban melocotones y uva. Fue durante cincuenta y cinco años, una de aquellas sonrientes, maternales camareras que levantan un restaurante, un café, que hacen que la gente vuelva.

En su mala época se instalaba a beber en bares hasta la hora de cerrar. Luego vagabundeaba por las calles sola, porque no tenía amigos en su barrio, puesto que apenas si había estado allí, excepto de noche o los domingos, cuando se lavaba el pelo y preparaba los uniformes para la semana siguiente. Cuando se topaba con la impecable Eliza Bates por la calle, dado que ella era una semiborracha sucia y vieja, aquélla se apartaba y miraba hacia el escaparate de una tienda, fingía no verla.

Annie habla mucho de comida. De nuevo, escucho los detalles de comidas de hace sesenta, setenta años. La familia vivía en Holborn, en una vivienda ahora demolida que tenía escaleras de piedra y dos retretes, uno a cada lado del edificio. Se suponía que todo el mundo limpiaba los retretes y la escalera, pero sólo dos o tres mujeres, en realidad, llevaban a cabo este trabajo, el resto se escabullía. El padre era peón. Bebía. Constantemente perdía su empleo. Tres hijos, Annie era la mayor. En tiempos difíciles, que eran frecuentes, los hijos bajaban al colmado en busca de seis huevos, por seis peniques; y por el pan seco del día anterior, que los panaderos alemanes guardaban para los pobres. Por el caldo de las cabezas de oveja hervidas, que daban gratis a los pobres; llevaban a casa una jarra de este líquido y la madre preparaba bolas de masa hervida y en esto consistía la cena. Conseguían por seis peniques restos de carne y hacían estofados. Enormes budines hervidos llenos de fruta, rociados de azúcar, se utilizaban para mitigar el apetito... tal y como recordaba Maudie. Cuando se consideraban prósperos, la familia tenía lo mejor por lo que se refiere a comida, porque el padre iba a las subastas de los carniceros el sábado por la noche, cuando vendían la carne que se podía estropear, y volvía a casa con un gran solomillo por media corona, o una pierna de cordero. Comían anguila con patatas y salsa de perejil, que traían de la tienda de anguilas en un cubo, o una espesa sopa de guisantes con patatas. Conseguían la leche de una anciana que tenía una vaca. La vaca sacaba la cabeza por encima de la puerta de un cobertizo en el patio trasero y mugía cuando los niños entraban. La anciana vendía requesón, mantequilla y crema de leche.

La familia compraba «restos» del verdulero: manzanas con una mancha marrón; o verduras del día anterior. Eran tan buenas como las frescas y, en ocasiones, no les pedían dinero alguno, se las daban.

En la panadería, si compraban el pan del día, la mujer alemana siempre daba a los niños algo para redondear el peso, pasteles del día anterior. Y en el mercado un hombre hacía dulces en un quiosco bajo un toldo, hervía caramelo en un fuego y luego lo espolvoreaba con coco o avellanas o nueces y siempre daba a los niños las astillas rotas al romper el caramelo con su martillito.

Luego, los vestidos. Annie, como dice ella misma, era una muchacha de buen ver y no se casó hasta pasados los treinta. Todo el dinero se le iba en vestidos. Era delgada, le ondulaban el pelo cada semana por media corona, se compraba vestidos a plazos en las tiendas del Soho. Tenía un vestido de baile de encaje negro con una rosa roja, que se puso para el baile de los policías. Tenía un traje azul marino con ribetes blancos que le sentaba como un guante. Llevaba sombreritos con velo,

porque a los chicos les gustaban. Una falda marrón abrochada a un lado con botones del tamaño de una cuchara. Un vestido abrigo, de terciopelo azul con solapas. Cada vez que saca a colación el fantasma de una prenda de hace sesenta, cincuenta, cuarenta años, dice: Ahora no hacen los vestidos así, lo mismo que dice de la grasa amarilla en la carne, No hay comida de aquella ahora, y está en lo cierto.

Le pregunté qué había hecho con su antigua ropa: esto siempre me interesa, porque hay muy pocas prendas que se gasten con el uso.

–Las llevé hasta que me cansé de ellas –dice, sin saber por qué quiero saberlo.

–¿Y, luego, qué?

–¿Qué hace con las suyas? –inspeccionando mi vestido, pero no como lo hacía Maudie, con su conocimiento profesional–. Lleva ropa bonita, ¿la lleva hasta que se gasta?

–No, la regalo a Oxfam.

–¿Qué es eso?

Se lo explico. Ella no puede entenderlo. Pero no es la única cosa que no puede entender: la cabeza de Annie se heló, o se paró, o llegó a la saturación en algún momento, probablemente hace unos diez años. A veces, cuando la visito y ella me cuenta las mismas historias, intento algo nuevo.

Le he contado que trabajo en una revista de mujeres. La conoce de nombre, aunque nunca la ha leído. Es poco curiosa. No, esto es un error: la máquina que es su *cabeza* no puede admitir nada fuera de un molde existente. Así, le digo: Hoy visité a un nuevo diseñador de ropa juvenil, hace ropa para... Pero casi enseguida debo retroceder de lo general a lo específico, porque veo por sus ojos que no lo ha *asimilado*. Vi un bonito vestido, le digo, era azul con...»

Annie se sienta a menudo junto a la ventana en el segundo piso, mira la calle, espera que suceda algo interesante. Está sola excepto cuando entran y salen los de la ayuda domiciliaria, la enfermera, los de «comidas a domicilio». Durante toda su vida, hasta hace diez años, tuvo compañía, nunca estaba sola, dice. Pero hoy en día la gente se queda en casa, con sus teles, sin buscar aventuras por las calles, como hacían con su hermana, dos jovencitas pizpiretas, el West End era su medio, lo utilizaban, sabían cómo zafarse de peligros. Dejaban que un par de comerciantes calculadores las invitaran, las llevaran al Romano's a tomar un verdadero banquetazo, y, luego, cuando se esperaba de ellas algo a cambio, decían: Disculpen, vamos al tocador, sólo un momento... pero conocían otras salidas, por lo que seguían en deuda con los comerciantes... O hacían que las llevaran al *music hall* o al teatro y desaparecían entre la multitud o entraban en una comisaría de policía con una falsa historia, o en el metro. Porque eran buenas chicas, lo eran, como me cuenta Annie día sí, día no. Esta parte de su vida, los cinco años antes de que su hermana se casara (tonta ella), cuando las dos muchachas no tenían aún veinte años, y Annie con su primer empleo, aquellos años fueron los mejores de su vida, se queda pensando en ellos... aquéllos y los de la cafetería. Esto es lo que le gustaría ver ahora, cuando mira desde su ventana, una multitud vivaz, perspicaz, ruidosa, y de haber carretillas y venta callejera, mucho mejor. Pero no, nada de eso, hoy en día. Por lo que se refiere a estos jóvenes que ve abajo, no tiene una palabra de elogio para ellos. Los jóvenes, los descendientes, en definitiva, de su yo joven y el de su hermana, diez o doce muchachos y muchachas de los pisos de la esquina, vivaces, negros, morenos y blancos, sin escrúpulos y ladrones, a veces pasan a grandes zancadas por esta calle, parte de su territorio. Pero sólo ven viejas caras que los contemplan desde las ventanas, estas casas están llenas de viejos y de gente entrada en años y el barrio es demasiado aburrido para ellos, como lo es para Annie.

Cómo refunfuña y se queja Annie, se aburre tanto, es todo tan triste...

Los cuentos de la pobre Eliza Bates son del pasado remoto, cuando vivían su marido, su hermana.

Ahora no tiene a nadie. Hay una sobrina en algún lugar, cree, pero ha perdido su dirección. Acaba de morir un cuñado. Suspira y se ve perturbada cuando habla de él. Era el último, el último, se da cuenta, murmura. Acto seguido se esfuerza por sonreír.

Y su «joven» amiga, la mujer de setenta años, se casó con un hombre que conoció en el Comedor y se ha instalado en Escocia. Esto sorprendió a Eliza Bates. Se escandaliza a menudo. Nunca valoré esta palabra hasta conocer a Eliza Bates. Al oír algo que la sorprende, lo cual sucede a menudo, levanta las manos, los dedos separados, hasta el nivel de los hombros, los ojos abiertos de par en par, jadea, exclama: ¡Ah, ah, ah! ¡Jamás lo hubiera creído!

Por lo que se refiere a su «joven» amiga perdida, protestó: ¡Jamás hubiera creído que *ella* fuese así!

Con esto quiere decir, aunque cueste creer, que sospecha que la pobre mujer se casó con su embustero y viejo pretendiente, nudoso y flaco como un palo, por los placeres de la cama.

No es así Annie en el piso de arriba, que en algunos momentos puede tener el aspecto de la fémica mundana y resabiada que daba vueltas a la manecilla del organillo mientras violaban a Irene en *La saga de los Forsythe*, su cara estragada un triunfo de muecas. Nuestra Annie se ha creado –para adecuarla a lo que piensa que esperamos de ella– una máscara tímida, refinada, contenida, la de un ser a quien debe ocultarse todo lo desagradable. Por ejemplo, le encanta contar cuántas veces su padre, su madre, su marido, mantenían fuera de su visión un perro atropellado en la calle, le ocultaban la noticia de la muerte de un pariente, incluso un entierro que pasaba. Porque era un alma tan sensible, delicada. (¡Hija–niña! ¡Esposa–niña!)

Ah sí, Annie, la bonita asaltante de las calles del West End, creó para sí un estilo que consiste en hacer mohines, timorato, de sonrisa afectada que, pienso, era todo lo que le veían sus pretendientes. Probablemente el aviador canadiense, el soldado australiano, el marino norteamericano, hombres que combatieron en dos guerras mundiales, todos los que la «invitaron a salir» y le compraron regalos, los viajeros y los Burlington Berties* (Jóvenes presumidos; una expresión popular en los años veinte y muy utilizada en las novelas de P. G. Wodehouse. (*N. de la T.*)), nunca vieron esta exultante fémica explotadora que ahora, cuando olvida su sonrisa afectada y su refinamiento, puede guiñar el ojo y decir: Ah, sabía cómo cuidar de mí misma, sabía cómo moverme, ¡nunca di nada que no quisiera dar!

Pero casi de inmediato, esta fémica desaparece, porque Annie recuerda las necesidades de la respetabilidad, y muy pronto se convierte en la niña tímida; incluso sentada –esta mujer de ochenta y cinco años– con la pose afectada de una niña de tres años, que dice en silencio, Ah, soy una cosita tan delicada, tan dulce...

Tengo la sensación de que Annie ha pensado mucho respecto a lo que puede o no puede contarnos y que sus cuentos siempre pasarán por muchas correcciones.

Pero a veces hay destellos: la frase de un anuncio, o de una canción popular, y se ilumina: enfermerita nocturna, me llamo él, canturreó el otro día; y, luego, recordando que yo estaba allí, me lanzó una sonrisa medio asustada, medio triunfante. Sí, enfermera de noche... bien, me gusta recordar que he tenido una buena vida.

Conducía hacia casa, vi un grupo de ancianas en la calle, todas con sombrero y bufanda en la fría noche de primavera. Habían ido a Hatfield en autocar, en una excursión parroquial. Entre ellas, Eliza Bates. Damas ancianitas, gorjeando y piando. El grupo que es demasiado bueno para Maudie. El párroco estaba allí con sus damas auxiliares. A Eliza la ayudaban sus amigas. Caí en la cuenta de que la consideran frágil, cada vez más frágil. Llamé a Vera; ella me dijo:

–Ha perdido a su último pariente, su mejor amiga se ha casado y se ha ido, hay que esperar que...

También volví a ver a Maudie, en la dura luz primaveral, apurándose, jadeando. El amarillo brillante de su cara, aquel aspecto de pintura. No tengo que llamar a Vera para preguntar.

Al acabar las tres semanas decidí, sencillamente, trabajar menos. Les gusta mi *Sombrereras*. Les gusta mi *La moda cambia*.

Trabajaré a media jornada y deberán buscar otra directora. Quiero divertirme, ir más despacio...

Me llamó mi hermana Georgie, como lo hace ahora, de una manera precavida y evasiva, averiguando

cómo está su irresponsable hermana. Yo, sin pensarlo, le dije que trabajaré a media jornada y al cabo de dos minutos Jill estaba al teléfono.

–Tía. Jane –jadeaba–. No puede ser cierto. No puede ser.

Permanecí en silencio, quizá demasiado. Ella lloraba:

–Tía Jane, *me prometiste*.

¿Sí? ¿Hice una promesa?

Después de pensarlo, le escribí, la animé para que sacara buenas notas en sus inminentes exámenes, y le dije que nos viéramos cuando supiera lo que había sacado. Casi puedo oír la respiración fría, polar, y llena de reproches de mi hermana Georgie: La verdad, Janna, ¿alguna vez has pensado en alguien que no fueras tú?

De nuevo, Joyce:

–He trabajado arreglando nuestro nuevo apartamento y acabo de barrer la cocina y pensé en *tí*.

–¿Cómo es el nuevo apartamento, cómo es Norteamérica, cómo es la vida universitaria, cómo es ser una esposa de campus ?

–Creo que voy a conseguir un empleo de consejera.

–¿De qué consejo?

–No, aconsejar. Voy a aconsejar.

–¿A quién?

–A quienes necesiten consejo.

–¿En nombre de quién?

–De quienes conocen las respuestas.

–¿Y te pagarán apropiadamente por ello?

–Apropiadamente. Dinero para caprichos. Pero la verdad es que deberías estar en mi lugar, Janna. Aconsejar ha sido menos lo mío que lo tuyo.

–Nunca he dado consejos.

–¿Qué son largos y eruditos artículos de tendencia sociológica sino consejos?

–¿En qué medida le gusta a tu marido Norteamérica?

–Se está adaptando.

–¿Cómo están tus enérgicos hijos?

–Se adaptan y se relacionan con gente como ellos.

–¿Y como estás *tú*, Joyce?

–Es posible que yo sea demasiado vieja y envarada para adaptarme.

–Ah, ¿significa que vuelves a casa?

–No he dicho eso, Janna.

–Ya veo.

–Creía que lo harías.

–Bien, te echo en falta.

–Adiós.

–Adiós.

Bien, bien, así fue el año. Como dijo Virginia Woolf, es el momento presente. Es ahora.

Les he dicho que deben buscar un director, quiero ir a la oficina dos o tres veces a la semana, por las mañanas. Los reproches de Phyllis. Es una buena ayudante de dirección, cuando trabaja conmigo. ¿Acaso debo hacer la jornada completa por Phyllis, por Jill? Sus exigencias llegan hasta eso. Lo piden en silencio: Phyllis. En una forma más voluble, más declamatoria: Jill.

Pero muy pronto me vería tan atrapada como Joyce. La gente joven de la oficina me trata con una despreocupación encantadora, el nuevo estilo de la casa... con toda seguridad no es el mío, ¿y de dónde proviene? Todo es menos eficiente, despreocupado. Han vuelto con las reuniones, en la hora del almuerzo, durante las pausas para tomar café. Ah, perdóname, Janna, tenemos una reunión.

Que os divirtáis, digo, porque ya he abandonado esta batalla. Menudos revolucionarios, estos jóvenes con formación, buenos sueldos, buena alimentación, que, como en mi caso, gastan tanto en su vestimenta como para alimentar a familias enteras. Bien, en la casa de los revolucionarios hay varias mansiones, les digo, y coinciden en encontrarlo divertido.

Michael y sus compinches «se han metido» en un serio estudio de las técnicas de lavado de cerebro, de la propaganda, el uso de eslóganes, la reconversión... todo este tipo de cosas. Desde el punto de vista, naturalmente, de combatirlos cuando se usan contra ellos y sus camaradas.

–Parece que no se os haya ocurrido que *vosotros* y vuestros empleados las usaréis con vuestros adversarios... ¿probablemente conmigo?

–Ah, Janna, no seas así.

–No, más bien me atrae –les digo–, si no existe ninguna perspectiva de que vosotros y vuestros secuaces tengáis poder. No, claro, ni uno de vosotros sobreviviría ni diez minutos. Os eliminarían al primer ramalazo.

–Somos realistas, lo somos.

–Unos románticos, todos. El romanticismo no es la mejor cualidad en una nueva clase dirigente.

–Claro, sabes mucho de historias del corazón –dice Michael, mientras muestra las galeradas de *Las sombrereras de Marylebone*, que todos leen con avidez en la oficina–. Pero, ¿por qué no una novela *sería* sobre esta gente? Las explotaban vergonzosamente –exclama.

–Dejo que lo hagáis vosotros –le digo–. En mi opinión, la verdad es intolerable, es más de lo que se puede soportar, hay que embellecerla.

–Escapista.

Pero cuando le pasé las galeradas de mi obra seria, *La moda cambia*, no la leyó. La razón es que me quiere tener en cierta categoría: una reaccionaria entrada en años que no puede enfrentarse a la realidad.

Maudie está enferma. Tiene un aspecto terrible. Se sienta frente a mí y corre las cortinas en plena luz del día, para que yo no pueda verle la cara, pero oigo su respiración entrecortada cuando se remueve en su silla, veo que sus manos se posan protectoramente encima de su estómago. Bebe el té a pequeños sorbos, como si se tratara de veneno; luego, de repente, bebe una taza tras otra, como si pudiera limpiarla de algo.

Durante todo este año último he ido al médico para conseguir sus recetas, se las he encargado,

porque ella no quiere ver al médico. No quiere.

–Maudie, debería verla un médico –le he dicho hoy.

–Si lo han decidido, deberé hacer lo que me dicen –malhumorada.

–No, debe decidirlo por sí misma.

–Es lo que dicen.

Advertí que desea que llame al médico, pero no lo diré. ¿Le recetará más pastillas? Si un dictador quisiera dominar a una población, todo cuanto debería hacer sería aparecer en la tele y decir: Y ahora, todos, es la hora de tomar vuestra blanca pastillita. Sólo tomad la pastillita por mí, pequeños...

Si preguntáis a Annie, a Eliza: ¿Qué pastilla toma?, nunca se les ocurre responder: Tomo Mogadón, Valium, Dioxin, Frusemida; dicen: Es una pastilla amarilla, es una pastillita blanca, es una pastillita rosa con una franja azul...

Hoy vino el médico. Yo no estaba allí. Maudie:

–Dice que debo ir para otra revisión.

–La acompañaré.

–Como quiera.

Hoy acompañé a Maudie al hospital. Rellené su hoja y les dije que no estaba dispuesta a que la examinaran delante de los estudiantes. Cuando llegó nuestro turno, me llamaron primero a mí. Una sala con grandes ventanas, la mesa de la Autoridad, el gran médico y muchos estudiantes. Caras jóvenes e ignorantes...

–¿Cómo voy a enseñar a mis alumnos si no puedo mostrarles pacientes? –me preguntó.

–Es demasiado para ella –le dije.

–¿Por qué? No es excesivo para mí y estoy seguro de que no es demasiado para usted cuando está enferma.

Esto era tan *estúpido* que decidí no preocuparme.

–Es muy vieja y está muy asustada –le dije, tajante.

–¡Hummmmm! –y, acto seguido, a los alumnos–: Supongo que debo pedirles que salgan.

Era un pretexto para que yo cediera, pero no lo haría.

Salieron los alumnos. Nos quedamos el médico, yo y un joven hindú.

–Tendrá que aceptar la presencia de mi ayudante.

Maudie entra con lentitud, no nos mira, la ayuda la enfermera. La deja en la silla a mi lado.

–¿Cómo se llama? –pregunta el gran médico.

Maudie no levanta la mirada, pero musita algo. Sé que dice que me vio rellenar el impreso con su nombre.

–¿Cómo se siente? –pregunta el gran médico con voz alta y clara.

Ante esto, Maudie levanta la cabeza y lo contempla, con incredulidad.

–¿Siente dolor? –pregunta el médico.

–Mi médico me dijo que debía venir aquí –dice Maudie, con la voz que le tiembla de miedo y de rabia.

–Ya. Bien, el doctor Raoul la examinará por mí y luego volverá usted aquí.

Con Maudie nos meten en un cubículo.

–No quiero, no quiero –me dice, con furia.

Me limito a sacarle el abrigo y, luego, el olor me descompone. Ah, si por lo menos pudiera acostumbrarme.

–¿Por qué debería hacerlo? –se queja–. No es lo que yo quiero, es lo que todos quieren.

–¿Por qué no deja que la examinen, ya que está aquí?

Le saco el vestido y veo que se ha ensuciado la ropa interior, a pesar de que sé que se la puso limpia hoy. Tiembla. Se lo saco todo excepto las bragas y la escondo dentro de la enorme bata de hospital.

Nos toca esperar un buen rato. Maudie se sienta erguida en la mesa de revisión, mirando a la pared.

Finalmente entra el médico hindú. Encantador. Me gusta y también le gusta a Maudie, quien pacientemente se echa y permite que la examine de manera completa. (Por favor, recuéstese para mí, señora Fowler; por favor, dése vuelta para mí; por favor, tosa para mí; por favor, aguante la respiración para mí; es la fórmula, insultante, que utilizan en los hospitales y asilos quienes trabajan con los ancianos, a los que es preciso tratar como a niños.) Ausculta el corazón, ausculta largamente los pulmones y, luego, con mucha suavidad, le palpa el estómago con sus manos oscuras. Un mí-núsculo vientre, me pregunto qué pasa con la comida que ingiere.

–¿Qué tengo aquí? ¿Qué tengo aquí? –pregunta ella, con rabia.

–Hasta el momento, nada, por lo que veo –sonriente, encantador.

De repente, entra a zancadas el gran médico. Grita:

–¿Qué se propone al mandar los rayos X del esófago al archivo? Los necesito ahora.

El médico hindú se endereza, se queda mirando a su jefe por encima del cuerpo de Maudie, sus manos oscuras encima del estómago amarillo de ella.

–Debí de entenderle mal –dijo.

–Ésa no es excusa para la incompetencia.

–¿Por qué se enfada con él? Es muy atento –dice Maudie, de repente.

–Tal vez sea atento, pero es un médico muy malo –dice el tirano y se larga.

Los tres evitamos mirarnos mutuamente.

El médico hindú sube las bragas de Maudie y la ayuda a sentarse. Está furioso, podemos advertirlo.

–Bien, supongo que él se siente mejor después de esto –dice Maudie, con amargura.

De vuelta al despacho del gran médico, Maudie, el hindú y yo, en las tres sillas delante de él. .

Sé que las cosas van mal, por la competencia melosa del hombre y por algo en la actitud del médico hindú hacia Maudie. Pero Maudie se inclina hacia delante, con sus ojos azules fijos en la cara del gran hombre: espera la palabra del Olimpo. Llega: ah, lo hizo muy bien, digno de admiración, un diez.

–Veamos, señora Fowler, el examen ha sido completo y no hay nada que no podamos controlar. Debe asegurarse de que come... –y así sucesivamente, mientras mira sus notas, se dirige a ella, con sonrisas, comprueba de nuevo las anotaciones, una magnífica actuación. Yo pensaba. No sabré nada

hasta que el informe llegue al médico de Maudie, que Vera lo haya llamado y yo haya llamado a Vera, luego podré saberlo: mientras, dado que en realidad no soy pariente próxima, sólo una persona cercana a Maudie, tendré que fastidiarme.

En el taxi, Maudie es un fardo negro y erguido de tenso sufrimiento, dice:

–¿Qué hay del dolor de estómago, qué hay de eso?

Nunca me habló de dolores y no supe qué decirle, excepto que la visitaría su médico.

–¿Por qué? Me acompañó allí, toda aquella comedia, aquel médico, como quiera que se llame, lord Mierda, y después de todo eso, a casita y no me dirán nada.

Ha tardado diez días, mientras Maudie ha estado enferma de preocupación. Sabe que tiene algo grave. El gran médico escribió al pequeño. Vera lo llamó. Vera me llamó: Maudie tiene cáncer de estómago.

–Es malo, es horroroso... pero, sabes, ahora controlan el dolor, saben exactamente cómo hacerlo. Por lo tanto, cuando tenga que ingresar en el hospital... –me dice Vera.

Vera se preocupa por mi preocupación... y yo estoy preocupada. Mucho. Mientras, a Maudie le han dicho que padece una úlcera de estómago y le han dado calmantes. Por desgracia, la atontan y va al retrete con harta frecuencia.

Con Vera hablamos por teléfono con medias palabras que se comprenden perfectamente: debemos conseguir que Maudie esté en casa, no en el hospital, el mayor tiempo posible. No debe preocuparse por la ayuda domiciliaria si no la quiere, o con enfermeras que pasen a lavarla. Debemos asegurarnos de que su administrador no tome en cuenta las amenazas del ayuntamiento según las cuales lo llevarán a los tribunales por el estado de su piso y, mientras, Vera hablará con el encargado oficial al respecto.

¿Cuánto puede durar? De repente, me encuentro con grandes ansias de que todo haya acabado. En pocas palabras, quiero a Maudie muerta. Pero Maudie no quiere estar muerta. Por el contrario. Se debate con una furiosa necesidad de vivir. Es Vera quien la obligó a ir al hospital, hizo que su médico la visitara, ha provocado el diagnóstico de la úlcera de estómago. Vera es el enemigo: pero, como dice Vera, esto es bueno, porque los ancianos precisan un enemigo (¿sólo los ancianos?), por lo que puede tenerme a mí de amiga y a Vera de enemiga. Vera ya está acostumbrada a eso.

–¿Úlcera de estómago? –me dice Maudie. Se sienta con sus dos manos nudosas palpándose el estómago con suavidad. Hay sudor en su frente.

Vera dice que las células de los ancianos se reproducen con lentitud, por lo que el cáncer tarda tiempo en ser fatal Maudie puede vivir tres años, cuatro... ¿quién puede saberlo?

Con Vera tomamos té en el café de la esquina y comemos judías al horno. Las dos comemos algo, en algún lugar, antes de despedirnos con prisas para ir a nuestras distintas esferas laborales.

Vera me dice que sí, que, probablemente, Maudie lo sabe, pero que, también, no lo sabe: y debemos seguir su ritmo.

Vera me habla de un anciano que ella visita y que tiene cáncer intestinal; el anciano se ha mantenido erguido y viable (¡palabras de Vera!) durante dos años. Él lo sabe. Ella lo sabe. Él sabe que ella lo sabe. La angustia del anciano, sus inventos, su lento empeoramiento –la sordidez– ambos fingen ignorarlo. Pero ayer le dijo a Vera: Bien, no falta mucho y no lamentaré morir. Ya basta.

Maudie no quiere ayuda domiciliaria, no la quiere. Durante años esta o aquella asistente social ha intentado que entrara en razón. Por las historias que Maudie cuenta, creerías que son una pandilla de prostitutas y ladronas. Pero, ahora, ya sé un poco más, porque veo a la auxiliar de Annie. Y Eliza Bates está enferma, de repente está muy enferma, casi desvalida, y la auxiliar de Annie también es la suya, a pesar de que lo que la enorgullecía durante todos estos años era que ella nunca, jamás, había pedido nada a nadie, nunca había dejado que su casa decayera, nunca había sido una carga.

Un día en la vida de una Ayuda Domiciliaria.

Puede que sea irlandesa, antillana, inglesa... Cualquiera nacionalidad, pero no tiene títulos y de ella depende algún familiar o hijos, por lo que necesita un empleo que pueda compaginar con su familia. Es joven, o, por lo menos, no va para vieja, porque se necesita fuerza física para este trabajo. Ha tenido problemas con las piernas/columna vertebral/indigestión crónica/matriz. Pero casi toda mujer tiene hoy problemas con la matriz. (¿Porqué?)

Casi es seguro que vive en un piso del municipio y es una empleada del municipio, en calidad de auxiliar a domicilio.

Se levanta a las seis y media o a las siete, a la misma hora que su marido. Él trabaja en la construcción y tiene que levantarse temprano. Él o ella pone la cafetera de agua a calentar y prepara los *cornflakes* para los niños, y padre y madre los apremian a salir de la cama y los ayudan a lavarse y vestirse. Mientras ella vigila el desayuno de todo el mundo, su estado de salud, la comida del gato, el tiempo atmosférico, su voz compite con el cásete del mayor, que lo baja porque ella le riñe. Simultáneamente organiza su día. Llueve... los niños tienen que coger sus impermeables... Bennie necesita su equipo de fútbol... tiene que recoger la receta de su marido para la infección de la piel que apareció la semana pasada y no da ninguna señal de desaparecer. Mientras llama por teléfono para pedir una cita con el dentista para su «pequeña», que tiene cinco años, apremia a la mediana, la niña, a que se apresure y le ponga el abrigo y la bufanda a la de cinco años, porque se está haciendo tarde. Su marido se ha tragado *cornflakes*, tostadas y mermelada, mientras leía el *Mirror* y distraídamente se rascaba el pescuezo, rojo subido. A ella no le gusta nada el aspecto que tiene. Él le dice al niño de doce años: Vamos, ya, y cuando pasa delante de su mujer le coge de la mano (la que no tiene ocupada con el teléfono) el paquete de bocadillos que le ha preparado mientras él estaba en el baño. Nos veremos luego, masculla él, porque está pensando si debería pasarse por el médico debido a la erupción. Ella les grita, Bennie, tus cosas de fútbol, y ya han salido los dos hombres.

Quedan las dos niñas. Enmudece la música. Silencio. La «pequeña» canturrea al coger una tostada y la muchacha está sentada con gran eficiencia ingiriendo tostadas y mermelada.

La auxiliar se deja caer en una silla, después de llevarse el teléfono y se engancha el receptor de bajo de la barbilla mientras se sirve té y alcanza la tostada con mermelada que su hijo no se ha comido, porque no puede soportar desperdiciar nada.

Hace una media docena de llamadas, todas relacionadas con su marido y sus hijos y, luego, llama a la oficina de la Ayuda Domiciliaria para saber si hay alguna novedad. Quieren que hoy se dedique al señor Hodges, porque su auxiliar acaba de llamar para decir que debe acompañar a su madre al hospital y no trabajará. En la oficina adoptan un tono de disculpa, más les vale, porque Bridget ya se encarga de cuatro casos al día, y todos son difíciles. Le dan los difíciles porque los trata bien.

Mientras está allí y contempla cómo se comporta «la pequeña» –ah, mira esto, se le cae la leche, vaya porquería–, idea cómo encajar al señor Hodges. Acto seguido, se levanta, dice: Vamos, ya es hora de ir al colegio. Recoge la cocina, el bolso, las bolsas y las cestas de la compra, dinero de un cajón, una capucha de plástico para la *cabeza*., los paquetes de bocadillos para los niños, una docena de pequeñas cosas que necesitan para el colegio: libros, cuadernos de ejercicios lápices. Parece como si los objetos bailaran a su alrededor, entran y salen de bolsas, cajones y perchas, luego las tres están en marcha, embutidas en plástico debido al mal tiempo.

Cuando salen, no obstante, no es tan terrible, hay humedad pero no hace tanto frío. El colegio sólo está a cinco minutos a pie, ya es algo; Bridget nunca deja de agradecer que este aspecto de su vida, por lo menos, sea tan conveniente. Al ver a las dos niñas correr por el patio de la escuela, se aleja y piensa: Ah, ya no es una niñita, la pequeña Mary... ¿será demasiado tarde para pensar en otro hijo? Suspira por tener el cuarto hijo, a veces; su marido le dice que está loca cuando se lo menciona, ella está de acuerdo con él... Cuando pasa rápidamente delante de una madre que deja a su hijo en la verja del colegio, Bridget sonrío al bebé en un cochecito y piensa, ¡para, muchacha!, ¡para! Sabes muy bien a qué te conducirá esto.

Vuelve a casa por los pocos minutos diarios en que disfruta de una paz perfecta. Se instala junto a la mesa de la cocina, mira si queda un poco de té en la tetera... queda, pero está demasiado fuerte y no

tiene ganas de preparar otro. Se instala de cualquier manera, respira con regularidad, adentro y afuera, todavía una mujer joven, antes de los cuarenta, y se puede ver a la lozana muchacha irlandesa que era cuando llegó a este país con su marido hace doce años. Unos ojos azules claros, piel sonrosada, una mata de ondas y rizos negros. No obstante, está cansada y lo parece. Esto es... está cansada.

Mentalmente escribe una lista de lo que tiene que comprar, para sus cuatro clientes habituales y su propia familia y –naturalmente, casi lo olvidaba– para el anciano señor Hodges. ¿Estará en el listín telefónico? Oh *no*. ¡Virgen María, ayúdame! ¿Significa esto que tendrá que salir de nuevo para comprarle comida y cosas? No, pasará por su casa, lo arreglara antes de ir a la compra. Un fastidio.

No espera con ilusión ver al señor Hodges, lo conoce desde hace tiempo.

Bridget echa otro vistazo al cielo, decide que no es arriesgado dejar su envoltorio de plástico y, una vez más, recoge sus bolsas y cestas. El señor Hodges vive a unos diez minutos caminando. No tiene su llave, por lo que tiene que llamar una y otra vez a la puerta, hasta que al final la cabeza de un anciano molesto asoma en la ventana superior y le dice:

–¿Qué quiere? Largúese.

–Ah, señor Hodges –exclama Bridget alegre–, ya me conoce, soy Bridget. ¿Recuerda? Maureen no puede venir hoy, acompaña a su madre al hospital.

–¿Quién?

–Ah, sea amable y déjeme entrar. Hoy no dispongo de todo el día.

Esta amenaza hace que el hombre abra la puerta y ella lanza la rápida mirada profesional, de un médico, una enfermera, un psiquiatra –o una auxiliar– sobre su persona, y decide que –¡gracias a Dios!– no está muy mal hoy. El señor Hodges tiene ochenta y cinco años. Su mujer era mayor que él y está en una residencia, para alivio del señor Hodges. Porque casi se mataban mutuamente de exasperación. Ha adelgazado mucho últimamente. Bridget piensa, ¿cáncer? ¿Diabetes? Debo comentarlo en la oficina.

Refunfuña mientras va trepando escaleras arriba delante de ella: Y no me ha comprado azúcar, no me queda queso, nada para comer, nadie hace nada...

–Señor Hodges –exclama Bridget al llegar a las dos habitaciones donde vive (si ésta es la palabra adecuada), y lo inspecciona todo de un vistazo–. Veo que está de mal humor hoy. Bien, ¿en qué puedo servirle?

–¿Servirme? Ya me sirven, menudo servicio todos ustedes –contesta con cierta brusquedad, y tiembla de los pies a la cabeza, por la edad y la rabia.

No tiene con quién hablar excepto la auxiliar y durante horas, cada día, se enzarza en furiosas fantasías debido a su desamparo. Era (parece que fuera ayer) un hombre enérgico e independiente, el báculo cuidadoso y tierno de su esposa, quien se desmoronó antes que él. Y ahora...

Bridget ve que hoy no necesita limpiar, el lugar no está muy mal. No forma parte de su trabajo, pero lo que el hombre *necesita* es hablar y regañar, por lo que se instala en una silla de la cocina y escucha las quejas y acusaciones del anciano, mientras ella inspecciona la cocina para ver lo que falta.

–¿Qué le compraré? –le pregunta, interrumpiéndole la letanía, cuando ella considera que ya basta.

–Necesito té, ¿no tiene ojos?

No dice una palabra del queso ni del azúcar y Bridget piensa: Se lo compraré y todo lo que me parezca necesario, y si no lo quiere, la señora Coles quizás...

Muy pronto ha salido de la casa del anciano, lo ha apremiado para que recuerde que volverá más tarde con sus cosas y precisa que le abra la puerta. Ahora ya sabe lo que tiene que comprar y coge

un autobús para ir al supermercado Sainsbury's.

No tiene ninguna lista, ni siquiera un garabato al dorso de un sobre, pero recuerda las necesidades de diez personas y, al cabo de media hora, sale a la acera con un carrito y cuatro pesadas cestas. Piensa, al avanzar sobriamente por la calle: Por el amor de Dios, Bridget Murphy, cuidado con tu espalda... no quieres repetir *aquello*. Por lo tanto camina, no subas al autobús, que significa levantar y mover pesos: Significa media hora para volver a donde tiene su trabajo. Se siente culpable por ello, pero se dice: Es lo más sensato, ¿no? ¿De qué te serviría estar inmóvil en la cama? Pasa por delante de la casa de Maudie Fowler, de donde la han echado en más de una ocasión; piensa, gracias a Dios no me la han vuelto a dar, eso sería la gota que colmaría el vaso, ciertamente.

Primera parada, la señora Coles. Es una anciana rusa que fue una belleza en su tiempo, con fotografías colgadas por toda la casa para demostrarlo. Pieles, atrevidos sombreritos, hombros al aire, gasa: aquel cacho de mujer está sentada aletargada en un gran sillón la mayor parte del día, contemplando el pasado. Es una quejica y enloquece a Bridget por ello.

Al entrar en la casa, Bridget desconecta, siempre; y deja que la anciana voz se entretenga con esto y aquello, mientras ella guarda el pan, la mantequilla, latas de sopa, detergente... pero cae en la cuenta de que debería escuchar, porque la señora Coles dice:

–Era rojo brillante.

–¿Qué era rojo brillante? ¿Qué ha comido, pues? –pregunta Bridget ásperamente.

–¿Qué puedo haber comido? ¿Qué se puede comer que haga que tus aguas sean rojas?

–¿Lo guardó?

–¿Cómo? ¿Dónde?

Bridget va y viene por el piso y se dirige al baño.

A la señora Coles le han dado una nueva vivienda y está situada en el piso segundo de una casa restaurada. La han restaurado muy bien, pero a la señora Coles no le gusta porque no quería mudarse bajo ningún concepto. Y trasladó todas sus pertenencias con ella. Las dos habitaciones están abarrotadas de pesados muebles antiguos, un par de armarios, tres cómodas, una mesa que pesa como una roca. A duras penas puedes moverte. Pero hay un baño decente y un buen retrete. Bridget mira al interior. Ha tirado de la cadena. Sin embargo, el lugar huele. ¿Qué es? ¿Algo químico?

Vuelve a la otra habitación, donde la señora Coles permanece sentada en el mismo lugar, hablando como si Bridget no hubiera salido.

–Creo que he hecho demasiados esfuerzos, eso debe de ser. Ayer levanté aquella silla, cuando no debía.

Pero Bridget sospecha algo distinto. –¿Ha vuelto a tomar aquellas pastillas que refuerzan? –pregunta de repente y sale disparada hacia el dormitorio y allí ve una botella llena de enormes pastillas, buenas para un caballo de tiro, de un color escarlata chillón.

–Oh, Dios mío –dice–, oh, virgen santísima, concédeme paciencia –vuelve y dice–: Le dije que las tirara a la basura. No le harán ningún bien. Las voy a tirar ahora mismo, son las que le provocan el agua roja.

–Ohhhh –se lamenta la señora Coles–, las tira, no tiene ningún derecho...

–Ah, guárdelas y tómelas, pero no se me queje de sus aguas. Se lo dije cuando las vi, ¿lo recuerda? Se lo dije, provocan aguas rojas. Porque a otra de mis pacientes le pasó lo mismo.

La señora Coles alarga una gruesa mano sucia hacia la botella de pastillas. Bridget las deposita en ella. Luego la propia señora Coles las echa en un cubo y murmura:

–¡De buena nos libramos! Bridget lleva allí quince minutos. Se supone que se quedará durante hora y media. Pero hay que incluir el tiempo que invierte en la compra. Sin embargo, la compra la hace conjuntamente para todos. Calcula este tiempo para la compra en una media hora, por separado, en la cuenta mental que hace para cada uno de los que tiene a su cuidado. Luego hay que incluir la media hora que anduvo por la calle. Esto significa que le quedan quince minutos. Diariamente tiene problemas de conciencia respecto a estos cálculos suyos. Pero siempre acaban saliendo las cuentas y, al final, se pasa media hora con la señora Coles, si llega. Qué decir, sin embargo, de ese tiempo en que ha ido de aquí para allá para conseguir medicamentos, buscar al médico, compareciendo ex profeso para que entrara el electricista, el hombre del gas, el hombre que arregló la gotera del techo... y no parece cobrar por este tiempo. No, seguramente, se equilibra. Sin embargo sabe que, como el señor Hodges, la señora Coles confía en ella para tener compañía, por lo que se sienta de nuevo, revolviéndose inquieta con ganas de irse, y escucha mientras la señora Coles se queja.

A las doce oye llegar a los de «comidas a domicilio», mira por la ventana, comprueba que está en lo cierto, dice:

–Bien, ahí está su comida, la veré mañana.

Baja las escaleras corriendo, con el pensamiento ya en Annie Reeves, la siguiente.

Oh, Dios mío, que esté de buen humor, ruega. Porque en ocasiones, después de las incesantes quejas de la señora Coles, ir a casa de Annie y tener otra dosis es más de lo que puede soportar. Si tiene uno de sus arranques, juro que la mato.

Encuentra a Annie hecha un ovillo junto al radiador y ve que la anciana parpadea, parece vaga, desgraciada, cansada. Annie dice enseguida:

–Me siento tan mal, mis piernas, mi estómago, mi cabeza...

–Espere un minuto, querida –dice Bridget y se mete en la cocina, busca la olla del agua y la pone al fuego. Es demasiado, demasiado... Tal vez podría hacer otro tipo de trabajo, piensa Bridget, con los ojos cerrados... ¿cuál... limpieza? No, espera... «voy», chilla, mientras Annie dice a gritos:

–¿Dónde estás? ¿Estás aquí o no?

Se mete en la otra habitación y arregla esto y aquello. Mientras Annie se queja, Bridget limpia el orinal. Ve que el gato ha ensuciado y debe limpiarlo. Ve que el cardigan de Annie está gris de suciedad y que, verdaderamente, debería cambiárselo...

Pero, primero...

Dispone la comida que acaban de traer en platos, acompaña a Annie a la mesa, la ayuda a sentarse, coloca los platos delante de ella, coge un par de tazas de té para ellas dos. Y se sienta, con un cigarrillo y sus bocadillos.

Annie come con gusto, y, cuando ha acabado, aparta los platos mientras dice que no tiene apetito. Se queja de que el té está frío, pero Bridget no se inmuta y ella se lo bebe, quejándose. Gimoteante, permite que la acompañe otra vez a su butaca. Dice que no ve a nadie, no sale, ella nunca...

Ante esto, Bridget, como cada día, le relaciona todo lo que Annie podría hacer: podría bajar y sentarse en la calle en un día bueno y ver pasar a la gente, podría pasear arriba y abajo con su aparato, como la anciana señora mengana o zutana, podría ir de vacaciones con el ayuntamiento, podría ir a excursiones en autocar, como solía hacerlo Eliza, podría decir sí cuando Janna la invita a un paseo en coche en vez de decir, siempre, no.

–Quizá cuando haga buen tiempo –dice Annie, con una mirada triunfante hacia la lluvia, que ha empezado a caer–. ¿Supongo que no me ha comprado lo que le pedí?

Bridget se levanta y le enseña a Annie lo que ha traído.

–Le pedí un poco de merluza –dice al final.

–No, no me lo pidió, querida, pero le traeré mañana.

–¿Dónde están mis naranjas?

–Aquí, tres bonitas naranjas. ¿Quiere una?

–No, no tengo el estómago muy bien. No tengo ganas de comer.

Bridget busca la hoja de trabajo y se asegura de que Annie firme en el lugar adecuado.

Al bajar al piso de Eliza Bates, oye:

–Una hora y media, *no lo creo*. Irlandeses. Escoria. Nos mandan la escoria.

Bridget se sorprende musitando: ¡Escoria tú! Los padres de Annie eran irlandeses y cuando está de mejor humor es capaz de decirle: Soy irlandesa como tú, a pesar de que nací cerca de Bow Bells. Y le cuenta hazañas de su madre, que recogía berberechos y mejillones en las rocas de la bahía de Dublin, que iba a las carreras de caballos vestida con muselina floreada –Annie tiene una fotografía suya– en un coche de excursiones; de su padre, que medía metro noventa y luchó con el ejército británico en la India, en China y en Egipto, antes de convertirse en un jornalero, pero siempre dijo a su familia: soy irlandés y no lo olvido; de cómo el día de San Patricio con su madre siempre brindaban por Irlanda, a pesar de que nunca tuvieron dinero para una visita después de irse de allí.

Bridget llama a la puerta de Eliza Bates y no hay respuesta. Su corazón empieza a martillar. Vive con el miedo de entrar y encontrar a uno de ellos muerto. No le ha sucedido a ella, pero sí a otras de la ayuda domiciliaria. Un día de éstos, sucederá. Bridget llamó a Vera ayer para decirle que Eliza no estaba bien, decaía con gran rapidez, deberían pensar en meterla en una residencia. Fue la manera, llena de tacto, que Bridget empleó para decir que no lo aguantaría por mucho tiempo: Eliza no está en una residencia debido a lo que ella, Bridget, hace por Eliza, algo muy superior a lo que requiere su trabajo.

Eliza está sentada muy erguida en su silla junto al radiador eléctrico, dormida. Hace mucho calor en la pequeña habitación. Eliza está sonrojada por el calor, tiene sudor en la cara. Está envuelta en bufandas y mantas. Tiene las piernas encima de un taburete, porque, de repente, le salió una llaga en una, y las dos están hinchadas.

Una vez más, Bridget prepara la «comida a domicilio» que han dejado delante de la puerta de entrada en unos pequeños recipientes de aluminio. Para Eliza se toma la molestia de buscar unos platos bonitos, porque a Eliza aún le importa y lo advierte, no como Annie, que no se daría cuenta de que está comiendo en el plato de un perro. Bridget prepara té, recordando exactamente cómo le gusta a Eliza y luego, despierta a Eliza, que recobra conciencia con una mirada sorprendida.

–Ah, Bridget –dice, con voz temblorosa de anciana, saliendo de un mal sueño y, luego, al oír su propia voz, la cambia por la suya habitual, llena de animación–. Ah, Bridget, Bridget querida... –pero debido a su sueño, levanta los brazos hacia Bridget como una niña.

Bridget, con el corazón ya derretido, coge a la anciana en brazos, la besa y la mece.

Como le dice a su marido, podría llorar por Eliza, que se ha encontrado de repente con las piernas levantadas e inválida. No sería lo mismo si se tratara de Annie, que hace lo imposible para que la sirvan. No, Eliza no es así, es independiente, sufre. Bridget sabe que, en un par de ocasiones, hace poco, Eliza se ha despertado empapada en orina: Bridget ha enjuagado las sábanas para ella.

Sabe que Eliza tiene miedo de alejarse del retrete, por temor a lo peor. Eliza, que se ha pasado los últimos quince años de su vida en compañía de ancianos, sabe con exactitud lo que puede pasar al final, la miserable humillación que puede aguardarle.

Bridget se sienta junto a Eliza, la mimosa para que coma, le habla de sus hijos, de su marido, le dice que el tiempo no es tan bueno hoy como ayer.

Llega a la conclusión de que Eliza no se ha metido en la cama durante toda la noche, sino que ha

permanecido sentada en la silla, durmiendo. Aún no ha comido nada, a pesar de que la Buena Vecina le preparó una taza de té.

–¿Quién es esta Buena Vecina? –le pregunta a Bridget, impaciente–. Entra y sale, estoy segura de que tiene buenas intenciones, pero no la conozco.

–Vive al lado –dice Bridget–. Déjela entrar, sólo da un vistazo para asegurarse de que usted está bien. Nos preocupamos por usted, sabe.

–Janna hace días que no viene –dice Eliza, en tono interrogativo, porque sabe que ella a veces no recuerda quién entra.

Bridget no quiere decir que, probablemente, Janna ha estado ocupada, en el tiempo de que disponga, con Maudie Fowler, que está en las últimas... esas ancianitas son tan celosas, hay que tener cuidado con lo que dices.

–Janna tiene mucho que hacer –dice, vagamente. Decide dejar una nota dirigida a Janna en la escalera, para pedirle, si se pasa por aquí, que se asegure de que Eliza está bien.

Luego empieza con la tarea de conseguir que Eliza tome sus pastillas.

Ella misma se horroriza de la cantidad de pastillas que, supuestamente, Eliza debe tomar, que con toda seguridad deben librar batallas en el estómago de la ancianita, pero así lo prescribe el médico, la enfermera hace lo que le ordena el médico y ella, la auxiliar, la última de la fila, no puede desobedecer.

–Vamos, cariño –murmura, suplica, implora, mientras alarga a Eliza pastillas y más pastillas.

La enfermera aparece para darle las pastillas de la mañana. La Buena Vecina le da las de la noche. Pero las del mediodía (o en algún momento del día, porque Bridget nunca puede estar segura de cuándo) son su trabajo, porque ha estado conforme en hacerlo.

Eliza está allí, con los labios tensos, contemplando el montón de pastillas, su cara es un nudo de resentimiento.

Pero el hábito de una vida de obediencia la mantiene en silencio y se las traga, lentamente, una, dos, tres, cuatro, cinco.

Bridget se ha prometido que no estará aquí más de una hora como máximo, pero cuando se va ya han pasado casi tres horas, aunque tiene el consuelo de saber que Eliza es casi la de siempre, alerta y despierta debido a un cuidado tan afectuoso, un tanto agrídulce en sus comentarios quizá, pero sonriente, incluso bromea respecto a su debilidad, le dice a Bridget que uno de estos días entrará y se encontrará con que ella se ha ido.

Bien, no está mal, piensa Bridget, si puede tomárselo a broma, pero, ¿quién puede decirlo...?

Casi es la hora en que debe recoger a sus dos hijas. Nunca permite que vayan o vuelvan de la escuela solas, debido a la carretera que deben atravesar.

Corre hasta una cabina telefónica y tiene la suerte de encontrar a una amiga en casa, le pide que recoja a las niñas y se las lleve a su casa.

Casi son las cuatro y aún le quedan la señora Brent y el señor Hodges.

El anciano es algo fácil, sólo tiene que entrarle la comida, después de haber aporreado, gritado y aporreado para que la dejara entrar, y decirle que ella o su auxiliar vendrán mañana.

Ahora con la señora Brent. Bridget no tiene que rezar para encontrarla de buen humor, porque es habitual en ella, a pesar de estar medio paralizada. Aún no ha cumplido los treinta, una mujer joven y hermosa, tiene una hija de tres años, y el trabajo de Bridget consiste en acompañar a ésta de vuelta del jardín de infancia donde el joven marido la deja cada mañana. En los momentos en que Bridget

piensa que ya no puede soportar este trabajo ni un día más —a pesar de que, en conjunto, no le desagrada; sólo en un día como éste, cuando ya es casi el colmo, se pone a pensar que abandonará—, entonces recuerda a Hilda Brent, que siempre está a punto para una sonrisa, incluso en una situación tan triste.

Bridget corre tan rápido como le es posible por varias calles hasta el jardín de infancia, encuentra a la niña preparada, la maestra llena de reproches, porque Bridget se ha retrasado, y luego se dirige al pisito de los Brent. Le encanta la niña. Cada día espera esta hora en que acompaña a la niña a casa de su madre, y le da el té, porque Hilda no puede prepararlo, depende de su marido y de las auxiliares. Pero hoy encuentra a Hilda recostada en su sillón, los ojos cerrados y su bonita cara llena de surcos grises...

Oh, Virgen María, se dice Bridget, oh, no, *basta*, es demasiado, *no*.

Sabe qué ha sucedido, Hilda padece esos ataques.

—¿Has llamado al hospital? —grita.

Hilda, sin abrir los ojos, niega con la cabeza.

Bridget llama a una ambulancia y, luego, a la oficina donde trabaja el joven marido. Pero, como sospechaba, no volverá a casa hasta las siete, tiene que trabajar hasta tarde.

Prepara la cosas de la joven para la ambulancia, ayuda a los conductores de la ambulancia con ella, le dice que no debe preocuparse por la niña, le promete que cuidará de ella; cierra el piso con llave y coloca a la pequeña Rosie en su cochecito. Empujando el cochecito se dirige al piso de su amiga, recoge a sus dos hijas y se va a casa con las tres.

Piensa que la última vez que se dio una emergencia, había una huelga de asistentes sociales que reclamaban más sueldo y las auxiliares habían de apoyarlas con huelga de celo. Le sorprendió entonces y le sorprende ahora como el colmo de la estupidez. ¿Cómo se puede plantear una huelga de celo en este trabajo? ¡Cómo, contádmelo! Pero algún listillo, que organizaba los piquetes en la oficina, la había denunciado oficialmente por romper la huelga. ¿Qué debía hacer, dejar que la pequeña se las arreglara sola en aquel piso? ¿O qué?

Pero el joven héroe le dijo:

—Si lo repites, te sancionaremos.

Bien, lo repetía, pero con un poco de suerte no habría una huelga convocada. Confiaba.

En casa ya, se apresura para preparar el té de su marido.

Lo necesita cuando llega a casa, porque está trabajando a la intemperie esta semana y no se encuentra bien, con aquel desagradable sarpullido.

Entra el niño:

—¿Qué hago con mi ropa de fútbol? —pregunta.

—Tírala en el baño —le dice ella.

Ha preparado la mesa, el té, los tres niños comen y la pequeña Rosie en sus rodillas se toma la leche, cuando entra su marido.

Una vez más el rápido vistazo profesional. Enseguida sabe que no se siente bien y no se sorprende cuando el le dice:

—Me voy directo a la cama, es de lo que tengo ganas.

—Te traeré un poco de té.

–No te preocupes, cariño. Voy a curarlo durmiendo.

Y él sube la escalera.

Tal vez ahora encuentre a Vera en la oficina, a veces trabaja hasta tarde...

Bridget llama y tiene suerte.

–Ah, gracias a Dios, Vera –dice–, gracias a Dios que estás allí.

–Me disponía a salir –dice Vera, advirtiéndola.

–Se trata de Eliza Bates. No puede seguir. No puede.

De repente, Bridget se pone a llorar.

–Ah, ¿se trata de eso? –pregunta Vera–. Ni me lo cuentes, lo sé, podría chillar, menudo día, y para colmo debo ir a una reunión.

–Voy a colgar –dice Bridget y cuelga.

Pero cuando vuelve la cara para mirar a los cuatro niños, ya sonrío.

Limpia verduras, las pone con un pollo en una cacerola, la mete dentro del horno, lava los platos del té y les dice a los dos mayores:

–Y ahora cuando terminéis vuestros deberes podréis mirar la televisión.

Se sienta, abrazando a la pequeña, que, con un padre tan desesperado por sobrevivir, con una mujer paralizada, y su madre que no puede tenerla en brazos adecuadamente, está ávida de caricias y abrazos.

Las dos necesidades se suplen, conjuntamente, durante una maravillosa media hora, la criatura canturreando y acomodándose, con Bridget que olfatea los rizos de olor tan delicioso, que ella misma le lavó ayer (a pesar de que no forma parte de su trabajo) y acaricia las piernecitas suaves y rollizas. Al poco, le dice al hijo mayor:

–Vigílalas por mí –y a la niña–: Si hueles a quemado, pon el horno en el tres.

Se anuda un pañuelo al cuello, se coloca la capucha de plástico y se la abrocha con rapidez, envuelve a la pequeña Rosie en plástico y se dirige por calles oscuras hasta la casa de los Brent, a unos seiscientos metros. Ha vuelto el joven marido, agradecido porque ella se quedó con su hija, con ganas de saber acerca de mañana. Porque tendrá que volver a trabajar hasta tarde, a pesar de que dijo que su esposa estaba enferma, y no llegará a casa hasta más tarde que hoy.

–No se preocupe –dice Bridget y besa a la pequeña Rosie de todo corazón y vuelve a casa.

Son casi las ocho. Dará la cena a sus hijos, se obligará a tomar un bocado, a pesar de que no tiene apetito. Cree que su marido dijo algo respecto a tomar una copa en el club mañana. Bien, si está de humor para eso. Y está lo de la boda la semana que viene, de la hermana menor de su marido, es algo que vale la pena esperar. Se acomoda, mira distraídamente la televisión, atenta a que los niños no hagan demasiado ruido y molesten a su padre. Hay mucho que limpiar, pero apenas si tiene tiempo para su casa durante la semana. Bridget no trabaja durante los fines de semana. Es decir, no trabaja en calidad de auxiliar a domicilio.

Hoy, sucedió. Una llamada de Jill, a gritos, con regocijo:

–Tía, tía Jane, ya los he pasado y lo hice bien.

–¿Qué has hecho?

–¡Tía! Ah *no*. Es el colmo –lágrimas.

Pensé que se trataba de la pesada de Kate, pero no, se trataba de Jill. ¿Entonces? Caí en la cuenta de que me había comportado como una tonta.

–Lo siento, se trata de tus exámenes, ¿no? ¿Te ha ido bien?

Sniff. Sniff.

–Sí, estoy segura. He trabajado tanto, tía, he *trabajado*.

–Ven a contármelo –no quise decir hoy mismo, pero equivalía a eso, por lo que ella exclamó:

–Ah, gracias, estaré allí por la tarde, pero no hasta última hora, me toca dar la comida a los gatos de la vecina, está fuera y mamá está en el hospital con Jasper, se rompió el tobillo jugando al fútbol.

Me senté y pensé. Jill nunca ha tenido fama de ser una buena estudiante, recordé. Odiaba los exámenes, tendía a suspender. Ahora los ha sacado. Ha trabajado: para la tía Jane. Estaba decidida a aprobar: para tía Jane. La familia entera estaba comprometida. Gritos y aplausos, familias felices. Pero tía Jane le dice: ¿Has hecho qué?

Llegó, exuberante, radiante de los pies a la cabeza.

Me besó, con espontaneidad. Luego parecía incómoda.

–Cuéntamelo todo.

–Sé que lo he hecho bien. Los resultados tardarán *semanas*, pero lo sé.

Charló sin parar, me dio una imagen de como debió suceder, Jill que se levantaba a las cinco para trabajar, trabajaba toda la noche y al final el premio, un empleo con tía Jane. –¿Cuándo crees que podré empezar? –investigó y caí en la cuenta de que esperaba que yo dijera, quizás: El lunes. La sorpresa me dejó muda. Un largo silencio. Advertía muchas cosas. Quería mudarse aquí, conmigo, para empezar a trabajar en *Lilith*... esperaba que su vida adulta comenzara. Y yo estaba allí contemplando... contemplándome a su edad. Llena de regocijo, confianza, entusiasmo. Jill no es ambiciosa. Está devorada por el entusiasmo ante la idea de formar parte de todo esto, *ser capaz de hacer las cosas bien*. Saliendo de la cálida vida familiar, que acaba con la gente: Pobre Jill, fracasa en los exámenes, pobre Jill, no sirve para los estudios. Está llena de confianza en sus habilidades, que bullen en su interior; aún no sabe por sí misma que puede hacer cosas; sólo sabe que no puede esperar para comenzar.

De repente, cuando caí en la cuenta de que no había advertido que esta Jill, la hija de mi hermana Georgie, entraría en mi vida, se apoderaría de ella... supe enseguida, bellamente, absolutamente, que estaba muy bien, que era acertado, oportuno, por lo que rompí a reír y me senté riendo, incapaz de parar, mientras la pobre Jill estaba allí, con su alegría que se le escurría, con lágrimas que asomaban a sus ojos.

–¿Por qué nos odias tanto? –dijo con voz entrecortada–. ¿Por qué, qué te hemos hecho? Crees que somos un horror, que yo no valgo nada, ¡lo sé!

–No, no sabes nada –le dije–. Me río de mí. Sois vosotros, en tu casa, los que creéis que yo no sirvo para nada, que soy un horror, y te diré algo, Jill, en este momento estoy de acuerdo con tu familia.

Contemplé su cara, se había encogido, blanca y pálida, habían desaparecido el color y la confianza; pronto sonrió. Me dijo, con ganas de engatusarme:

–Sabes, tía Jane, tienes una idea equivocada de mí. No hago escenas, no doy portazos, no dejo cosas por ahí, no espero que me cuiden...

–Una historia verosímil, siendo hija de tu madre –le dije, tomándole el pelo.

–No soy Kate. Y se lo he dicho a mi madre, ¿Por qué siempre has dejado que hagamos lo que nos da la gana? ¿Por qué eres una alfombrilla?

–¿Te dio una respuesta inteligente?

Rió ella, reí yo.

–Podrías empezar a congraciarte conmigo si no insistieras en llamarme tía Jane, o tía.

–Muy bien, Janna, lo has conseguido.

–Si la hija de mi hermana se permite llamarme Janna, entonces...

–Ah, tía, ah, Janna, de lo que no te das cuenta, ves, lo estuvimos hablando...

–¿Estabais *hablando*? ¿Una agradable discusión familiar?

–Claro. ¿No puedes creer que eres motivo de discusión? Claro, has sido una especie de *centro de atención* para... bien, todo. En la familia hay divisiones y cismas respecto a ti.

–¿Los hay?

–Sí, y como yo lo veo, debe remontarse a cuando tú y mamá erais unas niñas. Porque vemos muy claro que en, digamos, diez años, tendremos problemas derivados de cómo somos *ahora*. En particular, Kate y yo. Si alguna vez queremos vernos. Es tan *pesada*.

–¿Nos ayudaría a tu madre y a mí si recordáramos por qué nos peleábamos a los quince años?

–¿Por qué os peleabais? Mamá dice que nunca os peleabais.

–Tonterías. Me hacía la vida imposible. Era la guerra, ya sabes. Había escasez de todo. Me si saba mi ración. Tenía que llevar las ropas que ella dejaba.

–Ah –dijo la joven psicóloga.

Le dije a Jill que, naturalmente, no empezaría inmediatamente. Tendría que esperar una baja y no conseguiría un empleo si alguien mejor preparado lo solicitaba.

–No creo en el nepotismo –le dije.

–Confío en que lo hagas, hasta cierto punto –dijo, con un humor que ahora sé que utilizará para «manejarme».

Cuando se fue, me quedé exhausta. Lo había aceptado, como algo que debía suceder. Cuando Jill se mude aquí, mi vida será una vida compartida. Es el final de la maravillosa soledad. Ah, ah, ah, no puedo soportarlo, no puedo. Ah, cuánto me gusta estar sola, los placeres de la vida solitaria.

Les dije en la oficina que me tomaba otra excedencia de un par de semanas. La mirada de Phyllis. Murmuró:

–¿No estarás aquí cuando llegue el nuevo director?

–Ahora me tomaré un par de semanas. Estaré de vuelta cuando él se incorpore.

Su mirada quería decir, No te comprendo. Mi mirada, Me comprendo a mí misma y es suficiente.

Placer.

Me desperté temprano, no había salido el sol, nubecitas doradas y rosadas en un cielo gris que espera llenarse de luz del sol. Principios de verano, un verdadero día de verano. Estoy en la cama, mirando, escuchando los pájaros, el tintineo de las botellas de leche. Estaba dentro de mi cuerpo fuerte, saturado de salud y energía, me desperecé y bostecé hasta despertarme, salté de la cama, con el pensamiento en *Gran dama*. Escribí sin parar, llamó Joyce, acababa de salir de la cama. Insultos amistosos. Le dije: Mi sobrina Jill se apoderará de mi vida, y ella me dijo:

–Maravilloso, ahora sí que tienes una carga real. Una joven alma en ciernes que, si va por mal camino, será culpa tuya.

–Eso es lo que tú te crees, no yo.

–Ah, tú también, pero es inconsciente, no puedes ganar esta partida. No, no, tu herencia es la culpabilidad, Janna.

–¿No es la tuya?

–Me he liberado de ello. Por cierto, ¿que te parece si adoptas a mis dos culpabilizadores? Cuanto antes mejor, por lo que a mí se refiere.

–No, no sé nada del *amor*, tú ya lo sabes. Te dejo a tus retoños criados en el amor para ti, Joyce.

–Debo decir que es la coartada más esmerada que podías imaginar.

–¿De qué hablas?

–Si tienes a tu sobrina Jill contigo, no puedes tener vida propia, no tendrás vida personal y por lo que se refiere a un amante, está fuera de dudas.

–Supones que quiero tener uno.

–Claro que lo quieres. Por lo menos inconscientemente. Tienes derecho a tenerlo. ¿Lo sabes?

–Pero tuve una vida sexual satisfactoria.

–No, tienes *derecho* a tener vida sexual siempre. Hasta los noventa años.

–Si tú lo dices, Joyce. ¿Cómo va tu vida sexual?

–Estoy en ello.

Luego tomé un baño, rápido. ¿Qué ha pasado con mis maravillosos y largos baños, mis perfumes, aceites y esencias? No tengo tiempo, eso es.

Hacia las nueve ya estaba en la calle, paseando despacio de aquí para allá, disfrutando como sé hacerlo. ¡Ah, el buen humor de esta ciudad, la simpatía, la cordialidad! El sol brillaba a rachas, entrando y saliendo de nubes blancas. Suave. Entré en la boutique plus cafetería plus tienda macrobiótica y, puesto que no había nadie allí, Mary Parkin salió del mostrador, se sentó a mi mesa y me contó el último capítulo de aquel largo serial, su guerra con su vecina respecto al cruel trato de aquella malvada mujer a su gato. Me tomé un delicioso pastel de cereal, saludable, alimenticio. Luego bajé por la calle mayor y me quedé un rato en el quiosco de los periódicos mientras un joven trabajador, alto, gallardo, guapo, tomaba el pelo a las dos respetables damas de mediana edad porque vendían una revista en que se aconsejaba a una recién casada que se cortara el vello púbico en forma de corazón para recuperar a su marido.

Había comprado la revista ayer para su esposa, se habían reído de buena gana y ahora no había podido resistir, según dijo, entrar y contarles el chiste también a Madge y Joan.

–Bien, nunca se sabe –dice él–, pensamos que debíamos llamarles la atención, a fin de cuentas, tal vez ustedes no lo advirtieron y no querrán descuidar su pelo púbico, ¿no?

–No creo que recientemente haya tenido demasiadas ocasiones de advertirlo –dice Madge y pregunta a Joan–: ¿qué pasa contigo, querida?

–Mi pelo púbico no es lo que era –dice Joan, alcanzando el *Sun* y el *Mirror* a una anciana (como podría ser Maudie o Eliza Bates) que está escuchando sin dar crédito a lo que oye.

–De no estar casado –dice el joven– procuraría ver lo que puedo hacer, pero como están las cosas... bien, entonces, guarden el *Homes and Gardens* para nosotros, Lily dice que si no puede permitirse

una nueva decoración, por lo menos le queda la solución de leer al respecto.

Y se va. Las dos mujeres se miran y ríen, lo que significa: Qué tiempos aquéllos, y prestan atención a la anciana, que revuelve el bolso en busca de cambio. Esperan pacientemente y advierten que se siente molesta por lo que ha oído, y luego le preguntan por su marido.

Ella y yo llegamos a la acera al mismo tiempo. Me mira directamente con ojos llenos de sorpresa y susurra:

—¿Lo ha oído?

Adopto otro papel y le digo:

—¡Qué vergüenza! —al tiempo que recuerdo el sincero dolor de Eliza cuando refiere lo que oye por la radio, en la tele, lee en los periódicos. Pero, ¿qué le pasa a la gente, por qué ahora los jóvenes son así?

Sin embargo, Joan y Madge no son jóvenes, ésta es la razón de que se sienta desgraciada. Avanzamos por la acera, ella se queja y se calma.

Y ahora el autobús. A esta hora, los oficinistas han desaparecido del lugar y el autobús está lleno de mujeres. La camaradería de las mujeres, que se sientan tranquilas, rodeadas de cestas y bolsos de la compra, que gozan de un agradable paréntesis y del buen día. Un autobús a las diez y media de la mañana es otro mundo: no tiene ninguna relación con los autobuses de las horas punta.

Estas mujeres que mantienen la situación, que apuntalan nuestras citas importantes con los grandes acontecimientos a base de múltiples actividades tan humildes que, si les preguntamos al cabo del día qué hicieron, pueden responder, y lo hacen con frecuencia: Ah, nada importante.

Se dirigen a una tienda a tres paradas, a comprar lana para el jersey de un nieto, botones para un vestido o una blusa, o un carrito de hilo de algodón blanco, porque siempre hay que tenerlo a mano. Van al supermercado o a pagar el recibo de la electricidad, o a cobrar sus pensiones. Las empleadas de la ayuda domiciliaria van a que les preparen las recetas para Eliza Bates, Annie Reeves, la señora Cole, la señora Brent y el señor Hodges. Alguien ha salido a comprar postales de cumpleaños, una por cada miembro de la familia, que mandarán al tío Bertie, que cumple sesenta y cuatro años. Mandan un paquete a Ciudad del Cabo, para una sobrina y su familia, emigrantes, porque ha pedido una cierta marca de camisetas que no se puede, según parece, conseguir en Africa del Sur. O un paquete con galletas de elaboración casera a Gales, para una prima. Algunas se dirigen a Oxford Street, en una expedición semanal o mensual, que consideran unas vacaciones, un descanso y se pasarán horas probándose vestidos y mirarán con detenimiento prendas que podrían resultar adecuadas para madres, hijas, maridos, hijos. Vuelven a casa después de varias horas de ardua labor por las tiendas con unas enaguas, un par de medias y un monederito. Todo podrían haberlo comprado en la calle mayor, pero no es tan divertido. Más tarde visitarán a parientes que están en sus casas, para llevarles todo tipo de artículos que necesitan en especial, como dentífrico, o cierta marca de pastillas para la garganta; irán al hospital y se pasarán horas de visita con una abuelita; pasarán por casa de una hija para tomar una taza de té o acompañar a un nieto al parque. Se dedican a estas cosas durante todo el día y el buen carácter que resulta de su competencia rebosa y salpica dentro del autobús, por lo que se intercambian sonrisas, la gente habla del tiempo —en otras palabras, se ofrecen consuelo y ánimo mutuos —y hablan con humor de la vida a través de sucesos que divisan en la acera.

En el Victoria and Albert, con todo el tiempo del mundo, contemplé una sillita, de principios del siglo dieciocho, de una madera como seda, y su vida y época me parecieron tan enormes, que lo abarcaban todo, como escuchar la conversación de Maudie, o la de Eliza, resultaba una afirmación tal, instalada allí solemnemente, *¡Mirame!*... fue suficiente y me encaminé al restaurante y allí estaba un caballero, ésta es la palabra, cortés y simpático, dispuesto como yo a unas palabras amistosas mientras comes, y allí nos sentamos y no hablamos más de lo debido sobre nuestras respectivas vidas y épocas. Agradable. En la escalera se fue por su lado y yo por el mío, al piso superior de un autobús en esta ocasión, porque ya eran primeras horas de la tarde y ya no era el momento de las mujeres; escuché la conversación del conductor con un pasajero, al estilo londinense, irónico, seco,

con un toque de surrealismo.

En la calle mayor, el café donde a veces encuentro tiempo para una media hora de comida con Vera, pero ahora me instalo sola, escuchando la conversación de un par de jovencitos sin trabajo. Uno es negro; el otro, blanco. Juventud. Hacen tiempo, como yo. Me digo: Esto es una tragedia, deberías sentirte mal, pero no tienen la cara trágica, sino de buen carácter; sí, tristes, diría yo, pero lejos del desamparo. Bromeaban y planeaban ir al cine. Decidí no entristecerme no hoy, no en este día perfecto. Hablé un poco con ellos pero yo era aquella cosa externa a su experiencia, la «anciana» probablemente, para la edad de ellos; se mostraron agradables pero no se abrieron ni compartieron nada. Se fueron y me dijeron: Hasta otra. Cuidese.

Fui a casa de Maudie y, no, esto fue lo malo del día. Maudie está tan enferma... pero basta, la dejé y me fui, pasando por delante de los ciervos, los pavos reales y las cabras en Golders Park, a tomar un buen café en la terracita con los sagaces viejos judíos acomodados, que en verano se sientan allí, para broncearse y relucir, y con las madres con sus hijos. En la gran extensión de hierba verde, las sillas de lona eran como veleros, como veleros de colorines, kilómetros de cielo azul, sin una nube y la gente esparcida por el lugar empapándose de sol.

Volví a casa al atardecer, muy tarde, pasadas las nueve y aquí estoy, en mi mesa, es la hora del diario, e intento captar este día, este día magnífico, para que no se esfume para siempre. Porque es precioso, raro. Ah, sé valorarlo, un día así, tiempo que perder, todo el tiempo del mundo... pero sólo por un día, nada que *deba* hacer, nadie a quien *deba* ver, excepto a Maudie, ah, pobre Maudie, pero no pensaré en ella hasta mañana. Un día en Londres, el gran teatro, espléndido Londres cuya cualidad es el buen humor irónico y la amabilidad, un día para mí, en soledad. Gozo perfecto.

Se han acabado las dos semanas. Aquél fue el día mejor, debido al sol, pero disfruté de todos los días, quince, largos y perezosos. Excepto por Maudie. Le hago miles de cosas una vez más.

Finales de verano. He trabajado y trabajado, cuánto trabajo, cómo me gusta ser capaz de hacerlo... y cómo voy a disfrutar de no trabajar tanto, cuando trabaje sólo media jornada. Pronto.

Jill está en mi piso, en mi hogar, está en mi «estudio», una habitación adecuada, no demasiado grande, pero ella apenas si está aquí. Se ha entusiasmado con la oficina... como yo, durante todos estos años. Se ha entusiasmado con Phyllis y Phyllis con ella. Trabajan juntas, Jill empapándose de todo. No ve a Phyllis como yo la veo... como la *veía*; Phyllis ha cambiado, ha perdido agresividad. Es amable con Jill, delicada, generosa.

El director nuevo. No voté por él, lo eligió el consejo de administración. A primera vista nos resultó evidente, a Phyllis y a mí, en realidad a todo el mundo, que sería un director de transición. Phyllis estaba furiosa por la injusticia del hecho: ella es demasiado joven para ser directora, el asunto ni se planteó, naturalmente, pero era adecuada para el cargo. Ahora tiene que trabajar *a través* de él. No puedo decirle, Muchacha, no prestes atención, no pierdas tiempo con enfados, no cambiará nada.

Instrucción indirecta. Lo que hice fue hablar mucho de los viejos tiempos en que Joyce y yo trabajábamos juntas, lo dirigíamos todo, mientras que el supuesto director bailaba a nuestro son. Phyllis, con una sonrisita bonita, me escucha, con los ojos llenos de irónico disfrute. Jill aún no comprende lo que le digo, pero contempla a Phyllis con tal concentración que pronto lo comprenderá. Nunca he hablado pestes del pobre Charlie.

Estoy metida en «preparar» a Charlie para el cargo, que ocupará al final de este tiempo. Es un hombre agradable, me gusta. Un producto de los años sesenta. Menuda panda de blandos, indisciplinados, todo les resultó demasiado fácil. Simpático, canoso, le sobra un poco de peso, siempre esperas descubrirle manchas de comida en su cuello cisne. *No presta atención.*

Durante años me he preguntado qué diferencia existe entre el diez por ciento que trabaja realmente y el resto que deambula por el lugar aparentando trabajar, quizás incluso creyendo que trabaja. El pobre Charlie entró en la oficina y esperó que le dijeran lo que debía hacer. Naturalmente, por mi parte había pensado *dónde* debería estar. No iba a echar a los fotógrafos de su sitio, necesitan espacio. No veía la razón para que nos mudáramos de nuestro despacho, ni nunca ha sido de los mejores. No, el despacho que se utiliza para las reuniones del consejo editorial, oficioso y bastante

arreglado y apartado. Me mudé a este despacho, con Charlie, y dejé a las dos muchachas donde habíamos estado con Joyce. Nos entendemos muy bien.

Charlie ha dirigido una reví para profesionales, un producto limpio, brillante, de buen aspecto. (Pero, *en realidad*, ¿quién la dirigía?) Se instala, desliza papeles por la superficie de la mesa grande, mientras yo le cuento historias de nuestra reví, los cambios, cómo debería ser ahora «en mi opinión»... que Dios no quiera que yo piense que mi opinión debería importar ahora, ya estoy de salida. Ah, pero Janna, claro que debemos tener en cuenta tus ideas...

Él nunca inicia nada... Bien, ¿acaso importa esto? La pasividad es una gran virtud, en ocasiones. Ser capaz de dejar que las cosas sucedan: ah, sí, hay que saber cómo hacerlo. Pero también tomar el control, en el momento adecuado, hacer que la maquinaria se ponga en marcha, utilizar la inercia, *hacer que las cosas tengan lugar*.

Joyce sabía esperar, escuchar, entrar luego en acción y controlar. Quizá, pensé, Charlie es uno de éstos. Pero no, estoy segura de que no lo es. *No hace nada...*, bien, muy pocos hacen alguna vez algo. Es interesante contemplar a la gente que no trabaja. Entra el correo, me lo pasa, lo repaso con él. Dice: ¿Qué te parece esto o aquello? Le digo: ¿No te parece que...? Me dice: Bien, quizás... y me encuentro que hago las llamadas, entra mi secretaria y Charlie se enfrasca con papeles mientras yo dicto. Cada día tiene una comida de trabajo, con alguien. Vuelve tarde a la oficina y, para entonces, todo está en marcha. Se instala, hablamos, dicta un par de cartas y se acabó la jornada. *No ha hecho nada*. Incluso me ha dicho, sonriente, pero ciertamente la sonrisa tenía un algo de ansiedad, Un buen organizador sabe cómo delegar.

Está bien: todos nuestros departamentos seguirán bastante bien su propia dinámica durante mucho tiempo, sin intervención.

Mientras, está Phyllis, está Jill, y ya saben de qué va. Son ellas en quienes –según piensa Charlie– él delega la responsabilidad. Miro a Phyllis cuando entra para recibir instrucciones, hacer sugerencias. *No se permite intercambiar miradas conmigo, nunca da ni la más mínima indicación de complicidad.* ¡Ah, un diez, Phyllis! Allí está, competente, tranquila, naturalmente vestida con sus ropas suaves, sedosas, alentadoras, y dice:

–Charlie, me preguntaba qué pensarías si nosotras...

–Bien, más o menos estaba pensando una cosa parecida –le dirá, media hora más tarde. Y cuando entro en el despacho de ellas, para charlar, hablamos como si Charlie efectivamente hubiera iniciado esto o aquello, como si Charlie tuviera el control.

Sigue el espléndido otoño, día tras día, y esta tarde, después de limpiar mi piso (ciertamente, la habitación de Jill está muy ordenada), y poner mi ropa, mis manos, uñas, etc.. a punto, estaba mirando el cielo, cuando de repente corrí al coche y me fui a casa de Maudie.

–Maudie –le dije–, vamos al parque.

No sabía qué contestar, me di cuenta, y le dije:

–Vamos, Maudie, vamos... Sólo por una vez, diga sí.

Sonrió con su sonrisa animada, dócil, la que veo con tanto alivio, y dijo:

–Pero ya había preparado bocadillos y las tazas están dispuestas.

A toda prisa me meto dentro, cojo su abrigo, sombrero, bolso, y ella deja que yo lo organice. En diez minutos, Regent's Park. Doy vueltas con el coche por la circular interior del parque, contemplando el oro, el bronce, el verde bajo el cielo azul, Maudie tiene la cara vuelta y se la protege con una mano. Pienso, está llorando, sí, pero no. *No voy a advertirlo*. Por tanto, mantengo la mirada lejos.

–¿Puede andar un poquito?

Afortunadamente hay una plaza de aparcamiento a unos metros de la puerta de entrada del café. Son

unos veinte metros que resultan largos, veo cómo su salud se ha deteriorado desde que estuvimos aquí el verano pasado. Odié esta frase la primera vez que la utilizó la sarcástica Hermione de botas bonitas, y ahora la odio cuando la emplea Vera, pero también yo la empleo. La salud de Maudie se deteriora por momentos... se pasa como los comestibles. Finalmente llegamos donde están las mesas. Aún quedan rosas, motas de color y perfume, en el lugar adecuado, y los gorriones muy bien alimentados saltando por doquier. Instalo a Maudie y voy por café y pasteles. Maudie come, come, a su manera lenta, metódica, con gusto y, entre los pasteles, sonrío a los gorriones, *Pequeñitos, pequeñitos...*

No puedo creer lo mucho que es capaz de comer, cuando pienso en su pequeño estómago amarillo. Y Maudie dice: Hay que dar de comer a una úlcera, dicen... sin pedir excusas, pero mientras, se hace preguntas, porque también ella está sorprendida de lo mucho que tiene que comer y comer, en ocasiones rebanadas de pan con mantequilla después de acabar lo que le traen los de «comidas a domicilio» o se come un paquete entero de galletas.

Luego, la paseo en coche por el camino circular mientras se protege la cara y mira los árboles amarillos y las sombras debajo de ellos.

Maudie. Parece estar mejor: si se puede decir eso de una mujer con cáncer. Sus terribles enfados son poco frecuentes, su estado de ánimo es a menudo afectuoso, incluso alegre. Paradójicamente porque piensa que la he abandonado. Justo después de llevarla al parque me desperté de nuevo con mi espalda que parecía anudada. No resultó algo tan terrible como la última vez, y desapareció al día siguiente. Pero supe lo que debía hacer. Llamé a Vera Rogers, hablamos largamente y me fui a casa de Maudie, me senté y le dije:

–Mire, Maudie, tengo que explicarle algo y, por favor, escúcheme, sin enfadarse conmigo.

Este «enfadarse» era ya una nota que había decidido no utilizar: porque me había pasado horas la noche anterior diciéndome, es una mujer inteligente, es sensata, sólo tengo que explicárselo... Ah, qué tonterías; la verdad es que casi de inmediato ya miraba para otro lugar, con su mirada dura temblorosa, abandonada, miraba al fuego y no quería, en absoluto, mirar hacia mí.

Le decía que debía tener una auxiliar, aunque sólo fuera un par de veces por semana, para la compra; y era necesaria una enfermera para lavarla. O yo estaría permanentemente postrada en cama y no me vería nunca.

No dijo ni una palabra. Cuando acabé, dijo:

–No tengo alternativa, ¿no?

Más tarde dejó muy claro que culpaba de todo a Vera Rogers, aquella villana.

Caí en la cuenta de que ya no podía esperar sentido común de su parte.

La auxiliar es una irlandesa agradable, a quien advirtieron que la señora Fowler era difícil y que se pasó horas llamando a la puerta hasta que Maudie la dejó entrar, con rechinar de dientes, miradas feroces y murmullos.

–¿Qué voy a comprarle? –dijo Molly educadamente.

–Lo tengo todo –dijo Maudie.

–Oh, cielos –dijo Molly, para intentar luego algo que funciona con otra anciana difícil–. Estoy tan cansada ¿puedo sentarme y fumar un cigarrillo? –y miró hacia la terrible butaca y se sentó en la silla de madera junto a la mesa. A Maudie no se le escapó aquella repugnancia, a pesar de que había aparecido sólo un momento, por lo que decidió odiar a esta chica:

–No le puedo impedir que se siente –le dijo.

Molly supo que en este lugar no debía sentarse ni mostrarse parlanchina. Apagó pronto el cigarrillo y le dijo:

–Si no hay nada que yo pueda hacer, me iré.

Ante esto, Maudie permaneció silenciosa, pero luego dijo de una manera precipitada, furiosa, casual:

–Galletas... y podría traer algo para el gato... no quiero echarla.

Partiendo de esta base, la pobre Molly consigue comprar algunas de las cosas que Maudie precisa: pero cuando intentó inspeccionar la cocina, donde habría podido utilizar su inteligencia para descubrir lo que faltaba, Maudie le dijo:

–No recuerdo haberla invitado a entrar.

Por lo tanto, cuando Maudie se olvida, cosa harto frecuente, se queda sin la cosa. Y cuando voy allí, salgo a comprársela. Me siento ridícula; a fin de cuentas sólo me toma unos minutos. Ella considera que es ridículo que tenga que acomodarse con esta auxiliar, todo debido a que yo me he vuelto fría e implacable.

Lo peor, naturalmente, fue que una enfermera negra debía lavarla; la enfermera es negra, o demasiado joven o demasiado vieja, o blanca, con manos duras o frías... no es Janna... No dejaba entrar a las enfermeras, pero descubrió que yo me mostraba poco amable y no respondía a sus peticiones silenciosas. Luego decidí dejarlas entrar, pero no podían encontrar las cosas para lavarla, no podían encontrar ropa limpia, y sus preguntas, en un principio amables y pacientes, luego cada vez más irritadas y perentorias, chocaban con respuestas en un susurro. La primera enfermera era negra; la segunda, blanca, lo intentó dos veces y desistió; la tercera, al cabo de un tiempo, consiguió lavar a Maudie, quien consideró que era algo tan vergonzoso y doloroso que, cuando llegó otra enfermera, recibió los gritos de:

–Lárguese, no quiero a nadie de su calaña, me las puedo arreglar sola.

Luego hubo un periodo ridículo en el que, al llegar yo por la noche, me encontraba con Maudie, apestando, con la mirada desesperada y avergonzada. Nos instalábamos allí como siempre, a cada costado del fuego, me entretenía con las mismas historias, porque se le han acabado los recuerdos, y entre nosotras existía el conocimiento de que yo no la lavaría, que yo, su amiga, ya no era su amiga.

–Cuando aún era mi amiga –empezó a decir en una ocasión, sin querer que supusiera una presión, sino porque es eso lo que piensa.

Muy pronto empecé a pensar, es una anciana que se muere de cáncer y yo no estoy dispuesta a malgastar media hora de mi tiempo para lavarla.

Llamé a Vera, le dije que anulara las enfermeras, que mantuviera la ayuda domiciliaria y, desde entonces, lavo a Maudie. Pero no cada día, porque no puedo. Temo a esta enemiga silenciosa, mi espalda.

Cuando llego, Maudie se pregunta, a veces con verdadero sufrimiento y horror ante su condición de suciedad y hedor, ¿estará hoy de buen humor? Lo percibo, y le digo:

–¿Qué tal un baño, Maudie?

¡Su cara! El alivio en la pobre cara anciana... Cuánto odia ir sucia, sentir repulsión hacia sí misma. En cierto sentido, mi entrada en su vida fue algo malo para ella, porque antes había podido olvidarlo un poco, no advertía la suciedad de sus asquerosas ropas, sus puños con mugre, la porquería en las uñas.

Por lo tanto, aproximadamente cada tres días la lavo de los pies a la cabeza. Y no se ha ensuciado, aunque a veces va mojada.

En parte, comprendo la vigilancia y el esfuerzo que supone mantenerse sin suciedad: cuántas veces se arrastra hasta el frío retrete, cómo se las ingenia para burlar sus intestinos. Por otra parte, hay algo más: no quiere que Janna –la espía de Vera Rogers– sepa lo que ella hace; por lo tanto, hará lo imposible, incluso permanecer sentada durante toda la noche, para no tener que usar el orinal. Pero

en una ocasión tuvo que utilizarlo, no pudo salir a tiempo y yo llegué antes de que ella pudiera vaciarlo. No me impidió sacarlo, pero me miró a la cara de una forma que me decía que éste era el momento temido, ahora había llegado. Pensé que había bebido café de verdad: recordaba algo respecto a intestinos descompuestos por ingestión de café. Llamé a Vera al día siguiente; me dijo: Oh, debería llamar al médico para que la visitara, *debería*. No lo hagas, le dije, por favor, no lo hagas. Déjala tanto como sea posible.

En consecuencia, ahora, en vez de la Janna verdadera amiga, la *persona determinada* (que es nuestro *alter ego*) en quien se puede confiar, que siempre contestará afirmativamente y hará lo necesario, ella tiene a esta otra Janna, que pone limitaciones y que a veces lo hará y otras no.

Acompañé a Maudie a visitar a su hermana. Eligió un domingo en que creyó que se encontraría lo bastante bien como para no quedar mal. Llamó a su hermana, arrastrándose por los peldaños hasta la cabina telefónica de la esquina y luego me dijo que todo estaba arreglado, cogería un autobús, lo había hecho muy a menudo, no era preciso que yo fuera.

Era un cálido día de noviembre. Maudie se puso su mejor vestido de seda azul oscuro con rosas grises y rosadas. Se lo había regalado la amiga actriz de Hammersmith poco después de la Segunda Guerra Mundial. Llevaba un abrigo negro, un sombrero de paja negro con una cinta de satén negro y un ramito de rosas: se lo había comprado hacía cuarenta años, para una boda. Cuando la recogí, pensé que muy bien podía ser la madre de Liza en *My Fair Lady*: pobreza raída, pero valiente. Pero también había un elemento animado, incluso elegante en ella, porque Maudie, al visitar a sus parientes, a los que no había visto desde hacía años, se presentaba ante ellos como la idea que tenían de ella, una pariente pobre y excéntrica, que no había llegado a nada, a quien deseaban poder olvidar.

Era una bonita casita, vieja, con jardín, una de las muchas esparcidas entre los altos bloques de viviendas nuevas, las tiendas masificadas, los garajes, las calles ruidosas. Con el coche dimos una vuelta, en busca del lugar, y allí estaba: casi un pueblecito, o la porción de uno. La verja del jardín pintada, un camino de entrada entre las rosas descoloridas del otoño; allí estaba el clan, que esperaba para recibir a tía Maudie y a su nueva amiga. Curiosidad. Son un hatajo horrible, duros, despiertos, *comunes*... una palabra que nunca debimos haber permitido que cayera en desuso.

La hermana, mayor que Maudie, es una matriarca, aún activa y al mando. Preparó la comida, dio órdenes a las hijas y a las nietas para que dispusieran la mesa, instruyó a los hijos y a los nietos para que sacaran la basura, abrieran una ventana atascada y alargaran la cadena del váter.

Doce de ellos, todos con ropas al día pero de mal gusto, que hablaban de sus coches, sus máquinas de cortar el césped, sus vacaciones. Todos están bastante más arriba que Maudie y su hermana Polly, pero, ¿cómo los clasificarías en relación con el taimado abuelo, el juerguista Charlie? Me quede pensando en nuestro sistema de clases, no siempre fácil de definir, mientras yo respondía a preguntas respecto a mi trabajo, aunque no les conté la verdad, porque habrían imaginado que les mentía, sino que era una secretaria; preguntas respecto a Maudie. No obstante, sabía lo que seguiría, y llegó:

—¿Así que usted es la Buena Vecina de Maudie?

Estaba decidida a no dejar que a Maudie le estafaran la única amiga verdadera y propia, dije:

—No, no soy una Buena Vecina. Soy amiga de Maudie. Ahora ya hace tiempo que nos conocemos.

No lo aceptaron, cruzaron miradas sobreentendidas. Le lanzaban en voz alta preguntas protectoras a Maudie, como si se tratara de una medio tonta; y ella allí, entre ellos, con sus mejores galas, la cabeza que le temblaba un poco, desafiante y culpabilizada y, obviamente, indispuesta, pero intentó afrontar esta presión realmente horrible, que la hacía parecer ridícula y estúpida. Una tímida pregunta a su imponente hermana:

—Polly, ¿recuerdas cómo solía hacer panecillos de fruta para Paul?

—¿Sí, Maudie? Siempre te afanabas con invenciones, ¿no?

Y:

–Polly, ¿ésta es la vieja salsera? La recuerdo de casa.

Polly, entonces, con largo y enfadado bufido:

–No creas que ahora será tuya, porque no lo será. ¡Ya te quedaste con lo que te correspondía!

¡Oh, madre!, ¡Oh, mamá!, ¡Oh, querida! de los «niños», ya entrados en años ahora, y de los nietos, de veinte y treinta años, intercambiando miradas divertidas porque resucitaba una tradición familiar: cómo tía Maudie intentaba siempre quedarse con las cosas de la abuelita, siempre sableaba y pedía, y ahora vuelve a las andadas.

Maudie, al advertir lo que está sucediendo, se calla, y permanece en silencio, excepto para decir sí y no, durante la comida.

Somos catorce alrededor de una larga mesa con un añadido que llena el comedor, que es la habitación que utiliza todo el mundo; hay una habitación delante, como la anticuada sala, limpia y resplandeciente de forma poco natural. Nos pasamos las fuentes, llenas de patatas al horno grasientas, col acuosa, chirivías esponjosas. El rosbif es bastante bueno. Nos pasamos los frascos con salsa de rábano y ketchup y una vinagrera de plata tan grande como para un hotel... o para que se reúna esta familia. Comemos ciruelas en conserva, del jardín, y un budín dulce maravilloso, ligero y crujiente, con salsa de mermelada. Tomamos un té muy fuerte. Los de mediana edad hablan de sus huertos, de conservar y de congelar lo que cosechan; los jóvenes, de pizzas y comida extranjera, que han comido en sus viajes. Según parece, tienen una gran cantidad de hijos pequeños, pero no los han traído a esta reunión, porque sería demasiado para tía Maudie, dicen; han dado en el blanco: unas lágrimas asoman a los ojos de ella; pero no descubrí a qué se referían. Esta gente no se ve excepto en Navidad, cuando todos se reúnen aquí, todos. Se toman mutuamente el pelo de forma constante, un juego duro, cruel, en el que mantienen vivos momentos de debilidad, de fracaso, de traición. Sus caras brillan de fuerza, de confianza y de esta crueldad descuidada. La matriarca está tranquila, sonriente. Fácilmente veo a su padre en ella: jamás he visto sombra de él en Maudie. Aquella tiene la cara ancha y roja, debajo de unos rizos blancos y lanudos que dejan ver su rojo y reluciente cuero cabelludo. Tiene un cuerpo macizo, dentro de un vestido de crêpe marrón y blanco, muy apretado y horrible. Tiene unas manos pesadas y enrojecidas, con los nudillos brillantes e hinchados. Camina con bastón. Tiene noventa y seis años: buena para diez más. Todos comen, comen, comen; todos comemos. Y Maudie come más que nadie, sentada en silencio, la mirada en el plato, concienzuda y metódica, nos tiene a todos esperando mientras da cuenta de la última migaja.

Todos sentados modositos alrededor de la mesa cargada con sonrisas de superioridad, un buen humor falso, mientras le toman el pelo con: Tía Maudie hizo esto, tía Maudie hizo lo otro.

No responde ni una palabra.

Al acabarse la comida, me dijo:

–Ya va siendo hora de que nos vayamos –miró directamente a su hermana, levantó la voz y dijo–: Ahora que ya me he comido lo de tu casa y de la nuestra.

Risitas nerviosas de los hijos; diversión de los nietos. Los biznietos ausentes nunca han debido oír hablar de tía Maudie.

La matriarca se limitó a sonreír, regia y dura. Dijo:

–Te he preparado un pastelito de Navidad como siempre, llévatelo a casa.

–No recuerdo haberlo visto el año pasado, o el otro.

–Ah, tía –dijo una sobrina.

La matriarca hizo un gesto de cabeza a un joven, quien le entregó a Maudie un pequeño tazón blanco. En un principio, estaba dispuesta a dejarlo, pero luego me lo dio a mí:

–Tómelo.

Cogí el pastelito, que a lo mejor hubiera alimentado a un par de gorriones, y todos nos dirigimos a mi coche. Maudie estableciendo el paso. Ah, cuan amarilla y terrible se veía en la luz otoñal. La familia lo vio y comprendió. De repente, un escalofrío en todos ellos, en aquellas caras acomodadas y frescas, mientras contemplaban al chivo expiatorio de la familia, pequeño y negro. Intercambiaron miradas llenas de pánico, levantaron las voces y gritaron:

–¡Adiós, tía, ven pronto!

–Eso –ordenó la hermana–, tienes que hacer que tu Buena Vecina te acompañe otro domingo. Pero avísame con antelación –había decidido no entender que Maudie no volvería. Me dijo–: Está tan bien para Maudie tener una Buena Vecina. Si no se lo he dicho una vez, se lo he dicho cien, necesitas ayuda domiciliaria, te lo tengo dicho.

Así la familia de Maudie le robó finalmente su logro, una verdadera amiga suya, alguien que la quiere. Porque quiero a Maudie, y no podía soportar tenerla sentada a mi lado, temblando, lloriqueando. Le dije:

–Maudie, usted vale más que cien de éstos y estoy segura de que siempre ha sido así.

Nos encaminamos a casa, en silencio. Me quedé toda la tarde con ella, preparé té, le hice la cena, la mimé. Pero no atendía y estaba triste. Al día siguiente se produjo un verdadero cambio en ella. Esto fue hace tres semanas. Y, desde entonces, ha ido en franca decadencia.

Hace una semana, empezó a hablar de que en una ocasión, cuando era niña, la llevaron a una celebración religiosa de Nochebuena y nunca había olvidado al Niño en el establo, y los ángeles. Pedí a mi secretaria que se informara dónde habría un servicio de fácil acceso, pero al final me decidí por la iglesia al final de la calle de Maudie, de modo que no tuviera un trayecto largo.

Ha hablado la semana entera, y por vez primera, de los servicios religiosos en los que tomó parte cuando era niña, pero claramente el dandy de su padre, su lío y la pobre esposa no sentían un gran entusiasmo por la religión. De lo que habla es de los cantos, lo bonito de la iglesia, las vidrieras de colores, «el agradable olor de la madera», las flores.

Ayer noche, con el coche, la acompañé muy lentamente el centenar de metros que hay aproximadamente hasta la iglesia: y pude ver cuánto –de nuevo– había empeorado, puesto que sólo hace cinco semanas que la llevé a casa de su hermana; pero ahora el suave movimiento del coche la molestaba. La ayudé a bajar del coche y la acompañé hasta el interior de la iglesia. Por fuera, era el habitual edificio pequeño y agradable, nada notable, pero tan pronto llegamos a la entrada, empecé a verlo todo a través de los ojos de Maudie. Se quedó inmóvil mirando, levantando los ojos hasta los espacios negros en el techo y luego el resplandor de los cirios en el altar. A un lado, un recién nacido en una cuna, los ángeles, con vestimentas azules y escarlata y coronas doradas, arrodillados ante María, que era una jovencita radiante de mejillas sonrosadas y una sonrisa encantadora.

Cerca, los tres reyes, con las manos llenas de regalos envueltos en oro y plata, atados con escarlata. Y alrededor, sobre la paja suave y centelleante, estaban los corderos. Un perro de verdad, el del rector, un terrier blanco y lanudo, tendido entre los corderos.

Qué bonitos, exclamó Maudie, por lo que la gente se volvió para mirar a la anciana, doblada, vestida de negro, que sonreía y temblaba. También ellos sonrieron, porque había sólo la luz borrosa de los cirios y nadie podía ver que estaba muy enferma y amarillenta.

Con gran lentitud nos dirigimos a la nave, porque ella no miraba por dónde pisaba, sólo la bella escena junto al altar, nos sentamos en el primer banco, donde pudimos ver al obediente perro que jadeaba y bostezaba por el calor de los cirios. Qué bonitos, qué hermosos, pequeñitos, mis pequeñitos, lloriqueaba Maudie, alargando las manos; el perro, respondiéndole, hizo la mitad del camino hasta ella, pero luego, a una orden de alguien que no podíamos ver, volvió a tenderse junto a los corderitos. El servicio era bastante corriente y estoy segura de que la escena era una cursilería.

Más tarde, Maudie estaba agotada por todo aquello y la metí en la cama, con un poco de leche

caliente y el gato junto a ella.

Preciosos, preciosos, pequeñitos, murmuraba y sonreía, a mí, al gato, a sus recuerdos, cuando me fui.

Sin embargo... tiene que ingresar en el hospital. El médico vino la semana pasada, no por culpa de que se lo hubiera pedido la malvada Vera. Suponía, le dijo a Vera, que Maudie estaba «casi madura» para el hospital y lo que se encontró le hizo decir que, si no estuviéramos en Navidad, debería ingresar inmediatamente. Pero tiene un indulto de una semana. Sabemos que ya no saldrá.

¿Lo sabe *ella*?

Ah, no, han pasado otras dos semanas...

Una pesadilla. Maudie, llena de rabia. Vera Rogers se ha ido a un cursillo de formación y, puesto que se necesita un enemigo, yo soy éste.

—Maudie —le digo, después de darme ella con la puerta en las narices un día y dejarme entrar al siguiente, con la cara pálida, los ojos centelleantes—, ¿por qué me trata tan mal?

Sentadas una frente a la otra, el fuego apagado, la habitación fría, el gato que no ha comido, inquieto y aullando. Esperaba que capitulara, su cabeza ladeada pronunciadamente, la barbilla orgullosamente levantada... y acto seguido el suspiro, la mano protegiendo la cara y, muy pronto, la vocecita razonable en una explicación. Pero, no, permaneció enfadada, el labio inferior hacia afuera, los ojos mirando. La mimé y la halagué, pero no; y me pregunté si ya no volvería a ver a mi Maudie. Porque no hay duda, está algo loca. He pensado en esto, cuánto toleramos en la gente sin llamarlos nunca locos. Entonces, ¿qué es la locura? ¿Perder contacto con la realidad? Que Maudie grite y se enfurezca con su única amiga, que me trate como a una enemiga, esto no es racional.

Nada de lo que sucede se acerca a la realidad, todo es una horrible farsa, porque no le puedo decir: Maudie, tiene cáncer. Pienso en mi madre, pienso en Freddie. Me despierto de noche y me pregunto, ¿cuál es la diferencia, que aquella gente pudiera decir, tengo cáncer, pero Maudie no pueda? ¿Educación? ¡Tonterías! En ningún momento antes de que mi madre, de que mi marido murieran perdieron contacto con lo que estaba pasando. ¡Era yo quien había perdido contacto!

Y Vera no está y no se lo puedo preguntar... ¿qué? Todo tipo de cosas que necesito conocer. No sé qué hacer con Maudie. Hospital o no.

Vera ha vuelto y hemos ingresado a Maudie en el hospital.

Tuve que disponer que la vecina de Maudie diera comida al gato, aunque me dijo que no debía esperar que se lo quedara, ¿por qué no lo llevaba a la sociedad protectora? Fui a la casa, para cerciorarme de que nada olía mal, el orinal, la cocina. Encontré horribles montones de bragas y ropa interior sucia y, finalmente, pude meterla en el cubo de la basura. Al hacerlo, me pregunté si no estaba disponiendo de Maudie.

Es verdad que me pregunto, ¿por qué tiene que pasar por esto, por el largo proceso de morir? Si por lo menos pudiera morir mientras duerme. Pero, ¿qué derecho tengo a pensar así, si ella no lo hace?

Está instalada en nuestro hospital más grande y nuevo, en un pabellón para cuatro personas, con lo mejor de la medicina moderna, lo mejor del servicio de enfermería. Está rodeada de solicitud, tacto, encanto. Y allí está, pobre Maudie una ancianita enfadada y amarillenta, recostada en la cama, o hundida entre los cojines de su butaca, le dan comida, medicamentos y no hace más que enfadarse, rabiarse, rebelarse, musitar y maldecir... y, no obstante, todos la quieren.

Es cierto. En un principio, creí que sólo se trataba de esa maravillosa preparación que tienen, pero no. Hay algo en ella, me lo han dicho todas y cada una de las enfermeras; el médico joven me dijo:

—¿Cómo llegó a ser amiga suya? —y lo quería saber verdaderamente, porque también él lo percibe.

—Se hace querer —dijo un enfermero, que se pasó veinte minutos persuadiéndola para que se tomara

el medicamento. Es un calmante. No la pócima feroz que le darán cuando el dolor sea tan fuerte que lo haga indispensable: éste es un brebaje de mediana potencia. Pero Maudie dice: Me hace perder la cabeza, parece que tengo la cabeza de algodón, y la aparta hasta que, con una queja dolorida, mueve la cabeza hasta el vaso que tiene en la mesilla, para indicarme que lo tomará.

Voy cada día al salir del trabajo, un par de horas.

–Ah, ahí está, al fin –dice Maudie.

Y cuando me voy:

–¿Ya se va? –y aparta la cara lejos de mí.

Qué alivio, no tener que lavarla y tener su ropa más o menos limpia; no tener que sentarme delante de ella, apaciguando el enfado, la depresión, el resentimiento mientras me escupe veneno.

La familia, la tribu, ya la ha visitado, los dejaron pasar en grupos de dos y de tres.

–¿Venís a ver si os tocará algo cuando me muera? –pregunta–. Ya deberíais saber que os quedasteis con todo lo mío hace años.

–¡Ah, tía! –dicen las sobrinas, los sobrinos.

–¿Qué manera de hablar es ésta, Maudie? –pregunta la matriarca.

–Ya sabéis de qué estoy hablando –dice Maudie y vuelve la cara para mirar lejos de ellos; ni responde a sus: Adiós, tía, Adiós, Maudie.

Pedí empezar antes mi media jornada; ahora voy dos días completos, flexibles según las necesidades; medio día en las mañanas de reunión para exponer ideas; y he aceptado otro día y medio antes de que la reví entre en máquinas.

Phyllis me pidió que almorzara con ella. Una invitación formal. Se debe a que ahora Jill y ella son inseparables, Jill se ha pegado a Phyllis y no es fácil encontrar unos minutos para hablar a solas con ella.

Pensé que necesitaba algún consejo respecto a la oficina, tal vez Jill, pero me desarmó cuando me dijo que Charles se quería casar con ella.

Esta posibilidad no se me había pasado por la cabeza y cuando estaba allí, pasándome la servilleta por la boca y bebiendo un poco de vino, para ganar tiempo, pensé que no se me había ocurrido porque era absurdo. Esta fue mi reacción primera, y ahora que lo escribo (medianoche) pienso que era la reacción correcta.

Casi de inmediato me recuperé y mostré una verdadera atención cordial, intenté no mostrarme crítica, repitiéndome en silencio que, como es sabido, no estoy preparada para emitir juicios en esta área, debido a que nunca estuve realmente casada, que hay «algo que falta».

Pero, ¿cómo puede casarse con Charles o, mejor dicho, cómo podría ella estar casada? Él se está divorciando, tiene tres hijos, por lo que hay que pagar mucho para educarlos. Phyllis tendrá que pagar para mantener el estilo de vida de los dos. ¿Qué hay de tener hijos? Me pasaba todo esto por la cabeza; ella permanecía allí, inclinada hacia adelante debido a su ansiedad, tan bonita con sus ropas suaves. Antes, nunca la hubiera considerado bonita, pero ahora lo es. Su pelo brilla, sus ojos brillan, parecían resplandecer y radiar contra las oscuras paredes de madera del restaurante.

Quería que la aconsejara. Bien, ahora ya sé que no hay que dar consejos.

Quise saber si tiene claro lo que va a aceptar: puesto que ésta es la clave de la cuestión, ¿no? Me hablaba de lo bien que Charles y ella trabajan juntos en la reví, lo fácil que era todo: hablaba sin cesar sobre trabajo y sus ojos estaban llenos de expectación en los míos, puesto que no le había dicho: Oh, Phyllis, estás loca; o: Qué noticia tan maravillosa. La dejé que hablara y hablara, sin decir mucho,

pero ofreciendo de tanto en tanto unas respuestas sabias y mundanas de las que precisamos tantas para enfrentarnos a estos momentos en que la gente espera que se les diga qué deben hacer.

Y cuando acabamos de comer, mencionó por vez primera que no podrían tener hijos, porque ella tendría que trabajar y no sabía muy bien qué pensaba acerca de los hijos. Siguió lanzándome miradas muy esperanzadas, como si en este último estadio, yo pudiera decir: ¡Claro, debes casarte con él!

Pero lo que sí le pregunté de una forma precipitada y turbada, la que utilizamos para entrar en un tema externo a la textura de una conversación, fue:

—¿Qué hay de tus reuniones de mujeres, este tipo de cosas?

Apartó la mirada, sonriente y dijo, a la ligera:

—Ah, a él no le importa lo que hago, se interesa mucho, de verdad.

Esto me sorprendió hasta el punto de que me encontré riendo nerviosamente, como ante un chiste desacertado.

También Charlie me invitó a comer. Quería contarme su problema. Considera que es injusto casarse con Phyllis y cargarla con su pasado. ¿Acaso está cambiando de opinión acerca de casarse con ella? Había pulido una carga de observaciones suplementarias del tipo: ¡Debes pensarlo seriamente y obrar según te parezca mejor! Y: ¡Ya sé cómo debes sentirte! Las utilicé mientras escuchaba lo que resultó ser un monólogo de dos horas. Cuando nos despedimos en la puerta del restaurante, me agradeció los buenos consejos.

Phyllis es demasiado lista: cuando nos despedimos (en la puerta del mismo restaurante) unos días antes, me hizo una mueca descarada y me dijo:

—¡Por qué no me dices lo que debo hacer y luego te echaría toda la culpa a ti!

Parece por lo menos posible que estos dos se casen finalmente por inercia; ¿y qué, si el matrimonio, al final, resulta bien...?

Había esperado el momento de poner mi ropa a punto, ahora que tengo más tiempo. Qué dificultoso mi estilo: me planté frente al espejo con mi mejor traje. Seda natural color miel beige. Mi bolso. Mis guantes. Mis zapatos. Hay una marca en los fondillos y no hay manera de remediarla. Los bordes de las solapas se ven descoloridos. Hay dos botones a punto de caer. Se ve una hebra del forro de satén color gris paloma. Mis zapatos están arrugados por delante. Mis guantes distan mucho de ser ideales. Todas mis medias de seda tienen carreras. ¿Qué se puede hacer? ¡Tirarlo todo y empezar de nuevo! Pero no, el problema es, si ahora tengo tiempo para mi estilo, no siento inclinación a ello. He recordado cómo la Leah de Colette, o de Chéri, saludaba a su antiguo amante con el detalle de cómo se había vestido un traje y un lazo y allí estaba, dispuesta para todo y con todos los arreos. Lo que la hería (¿hería a Colette?) era que a ella ya no le importaban estos cuidadosos lujos que robaban tiempo. Pero no me convertiré en una desastrada, no lo haré. La trampa de la vejez —a fin de cuentas, estoy en los cincuenta, apenas si es una edad para abdicar— es una dejadez cansada. Si ya no puedo preocuparme por mi estilo, que exige tiempo, complicaciones, detalles, pensaré en algo inteligente, en un compromiso. Mientras, he llevado un montón de cosas a beneficencia y he pedido a mi modista que me repita ciertas prendas. Nunca lo había hecho; nos hemos pasado horas en consultas sobre tejidos, botones, forros. Se sorprendió, me llamó al recibir mi carta, y en realidad lo que me preguntaba era: ¿Ha perdido interés y sólo me pide que por favor le haga otro traje de lana gris pálido, la que se encuentra en Bond Street? Sí, querida, he perdido interés, pero, a fin de cuentas, le presenté a Phyllis. Y le pediré que vuelva a hacerme el traje pantalón marrón, la camisa negra de *crepé de Chine*, el vestido de seda color crema.

¿Cuánto tiempo hace? Dos semanas, creo.

Cada día visito a Maudie. Hola, le digo, ¿cómo se encuentra?, de la misma manera sonriente y

amistosa que usa todo el mundo y que –si me pongo en su lugar– sé que le parece una pesadilla de disimulo, de engaño. Ahí esta, atrapada, nuestra prisionera, rodeada de sonrisas engañosas. *Que ella misma impone*. Deseo salir de su hostilidad hosca y amarillenta, deseo comunicarme, aunque sólo sea momentáneamente, con la auténtica Maudie. Pero se ha encerrado en su rabia, sus sospechas: y desde esta prisión, contempla aquella *horrible* sonrisa encantadora que siento que toma forma en mí cara cuando entro allí.

¡Menuda prueba, menudo horror! Estoy refiriéndome a mi prueba, no a la de Maudie. Egoísta aún, obviamente, aunque creo que esta Janna que visita a Maudie cada día, una hora, dos horas, tres (aunque nunca el tiempo suficiente, porque siempre se siente rechazada cuando me voy), no es la Janna que se negó participar cuando su marido, su madre, murieron. Permanezco horas junto a Maudie, dispuesta a darle lo que mi madre, mi marido, necesitaban de mí: mi conciencia de lo que estaba sucediendo, mi participación en ello. Pero lo que Maudie quiere es... ¡no morir!

Me dice en voz muy baja, de una manera nueva y jadeante:

–Ya sé a quién debo agradecerse, ¡ya sé quién me metió aquí! –y no me mira, porque detesta lo que ve.

Se refiere a mí, se refiere a Vera, a quien le dijo que no se acercara cuando la visitó:

–No quiero verla –le dijo a la pobre Vera–, no aparezca por aquí –y miró para otro lado.

Me quedo quieta, en una silla casi demasiado alta, porque ella está apoyada en una baja. La butaca, con los almohadones dispuestos expertamente, la manta sobre sus rodillas, parece que quiera tragarse a la pequeña Maudie que, no importa la posición en que la dejen, mira delante de ella.

–¿Cómo está, señora Fowler, le apetecería un poco de té... un poco de leche caliente... un poco de chocolate, un poco de sopa?

Ni una reina, ni la esposa de un rico árabe tendría mejores cuidados. Pero lo que quiere es... ¡no morir!

Me siento a su lado, pensando, noventa y dos años, ¡y Maudie cree que es una injusticia lo que le hacen! Una de las enfermeras de noche, presenciando cómo Maudie me despachaba –¿Se va, no?–, me alcanzó en el pasillo y me dijo, Señora Somers, señora Somers..., y me cogió del brazo, me miró a la cara con la misma sonrisa, persuasiva y amable, que Maudie recibe como si se tratara de una cárcel, una mentira...

–No le dé importancia –me dijo–, es un estadio por el que pasan. Ya lo verá, hay distintos estadios. Primero, los pacientes, cuando empiezan a comprender, creen que es injusto. Sienten lástima de sí mismos.

–¿Injusto? ¿Injusto que uno deba morir?

–La gente enferma no es siempre la más razonable del mundo. Y luego, el siguiente, se enfurecen.

–Sí, ¡bien puede decirse que está furiosa!

–Bien –me dijo en forma singular, mientras escudriñaba mi cara con ojos expertos en busca de señales de agotamiento–, no es bonito morir, para nadie, supongo.

–¿No sería posible que estos estadios estuvieran algo entremezclados?

Se rió, de verdad, disfrutando ser capaz de reírse «del libro»; me dijo:

–Los libros hablan de tres estadios. Estoy de acuerdo con que en la vida las cosas no son tan definidas.

–¿Qué hay del tercer estadio?

–Es cuando lo aceptan, se conforman...

Apareció una enfermera corriendo: Enfermera Connolly, enfermera Connolly, y con un rápido: Perdóneme, salió corriendo, hacia una emergencia, menor o mayor. Y me fui a casa.

No es justo... rabia... aceptación.

¿A una mujer de noventa y dos años le parece *injusto* morir?

Al día siguiente, Maudie, permitiendo que su amarillenta y sombría mirada alcanzara mi cara en vez de –y de forma muy deliberada, o así me lo parece– evitarla, dijo con voz clara y desdeñosa:

–¡Es una tragedia, es una tragedia!

–¿Qué, Maudie?

Me miró... ¡desprecio!

–Una tragedia –dijo con voz muy alta y clara y luego desvió la mirada, antes de decir en un suave y dolorido murmullo, un tono que yo no le oigo ahora–, ahora que éramos tan felices, que me visitaba cada tarde y me contaba historias. Es una tragedia, que sucediera eso...

Cuando estoy allí, le cojo la mano a Maudie, a pesar de que ella deja caer la suya, inerte, de la mía, una vez, dos, a veces tres y cuatro veces, antes de agarrarse a mí. Se ha dado vuelta, no me mira, la boca completamente abierta, porque la medicación le hace perder el control de su persona, una anciana mohína, enfadada, furiosa, cuya mano, no obstante, habla el lenguaje de nuestra amistad.

A Maudie le parece injusto morir.

Ayer, me repitió, en un susurro suave y precipitado:

–Una tragedia, una tragedia, una tragedia.

Me oí decir, no de la manera «encantadora», persuasiva, atenta, que es, digamos, el estilo de la casa en el hospital:

–Maudie, tiene noventa y dos años.

Movió la cabeza de un lado para otro y, luego, el destello de sus ojos azules. *Furiosa.*

Lo que pienso es, ¿quién o qué, en Maudie, se cree inmortal, injustamente sentenciada? Me parece como que hay distintas Maudies dentro de aquella diminuta jaula de huesos amarillentos, y que mueren a un ritmo distinto, ¡y hay una que no tiene ninguna intención de morir!

Otra enfermera me preguntó:

–¿Tiene principios religiosos?

Sé por qué me lo preguntó. Se debe a mi aspecto general, a mis maneras, a mi comportamiento, que es propio de quienes no se alteran ante la agonía, la muerte, y no de aquellos –que puedo reconocer fácilmente, cuando miro a los visitantes, parientes y amigos– que sí se ven perturbados.

Supongo que quería decir, *justed* cree que existe la vida eterna! Un cierto desdén, por mi atraso, quedaba implícito.

–No, no tengo principios religiosos –sin responder a la verdadera pregunta.

Una vez más medito sobre lo que hago o podría hacer, pienso en una posible vida eterna... para mi madre, mi marido, Maudie. Un día pienso una cosa, y otra al siguiente. He «creído» una cosa durante una década, lo contrario en la siguiente.

Ha pasado otra semana.

Al dejarla, hacia las nueve o las diez, la mano de Maudie se aferra a la mía y ella se inclina hacia

adelante, con una energía sorprendente, me dice: Llévame a casa contigo, ¡sácame de aquí! Sus ojos, que han evitado los míos durante dos, tres horas, aparecen allí repentinamente, una petición furiosa.

¿Cómo puedo llevarla a casa conmigo, Maudie? Sabe que no puedo, le digo, dolorida y culpable.

Cuando te comprometes con los infinitamente indigentes, se supone que aceptas la carga de la culpabilidad. Necesitan mucho: les puedes dar muy poco.

Cada noche he vuelto a casa pensando, ¿Quizá podría llevarme a Maudie a casa? Podría tener una cama en el salón. Podría conseguir enfermeras de día y de noche... Jill me ayudaría. Es estúpido, pero su necesidad me fuerza a ello. Y no es ni siquiera lo que ella quiere, que es que yo, su amiga, Janna, sea su enfermera, día y noche, que siempre esté allí, nada de enfermeras profesionales y sonrientes.

Es imposible; no obstante, cada noche, me pregunto cómo se podría organizar.

¿Por qué no, por qué no, por qué no?, quiere saber ella.

No podría cuidarla, le digo.

¿Por qué sería más absurdo que el haberme convertido en la amiga de Maudie hasta este punto, o que visitar a Eliza y a Anne como lo he hecho desde hace meses? Todo esto se juzga, a ojos de Joyce, por ejemplo, como algo peor que la excentricidad. Si observo mi comportamiento desde fuera, como lo hubiera juzgado antes de que mi marido y mi madre murieran, tiene un elemento obsesivo e, incluso, malsano. (Naturalmente, esta visión no tiene en cuenta que mi locura pueda aportar algo a las vidas de estas desgraciadas ancianas.) No obstante, ¿por qué? ¿Qué ha sucedido para que el que alguien como yo, acomodada, de clase media y en posesión de mis facultades, lleve a cabo tales tareas sin necesidad alguna signifique que estoy chiflada? A veces lo veo de una manera y, a veces, de la otra: primero, pienso que estoy loca, y, luego, que la sociedad en que vivimos está loca. Sin embargo, acepto esta responsabilidad, y soy amiga de Eliza y de Annie, y soy amiga (más que esto, quiero creer) de Maudie, sólo porque decidí serlo. Lo decidí. Por lo tanto, funciona. Si aceptas libremente hacer algo, entonces no resulta absurdo, por lo menos para ti.

A Joyce le digo:

—¿Qué diferencia existe entre el hecho de que tú seas una «consejera», no importa lo que esta palabra pueda significar, y que yo sea amiga de gente que lo necesita? —le digo esto porque lo que quiero es que ella diga: ¡La diferencia es que a mí me pagan!

Pero, una vez dicho, resulta ridículo.

—¿Quieres decir, Joyce, que ninguna de nosotras debería hacer nunca nada si no nos pagan?

—Bien, de acuerdo, Janna, si quieres ser *lógica*, pero todo cuanto sé es que hay algo neurótico en lo que haces.

—No lo discutiré.

Nos peleamos, a través de toda aquella agua, pero casi siempre parece que nos encontráramos a un kilómetro de distancia, tan claras resultan nuestras voces.

Para mí, tener a Maudie en mi piso durante semanas o meses o, incluso, años, sería absurdo, porque no puedo hacerlo.

Ayer se echó para adelante y me anunció, como si lo lamentara:

—Eres una amiga para las buenas ocasiones.

Tuve que aceptarlo.

—¿Por qué no puedo irme a casa, por qué no puedo? —me dijo esta tarde.

–¡Ya sabe que no puede, Maudie! Ya no puede cuidarse.

–Me he cuidado yo sola perfectamente bien, siempre lo he hecho –dice, sorprendida.

Maudie debería estar, y ella lo sabe, en casa de su hermana, a quien ha dedicado tanto tiempo, años, de afecto y servicio a la familia; debería estar en cama allí, y sus familiares la rodearían, con caldo y leche caliente, le darían los medicamentos.

Tengo un recuerdo de *Guerra y paz* que me fastidia, se refiere a la anciana condesa, en su segunda infancia. Debían permitirle llorar un poco, reír un poco, dormir un poco, discutir un poco... En aquella casa, cantidad de criados, parásitos y gente que dependía de la familia; y una anciana, sentada en una butaca en un rincón, o en la cama, se podía asimilar.

No puedo imaginarme que en alguna de las casas que conozco en este momento se pudiese instalar a Maudie, porque todos trabajamos tanto, tenemos tantas responsabilidades; nuestras vidas están reducidas a lo que podemos meter dentro, nos limitamos a arreglárnoslas y no más.

Lo que pienso cuando me encuentro aquí, sosteniendo la mano de Maudie, es que debería estar en una familia numerosa y cariñosa, que fuera como una red de goma que se puede estirar por aquí o por allá para encajarla a ella, pero esto es una tontería. También me digo que se merecía ser una niña inteligentemente querida por sus inteligentes padres y que su madre no tenía que morir cuando ella tenía quince años, y que tenía el *derecho* de haber sido una persona feliz, sana, próspera durante toda su vida. Cuando digo lo que ella tenía *derecho* a *tener*, ella, una anciana, que va a morir, es algo que elimina apuros, sufrimiento, injusticia, dolor... niega, en pocas palabras, a la condición humana.

Llévame a casa contigo, Janna, llévame a casa contigo.

¡No puedo, Maudie, puede verlo por sí misma! Y ahora debo salir corriendo, es tarde y acaba de entrar el personal de noche. La veré mañana, Maudie.

Hoy fui a la boda. Como siempre, parientes nunca mencionados: te encuentras con gente conocida (en el caso de Phyllis), durante años, en el molde del trabajo. La familia de Phyllis es como la mía. Pero... ¡sorpresa! Charles resulta exótico con una madre muy elegante de París y dos padres, el suyo y el padrastro, ambos mundanos, ocurrentes y encantadores. Phyllis, con un aspecto magnífico, un honor para nosotros y para la rev. Me lo pasé bien.

Dos semanas.

El dolor de Maudie empeora. Tiene unas dosis de calmante muy bien controladas, tres veces al día, pero la observan, con ojos profesionales, cuidadosos, sonrientes, le hacen preguntas amables y, según lo que ven, lo que dice, aumentan gradualmente la dosis.

Cuando entro, a las seis de la tarde, está el vaso con el medicamento encima de la mesita junto a ella. Ellos saben que tomarlo representa para ella una derrota, lo peor, *el final*. Por eso no la apremian a hacerlo o la animan con buen humor. Cuando sienta que le apetece, dicen. Tómelo cuando lo necesite.

Maudie está sentada allí y yo siento su garra huesuda que aprieta. Balancea la cabeza para ver a su enemigo, el vaso con el contenido. Acto seguido, mira para otro lugar. En un momento, su mirada vuelve al vaso. Puedo oír cómo jadea cuando el dolor le quema el estómago.

He aprendido que no debo decir demasiado pronto: ¿Quiere la medicina, Maudie? Cuando lo hago, asiente con la cabeza, de una forma rápida y abstracta, como si pensara en algo mucho más importante; le acerco el vaso a los labios, que se adelantan ansiosos, como criaturas independientes de ella y se doblan encima del borde del vaso como para chupar el contenido.

–Me están robando la cabeza, matan mis pensamientos –me ha musitado, con reproche, dolor, rabia. Por lo menos no ha dicho–: *Tú me robas...*

Las pasadas dos noches, deambuló por la habitación una enfermera, sonriendo, vigilando su reino, uno, dos, tres, cuatro; ha ido de una cama a otra, mirada despreocupada, pero de una forma tan

eficiente, trabajando en cada cara anciana –en esta habitación todas son ancianas– y, luego, después de un rato junto a Maudie:

–¿Cómo se siente esta noche, señora Fowler? Buenas noches, señora Somers –y le ha dicho a Maudie–: Si cree que necesita algo para dormir, sólo tiene que llamar.

Esto significa: Si el dolor aumenta...

Ambas noches, antes de irme, Maudie ha agarrado mi falda al levantarme, musitando:

–Diles, no lo olvides... tomaré un poco de leche o algo.

Voy a la mesa de guardia y lo traduzco:

–Me parece que la señora Fowler precisará un poco más de calmante.

–No se preocupe por ella, estaremos con ella en un momento.

Ciertamente, éste es el caso.

Puedo escuchar el pensamiento de Maudie, mientras me apresuro para llegar a casa, entrar en mi baño, que es mi medicamento y mi estado de olvido: si me hubieran ofrecido algo de esto cuando lo necesitaba, cuando no tenía nada que darle a mi Johnnie, y por esta razón me lo robaron...

Un mes.

Ah, sigue y sigue y sigue y sigue... Estoy tan *cansada*. Estoy totalmente *agotada*. Me digo: ¿De qué estás tan cansada? Nada que ver con cuando ibas a casa de Maudie un par de veces al día, hacías la compra, limpiabas y lavabas su colada y la lavabas a ella. Esto es una merienda campestre, entrar cada día en aquel bonito pabellón, nuevo y limpio, amables y sonrientes enfermeras y Maudie cuidada; todo cuanto debes hacer es sentarte allí y sostenerle la mano. Naturalmente, intentar no reaccionar cuando te lanza miradas y te dice: ¿Por qué, por qué, *por qué?*, o: «Es una tragedia, ¡eso es lo que es!» porque aún es capaz de decir tales cosas. La verdad es que me está matando y no parece haber un final. Sé que las enfermeras esperaban que estuviera peor de lo que está ahora: puedes adivinar lo que piensan, en general, ¡porque así lo quieren! No ha habido nunca lugar mejor que un hospital para las cosas no dichas, no habladas, para que la gente se comprenda sólo con una mirada. Me llamaron a la mesa de guardia y me dijeron que, probablemente, trasladarían a Maudie al antiguo hospital, para ancianos, al final de la calle. Me dejó consternada. Porque será horrible para Maudie. Porque, sinceramente, quiero que Maudie muera. Todo es *terrible*. Y, no obstante, no puedo pensar así. Ella no quiere morir, ¡eso es todo! Me parece legítimo que quieras que alguien se muera si quiere morir, pero no cuando no está preparado.

He estado observando en busca de señales del inicio del «tercer estadio». Maudie parece tan enfadada como siempre. Quizá sólo existan dos estadios: ¡No es justo!, que con toda seguridad es rabia; y la aceptación. ¡Oh, por favor, haced que Maudie lo acepte, y que lo acepte pronto! Hay algo terrible en el hecho de ver morir a esta anciana de esta manera, como si le robaran algo. Si considera que le han robado su vida –con la muerte temprana de su madre, el jueguista de su padre, su amiguita cargada de plumas, su desagradable hermana–, muy bien, supongamos, ¿pero dónde acaba esto? Lo importante es, ¿qué considera *aún* que se le debe y no se le paga? ¿Qué considera que se le debe *ahora* y se le roba?

Si por lo menos consiguiera que me hablara. Pero estamos en aquella inmensa y limpia habitación, en el último piso del gran hospital, rodeadas de cielo y aire, pasan pájaros, afuera las palomas se arrullan, hay dos o tres personas más en aquella habitación con las enfermeras que entran y salen, las visitas, los médicos...

El médico de guardia la mayoría de las veces es agradable, y a Maudie le gusta... puedo verlo, aunque a él se le podría perdonar si pensara que ella lo odia. Sin embargo, el gran médico aparece con su coro una o dos veces por semana y Maudie aún está furiosa, más que furiosa, incandescente

de rabia, cuando llego a la noche.

–Hoy ha estado aquí –su carita amarillenta en acción, los labios temblorosos.

–¿Cómo fue? –le pregunto, aunque, claro, ya lo sé.

–Se quedan en la puerta, él y todos aquellos chicos y chicas. ¿Son médicos? A mí me parecen niños. También los hay negros.

Maudie, escrupulosa, cuando está en sus cabales, siempre recuerda decir, si ha criticado a una persona negra: Son seres humanos, como nosotros, pero ahora lo ha olvidado y sólo sabe que son distintos y extraños. Está agitada y es un torbellino de contradicciones, porque dos de las enfermeras son negras y las aprecia mucho. Sin embargo, son negras y un objetivo para sus furias. Le gusta, en particular, cómo una de ellas la levanta y la instala en la cama, sin lastimarla. Puedo ver la suavidad de su cara, sólo un momento, antes de que desaparezca... pero es negra y le recuerda a Maudie que ella no eligió estar aquí, en este hospital, donde no puede tomar decisiones por su cuenta.

–Bien –le digo–, hay que preparar a enfermeras y a médicos negros y éste es un hospital de la Facultad de Medicina.

–¿Por qué tengo que ser un conejito de Indias? No me han preguntado nunca. Y son tan jóvenes, ¿cómo pueden saber nada estas criaturitas? Apareció lord Mierda, y se lanzaron encima de mí, y él les hablaba constantemente de mí. ¡Oh, creen que soy tonta! Y luego todos alrededor de mí... –siguió hablando y yo podía visualizar la escena, la minúscula y amarillenta Maudie apoyada en los almohadones blancos y un bosque de muchachos y muchachas y (no entre ellos, sino frente a ellos) el gran médico...-. Después de acabar su charla, me dijo: ¿Cómo se encuentra hoy, señora Fowler?, y empezó a hablar de nuevo a aquellas criaturas, de mí. ¿Cree que soy una idiota? (esto último es un grito dolorido, está tan furiosa y dolida). Me dijo, Por favor, súbese el camisón, señora Fowler, y yo no quería, ¿por qué debía hacerlo? Y la enfermera avanzó, dispuesta a forzarme y arriba mi camisón, delante de todos ellos, todo a la vista. Entonces él empezó a pinchar y a empujar, yo parecía un pastel en una artesa, y les dijo a ellos: ¿Ven esta hinchazón aquí? Pálpenla. Ni una palabra para mí. Me palparon el estómago, uno tras otro. Gracias, señora Fowler, dijo, pero ni siquiera me había pedido permiso, ¿no? Vean esta hinchazón, como si yo no pudiera verla y tocarla, no soy tonta... –y Maudie está fuera de sí, de rabia–. *El ni siquiera me miró una sola vez.* Yo podía haber sido un palo o una piedra. Los miraba a ellos, son lo que le importa. Yo sólo estaba allí para su conveniencia.

Le van a anunciar a Maudie que la trasladarán al otro hospital. Naturalmente no es tonta y... lo temo.

Se lo han dicho. Al llegar esta noche, estaba sentada sin mirarme, sin mirar nada. Al cabo de media hora de estar allí, sin haber dicho ni una palabra, empezó a musitar:

–No iré, no iré al hospicio.

–¿Qué hospicio? ¿A qué se refiere, Maudie?

–¡No voy a acabar en un hospicio! –insistió.

Descubrí que el hospital al que iba había sido, hace años, el hospicio para los pobres. Llamé a Vera Rogers. Parece cansada, distraída.

–¿Por qué me llamas?

–Quisiera saber qué quiere decir Maudie cuando habla incesantemente de que la van a llevar al hospicio.

–Oh, cielos –dice Vera en un suspiro–, ya estamos con éstas. Todos estos ancianitos lo dicen, No nos meterán en el hospicio, dicen. Ya no hay hospicios de pobres desde hace... bien, no lo sé. Pero ves, cuando eran jóvenes, tenían los hospicios. La idea era que, si te mandaban allí, aunque fueras muy viejo, tenías que trabajar. Fregaban suelos, limpiaban linóleos y cocinaban. No lo repitas, pero déjame decirte algo, no me parece tan horrible. ¿Qué sucede ahora? Los metemos en residencias donde no se les permite levantar ni un dedo y se mueren o enloquecen de aburrimiento. Si tuviera alguna

influencia, los tendría trabajando del alba al crepúsculo, no les dejaría que pensarán en sí mismos. Ah, no me hagas caso, Janna, me desahogo.

Debería visitar a Annie Reeves y a Eliza Bates, sólo alguna vez, pero no me quedan energías después de Maudie.

Hoy acompañé a Maudie al «hospicio». Una muchacha, agradable e indiferente, llamada Rosemary, vino con nosotras. Según dijo, su función consistía en que Maudie pudiera ver una cara familiar y no se sintiera abandonada. Pero Maudie le preguntó:

—¿Quién eres?

—Ah, señora Fowler, ya me conoce, la he visitado varias veces —le dijo Rosemary.

—No te conozco —dijo Maudie.

—Pero si casi la he visto cada día, señora Fowler.

—¿Janna? —preguntó Maudie, con vocecita llorosa—. ¿Janna, estás aquí?

—Sí, estoy aquí.

Las tres en la ambulancia, con Rosemary a cargo de las posesiones de Maudie, una bolsa de supermercado con un peine, una manopla, jabón y su bolso de mano. En el bolso de mano, su certificado matrimonial y una fotografía de «su hombre», un guapo y malhumorado héroe de unos cuarenta años, vestido informal, y otra de un muchachito, vestido con pulcritud, con una sonrisa infeliz al fotógrafo.

En la entrada del hospital, el conductor de la ambulancia, bonachón y alentador, subió la silla de ruedas por la escalera Maudie se agarró con fuerza y no advirtió, hasta estar dentro, que ahí estaba, en el temido hospicio.

—¿Es esto? ¿Es esto? —me dijo en un susurro, al avanzar por los pasillos, en los que figuraba una exposición de arte realizado por los residentes, personal y pacientes. Y, en la rampa, un cartel de *Salomé con la cabeza de san Juan Bautista*, de Beardsley, colocado por algún bromista (supongo). Pero con la sorpresa de Maudie ante esto, llegamos al primer piso. ¿Es esto?, iba preguntando, agarrada a la silla, resbalando de un lado para otro, a pesar del cuidado de los hombres, porque pesa tan poco que podría salir volando.

—Es el antiguo hospital —dijo Rosemary con alegría.

—Entonces, lo han cambiado —dijo Maudie.

—¿Sí? —dijo Rosemary—. Sé que lo han pintado hace poco.

Maudie visitó este lugar por los años de la Primera Guerra Mundial, para ver a una tía, y su recuerdo no coincidía con lo que veía.

Los pabellones que vislumbramos son los típicos de un hospital, unas veinte camas y grandes ventanas. Pero cuando llegamos a la habitación de Maudie, era una habitación de una cama.

Allí se instaló Maudie, tesa en la cama, a plena luz de la ventana, que dejaba ver su color amarillo sobre los almohadones blancos. A través de la ventana, la aguja de una iglesia, un cielo gris, la copa de los árboles. Maudie en silencio, una mirada amarga a la habitación —por lo que a mí se refiere, una habitación de hospital, eso es todo—, y luego miró hacia la ventana.

—Conque esto es el antiguo hospital —confirmó, después de mirarme a mí, a la enfermera que la había instalado, a Rosemary, que se preparaba para irse, con los brazos cobijando un montón de expedientes.

—Sí, cariño, esto es el antiguo hospital.

Maudie nos mostró sus dientes, en un jadeo susurrante y dijo:

–¿Conque esto es el antiguo hospital? ¿Aquí estoy? ¿Es el final, entonces?

–Ah, señora Fowler –dijo Rosemary, benevolente–, no sea así. Bien, me voy, ya la veré cuando venga por aquí.

Y se largó Rosemary, de vuelta al nuevo hospital.

Me quedé con Maudie toda la tarde. Quería descubrir entre el personal a la persona con la que necesitaba hablar, establecer relación. Este hospital tiene un ambiente distinto del otro, hay algo más relajado, descuidado, amistoso. Claro, el otro es uno de los hospitales más grandes del mundo y las enfermeras son la flor y nata, también los médicos. La mayoría de ancianos y ancianas de este lugar no lo abandonarán hasta que se mueran. No es exactamente un hospital; no es un asilo... es un compromiso. El gran médico del otro hospital aparece con su séquito para enseñar geriatría. Algunas de las enfermeras son las ambiciosas del otro hospital, aquí paran unas pocas semanas para aprender lo que se puede aprender en un lugar semejante, lleno de ancianos y ancianas que nunca abandonarán el lugar y que tienen el tipo de enfermedades largas propias de su condición.

Pensaba, qué suerte ha tenido Maudie de estar sola en una habitación; pero Maudie, lo sabía (y ahora sé que estaba en lo cierto), lo interpretaba como una condena a muerte. El lugar era abominablemente ruidoso. Como nos sucede a menudo, obligados a la sumisión por el ruido, el estruendo y el estrépito, hasta que vi que Maudie padecía el ruido no presté atención al abrir y cerrar de puertas, a los golpes y choques de los recipientes de comida en la cocinita delante mismo de la habitación de Maudie, al rechinar de los carros con la comida.

¡Ruido! Le dije a Maudie:

–Cerraremos la puerta.

–No, no, no –me dijo, sin aliento, sacudiendo la cabeza. Teme que la encierren.

Al llegar no le dieron medicinas y estaba sufriendo. Salí en busca de la hermana y le pedí si le podían dar algo a Maudie.

Es una mujer entrada en años, con aspecto de vieja inquilina, porque este lugar es probablemente más un hogar para ella que el suyo propio. Me miró con la mirada astuta y profesional que utilizan para clasificarte, Sensata, Tonta, Se puede confiar en ella, Se le puede decir la verdad, Hay que escondérsela...

–¿Ya sabe que intentamos darles el mínimo posible, para que cuando debamos darles dosis fuertes les haga efecto ?

–Sí, lo sé –le dije–. Pero ha sufrido este traslado y está asustada, porque es el antiguo hospital... y le duele.

–Ah, querida –dijo la hermana, con un suspiro–. Ya sabe que puede vivir semanas, incluso meses. Y es una cuestión del dolor al final, ¿ve?

–Sí, lo veo.

Pero a Maudie le dieron algo «para arreglarse» y no fue suficiente para que se durmiera, aunque lo fue para atontar el dolor, puesto que cuando me fui estaba despierta, alerta, lo escuchaba todo y guardaba un silencio sombrío. ¿Se trata del «estadio» de aceptación? Dios mío, confío en que lo sea.

¡No *entréis con suavidad en aquella buena noche!* Ciertamente. ¡Qué solemne tontería, llena de autocompasión! ¡Menuda autoindulgencia! Y cómo se nos parece, criaturas mimadas, con nuestras peticiones y nuestro «no es justo» y nuestro *No me han dado lo bastante.*

Jill y yo hemos llegado las dos temprano esta noche. Yo volvía del hospital tan cansada que no sabía dónde meterme.

Jill vio cómo me sentía y me preparó té y un bocadillo.

Se sentó frente a mí, en espera de que yo me recuperara. Bajo su buen carácter, sus ganas de agradar, su nueva confianza –porque, igual que lo hice yo, cada día aprende lo mucho que puede hacer, sabe que es inteligente y flexible–, se mostraba malhumorada y crítica. Yo sabía lo que seguiría.

–¿Por qué lo haces, Janna?

Tras de esto estaba la explosiva protesta de los jóvenes: No, no, no lo haré, no puedo, apartad todo esto de mí. Por encima de todo: *Si tú, tan cerca de mí, estás dispuesta a aceptar esta terrible y espantosa fealdad como parte de tu vida, ¿qué evitará que entre también en la mía?*

–Supongo que discutís todo esto en la oficina, en relación con las circunstancias –le dije.

Se quedó desconcertada, porque la sobrina de Janna, que vive en el piso de Janna, no puede resistirlo: Janna dice, Janna hace, Janna es... esto y lo otro.

–Bien, supongo que así es.

–Típica conducta de clase alta –le dije–, la tradición de visitar a los pobres, la benevolencia inútil, pero la revolución acabará con todas estas tonterías.

Estaba roja de rabia. Jill se ha convertido en una revolucionaria. Cuando le tomé el pelo al respecto, me dijo, enfadada:

–Bien, ¿qué esperabas? No viene nunca nadie por aquí, no hay vida social, ¿qué esperabas?

–Espero –le dije– que, como el resto de los revolucionarios, te organices tú misma una vida social... llámala como quieras –se rió, al final. Pero hoy se sentía demasiado amenazada como para reír.

–No importa –dije–, se morirá pronto. Pronto se habrá acabado todo.

–Me parece ridículo, ridículo –dijo furiosa, agresiva–. Horas y horas, cada día. ¿Quién es ella, quién es Maudie?... Lo que quiero decir, naturalmente, es sólo una substituta de la abuela, no te portaste bien con ella, lo arreglas ahora con Maudie Fowler.

–¡Menuda sutileza, menuda penetración, menuda perspicacia!

–Bien, Janna, resulta obvio, ¿no?

–De ser así, ¿qué?

–Bien, es tan propio de ti, debes verlo.

–Préstame atención, querida, cuando viniste a vivir aquí, nunca te prometí ajustar mi vida según lo que prescribe mi hermana, tú... ni nadie.

Silencio. Un auténtico silencio, resentido, profundo, adolescentes pucheros, lágrimas inminentes, miradas al suelo.

Pero ha sido la primera vez, y le pongo un diez, pues en casa de su madre este tipo de cosas son *de rigueur*. También ésta fue nuestra primera discusión.

–Si te apetece –le dije–, cuando haya muerto Maudie, podemos organizar cenas con poca gente. Soy muy buena en eso. Puedes invitar a tus camaradas y podemos hablar de la lucha de clases.

Casi se rió.

Maudie ya lleva una semana en el antiguo hospital. No está menos furiosa que antes, pero se muestra más silenciosa. Sombría. Se aferra. Tiene tan poca energía, por el dolor, que es mucho peor. La hermana, sin hablar, me mostró el vaso que le llevó ayer por la noche, con un gesto que signifi-

caba, ¿Lo ve? Lo hice. Es la pócima que utilizan cuando el dolor es muy fuerte, a pesar de que es algo asesino, una mezcla de morfina y alcohol.

Maudie está sentada muy erguida, mirando, con el labio inferior como un péndulo, una gota de saliva que se forma allí y cae, se forma y cae, los ojos hoscos. Tan pronto llego, empieza a decir: Levántame, levántame. Me pongo a su lado, la levanto en brazos para que se siente erguida. Pero cuando acabo de hacerlo y me siento, murmura: Levántame, levántame.

La levanto, me siento. La levanto, me siento. Luego me quedo a su lado, la levanto de manera que se inclina hacia adelante, incapaz de pararse.

–¡Maudie, pero si ya está incorporada!

Pero: ¡Levántame, levántame!

Lo hago porque, por lo menos, siente que es capaz de ejercer cierta influencia en el mundo en que se encuentra, donde le hacen cosas y no puede combatirlas; y porque la puedo tener en brazos y tocarla. A pesar de que nunca dice: Cógeme en brazos, quiero cogerla; ella dice: Levántame, levántame.

Estos dos últimos días he estado junto a ella, levantándola e instalándola y sosteniéndola en brazos, cada hora. Le he dicho:

–Maudie, estoy cansada y debo descansar.

Lo reconoce con un movimiento rápido de cabeza, pero al cabo de un momento empieza:

–Levántame, levántame.

Pienso que es una manera de mantenerse despierta, porque la pócima ahora es muy fuerte.

Está amodorrada la mayor parte del tiempo. Dicen que duerme casi toda la noche. Pero está consciente, sabe lo que pasa, sufre, mucho, por los ruidos y golpes, los pasos ruidosos en el pasillo sin alfombra, las ruedas chirriantes de los carros con la comida. Un golpe, las puertas, a cada minuto. Me encuentro sentada allí, los nervios alerta, esperándolo.

Sin embargo, la puerta debe permanecer abierta, porque Maudie teme el silencio y la indiferencia de la tumba, donde la encerrarán.

Maudie no está preparada para morir.

Ahora no tengo tiempo de sentarme a su lado, junto & sus pensamientos, porque estoy demasiado ocupada con levantarla, acomodar los almohadones, mimarla, pero en casa, en el baño, pienso. ¿Qué decir de estas sociedades de eutanasia? No creo que mi madre, o Freddie, quisieran irse antes del momento obligado; se resignaron, eran *gente adulta*, pero tengo la certeza de que me habría enterado si hubieran deseado que uno de nosotros les pasara una droga letal. (¿Me habría enterado yo? Debo preguntárselo a mi hermana Georgie, cuando la vea. Si la veo alguna vez.) ¿Porqué es tan difícil morir? ¿Es justo preguntárselo? ¿Útil? Ah, es duro, duro, duro morir, el cuerpo no quiere ceder. Hay una lucha en marcha, es un campo de batalla.

Pero supongamos que la voluntad y la mente de Maudie quisieran que ella desapareciera, ¿significaría que su cuerpo lucharía menos? Si es su cuerpo el que lucha.

Maudie está allí, no quiere morir. No lo comprendo; ¡esto es todo!

Me comparo con Maudie, pero sé que a veces no es posible colocarse en el lugar de otro. A pesar de que sé que lo que hago es contrastar mi presente estado mental, el de una mujer de cincuenta años que, físicamente, no está cerca de la muerte, con el de una mujer de más de noventa que está cerca de la muerte. ¿Cambia nuestra estructura mental al acercarnos a la muerte? Naturalmente, hay una barrera absoluta, un muro, entre mi mente y el conocimiento de que voy a morir. Eso es, sé que voy a morir, pero no como un hecho sensible y de intensa violencia. Quizás estemos programados, como

los animales, para no saberlo; porque saberlo nos impediría vivir. No importa en lo que se interese la naturaleza, quiere que vivamos, criemos, poblemos la tierra, nos perpetuemos... a la naturaleza no le puede importar nada más allá de esto. Por eso es que yo, Janna, o Jane Somers, me siento junto a una mujer agonizante, me debato para que mi mente cambie de marcha, pierda una capa o sea más cruda y expuesta, para saber *verdaderamente* que deberé morir. Pero la naturaleza no me lo permitirá.

Me imagino, deliberadamente, todo tipo de pánico, de miedo: me proyecto a mí misma, Janna, sentada erguida en grandes almohadones, muy vieja, acabada por dentro. Elimino las fronteras externas, retrocediendo, primero tras mi caparazón de ropa, cómo me presento; luego, hacia mi cuerpo sano, que no suelta –aún– porquería y orina contra mi voluntad, sino que aún es atractivo y fresco; y más adentro, hacia mí, el conocimiento de mí, e imagino que sólo es un caparazón en el que me encuentro, esto es todo, un lío de carne y huesos. Pero de nada sirve. No temo la muerte. No la temo.

Y, paradójicamente, al contemplar a Maudie que se muere, la temo aún menos. Porque los que se relacionan con la muerte, estos profesionales, tienen una inteligencia rápida respecto a todo eso que es, exactamente, la que querría para mí. Incluso una honradez, porque ahora sé que si no le dicen «la verdad» a Maudie –como si no la supiera ya–, las enfermeras se la dirían, si lo preguntara. Aunque no lo dijeran con todas las palabras, Maudie Fowler, se está muriendo, se lo harían vislumbrar. Pero ahora, debido a su actitud, no lo hacen: no, comprenden que no está «preparada para saberlo»... la frase que me dijo la hermana. Por lo tanto, el ambiente en su habitación sigue siendo amistoso, casual, casi indiferente, como si sólo tuviera un resfriado o una pierna rota.

Por lo que se refiere a una vida posterior: la verdad es que no puedo convencerme de que este fardo de furiosa energía que es Maudie va a desaparecer totalmente. Es más de lo que puedo creer. Dios mío, Maudie le pide tanto a una, sana o enferma; hace tal afirmación de sí misma, de la vida, de la naturaleza de lo que ha experimentado; Maudie se apodera de ti de una forma tan fuerte, que no puedo creer que se disuelva como el vapor cuando el aire lo calienta. No.

Estoy tan metida en el *ahora* de Maudie que lo que de ella pueda sobrevivir me impresiona de tal manera que no me pregunto cosas como qué aspecto tendrá, será joven o vieja, la reconocerá «su hombre», o su hijo como un niño de corta edad o un hombre de mediana edad, porque todo esto es irrelevante.

Levántame, levántame, dice Maudie y cojo en brazos este saquito de huesos y la incorporo, le aliso el pelo fino y le digo:

–Ya basta, Maudie, debo sentarme. Porque, aunque sea un saquito de ingravidez, con varias repeticiones mi espalda empieza a quejarse. Mi espalda es muy vocal, en suma, y muy pronto me encuentro apostrofándola: Aguarda, espera un poco, tienes que aguantar, no puedes ceder aún.

Por vez primera la oficina me supone un esfuerzo, estoy demasiado cansada para hacer algo más que guardar las apariencias y Phyllis me suple, también Jill, en lo que sabe hacer.

Cuando vuelvo del trabajo a casa con Jill, le dejo conducir, subo la escalera como un zombie, caigo en el sillón, totalmente agotada, sin apenas moverme, reuniendo energía para conducir hasta el hospital. Jill me dice:

–No vayas, Janna, no vayas, enfermarás.

–Claro que debo ir.

Vuelvo a casa a las diez, o más tarde, me meto en el baño durante una hora o más, o me quedo tendida en el suelo del salón con un cojín bajo la cabeza. Jill me da té, sopa. Como Eliza Bates, en más de una ocasión no me he molestado en meterme en la cama, sino que me he quedado sentada toda la noche contemplando el drama de Maudie, como si se representara dentro de mí, en mi escenario, mientras la vida sigue, se levanta el telón, en otra parte. Jill aparece a las dos, las tres de la madrugada y le digo:

–No importa, déjame.

De no estar viviendo ella aquí, yo no habría visto nada funesto en todo esto. Naturalmente, puede que esté «perturbada», según lo expresa Jill, pero es cuestión de superarlo. La que está perturbada es Jill, que se asusta cuando no me meto en la cama o me quedo dormida en el suelo. Sin embargo, se muestra cariñosa, considerada; digna hija de su madre.

Esto no le ha impedido, en más de una ocasión, decir:

–Al vivir contigo, Janna, voy a ser algo así como de tal palo tal astilla.

Se refiere a mí. Esto con miradas duras, divertidas y una expresión de, bien, si es así, ¡tendré que cuidar de mí misma!

–¿Te refieres a que soy una patrona realmente dura?

–No es eso exactamente, pero debo dar tanto como recibo, ¿no?

–No me he dado cuenta de que yo fuera tan horrible.

–No me importa en realidad. Le dije a mi madre que es bueno para mí. Me fortalece.

–Como baños de agua fría.

Está, además, el problema de la señora Penny.

–¿Por qué la detestas tanto? –me pregunta Jill, con cierta sorpresa, por lo que debo preguntarme por qué—. La verdad es que es muy agradable, bastante interesante, cuenta todas esas cosas de la India y está tan sola, es una viejecita tan encantadora.

–La verdad es que he perjudicado mucho mi carácter siendo poco amable con la señora Penny, pero es del tipo de personas que si le das un centímetro se tomará un kilómetro.

–Visitas a todas esas viejecitas, las aguantas. Cuando muera la señora Fowler, ¿visitarás a las otras dos?

–¿Acaso puedo abandonarlas?

–La verdad es que eres muy obstinada, Janna, debes reconocerlo.

Lo que debo reconocer, en realidad reconozco, es que al dejar entrar a Jill en mi vida, con lo que mis puertas han sido derribadas, quebrantadas mis defensas, invadido mi territorio, no hay un lugar que pueda considerarlo el mío propio, y ante esto la señora Penny resulta irrelevante. Me la encuentro con Jill disfrutando de una taza de té en la cocina y la saludo con un serio ademán de cabeza, lleno de distracción calculada, una mujer ocupada con importantes cosas en las que pensar, me retiro a mi dormitorio, la puerta muy bien cerrada.

De allí, muy pronto, me voy junto a la pobre Maudie. Pienso en ella, en casa, cuando «descanso» como recomienda Jill, así que tanto mejor que esté junto a ella, como de hecho lo estoy todo el tiempo en el pensamiento. Las enfermeras y los médicos ya me conocen, voy a todas horas, sin que les importe.

He visto algo de la vida en el pabellón grande. Maudie se ha quedado dormida después de su pócima del mediodía y me quedé sentada allí, en espera de que despertara.

La hermana del pabellón se quedó a los pies de la cama de Maudie y empezó a charlar de aquella manera, aparentemente vaga, en la que se comunica la mayor parte de la información en los hospitales. Y directrices también. Me dijo que algunos de sus pacientes nunca reciben visitas.

–Podrían no pertenecer al mundo de los vivos, por lo que se refiere a sus familiares.

Por lo tanto, sin perder de vista a Maudie para poder estar a su lado cuando se despierte completamente, entro en el pabellón y hablo con quienquiera que parezca agradecerlo.

En el pasado temía tanto la vejez, la muerte, que me negaba a ver gente anciana por las calles... no existían para mí. Ahora, me paso horas en aquel pabellón y miro, me maravillo, me hago preguntas y me asombro.

Las enfermeras... ¡vaya paciencia, qué sentido común, qué buen humor! ¿Cómo lo hacen? Porque hay unas dieciocho ancianas aproximadamente, difíciles de alguna manera u otra, incontinentes, o cojas, o estúpidas, o indispuestas, o –como Maudie –muriéndose. Aquí están, criaturas ancianas, juntas en esta intimidad, en un pabellón con camas a ambos lados, y lo que tienen en común es su necesidad, su debilidad. Eso es todo. No eran amigas antes de entrar aquí. Al otro extremo de la habitación de Maudie hay una anciana de noventa y seis años, un payaso que hace muecas, totalmente sorda y bastante loca, que no sabe dónde se encuentra. La sientan en su butaca y allí se queda, quizá durante una hora, dos horas y, luego, da un respingo y pasea por entre las hileras de camas. Pero enseguida se pierde y todo el mundo la mira, quizá sonriendo, quizás irritadas, porque no sabe volver. Se para arbitrariamente en una cama o en otra, e intenta meterse dentro, sin importarle si ya está ocupada. Maggie, grita la ocupante, ¿no ves que yo estoy aquí? ¿Qué haces en mi cama?, chilla Maggie e inmediatamente se oyen gritos: «¡Enfermera, enfermera, es Maggie! Aparecen las enfermeras corriendo, por regla general riendo, y le dicen: Maggie, ¿qué haces? Y aprovechan la oportunidad para acompañarla al lavabo, porque ya que están allí...

En la cama al lado de Maggie está la «difícil».

Ah, eres tan difícil, suspiran las enfermeras, cuando se reafirma de nuevo. Es una mujer maciza, con una cara fuerte, siempre alerta a lo que pudiera amenazar lo que considera que se le debe. Tiene problemas en las piernas, levantadas delante de ella. Está sentada con los brazos cruzados, observando. O lee. Por regla general, novelas románticas o, en ocasiones, historias marinas, sus preferidas: *El mar cruel* y *Hornblower*.

Ingresó hace tres meses. Hay gente que lleva años aquí. Cuando ingresó, dijo: Soy la señora Medway. No permitiré que me llamen Flora. No permitiré que se me trate como a una niña.

Cuando aparece en el pabellón una enfermera nueva y le dice, pequeña, cariño o Flora, ella le dice:

–No me trate como a una niña, tengo edad suficiente como para ser su bisabuela.

–Ah –dice la pobre enfermera, a la que la observación de las otras enfermeras ha preparado a mimar a alguien sin apetito a base de «una cucharadita para mí», como se hace con un niño, o «tómese el budín para mí, cariño»–, ah, señora Medway, como quiera, pero me puede llamar Dorothy, no me importa.

–A mí sí me importa –dice esta mujer formidable; y cuando escucha a las enfermeras que discuten sus cometidos: Maggie precisa esto o aquello, Flora precisa:

–La señora Medway –las corrige, sonoramente.

–Ah, señora Medway, ¿por qué es tan difícil, cariño ?

–No soy un cariño.

–No, a veces no lo es... Por favor, ¿podemos llevarla a fisio?

–No.

–¿Porqué no?

–No me gusta.

–Pero le conviene.

–No quiero hacer lo que me conviene.

–Ah, señora Medway, ¿no quiere tener las piernas bien?

–No sea tonta, enfermera, sabe muy bien que no se enderezarán a base de unos cuantos golpes y dobladuras.

–No, pero impedirá que empeoren.

–Bien, ya las muevo constantemente aquí.

Es cierto. Más o menos cada media hora se saca las ligeras botas de plástico que *calza*, supongo que para evitar inflamaciones por la presión, y mueve piernas y pies, les da masaje con las manos. Acto seguido, la voz alta y opaca:

–Enfermera, desearía las botas de nuevo. Y quiero que me acompañen hasta la puerta y de vuelta.

En la cama de enfrente hay una mujer de más de noventa años que era, así me lo contó la hermana, «una señora». La hermana es la persona entre aquella casta de gente, admirables todos ellos, que representa «la persona determinada» de la que solíamos hablar con Joyce. Es la que da el tono en el pabellón. Es de mediana edad, bastante cansada, tiene gruesas piernas que parecen dolerle y una cara ancha e inteligente que inspira confianza. Siempre está alerta al menor signo de mala educación o impaciencia en sus enfermeras. No le importa que sean impetuosas, despreocupadas y – aparentemente – a veces poco eficientes, porque olvidan hacer esto o aquello, pero recuperan la situación a base de una sonrisa y una disculpa. Por el contrario, he comprendido que favorece este ambiente. Pero cuando vi a una de las enfermeras más diligentes utilizar un tono insolente con la vieja Maggie, la hermana White la llamó a capítulo y le dijo:

–Aquí ella tiene su hogar. Es todo el hogar que tiene. Puede ser una loca si le apetece. Ni la apremie ni la acose, ¡no se lo aceptaré, enfermera!

La hermana White me contó que la mujer que es una señora era una hacendada de Essex. Criaba perros. Cazaba con caballos y perros. Y poseía un gran jardín. ¿Cómo ha ido a parar aquí, a un hospital de Londres? La hermana no lo sabe, porque ya hace siete años que Ellen está aquí y no le gusta hablar de su pasado.

Ellen es totalmente sorda y tiene dificultades en las piernas, por lo que cuando va al lavabo puede invertir diez minutos o más para llegar y el mismo tiempo de vuelta. Hay que ayudarla a sentarse. Tiene una cara dulce y penetrante con los ojos llenos de vida. Porque mira cuanto la rodea, no se pierde nada, sonríe para sus adentros cuando sucede algo agradable o divertido, suspira ante las cosas desagradables... Me sonríe cuando entro y me indica con un gesto que ha leído las revistas que le llevo: *Country Life*, *The Lady*, *Horse and Hound*. No puede mantener una conversación, porque esta muy sorda.

A veces hablo con la señora Medway, que no hace mucho era propietaria de un quiosco de periódicos y golosinas en Willesden y cuyo marido murió el año pasado. Tiene una hija, en el Oeste del país, que a veces se desplaza para visitarla. La señora Medway no tiene muchas visitas. Ellen nunca tiene visitas, la han olvidado. Excepto, claro, ministros de distintas iglesias y gente joven, voluntarios que visitan a los ancianos y que a ella le encantan. La señora Medway, el terror del pabellón Tennyson, entretiene a sus visitantes con reminiscencias de su juventud, en su época... la Primera Guerra Mundial. Cuando se van, sacudiendo la cabeza y riéndose, intercambiando miradas sobreentendidas debido a la proximidad –para ella– de aquel mundo lejano e inverosímil, me mira, y también nosotras nos reímos por el tiempo y las jugarretas que juega.

–Bien –puede que me diga, mientras mueve una mano imperiosa hacia una enfermera, porque quiere que le acerquen las gafas (las puede alcanzar con sólo inclinarse unos centímetros, pero no ve la razón para hacerlo)–, bien, le diré algo. Me los podía llevar a todos de calle, ¡cualquier noche! Poca cosa, comparados con nosotros.

Y coge de nuevo su novela, que seguramente lleva el título de *Pasión en el crepúsculo*.

Lo que pienso, sentada en aquel pabellón, mirando; es una futura novela, pero no será una novela romántica.

Quiero escribir sobre las asistentas del pabellón, las españolas, portuguesas, jamaicanas o viet-

namitas que trabajan tantas horas, y ganan tan poco, mantienen familias, crían hijos y mandan dinero a sus parientes en el Sudeste de Asia o a un pueblecito del Algarve o del corazón de España. A estas mujeres no se las tiene en cuenta. En comparación, se paga mucho mejor a los conserjes: van por el hospital con la confianza que confiere, diría yo, el no estar cansados. Eso sí lo sé, estas mujeres están cansadas. Están cansadas. Están tan cansadas que sueñan con que se les permita quedarse en cama y seguir allí durmiendo durante semanas. Todas tienen el mismo aspecto, de una ansiedad generalizada, que puedo reconocer; se debe a que no hacen más que mantenerse en la superficie de las cosas, al miedo a que algo suceda, una enfermedad, un hueso roto, que las puede dejar en la estacada.

¿Cómo reconozco este aspecto? No recuerdo haberlo visto antes, ¿lo he leído? No, creo que proviene de Maudie: probablemente, cuando Maudie hablaba, repescando en su pasado alguna vieja historia que ya he olvidado, había en su cara, porque estaba en su mente, esta mirada. Estas mujeres están asustadas. Su pobreza no les deja margen y, además, mantienen a otros. En los pabellones del hospital, son ellas las que roban los portamonedas de los bolsos, cogen una libra aquí, unos peniques allá; birlan unas joyas, meten una naranja en un bolsillo. Nada está a salvo de estos dedos necesitados e inquietos, y debido a ellas los grandes hospitales de Londres, ejemplos para todos los hospitales del mundo, hospitales que inspiran a médicos y enfermeras en países pobres del norte de la India al sur de África, son incapaces de proteger a sus pacientes contra el robo de todo lo que sea digno de robar. Contemplo cómo trabajan estas mujeres, cuando posan una mano brevemente en su espalda y sueltan un suspiro que casi es un gemido; se sacan los zapatos, cuando pueden robar unos momentos tras una puerta cerrada a medias, para aliviar los pies; apurando un par de pitadas de un cigarrillo arrugado y a medio fumar, que devuelven a su bolsillo. También son amables, dan tazas de té a gente como yo, o dejan en la mano de un anciano loco una brillante flor roja con la que el agraciado puede sentarse y contemplarla, y verla como nunca en su vida la ha visto; o meten en la boca de otro que nunca recibe visitas un chocolate birlado de la caja de uno que recibe visitas. Lo observan todo, saben todo lo que pasa, están por todas partes... y, por lo que veo, nadie lo advierte. No se las tiene en cuenta. ¿Por qué los bravucones y las valientes de las barricadas o los entrometidos de los sindicatos no hacen nada por ellas?

Bien, me gustaría escribir sobre esto, pero una novela de este tipo no es lo mismo que una novela sobre valientes sombrereras o una dama sentimental.

Hoy, el gran médico y sus neófitos.

Yo estaba junto a Maudie, de repente el sonido de un rebaño de cabras, clic, clic, en la escalera de cemento pelado. Voces y, por encima de ellas, la voz sonora de él.

La puerta de Maudie está abierta. Fuera, la grey se para.

El gran médico, el experto en ancianos, un experto mundial, según dicen, habla largamente.

Esto es el cáncer de estómago, tienen sus apuntes. Han visto las diapositivas. Es típico en estos casos... no entiendo las frases siguientes. Es atípico en estos casos... una vez más, pierdo el hilo. Y ahora, señoras y caballeros, tendrán la amabilidad de... Aparece el rebaño, a una, apretujados en la puerta. Maudie se sienta erguida, se inclina un poco hacia adelante, le cuelga la cabeza, despierta, mira la colcha.

Tiene aspecto de sentirse incómoda. La enfermera que está con los médicos ve a Maudie a través de los ojos de ellos y se acerca para decir:

—Señora Fowler, recuéstese, querida... —pero sabe que Maudie dice: Levántame, levántame, y que yo lo hago, una y otra vez, y que Maudie se sienta exactamente de esta manera durante minutos, horas en ocasiones.

Jugamos el juego: Maudie se recuesta sobre los almohadones, silenciosa, y la masa de médicos la miran. Maudie tiene los ojos cerrados.

El gran médico se siente indeciso respecto a examinarla, por el bien de los estudiantes de Medicina, pero decide no hacerlo: esperemos que sea un sentido humanitario lo que le decide.

Todos retroceden unos pasos, hasta la puerta. El gran médico explica que Maudie ha entrado en un coma y se morirá mientras duerma...

Esto me deja atónita. Sorprende a la enfermera, quien deja escapar, involuntariamente, un suspiro lleno de irritación.

La verdad es que Maudie está despierta la mayor parte del tiempo, en lucha contra el dolor. Duerme pesadamente durante una o dos horas después de tomar la pócima y, luego, se debate por estar despierta.

El gran médico va diciendo, ante una audiencia respetuosa, que la señora Fowler es una mujer muy independiente, de gran dignidad, que nunca ha querido que le dieran drogas y, en semejantes casos, naturalmente, será necesario para ellos dosificarlas con gran cuidado –y etcétera, y así sucesivamente– pero, afortunadamente, ahora ha entrado en coma y morirá sin volver en sí.

La enfermera está furiosa. Su disciplina le impide intercambiar una mirada sobreentendida conmigo, pero vibramos de comprensión. Porque, naturalmente, son las enfermeras las que advierten las fluctuaciones de necesidades, el estado de ánimo de los pacientes, y los médicos aparecen de vez en cuando, para dar recomendaciones. Esto es lo más sorprendente mientras estoy allí, observando, escuchando, la distancia absoluta y profunda entre los médicos y las enfermeras. Son las enfermeras las que saben qué está sucediendo, las enfermeras las que regulan, mitigan y, muy a menudo, sencillamente pasan por alto las instrucciones del médico. ¿Cómo prosperó este extraordinario sistema, en el que los que dan órdenes no saben realmente lo que pasa?

El ruido de los médicos disminuye al desaparecer todos dentro de los grandes pabellones.

La enfermera me lanza una sonrisa de disculpa, mientras Maudie susurra:

–Levántame, levántame –y me acerco para devolverla a la posición previa, en la que, por alguna razón, se siente más cómoda.

–Sólo cerraré la puerta un minuto –musita la enfermera–, lo que significa, «Los médicos no sabrán que la ha incorporado».

Así lo hace. Maudie:

–Abran la puerta, ábranla, ábranla.

–Espere, Maudie, hasta que se hayan ido.

Al cabo de poco, regresan repicando los talones y charlando, y se van bajando la escalera.

Vuelvo a abrir la puerta. Se acercan los carros con la comida, golpes, porrazos.

–¿Sopa, señora Fowler? ¿Un bocadillo? ¿Gelatina? ¿Helado?

–Un poco de sopa, por favor, y gelatina –digo por ella, a pesar de que ya no come nada.

Le acerco la sopa a la boca, sacude la cabeza; le acerco una cucharada de gelatina.

–No, no –musita–, levántame, levántame.

Lo hago, una y otra vez, durante toda la tarde.

Luego, son las nueve, entra el turno de noche. Espero para establecer contacto con las enfermeras de noche y decirlas cómo ha pasado el día –igual que ayer y anteayer– y las enfermeras de noche sonríen y se inclinan hacia Maudie y le dicen:

–Hola, cariño, ¿cómo se encuentra?

Hay tres enfermeras de tez oscura y una blanca, por lo que Maudie se siente rodeada de extraterrestres.

–Me voy, Maudie, volveré por la mañana. –Ya te vas, ¿no? Entonces, buenas noches.

Las *Sombrereras* salió hoy. Hicieron un par de reediciones antes de la publicación. He estado demasiado ocupada con Maudie para disfrutarlo, como lo habría hecho en otro caso. Será un gran éxito. Mis secretos momentos de terror en los que enloquecía al pensar que ponía en peligro mi maravilloso y bien pagado empleo no tenían sentido. La he leído a primeras horas de la mañana, una oscura mañana de invierno, triste y fría, pero la sobrecubierta de *Las sombrereras de Marylebone* es brillante y bonita. Cuánto he gozado al convertir la severa vida de Maudie en algo ligero y valeroso, lleno de sorpresas agradables. En mi versión, a Maudie le roban el hijo, sabe dónde está, lo ve en secreto, se apoyan mutuamente contra el malvado amante, al que ella ama, ¡venga! Luego hay una relación de respeto mutuo con un hombre mayor, un rico tabernero, que la protege y la ayuda a recuperar a su hijo. Ella es la apreciada encargada de los talleres de una sombrerería y con la ayuda de este caballero desinteresado establece su propia empresa, floreciente, que cuenta con clientela de la nobleza, incluso la realeza de segundo grado. A Maudie le encantaría esta vida, como la he reconstruido.

Maudie ya lleva tres semanas en el antiguo hospital. No le veo ninguna diferencia, excepto que cada vez se muestra más desasosegada. Pide que la pongamos tendida y, luego, pide que la levantemos. Pide incesantemente: Levántame, y cuando está cayéndose hacia adelante, porque no puede dejar de hacerlo, susurra: Recuéstame.

Las enfermeras entran y salen, miran, «la siguen».

Maudie se toma unas dosis terribles. Maudie no está cuerda, pero lo que no está es en coma. Maudie no se resigna, no lo acepta, ni se acerca a la resignación o a la aceptación.

Maudie aún me dice, mejor dicho, musita:

–Llévame a casa contigo... sí, llévame contigo cuando te vayas a casa.

Maudie sabe y no sabe que tiene cáncer de estómago y que se muere.

Mejor dicho, hay una Maudie que lo sabe, y otra que no lo sabe.

Sospecho que es la Maudie que no lo sabe la que se quedará allí cuando al fin Maudie se muera.

Dios mío, si por lo menos Maudie muriera, si lo hiciera.

Pero naturalmente sé que esto está mal. Ahora pienso que es posible que lo que establece el ritmo de la muerte no sea el cuerpo, no la gran masa informe dentro de su estómago, que crece con cada respiración, sino la necesidad, de la Maudie que no se muere, para adaptarse... ¿a qué? ¿Quién puede saber los grandes procesos que tienen lugar allí, tras la *cabeza* de Maudie que cuelga, sus ojos malhumorados? Creo que morirá cuando *éstos* procesos toquen a su fin. Por esta razón nunca abogaré por la eutanasia o, por lo menos, sin un millar de garantías. La necesidad de quienes los contemplan, los familiares próximos, los más cercanos y queridos, es que el pobre paciente muera lo antes posible, porque la tensión es demasiado horrible. Pero, posiblemente no sea tan horrible para quien se está muriendo como para quienes lo contemplan. Maudie sufre –con intermitencias, entre las feroces dosis que ingiere–, pero, ¿acaso el dolor es lo peor del mundo? La verdad es que nunca lo ha sido para mí. Tampoco lo era para Maudie cuando era ella misma. ¿Por qué, entonces, cuando quien muere rebasa un cierto punto, los criterios bien intencionados, humanos, ya no se utilizan, o no se utilizan con facilidad, para él o ella? Maudie nunca hubiera juzgado lo que le sucedía por el dolor físico que sentía.

¿Por qué debemos asumir que, ahora, es distinta? Aún tiene miedo de morir, lo sé, por su necesidad de mantener la puerta abierta, aquella terrible puerta que deja pasar tanto ruido (deja pasar *vida*): los pies que dan golpes, las voces, las ruedas, el tintineo de la cubertería. Pero lo que de verdad piensa, probablemente no guarde ninguna relación con el dolor. El dolor es algo con lo que tiene que arreglárselas; está aquí, siente que va y viene, disminuye y se agudiza, ella tiene que cambiar de posición –¡Levántame, levántame!– pero nada sabemos de lo que realmente está sucediendo.

Maudie murió ayer por la noche.

En los últimos días tuvo una enfermera morena, menuda y bonita, quiero decir una muchacha blanca de pelo negro, ojos oscuros, no una enfermera negra. Es despistada, de buen carácter y descuidada. Entraba y salía sin ton ni son de la habitación de Maudie, me ayudaba a incorporar a Maudie, a recostarla, me traía tazas de té. Yo sabía que se consideraba que Maudie estaba peor, porque ayer me ofrecieron té en varias ocasiones. Pero no podía ver la diferencia, excepto por su ansiedad realmente increíble. En aquella alta cama de hospital, arreglada con suavidad, el chorro de energía de Maudie, que me agotaba, como también agotaba a la enfermera morena, que decía: Dios nos asista, señora Somers, se nota que usted es fuerte. Sucedió ayer por la noche. La enfermera trajo la pócima de Maudie, que casi llenaba el vaso, había tal cantidad. Dado que no era la hora exactamente, la dejó en la mesilla y salió. Volvió apresurada, porque había olvidado algo, y dijo:

Ah, he olvidado la medicina de la señora Fowler, y al intentar cogerla, la tiró. Todo el pérfido líquido desparramado por allí.

Los clásicos gestos dramáticos resultan bastante convincentes, cuidadosamente observados: la muchacha jadeó, se le abrieron los ojos llenos de terror, levantó las manos hasta la boca y se mordió las uñas, contemplando la pócima esparcida. Acto seguido, aquellos ojos se clavaron en mí, en la súplica más abyecta: ¿La delataría?, me interrogaba.

Por mi parte, estaba atónita, no era capaz de ver a aquella hermana algo vaga bajo el aspecto de un tirano, sino que aseguré a la pobre muchacha que no lo haría.

Buscó trapos y compresas para secarlo, mientras Maudie permanecía en silencio, la cabeza colgando, con la necesidad de su pócima.

Sucedió que anoche tuve que salir media hora antes de lo habitual, a las nueve o un poco más. Había dicho que esperaría en casa una llamada desde Roma respecto a los desfiles de la semana que viene. Por lo tanto, le dije a la enfermera:

—¿Cuidará de que la señora Fowler tome su medicina? —A pesar de que ahora me doy cuenta de que era probable que no informase de su fallo, a juzgar por su estado. Pero, en cualquier caso, si Maudie se encontraba mal durante la noche, sé que le daban más calmantes, por lo que me ha dicho la enfermera jefe.

Sin embargo, ahora me pregunto si es que la enfermera no consiguió la dosis que se había derramado y si Maudie quiso algo durante la noche que no le facilitaron... si, en pocas palabras, murió de un exceso de dolor. No lo sé, ni lo sabré.

Recibí la llamada de Roma, trabajé un rato en unos informes que había cogido de la oficina, me bañé, me metí en cama muy tarde y, hacia las cuatro, me despertó el teléfono: la señora Fowler acaba de morir, ¿desearía venir?

Al cabo de diez minutos había llegado al hospital.

A aquella hora, el lugar estaba como en sordina, tenía una suave vitalidad, que resultaba agradable. Corrí por la fría escalera de piedra y entré en el pabellón. Vi vagamente a dos diminutas muchachas de color, vietnamitas, creo, luchando con una masa de ancianas para sacarlas de la cama. Me vieron, yo vi sus caras fatigadas: Dios mío, otra cosa de la que hacerse cargo. Pero desapareció el agotamiento de sus caras cuando llegaron junto a mí y me ofrecieron una sonrisa agradable; me dijeron que Maudie había muerto hacía una hora les parecía; ellas habían tenido una noche dura, con una anciana mareada, y cuando pasaron a comprobar cómo estaba, Maudie ya había muerto.

Lo último que les había dicho era:

—Esperen un momento, esperen un momento —cuando salieron, porque tenían que dejarla, con tantas que las esperaban.

Esperen un momento, había musitado, o maldecido, o gritado, mientras la vida seguía, dejándola atrás pero la vida no se enteró, le pasó por delante y ya estaba lejos.

No me extrañaría en absoluto que Maudie se hubiera muerto de... bien, sí, de rabia. Janna no está aquí, pero, en realidad, ¡nunca estuvo aquí!... y las enfermeras negras, miradlas, entran y salen, no tienen tiempo para mí... Es probable que Maudie muriera así. Pero no creo que esto fuera lo que realmente sucedió entre sus bastidores.

Una de las chicas me dio una taza de té. El ritual. Allí estaba yo, junto a Maudie, que parecía como si durmiera y que resultaba cálida y agradable al tacto, mientras yo sostenía su mano muerta con una mano, y la taza de té con la otra. Hay que preservar las apariencias.

Cuando un paciente se muere, al ser más próximo y querido le ofrecen una taza de té. Y es muy adecuado.

Entró la hermana, otra, la de la noche o, quizás, era la enfermera jefe. En cualquier caso, se plantó allí, charló, para volver a la normalidad. Para mí, era necesario decir ciertas cosas y las dije: como que Maudie era una mujer maravillosa y que había tenido una vida muy dura, pero que se había enfrentado a todos los problemas con gran ánimo y valor.

La enfermera jefe permaneció allí sonriente y comprensiva, escuchando.

Yo ya no podía hacer nada más.

El problema era que yo no podía hacerme a la idea de que Maudie estaba muerta, a pesar de que era la primera vez en meses que la veía quieta; incluso me preocupaba que no estuviera muerta, no de verdad. Pero su mano estaba rígida y fría cuando la dejé. En el momento en que me levanté y recogí mis cosas, entró una de las enfermeras de color, juntó las manos de Maudie sobre su pecho y le tapó la cara con la colcha. Tenía el aspecto de un ama de casa: ¡Se acabó! ¿Qué le sigue? Sí, ahora debes...

Cuando pasé con el coche por delante del hospital, hacia casa, vi a la bonita enfermera de la noche anterior. Parecía una frambuesa madura, con un chándal de tonos rojos, con un gran pañuelo anudado al cuello que le tapaba los hombros. Sonreía, sonrojada, indolente, relajada: cada átomo, cada movimiento gritaba que había hecho el amor durante toda la noche y que, en la imaginación, aún estaba dentro de la cálida cama que había dejado con tanta desgana unos minutos antes. Llevaba el uniforme en la bolsa de mano que balanceaba hacia adelante y hacia atrás, sonreía... Llegaba pronto para su turno y planeaba deslizarse dentro del hospital, encontrar un baño y utilizarlo, confiando en que la enfermera jefe o la hermana no la verían. A pesar de que era fácil imaginar que aquella mujer entrada en años, dispuesta a reñir, le diría: Bien, no importa, pero que no se repita; luego, sentiría lo injusto y excesivo de su pretensión y, al contemplar aquel rostro feliz y soñoliento, comprendería su propia capitulación. Y pensaría, bien, no estará aquí por mucho tiempo...

Después de bañarse, la afortunada iría de pabellón en pabellón, donde todo el mundo se atarearía con frenesí para acabar el trabajo antes de que entrara el turno de día, pero se encontraría con una amiga que le diría: Naturalmente, puedes utilizar nuestra cafetera, ¿qué tiempo tenemos? ¿Hace calor?

Al empezar su turno, la muchacha bostezaría, pensaría, bien, el día pasará pronto y luego... Ah, ¿ha muerto la señora Fowler? ¿La han arreglado? ¿Sí?, ¡estupendo! Porque, naturalmente, detesta arreglar a los muertos y siempre intenta escabullirse.

Al entrar en la habitación de Maudie y ver la cama arreglada y apenas desigual por el escueto montoncito que es Maudie, recuerda, y sus manos vuelan hacia su boca en aquel gesto antiguo, *Oh, ¿qué he hecho?*... pero piensa, bien, si ha muerto un par de días antes de lo que le tocaba, ¿qué? Piensa que comprobará en el gráfico si a Maudie le dieron una pócima suplementaria durante la noche, porque le gustaría asegurarse de que no había sido el dolor lo que había matado a la anciana, pero olvida hacerlo.

Llamé a Vera tan pronto como abrieron la oficina.

Rompió en llanto, con sorpresa mía y suya.

—Dios mío —me dijo—, es la gota que colma el vaso, es demasiado, qué tontería, tenía que morir,

pero... ¿Tú estás bien? –Vera siguió charlando, fue una reacción nerviosa. Volvió a llorar. Volvió a decir:– Qué tontería... no me hagas caso. ¿Me dijiste que conocías a los familiares? ¿Crees que pagarán el entierro?

–La verdad es que pueden permitírselo.

–Los llamaré... Oh, Dios mío, estoy hecha un asco. No, no sólo se trata de Maudie, tengo tantos problemas. No, no me preguntes. Cuando conseguí este empleo, me dije, mi empleo va a ser una cosa y mi familia otra y no voy a mezclarlas. Hasta el momento, lo he conseguido. Conseguí el empleo porque, de no ser así, habría enloquecido. Aunque bien podrías decir que es salir del fuego para meterse en las brasas, porque hago lo mismo en casa que en mi trabajo... y dejémoslo así, sí no te importa.

Me llamó más tarde para decirme que la hermana de Maudie le había dicho que ésta había pagado durante años para que la enterraran decentemente y ella no podía permitirse pagar nada.

–Cielos –dijo Vera–, ¿no te da asco todo esto? Es curioso, tenía el presentimiento de que me diría exactamente eso. Bien, tendrá que encargarse el ayuntamiento, en este caso. Y ahora te pediré un favor: ¿harás algo con el gato? Es algo que me cuesta hacer, cuando estos pobres ancianos mueren, acabar con sus gatos.

Prisas terribles y conmociones en la oficina porque Phyllis va a las colecciones de primavera en Roma, porque yo dije que no iría. Dije que tenía «problemas»; el problema era la muerte de Maudie. Una locura, lo sé. Excepto que tiene sentido, para mí. Nieve tardía, los aeropuertos complicados... bien, lo solucionamos y ya ha partido, por lo que fui a casa de Maudie. ¡Oh, el hedor del lugar, la horrible suciedad! Sin el resplandor del fuego no había vida.

Me pasé media hora poniendo viejos alimentos dentro de unas bolsas que tiré a los cubos de basura. Incluyendo latas y tarros en buen estado, sin abrir. Pero necesitaba urgentemente deshacerme de todo ello. Esta es la razón, dice Vera, de que cuando muere gente anciana, a los comerciantes de segunda mano les cae lo más inesperado: todo el mundo piensa lo mismo, incluso la gente del ayuntamiento que va al lugar para clasificarlo y hacer una estimación. Ah, acabemos con todo esto. Por las librerías de Maudie, me parece, se conseguiría un buen precio en un anticuario; hay algunos grabados que no están mal; hay una cómoda muy bonita. Pero, ¿quién se aprovechará de ello, si le digo a Vera: Asegúrate de que quien se encargue de esto le saque todo el valor que tiene? Aquella hermana de Maudie será...

El gato. Fui hasta la parte trasera y me encontré a la pobre bestia sentada junto a la puerta, esperando, supongo, que Maudie volviera. Hace unos quince años, esta gata llegó a la escalera trasera de la casa de Maudie, pidiendo ayuda. Estaba preñada. Maudie la hizo entrar, encontró un hogar para los gatitos y la hizo operar. Desde entonces, besos y cariño y, de repente, una vez más, un animal sin hogar agazapado en una escalera trasera. Me fui a casa de la mujer que lo había alimentado, confiando en tener suerte. Estaba enfadada y me dijo:

–¡Si hubiera sabido que duraría tanto! No dije que me ocuparía semanas y semanas... ya tengo mi propio gato... –se suavizó y me dijo–: Me quedaría la gata si pudiera, pero...

Metí la gata en el cesto para gatos de Maudie y, llorando, entré al animal en mi coche, hacia el refugio de la Sociedad Protectora de Animales. Llegué justo antes de que cerraran.

Hoy, el entierro de Maudie.

Maudie pagó durante años a una compañía funeraria. En momentos difíciles se quedó sin comer para no atrasarse en los pagos. Cuando acabó de pagar lo establecido, había un total de quince libras esterlinas. Por aquel entonces, era suficiente para enterrarla con dignidad. Quería estar junto a su madre, en Paddington, pero habían vaciado aquellas tumbas hacía mucho tiempo y habían construido encima. Ella no sabía que aquel cementerio había desaparecido, ni que quince libras apenas si pagarían una pala.

El entierro que el ayuntamiento dispone para quienes mueren sin tener recursos es decoroso: no me importaría ni para mí, pero el caso es que me importa muy poco todo esto.

Hoy he caído en la cuenta de que me escapé del entierro de mi madre y del de Freddie: estaba allí, supongo, pero esto fue todo. Pero estaba *allí* para el de Maudie...

Un bonito día de primavera, el cielo azul pálido, lleno de nubes blancas, algunos copos de nieve y flores de azafrán en el césped y alrededor de las tumbas. Un viejo cementerio lleno de pájaros.

Apareció el clan, pero no los biznietos que Maudie quería conocer. Además, en estos tiempos, *naturalmente*, se supone que los niños no tienen que conocer cosas tan básicas como la muerte y los entierros.

Había treinta y tres personas, todas acomodadas, bien vestidas y complacientes.

Me sentí *furiosa* durante todo el proceso. Allí estaba la matriarca, lloriqueando, como era de esperar, sostenida a ambos lados por sus hijos mayores.

Después, se acercó el hijo de un sobrino y empezó a hablar de Maudie. Yo podía verlos, plantados allí, cerca del gran montón de tierra amarilla y fresca, yo impecablemente vestida para un entierro, traje negro, guantes negros, mi sombrero negro (aquel que a Maudie le gustaba tanto, ¡había dicho que era una maravilla!), zapatos negros con tacones de casi veinte centímetros, medias de seda negras. Me tomé todas las molestias posibles para dejarles patente a aquella panda cuánto valoraba a Maudie. Había un hombre gris, insignificante, diminuto y empecé a preguntarme *quién* era que me ponía tan furiosa. El hombre sonreía, hacía lo que podía. Me declaró:

–Tía Maudie tenía un sentido del humor muy particular, ah, le encantaban sus chistecitos...

Me contó una historia que yo había oído de Maudie. Una gente para quienes limpiaba tenían una verdulería y la mujer le dijo: ¿Le gustaría probar las fresas de este año? Y puso delante de una Maudie expectante una sola fresa en un buen plato, con la azucarera y la nata. Maudie se comió la fresa y, luego, le dijo a la mujer: Quizás le gustaría probar las cerezas de mi patio trasero. Y le llevó a la mujer una sola y jugosa cereza en una gran bolsa de papel y se despidió para siempre.

Varios ya se habían arracimado. A algunos los conocía de la famosa comida, otros me resultaban nuevos. Sentían curiosidad por la elegante amiga de Maudie. Dije:

–Hay otra historia que solía contar, era ésta. No tenía trabajo, porque había sufrido una gripe y perdido su empleo de mujer de la limpieza. Volvía a casa caminando sin dinero en su billetero y rezando: Que Dios me ayude, que Dios me ayude, por favor, que Dios me ayude... y miró al suelo y vio una moneda de media corona en la acera, Gracias, Dios. Se metió en la primera tienda y compró un bollo con pasas de Corinto, se lo comió allí mismo, estaba tan hambrienta. Luego se compró pan, mantequilla, mermelada y un poco de leche. Le quedaron seis peniques. De camino a su casa, entró en una iglesia y depositó los seis peniques y le dijo a Dios: Me has ayudado y ahora yo te ayudo a ti.

Me rodeaban caras que no sabían si reír o no. ¿Un chiste? ¡Maudie fue siempre tan bromista! Dudaban, se lanzaban miradas de connivencia, se preguntaban si debían ofrecer más reminiscencias. Yo pensaba, ¿qué sentido tiene? Habían proscrito a Maudie hacía años. La hermana (que aún lloraba ruidosamente mientras apretaban la tierra en silencio), incapaz de reconocer lo mucho que utilizó a Maudie, había dicho que Maudie era *imposible*, por alguna razón u otra; por lo que la familia había podido olvidarla. Me quedé allí mirando las inquietas y *estúpidas* caras y decidí no preocuparme.

A fin de cuentas ellos tuvieron la última palabra, porque, cuando me dirigí a mi coche, uno de los hijos mayores me siguió y me dijo amable pero condescendiente:

–Y espero que consiga otro trabajito, ¿no?

Así son las cosas.

Llegué a casa furiosa, me moví por el piso dando portazos, porrazos y hablando sola. Como Maudie. Cuando Jill volvió de la oficina, se quedó mirándome durante un rato, luego, deliberadamente, se acercó, me cogió la mano y me acompañó hasta mi sillón.

Me quedé plantada allí y ella hizo ademán de cogerme el sombrero, y yo me lo saqué y se lo di.

–Un sombrero precioso, Janna –me dijo. Me miró los guantes y yo me los desenfundé y se los di.

–Bonitos guantes.

Con suavidad me ayudó a sentarme en la butaca, buscó un taburete y me levantó las piernas.

–Bonitos zapatos –dijo.

–Estoy tan furiosa –le dije–. Estoy tan furiosa que podría morir por ello.

–Ya lo veo.

–Si dejo de estar furiosa, empezaré a gritar y aullar.

–Muy buena idea, ésa.

–Mientras, estoy furiosa.

–Siempre y cuando sepas contra *quién* estás furiosa –me dijo mi sobrina Jill, y se dispuso a prepararme una buena taza de té.

Sobre Doris Lessing

Doris Lessing nació en Persia (1919) de padres ingleses, y desde los quince hasta los treinta años vivió en Rhodesia del Sur. En 1949 se trasladó a Inglaterra con el manuscrito de su primera novela, Canta la hierba, publicada en 1950 con gran éxito. Desde entonces, su fama como novelista y ensayista no ha dejado de crecer, y sus obras han sido traducidas a más de veinte idiomas. Entre sus textos más conocidos se cuentan El cuaderno dorado (1962) y dos importantes ciclos novelísticos: Hijos de la violencia (1952-1969) y Canopus en Argos (1979-1983). En 1983 la autora publicó también Diario de una buena vecina, a la que siguieron La buena terrorista (1985) y El quinto hijo (1988).

Sobre *Diario de una buena vecina*

Todas las edades de una mujer a través de la sabia mirada de Doris Lessing.

Janna y Maudie poco o nada tienen en común. Janna, una mujer madura pero aún atractiva, dedica todos sus esfuerzos a una actividad profesional que en apariencia le permite realizarse; Maudie, una viejecita encorvada por los años y los sacrificios, se mantiene viva gracias al orgullo indomable que a menudo malogra sus relaciones con el Mundo.

Janna y Maudie se encuentran, inexplicablemente se gustan, y nace así una relación de amistad que descubre el lazo común entre las dos: una ternura secreta, tímida, y casi indecible que busca expresarse y que Doris Lessing perfila con palabras justas y bellas, dignas de una gran narradora.